

ISSN N°: 0327 649 X



### Sumario ▼

#### DOSSIER

Los artistas sudamericanos en Europa

El fútbol italiano durante el fascismo

Modernización en el fútbol brasileño

La profesionalización del fútbol argentino

#### ARTÍCULOS

La Argentina reciente desde la revista *Fierro*

Política, religión y teatro en Buenos Aires, 1821-1827

Médicos e instituciones sanitarias en Argentina a fines del siglo XIX

#### GALERÍA DE TEXTOS

Historia, retórica, prueba. Sobre Aristóteles y la historia hoy



)ENTREPASADOS(

REVISTA DE HISTORIA  
AÑO XIV - NÚMERO 27 - PRINCIPIOS DE 2005

27

# )ENTREPASADOS(

REVISTA DE HISTORIA

AÑO XIV - NÚMERO 27 - PRINCIPIOS DE 2005



27

Dossier: Historia social y fútbol. El profesionalismo deportivo y sus alcances sociales / La Argentina reciente desde la revista *Fierro* / Política, religión y teatro en el Buenos Aires de 1820 / Médicos e instituciones sanitarias a fines del siglo XIX / Historia, retórica y prueba

Escriben: Lanfranchi / Diestchy / Freire Rodrigues / Frydenberg / Di Meglio / Franco / Silva Aras / Gallo / González Leandri / Ginzburg

# )ENTREPASADOS(

REVISTA DE HISTORIA

AÑO XIV - NÚMERO 27 - PRINCIPIOS DE 2005

## Consejo de dirección

Silvia Finocchio  
Mirta Zaida Lobato  
Lucas Luchilo  
Gustavo Paz  
Leticia Prislei  
Fernando Rocchi  
Juan Suriano

## Director

Juan Suriano

**ENTREPASADOS** se publica con el aporte económico proveniente del premio Concurso de Revistas de Investigación en Historia y Ciencias Sociales organizado por un grupo de académicos argentinos residentes en Estados Unidos, gestionado por la Fundación Compromiso y con el apoyo financiero de la Fundación Ford. El Instituto de Altos Estudios Sociales (IDAES) de la Universidad Nacional de General San Martín permitió acreditar los fondos provenientes de la Fundación Ford.

**ENTREPASADOS** es una revista semestral que abre un espacio para el debate y la producción histórica. El consejo de dirección recibe todas las contribuciones que enriquezcan el campo del quehacer historiográfico. Las opiniones expresadas en los artículos firmados son responsabilidad de los autores.

Registro de la propiedad intelectual en trámite.

**Suscriptores:** En Argentina \$ 40

En el exterior, vía superficie u\$s 30, vía aérea u\$s 40

**Entrepasados** recibe toda su correspondencia, giros y cheques a nombre de Carmelo Juan Suriano, Cuenca 1949 (1417), Ciudad de Buenos Aires, Argentina. Tel.: 4582-2925.

e-mail: [entrepasados@websail.com.ar](mailto:entrepasados@websail.com.ar)  
[entrepasados@swarthmore.edu](mailto:entrepasados@swarthmore.edu)

**Distribución internacional:** Cochabamba 248, D. 2, Buenos Aires, Argentina. Tel.: 4361-0473. Fax: 4361-0493  
e-mail: [cambeiro@latbook.com.ar](mailto:cambeiro@latbook.com.ar)

**Impresión:** Indugraf, Sánchez de Loria 2251, Ciudad de Buenos Aires, República Argentina



Foto de tapa: "Una foto registra otra foto. El equipo de Huracán posa para la historia. Cincuenta mil espectadores esperan el comienzo de la lucha y una pareja diminuta lleva al conjunto un poco de asombro y de candor" (circa 1930); AA.VV., *Historia del fútbol argentino*, Buenos Aires, Eiffel, 1955, tomo II.

Ilustraciones: Rosana Fuertes

## Índice

*En recuerdo de Eduardo Archetti* 5

### Dossier

#### **Historia social y fútbol. El profesionalismo deportivo y sus alcances sociales**

Introducción 9  
*Julio D. Frydenberg*

Los artistas del fútbol sudamericano en Europa (1924-1940) 11  
*Pierre Lanfranchi*

El "calcio" y el régimen. El fútbol italiano durante el "ventennio" fascista 31  
*Paul Dietschy*

Profesionalización y modernización en el fútbol brasileño 53  
*Francisco Xavier Freire Rodrigues*

La profesionalización del fútbol argentino: entre una huelga de jugadores y la reestructuración del espectáculo 73  
*Julio D. Frydenberg*

### Artículos

La Argentina en cuadros. Una aproximación a la Argentina reciente desde la revista *Fierro* (1984-1992) 97  
*Gabriel Di Meglio, Marina Franco y Silvina Silva Aras*

¿Una sociedad volteriana? Política, religión y teatro en Buenos Aires (1821-1827) 117  
*Klaus Gallo*

Madurez y poder. Médicos e instituciones sanitarias en la Argentina a fines del siglo XIX 133  
*Ricardo González Leandri*

### Galerías de textos

Historia, retórica, prueba. Sobre Aristóteles y la historia hoy 153  
*Carlo Ginzburg*

## Reseñas

- Claudio H. M. Batalha, Fernando Teixeira da Silva y Alexandre Fortes (comps.)  
*Culturas de Classe*  
Silvana Palermo 169
- Juan Manuel Palacio 173  
La paz del trigo. Cultura legal y sociedad local en el desarrollo agropecuario pampeano (1890-1945)  
Ricardo Salvatore
- Uri Eisenzweig 176  
Ficciones del anarquismo  
Martín Albornoz
- Sandra McGee Deutsch 180  
Contrarrevolución en la Argentina (1900-1932).  
La Liga Patriótica Argentina  
María Ester Rapalo
- Lila Caimari 183  
Apenas un delincuente. Crimen, castigo y cultura en la Argentina (1880-1955)  
Osvaldo Barreneche
- Fe de erratas** 187  
A propósito del artículo de Graciela Batticuore en el número 24-25

## En recuerdo de Eduardo Archetti



El 6 de junio de 2005 murió Eduardo Archetti en una ciudad, Oslo, que era la contracara de aquella otra en donde nació, Santiago del Estero. Hijo de un sobresaliente médico sanitarista que llevaba su mismo nombre y por quien demostraba cierta veneración, fue uno de los primeros estudiantes de Sociología en la carrera recientemente creada en la Universidad de Buenos Aires, luego se doctoró en Antropología Social en la Universidad de París en 1976. Por entonces conoció a la antropóloga noruega Kristi Anne Stølen, con quien tuvo dos hijos, Alexandra y Kristoffer. Su vida académica y afectiva se bifurcó entre su centro de trabajo en Noruega, donde fue profesor y director del Departamento de Antropología Social de la Universidad de Oslo, y la Argentina, a la que volvía asiduamente para realizar sus trabajos de campo.

Lali, como nosotros lo conocimos, era un espíritu inquieto y versátil, de esos que combinan calidad de investigación con nuevos horizontes en los objetos de estudio y en las metodologías. Inicialmente trabajó sobre el campesinado de lugares tan disímiles como África y Argentina, específicamente sobre este último país realizó uno de los primeros estudios sobre economía y organización sindical entre los colonos del norte de Santa Fe. Después se interesó por los deportes, el fútbol y el polo primero, el remo más tarde, y por la formación de identidades: la masculina y la nacional. De ello hablan sus libros *Masculinities. Football, Polo and the Tango in Argentina* (Berg, 1999), *El potrero, la pista y el ring. Las patrias del deporte argentino* (Fondo de Cultura Económica, 2001) y los numerosos artículos que publicó. Más recientemente había comenzado a indagar en la cultura del vino y estaba interesado en el desarrollo del Malbec y la mirada que a través de él se tenía de la Argentina. Para él la cultura abarcaba territorios amplios y, tal vez por eso, ningún tema quedaba fuera de su estudio.

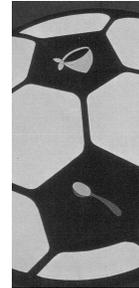
En la Argentina estableció sólidos lazos con los antropólogos y tuvo un intenso diálogo con los historiadores, probablemente como resultado de la influencia de Sydney Mintz cuando era estudiante. En más de un aspecto nos ayudó a pensar y a romper barreras y fue al mismo tiempo inteligente, divertido y generoso. Lali murió en la plenitud de su vida y cuando estaba realizando numerosos proyectos y así lo recordaremos.

**Dossier**  
**Historia social y fútbol.**  
**El profesionalismo deportivo**  
**y sus alcances sociales**

---



# Presentación



Resulta difícil pensar en la posibilidad de reconstruir el pasado de las grandes mayorías sin que el deporte, especialmente el fútbol, forme parte de la agenda de la producción historiográfica. Quienes dedican sus esfuerzos a investigar estos temas sostienen la importancia de estudiar fenómenos sociales y culturales que han insumido e insumen enormes energías en la vida de la gente. Si este tipo de argumentos no parecen suficientes, se puede sin duda contemplar como relevantes las reacciones de las diferentes instituciones sociales frente al “avance” del mundo del deporte, que a muchos pareció y parece casi descontrolado. En países como el nuestro, la escuela pública, la Iglesia, los sindicatos, las empresas, los partidos políticos, los gobiernos y naturalmente las industrias culturales actuaron positivamente, en mayor o menor medida, en la génesis y el desarrollo del llamado “campo deportivo”.

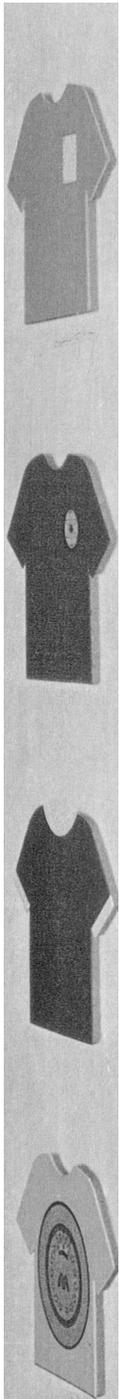
El fútbol, nacido en la Inglaterra de fines del siglo XVIII e inicios del XIX, fue llevado por sus inventores a diferentes regiones y hacia comienzos del siglo XX tuvo lugar la popularización de su práctica y la génesis del espectáculo masivo. Fue un momento de despliegue del desarrollo de la industria cultural así como de cambios urbanísticos y de formación de nuevas identidades en torno del deporte, la vida local y nacional.

En los años 20 y 30 se agudizó el proceso de especialización y selección de talentos, paralelo al desarrollo del espectáculo que convocaba todos los fines de semana a decenas de miles de espectadores y que ya ocupaba un lugar central en el debate cotidiano en el seno familiar y en los espacios de sociabilidad masculina. Si bien Inglaterra recorrió ese camino con anterioridad, en el resto de la Europa occidental, Uruguay y Argentina los cambios fueron casi simultáneos, mientras que en Brasil ocurrieron algunos años después.

Algunos de los trabajos aquí presentados proponen una mirada sobre aspectos de los cambios ocurridos en el status social y cultural de los jugadores.

Como propone Julio Frydenberg, los talentos provenientes de las clases trabajadoras y medias sólo podían desplegar plenamente sus virtudes si eran ocupados por tiempo completo. Es así como del amateurismo y luego del amateurismo marrón (o profesionalismo ilegal) se pasó a la reglamentación del carácter profesional de los jugadores de fútbol, contratados por sus patrones, los clubes, a los cuales quedaban ligados través de la firma de contratos temporarios.

La llegada del profesionalismo así como, con el correr de las décadas, los cambios en los modelos de entrenamiento introdujeron modificaciones tendientes a la especialización. Paralelamente, también la legislación referida a la situación del deporte y a la de los deportistas fue cambiando. En este sentido, el caso brasileño trabajado por Francisco Xavier Freire Rodríguez es probablemente el más ilustrativo.



En torno del fenómeno, también los medios de comunicación de masas, escritos y radiofónicos dieron un enorme salto de calidad. Además, se produjo el despliegue de un mercado que fue transformando la realidad local, nacional e internacional. En este sentido, como analiza Pierre Lanfranchi, se produjo la migración de muchos jugadores talentosos que desde los años 20 fueron demandados desde Europa, construyendo un mercado de enormes proporciones y que, con idas y venidas a lo largo de las décadas, continúa en la actualidad. Esta situación provocó que algunos cracks llegaran a ser poco menos que vedettes del mundillo de la farándula, percibidos como artistas provistos con innatas dotes “naturales”. También se sostuvo y a menudo se sostiene, junto al innatismo, la tesis de que estas dotes habían sido esculpidas en medios locales generadores de estilos y maneras particulares. Estos estilos fueron marcando qué era lo deseable y lo indeseable en el gusto del periodismo y de la afición.

Resulta imposible hablar de deporte y no incluir en su devenir el desarrollo de las competencias mismas, los éxitos y los fracasos. En ese contexto, podían gozar o sufrir los efectos de la mercantilización, transformarse en héroes o villanos, ser elevados a portadores de una esencia objetivada en “los colores de la camiseta”, o acusados de mercenarios. Podían transformarse en adalides de la patria o en traidores. Algunos fueron acusados de ser instrumentos usados por los gobernantes en su propio beneficio.

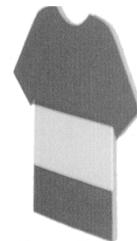
Sin embargo, si se mira con detenimiento, estos procesos sociales y culturales desencadenaron complejos vínculos con los regímenes políticos. Distintos gobiernos tomaron muy diferentes actitudes frente a las novedades: algunos mantuvieron la distancia de quien quería mostrarse sólo como árbitro frente a la potencial aparición de conflictos; otros, como en el caso italiano según Paul Dietschy, practicaron una abierta intervención en las instituciones deportivas.

Como puede verse, muchas de las cuestiones tratadas en los trabajos presentados tienen fuerte vigencia. Ésta es otra de las razones que avalan la necesidad de abocarse al estudio de la génesis y el desarrollo del espectáculo deportivo, en este caso el fútbol, un complejo fenómeno relacionado fuertemente con la vida de las grandes mayorías.

Julio Frydenberg

## Los artistas del fútbol sudamericano en Europa (1924-1940)

Pierre Lanfranchi\*



La calidad de los futbolistas sudamericanos se reveló al Viejo Mundo (a excepción de Gran Bretaña) con las victorias de la selección uruguaya en las Olimpiadas de París de 1924 y de Amsterdam de 1928 y en el primer campeonato mundial de fútbol en Montevideo en 1930. Gabriel Hanot, ex columnista de fútbol internacional para el periódico semanal francés *Le Miroir des Sports*, escribió lo siguiente después de la final olímpica de 1924:

En París, entre el 25 de mayo y el 9 de junio, no hubo un solo agente de la Asociación de Fútbol, un solo periodista, entrenador o espectador británicos que pudieran observar cómo otros países habían adaptado un juego propiamente inglés a sus espíritus nacionales. Fue otro testimonio de su “espléndido aislamiento”. A pesar de eso, el campeonato olímpico fue un éxito prodigioso y los partidos de Uruguay, una revelación para el mundo.<sup>1</sup>

Maurice Pefferkorn, otro periodista francés presente en el torneo, escribió que “más que su éxito, lo que ha generado entusiasmo en el público es el estilo de Uruguay. Estamos ante hombres que han encontrado en el fútbol una segunda naturaleza”.<sup>2</sup> Un tercero agregó: “Vi ante mis ojos la revelación de un fútbol soñado. Lo tenía todo: pausa, elegancia e inspiración”.<sup>3</sup>

Sin dudas, la exhibición uruguaya de 1924 creó algunos de los mitos asociados a los jugadores sudamericanos. Hanot, con algo de exageración, describió así el desempeño de los uruguayos: “Estos grandes atletas son a los profesionales ingleses lo que unos árabes purasangre son a los caballos de granja”.<sup>4</sup> La calidad estética de los jugadores tuvo gran importancia en su revelación. José Leandro Andrade, el mediocampista negro, fue convertido inmediatamente en ídolo. Los comentaristas ponían gran énfasis en su otra pasión: Andrade era bailarín profesional de tango. Eran los “años locos” de los *Ballets negres*, Josephine Baker en Montparnasse, y Carlos Gardel y el tango argentino en París. Los especialistas europeos intentaron racionalizar el éxito repentino de estos “raros” artistas nuevos. La dimensión exótica del juego uruguayo y el hecho de que el equipo contara con un jugador negro acrecentaban el mito. A Andrade “le encantaba hacer malabares con la pelota”, era “elegante, elástico, un mago con el balón”, descripciones que no solían aplicarse a jugadores europeos.<sup>5</sup> Las dos pasiones de Andrade se enlazaban automáticamente

\* Centro Internacional para la Historia del Deporte y la Cultura, Universidad de Monfort.

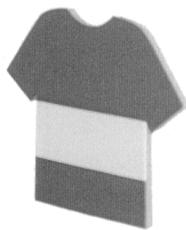
te, creando una imagen de los jugadores uruguayos como artistas y creadores de una nueva visión del fútbol.

Los mismos sudamericanos fueron funcionales al desarrollo del mito. En 1928, el periodista Ricardo Lorenzo, "Borocotó", escribió en el semanario porteño *El Gráfico* que "[nuestro] fútbol llevó a Europa algo desconocido. Frente a oponentes más fuertes, el jugador *criollo* gambeteaba y metía goles. La fuerza física fue arrollada por el talento y la calidad de los jugadores *criollos*. La final de Amsterdam la disputaron argentinos y uruguayos. Los mismos jugadores que hacían firuletes en el tango, los hacían con la pelota".<sup>6</sup> También en Brasil prevalecía la idea de que el continente latino había creado un nuevo tipo de jugador. En sus apuntes sobre el fútbol brasileño, Roberto da Matta señaló que "el *futebol* en Brasil es un juego de cintura, un tipo de astucia y engaño que no se encuentra en otro fútbol. Es el arte de eludir".<sup>7</sup> Da Matta considera que los jugadores brasileños eran los intérpretes de un juego menos autoritario y más artístico del que existía en Europa. Durante buena parte del siglo XX, todos los clubes europeos estuvieron fascinados por estos artistas sudamericanos y buscaron contratarlos.

Los futbolistas europeos viajaban a Sudamérica desde mucho antes de 1924. Varios clubes ingleses, italianos y portugueses habían visitado Brasil, Argentina y Uruguay antes de la Primera Guerra Mundial y causaron, casi siempre, un impacto considerable. El amateur Corinthians de Londres en 1910, junto con el Southampton en 1904, el Nottingham Forest en 1905, el Everton y el Tottenham Hotspur en 1909, y también el Exeter City en 1914, habían obtenido resultados muy exitosos del otro lado del Atlántico.<sup>8</sup> El mismo año de la visita del Exeter, el Torino de Pozzo y el Pro Vercelli hicieron, a su vez, el largo viaje al Río de la Plata.<sup>9</sup> La influencia de estas giras, particularmente las de los ingleses, fue tal que muchos equipos locales tomaron los nombres de los clubes extranjeros con la esperanza, por analogía, de igualar sus actuaciones y resultados. Después de la gira de 1910, se creó un Corinthians en São Paulo (Brasil), un Everton en Viña del Mar (Chile) y un Barcelona en Guayaquil (Ecuador). Al igual que en Europa, pero por razones diferentes, el período de la Primera Guerra Mundial marcó un cambio de envergadura en el panorama. La influencia británica se desvaneció mayormente y las competencias entre Brasil, Argentina y Uruguay se hicieron más regulares con la creación de la Copa América (el campeonato sudamericano) en 1917.<sup>10</sup>

Con la paz restablecida en Europa, llegaron nuevas visitas que incluyeron una selección vasca en 1922, al Genoa en 1923, al Español Barcelona en 1926, al Barcelona FC en 1928 y al Bologna y al Torino junto con el Ferencváros de Hungría en 1929.<sup>11</sup> En 1925, el Nacional de Montevideo, al igual que Boca Juniors y São Paulo, hicieron el viaje contrario en gira por Europa. Los buques de vapor permitían cruzar el océano en tres semanas, lo cual contribuía a intensificar estas visitas. En Sudamérica, los enfrentamientos con los equipos europeos eran los partidos más importantes. Una historia del fútbol en el Río de la Plata publicada en la Argentina en 1923 dedica sus primeras noventa páginas a las visitas de los equipos europeos.<sup>12</sup>

Estos encuentros eran la expresión de una relación marcada a un tiempo por la amistad y la competencia. La dimensión simbólica de es-



tas giras se revelaba en su importancia diplomática. El ganador del partido entre el Genoa y un club del norte argentino recibió una copa ofrecida por el diario local de la comunidad italiana, el *Giornale d'Italia*. Cuando jugaron contra Uruguay, se presentó otro trofeo a cargo del director y los empleados del Banco Italiano de Uruguay. Para la ocasión, los jugadores recibieron medallas de oro donadas por un grupo local de veteranos de guerra italianos de parte de José Serrato, el presidente de la república. A su vez, el embajador italiano en Uruguay dio el puntapié inicial en el partido. Para el último juego del Genoa, que se enfrentó a un combinado argentino en Buenos Aires el 9 de septiembre de 1923, se preparó una presentación especial. Los equipos entraron al campo de juego en filas paralelas, luego de lo cual el presidente argentino, Marcelo T. de Alvear, estrechó las manos de los jugadores. Un aeroplano trajo la pelota hasta la cancha y el presidente Alvear dio el primer puntapié.<sup>13</sup> Por su parte, en 1929, el Bologna entró al campo en Montevideo con los jugadores llevando una gran bandera uruguaya de seda "hecha especialmente para presentar ante la Asociación Uruguaya de Fútbol".<sup>14</sup> La creciente importancia del rol del fútbol para las comunidades de inmigrantes españoles e italianos instalados en Sudamérica garantizaban el éxito financiero de las giras. El lazo económico y cultural entre Italia y el Río de la Plata era evidente, ya que aproximadamente un tercio de la población de Buenos Aires y Montevideo era de origen italiano.<sup>15</sup>

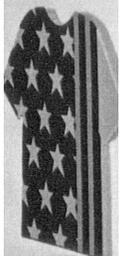
Además, los jugadores en gira como Andrade, que cruzó el Atlántico casi todos los años durante la década del 20, presagiaron el movimiento de transferencia de la década siguiente. El principal foco de este capítulo será la migración intercontinental de jugadores sudamericanos que tuvo su origen en Italia, como consecuencia directa de la política de autarquía impuesta por el gobierno fascista.

## ¡Bienvenidos a la patria!: la migración étnica de la década del 30

### Argentinos

Eduardo Archetti escribió que el estilo argentino "era el resultado de una mezcla de ingredientes. No era ni italiano ni español. Un «estilo puro» no sólo era imposible, sino que no era necesario".<sup>16</sup> Debido a su inherente hibridez, la llegada de jugadores sudamericanos a Italia a principios de la década del 30 asumió muchas de las ambigüedades asociadas al concepto de identidad nacional.<sup>17</sup> Desde la perspectiva italiana, la cuestión no se veía como una moda migratoria sino como la natural e inevitable repatriación de ciudadanos italianos que, por casualidad, habían nacido en Sudamérica. Desde el punto de vista argentino, el origen étnico de estos "italianos" había desaparecido hacía mucho de cara a las características peculiares argentinas. En vez de intentar verificar la validez de estas interpretaciones, preferimos discutir los problemas que éstas generaron.

A pesar del autoritarismo del régimen fascista, los clubes italianos eran independientes económicamente y eran dirigidos por importantes hombres de negocios que buscaban aumentar su prestigio y el de sus equipos. Bajo estas circunstancias, la importación de futbolistas sudamericanos puede leerse como un compromiso. Eran aceptables porque, técnica-



mente, eran italianos, por lo que no sólo podían aportar éxitos a sus clubes sino además mejorar la posición de la selección nacional en las competencias internacionales.

El desarrollo del juego a ambos lados del Atlántico fue muy diferente y generó una situación ambigua que describe Gianni Brera (el columnista de fútbol italiano más famoso):

En Sudamérica, los jugadores bailan fútbol cumpliendo las expectativas de los simpatizantes. Donde las “corridas de toros” estaban prohibidas, uno buscaba la diversión en los pases de *dribbling*, en un juego puramente virtuoso. En Italia era difícil encontrar campos adaptables a este tipo de juego y más difícil aún hallar oponentes dispuestos a sufrir los pases que los hacían ver ridículos.<sup>18</sup>

Algunos periodistas aseguraban que aquellos que jugaban el juego argentino, el *fútbol criollo*, como se lo llamaba, eran fundamentalmente diferentes de los deportistas europeos. Los *criollos* (o *creoles*) eran descendientes de los colonizadores originales: en otras palabras, los *verdaderos* argentinos. Los europeos no podían copiar su estilo; sólo los nativos eran capaces de jugar ese juego. Como ha señalado Archetti en un trabajo reciente, la migración argentino-italiana proponía una lógica de reciprocidad ya que la sangre de los jóvenes europeos que emigraban a la Argentina se completaba con fútbol de calidad *criolla*.<sup>19</sup> Ahora nos concentraremos en algunos aspectos conectados con esta distinción fundamental entre sangre y cultura, etnicidad y herencia.

Esta emigración de sudamericanos hacia Italia en los 30 puso en primer plano las diferentes concepciones e interpretaciones sobre las cuestiones de ciudadanía y raíces nacionales.

Partiendo de la Argentina, Brasil o Uruguay, donde reinaba el *jus soli*, los jugadores sudamericanos eran transferidos a la Italia fascista, gobernada por el *jus sanguinis*. Para Brera, el fútbol era un producto del *jus soli*: “Cada escuela de fútbol depende de la base étnica (*etnos*), la economía, el clima y la civilización (eso también se relaciona con la forma en que está nivelada la tierra, los campos protegidos y el césped cortado)”.<sup>20</sup> Desde la década de 1850, el Estado argentino había construido un mito alrededor del *criollo*, que representaba un mundo rural ajeno a la mayoría de estos futbolistas urbanos tempranos. Un *criollo* “por definición representa lo rural, lo provincial, los intereses del *gaucho*”.<sup>21</sup>

Por contraste, casi todos los jugadores emigrantes eran residentes de Montevideo, Buenos Aires o São Paulo, dos de las cuales eran ciudades portuarias, y las tres tenían más contacto con el mundo europeo que con las pampas o la Amazonia. Junto con el otro mito nacional (el *gaucho*), la ideología *criolla* se convirtió en un elemento central a la hora de forjar la identidad argentina. Como señala un historiador de la literatura: “El término *gaucho* adquirió un significado particular en el siglo [XX], cuando los escritores nacionalistas y popu-

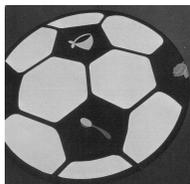
listas [...] hicieron del gaucho el símbolo de la argentina auténtica, que se suponía había sido violada, traicionada y saqueada por la clase alta rapaz, proeuropea y antiargentina junto a sus aliados extranjeros”.<sup>22</sup> De manera sorprendente, los futbolistas urbanos de origen europeo fueron rápidamente asociados por la prensa deportiva argentina con la imagen *criolla* y *gaucha*. Es indudable que el pasado de pobreza de muchos jugadores ayudó en la creación del mito *criollo*, ya que el fútbol en el Río de la Plata había seducido a la clase trabajadora mucho antes que en la Europa continental.

Esto fue cierto para Julio Libonatti, el primer jugador argentino importante en mudarse a Italia cuando el Torino lo contrató en 1925. Libonatti, un ex jugador de Rosario Central proveniente de una familia pobre de inmigrantes italianos originales de Genoa, había jugado en la selección argentina anotando el único gol de la final del Campeonato Sudamericano de 1921. En su historia del fútbol argentino, Osvaldo Bayer identificó la transferencia de Libonatti a Turín como la primera expresión de “una enfermedad colonialista que sufría el fútbol *criollo*”.<sup>23</sup> El presidente del Torino, Enrico Maroni, director ejecutivo de la compañía Cinzano, había decidido contratar a Libonatti durante uno de sus viajes de negocios a la Argentina. El mismo Maroni había descubierto el fútbol durante su juventud en Buenos Aires y estaba resuelto a aumentar el potencial de su club contratando a jugadores de primera categoría.<sup>24</sup> Inmediatamente, Libonatti recibió un pasaporte italiano y pronto se convirtió en la atracción principal de su nuevo equipo. A las quince copas que había recibido en la Argentina, hubo de sumarle otras diecisiete jugando en la selección de Italia. Su habilidad técnica y su alto porcentaje de efectividad en el marcador impresionó a los periodistas italianos, mientras que Ricardo Zamora, el guardavallas español, consideró de manera vehemente que Libonatti era el mejor delantero del mundo. Zamora llegó a decir, incluso, que había revolucionado el rol del centro delantero.<sup>25</sup> Los nueve años de Libonatti en el Torino coincidieron con la primera época dorada del club, cuando ganó por primera vez la liga nacional. Fuera del campo, Libonatti era reconocido por su elegancia y liberalidad en sus costumbres. Era el jugador mejor pago de Italia y quizá también el mejor vestido: lucía con frecuencia chaquetas de gamuza. Junto con Libonatti, llegó otro argentino: Arturo Chini Ludueña, apodado “el abogado”, había viajado a Italia para estudiar, pero también jugó al fútbol durante una década como lateral para el Torino y la AS Roma. Hacia el final de sus días como jugador, había obtenido su título en leyes a la vez que había participado en más de doscientos partidos de la liga y en competencias internacionales para los equipos universitarios de Italia.<sup>26</sup>

Por sobre el impacto de Libonatti, el dominio de los equipos sudamericanos en Amsterdam 1928 convenció a Humberto Agnelli, presidente de Fiat y director del otro equipo de Turín, Juventus, de reclutar a Raimundo Orsi, considerado el jugador más influyente de la selección argentina. El juego de Orsi poseía “una delicadeza, una habilidad, una pausa y una elegancia que todo el público admiraba”.<sup>27</sup> Su transferencia, desde Independiente de Avellaneda, alcanzó las cien mil liras, cifra razonable teniendo en cuenta que Juventus había pagado el doble el año anterior por Umberto Calligaris, un defensor italiano de nivel internacional, al club provincial Casale. Orsi, que llegó con su esposa, su hijo y su cuñada, creyó que había recibido el visto bueno de su federación.<sup>28</sup> Pero la prensa argentina comenzó a hacer fuertes alegatos: *El Mundo Deportivo* anunció a sus lectores que “no es la Juventus

la que paga por el pase, sino directamente el gobierno fascista”. El mismo periódico definió a Orsi como “un criollo puro”.<sup>29</sup>

La evidencia sugiere que, luego de la campaña de la prensa, la Asociación del Fútbol Argentino (AFA) se negó a aceptar el pase y, en consecuencia, Orsi sufrió un año de “cuarentena” desde su llegada a Italia. Su partida fue leída como un contratiempo de grandes proporciones para el fútbol argentino e indicó los posibles riesgos que existían si la segunda generación de inmigrantes italianos comenzaba a restablecer los lazos con el país de sus padres. Cuando un diario de Buenos Aires se quejó de que “los italianos quieren construir su selección a costa de la Argentina. El gobierno fascista está intentando convencer a los jugadores criollos de aceptar su dinero y transformarse en jugadores italianos”, la prensa italiana respondió: “¿Orsi, criollo? Es una broma”.<sup>30</sup> El 5 de octubre de 1928, apenas dos días después de la llegada del futbolista en el vapor *Diulio*, *La Gazzetta dello Sport* publicó un artículo titulado “¿Es Orsi un ciudadano italiano?”. El diario se refería directamente al texto de la ley nacional:



“Aquel ciudadano italiano que hubiera nacido y residiera en un país extranjero, por el cual fuera considerado un natural por nacimiento, conserva su ciudadanía italiana”.<sup>31</sup> El artículo añadía: “No existen dudas sobre los derechos que Orsi posee para adquirir la ciudadanía italiana. Ha sido un italiano desde siempre. Por esta razón, no tenemos hijos de la Argentina en nuestros equipos”. El texto concluía señalando que “en el caso de Orsi, no podemos hablar de naturalización o de renovación de su ciudadanía italiana, ya que siempre ha sido alguien que ha tenido el pasaporte italiano”.<sup>32</sup>

En Italia, Orsi y el resto de los sudamericanos que llegaron a Europa en la década del 30 fueron conocidos como los *rimpatriati*. A diferencia de los *oriundi* del período de posguerra (con quienes se los suele confundir), estos inmigrantes no necesitaban “convertirse” en italianos o reclamar una nacionalidad europea, ya que legalmente tenían la doble ciudadanía.<sup>33</sup>

Orsi, que había sido empleado ferroviario en la Argentina, tenía casi veintisiete años cuando emigró a Italia. Se lo describía como un hombre muy normal, “modesto y modestamente vestido”.<sup>34</sup> Pero el status de Orsi iba a modificarse rápidamente cuando se hizo rico, ya que ganaba el fabuloso salario de ocho mil liras mensuales (quince veces el sueldo de un maestro de primaria y ocho veces el promedio de ingresos de un médico o un abogado), con premios especiales como un automóvil (un Fiat 509 producido por su empleador) y un departamento. En el curso de su contrato de siete años con la Juventus, Orsi demostró ser una inversión sensata: era parte de un equipo que ganó cinco títulos consecutivos en la liga (1931-1935) y la Copa del Mundo en 1934. Más aún, su caso personifica la complejidad de la cuestión de la doble ciudadanía. A pesar de que sus padres habían nacido en la provincia de Génova, a su llegada a Italia Orsi sólo hablaba español. Esto no perjudicó su integración, ya que en poco tiempo hablaba un italiano fluido. Apenas un año después de su arribo, fue seleccionado para el equipo nacional, una decisión a la que se opuso el técnico de los *azzurri*, Ragnone, quien renunció.

Pero, para muchos, la inclusión de Orsi en la selección era vista como un medio para mejorar la calidad del equipo italiano: “Por el bien del fútbol italiano, es lógico, aceptable y

nacionalista (en el sentido positivo del término) buscar a los hijos de nuestras comunidades, a los hijos de los emigrantes italianos. Ellos siempre pueden elegir hacerse italianos”.<sup>35</sup> Se les achacaba a los gobiernos prefascistas el haber compelido a los padres de Orsi a marcharse a la Argentina; las autoridades fascistas estaban simplemente “reclamando a Orsi y Libonatti, con sus apellidos italianos y su sangre latina”.<sup>36</sup> Si bien es cierto que el éxito de Orsi y Libonatti aceleró el proceso de “reintegración” de futbolistas sudamericanos, los clubes italianos se vieron ayudados también por el crac económico mundial, la inestabilidad política en Buenos Aires en 1930 y 1931 y el lento proceso de profesionalización del fútbol en Sudamérica, todo lo cual alentaba a los emigrantes potenciales a abordar un vapor que los llevara a Europa.<sup>37</sup>

El siguiente jugador importado fue Renato Cesarini, fichado por la Juventus desde Charrita Juniors de Buenos Aires en el invierno de 1929, por un sueldo mensual de cuatro mil liras. Cesarini, que había sido recomendado por su amigo Orsi, era un delantero de nivel internacional. Toda la vida de Cesarini estaba marcada por la cuestión de su identidad dual. Había nacido en 1906 en Senigallia, cerca de Ancona, pero su familia había emigrado a Buenos Aires cuando él contaba con apenas un año.<sup>38</sup> Su debut internacional había sido en 1922, a la tierna edad de dieciséis años. Si todos los jugadores virtuosos de la Argentina tenían un sobrenombre, es significativo señalar que Cesarini tenía dos: “El Pelotazo” y “El Tano”.<sup>39</sup> Jugó tanto para Italia como para la Argentina, y más tarde se haría famoso como director técnico en ambos países, pues condujo a la Juventus en los 50 y a River Plate en los 60. Cesarini ha dejado un profundo legado al fútbol de ambos lados del Atlántico. Es uno de los pocos jugadores que ha dado nombre a una expresión del fútbol italiano, la *Zona Cesarini*, que describe un gol marcado en los últimos minutos del partido. También se le dio su nombre a un club profesional de la Argentina, el Renato Cesarini del distrito de Rosario.

Al igual que sus predecesores, la imagen de Cesarini combinaba la afinidad con la música y el baile con su talento futbolístico. De acuerdo con la prensa italiana, también Orsi se dedicaba al bandoneón y practicaba cada vez que podía. Se decía que, en una visita a un club nocturno, había tocado un verdadero tango argentino con su propio violín (otro instrumento que conocía) porque no le gustaba la música que ofrecía el lugar.<sup>40</sup> Otro reporte de prensa publicado durante el entrenamiento de la selección en 1934 para la Copa del Mundo afirmaba: “Apenas se levanta, Mumò Orsi practica bandoneón”.<sup>41</sup>



Cesarini tocaba la guitarra, pero era más admirado por sus habilidades a la hora del baile. Una historia de la Juventus comenta: “Se le arregló para abrir un salón de baile en la Piazza Castello. Tenía dos orquestas que tocaban alternándose y ofrecían al público una serie de tangos que estaban muy de moda en ese momento. Cesarini siempre bailaba y vestía a sus músicos como *gauchos*”.<sup>42</sup> Era un personaje extravagante, conocido por caminar con un mono sobre el hombro, irse a la cama cuando el resto de sus compañeros de equipo estaba levantándose y aprovechar cada oportunidad para fumar, beber y seducir mujeres.

En la Juventus, impresionados por el éxito de sus importaciones artísticas, continuaron las inversiones en la Argentina y, en el verano de 1931, contrataron a Luis Monti, el fuer-

te defensor de la selección argentina que había perdido la final de la Copa del Mundo del año anterior. Esta derrota se convertiría en una de las dos mayores crisis del fútbol argentino en el siglo XX. La derrota había causado cortocircuitos entre la selección y Monti, acusado de mostrar poca hombría y autocontrol en el partido.<sup>43</sup> El perder contra los “eternos rivales”<sup>\*</sup> aceleró la división del fútbol argentino en una asociación profesional y una amateur en 1931, lo que llevó a una huelga de jugadores.

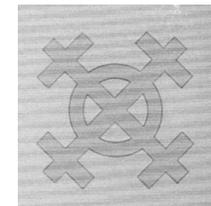
En el contexto de la incertidumbre que producía la crisis económica y financiera mundial, muchos futbolistas argentinos preferían buscar fortuna en Italia.<sup>44</sup> La situación política argentina, después del golpe de Estado de 1930, coadyuvaba a la emigración a Italia. El nuevo presidente, el general José F. Uriburu, y el gobierno nacionalista en Buenos Aires, compartían con la Italia fascista los valores del nacionalismo, el militarismo, el anticomunismo y el antiliberalismo. Más aún, en su retórica y en alguna de sus políticas, Buenos Aires aparecía con gran voluntad de colaborar con el régimen fascista.<sup>45</sup> La imagen de una nación fuerte se convirtió en un elemento esencial a ambos lados del océano. Por esta razón, el personaje de Monti representó un cambio a su arribo a la Juventus. Se dijo que había reemplazado el mito del débil jugador italiano de “mandolina” por un modelo más acorde a la imagen fuerte de los fascistas italianos.<sup>46</sup> Monti era cualquier cosa menos un artista. Al día de hoy, es el único jugador que ha participado en finales sucesivas de la Copa del Mundo representando a dos equipos diferentes. Mientras que para la Argentina de 1930 Monti era un perdedor y un traidor, en 1934 se había convertido en el modelo nacional italiano de la fuerza física.

Guillermo Stabile, conocido como “El Filtrador”, fue fichado por Genoa a finales de 1930, después de haber sido el máximo goleador de la Copa del Mundo. No llegó solo, pues animó a seguirlo a sus amigos Esposto, Orlandini y Evaristo.<sup>47</sup> Una biografía publicada en el semanario francés *Match* revelaba que el padre de Stabile era italiano de nacimiento y su madre argentina, hija de italianos. Era el cuarto de diez hijos de una familia obrera y se decía que había aceptado la transferencia a Italia porque “esperaba que esto le permitiera construir una casa para sus padres y sus hermanos y hermanas”.<sup>48</sup> El viaje se había visto facilitado porque Stabile trabajaba en la Aduana del puerto de Buenos Aires y con la participación aparente del capitán del trasatlántico *Conte Rosso*, que era fanático de Genoa. A la hora de la partida de Stabile, *El Gráfico* afirmó: “No debemos ser egoístas. Orsi, Cesarini, Stabile y todos los otros que cruzan fronteras en busca de mejores horizontes [...] se van para conquistar otras tierras. Hoy, el país es pequeño para nosotros, y las lecciones de fútbol dictadas desde una de nuestras canchas ya no impresionan a nadie. Por muchos años hemos tenido el trono a la hora de gambetear y meter goles. Por esa razón, es necesario salir; los



<sup>\*</sup> Los uruguayos. Francisco Varallo, jugador de la selección argentina, recuerda amargamente el partido en una entrevista ofrecida al diario *La Nación*: “-¿Qué les pasó en esa final, por qué ganaban 2 a 1 en el primer tiempo y perdieron 4 a 2? -Entramos en el segundo tiempo 2 a 1, pero ya teníamos nueve hombres por expulsiones. Y encima yo jugué con dolores fuertes en la rodilla. Pero la verdad es que ese partido lo perdimos porque hubo jugadores que arrugaron. Antes había futbolistas que se cuidaban las piernas, y por eso hoy me acuerdo de la final y siento mucha bronca”; *La Nación*, 16 de octubre de 2001. [N. de la T.]

buenos jugadores que nos enorgullecen en el exterior están actuando patrióticamente. Stabile viaja a Italia no para defender el fútbol de la península sino para defender el fútbol criollo, ya que es un jugador criollo”.<sup>49</sup> Tres días después de su llegada, Stabile marcó tres goles para su nuevo club y pronto se convirtió en la estrella local. Desgraciadamente, su carrera se vio interrumpida luego de que una lesión en una pierna lo alejara del juego por más de un año.



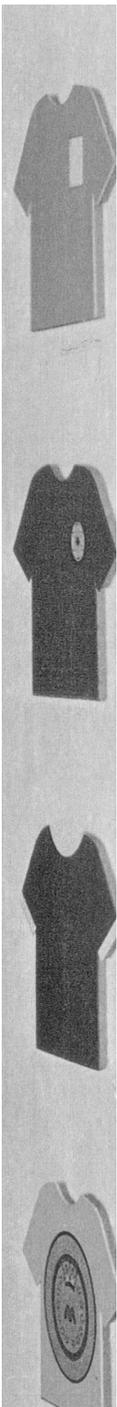
Sin embargo, la corriente migratoria de argentinos continuó y un trío compuesto por Stagnaro, “El Pirata Negro”; Guaita, “El Conejito”, y Scopelli, “El Tano”, fue fichado en 1933 para la Roma. Las discusiones sobre su derecho a representar a Italia continuaron: un periodista, a favor de las importaciones de jugadores, comentó que “si no les permitieran jugar para la selección, sería como negarles las cualidades y los sentimientos de los italianos”.<sup>50</sup> Había tres jugadores importados de la Argentina (Monti, Orsi y Guaita) entre los once italianos que ganaron el título mundial de 1934, pero es interesante señalar que el régimen no hizo hincapié en su rol a la hora de la victoria. Ninguno de ellos, por ejemplo, recibió la condecoración al mérito deportivo de manos del duce. Los tres futbolistas a quienes sí se les dio el premio (Meazza, Allemandi y Ferraris) eran más representativos de las características apreciadas por Mussolini.<sup>51</sup> La situación sería más difícil para los “romanos” al año siguiente.

Tres días antes del comienzo de la temporada 1935-1936, el trío de la Roma dejó Italia para regresar a Sudamérica. La prensa italiana los castigó con dureza, acusándolos, incluso, de haber exportado de manera ilegal oro y dinero. En realidad, los jugadores habían abandonado su “segundo hogar” para evitar tener que participar de la Guerra en Etiopía. En un puro estilo fascista, *Il Littoriale* tituló un artículo “Es repugnante” y emitió la siguiente opinión respecto del trío:

Huyeron como ladrones, con la cabeza gacha y pálidos de ansiedad, pero con las billeteras repletas de dinero italiano. En realidad, son doblemente criminales, porque robaron nuestro dinero y nuestra confianza. Los recibimos como hermanos que volvían a casa, como sangre de nuestra sangre. Les ofrecimos la pasión de nuestras hinchadas, los aplausos de los estadios, dinero y riquezas, y ahora se van como mercenarios. No era italianos. [...] Fundamentalmente, nos sentimos aliviados, porque su partida es una especie de purificación para nuestra nación. No queremos corderos disfrazados de lobos. No queremos seguir alimentando a estas serpientes. Cuando la llamada doble nacionalidad sólo beneficia a falsos italianos, queremos y exigimos una sola ciudadanía. Si son italianos, no pueden compartir su nacionalidad con nada más. [...] Si en Sudamérica existe alguien que no quiere servir a su nación en el ejército y por eso se acuerda de que es italiano y viene a Italia, no lo queremos. No queremos desertores, queremos italianos verdaderos. Para nosotros, estos desertores no existen. Es repugnante.<sup>52</sup>

Bruno Roghi, el editor de la *Gazzetta dello Sport*, consideró el caso de estos jugadores y anticipó el futuro de otros *rimpatriati* de la liga italiana:

Mañana se darán cuenta de que algo se ha roto en sus corazones. Lo miserable de su acción, la vergüenza imborrable sujeta a sus almas permanecerá. [...] A Guaita, Scopelli y Stagnaro les damos el mejor pasaporte: el remordimiento. En relación con aque-



los “italianos de los barcos” que juegan en nuestra liga nacional, sería inhumano apuntarles ahora. En muchas oportunidades hemos expresado nuestras dudas acerca de los beneficios reales que trae para nuestro fútbol el copiar y revisar sus métodos, pero ésta es sólo una cuestión deportiva. En lo moral, estos muchachos necesitan tiempo para ser como nosotros. Sin embargo, no debemos sospechar de manera automática: no todos son como Guaita. En un sentido deportivo, los atletas sudamericanos no le enseñan a los nuestros, porque su estilo es demasiado personal y Orsi, por ejemplo, jamás enseñó nada a nadie, pero muchas veces ha sido puesto como modelo de disciplina y lealtad deportiva. En definitiva, toda la cuestión es muy delicada.<sup>53</sup>

Guaita, era, en realidad, el perfecto ejemplo de un argentino híbrido. Su padre provenía de Lombardía y su madre era española. Después de su regreso a Sudamérica, trabajó como administrador del servicio penitenciario y desarrolló programas de rehabilitación para los reclusos, muchos de los cuales incluían al fútbol.<sup>54</sup> En 1959, sus obituarios a ambos lados del Atlántico lo presentaban como un humanista, un gran deportista y, de manera póstuma, un gran futbolista *italiano*.<sup>55</sup>

Después del episodio del trío, el número de jugadores argentinos en Italia disminuyó de manera considerable. De los treinta y uno que estaban fichados en 1935, sólo quedaban once al año siguiente. Este ejemplo demuestra cómo la cuestión de la migración de futbolistas no puede desconectarse de su contexto político. Es cierto que desde 1933 y con la creación de la AFA, se reconoció por completo el fútbol profesional y eso lo hizo más atractivo para los *criollos*. Pero, al mismo tiempo, la identificación de los jugadores *rimpatriati* con el fascismo hacía difícil su vuelta a la Argentina. En este marco, algunos, como Orsi y Cesarini, regresaron definitivamente a Sudamérica, pero Stabile y media docena de otros ítalo-argentinos consiguieron contratos en Francia. La contribución cuantitativa y cualitativa de la Argentina continuó siendo importante, pero escasa, durante la última década del fascismo y, de manera significativa, ningún otro *criollo* llegó a integrar la selección nacional durante ese período (véanse cuadros 1 y 2).

### Brasileños y uruguayos

En el Brasil de los años 30, el 34,1 por ciento de los cinco millones de inmigrantes eran de origen italiano. Fue en 1870 cuando, por primera vez, los inmigrantes italianos superaron a los portugueses y, hasta la Primera Guerra Mundial, fue Italia la que suministró la mayor parte de los recién llegados.<sup>56</sup> Estos inmigrantes eran sobre todo urbanos: São Paulo y Río de Janeiro tenían las comunidades italianas más grandes. El hecho de que el club deportivo de la colectividad italiana de São Paulo, el Palestra Italia, el más importante en número y prestigio de todas las asociaciones italianas de su tiempo, da cuen-

ta de que el fútbol se había convertido en un pasatiempo de particular importancia para estos inmigrantes. El Palestra contaba con cinco mil socios a principios de la década del 30, mientras que el Instituto Cultural Dante Alighieri, la Sociedad Republicana Oberdan y el Círculo Italiano del Partido Fascista sólo llegaban a unos pocos cientos.<sup>57</sup> La influencia del club se expandió más allá de las fronteras de la comunidad italiana y alcanzó un amplio éxito al ganar once veces el campeonato de São Paulo entre 1909 y 1942.

La actividad del Palestra Italia ayuda a explicar el movimiento general de transferencia de jugadores ítalo-brasileños hacia Italia, ya que catorce de los veintiséis futbolistas brasileños fichados en Italia entre 1929 y 1943 habían sido jugadores del Palestra. A diferencia del caso argentino, estos “italianos” utilizaban el fútbol como un medio para aislarse, y no para integrarse. En un centro urbano en rápida expansión como São Paulo, donde la población se había cuadruplicado entre 1850 y 1920, la inmigración italiana había alcanzado niveles impresionantes. Hacia 1920, se decía que había más italianos en São Paulo que en Venecia. La comunidad mantenía fuertes lazos con Italia. Fue Emmanuele Carta, un fabricante de pastas de São Paulo, quien escribió a la Juventus en 1931 para recomendar la compra de Sernagiotto, un jugador del Palestra Italia.<sup>58</sup> Sernagiotto fue uno de los treinta y nueve futbolistas que cruzaron el Atlántico en el verano de 1931, aunque sólo alrededor de la mitad consiguieron contratos en Italia.<sup>59</sup> Sernagiotto le costó a la Juventus sólo 20 mil liras, la doceava parte del pase más caro del año (la transferencia por 250 mil liras de Colombari del Torino al Nápoles), lo cual mostraba las ventajas económicas del mercado sudamericano. En 1933, durante el pico de emigración brasileña (y de la crisis económica mundial), la Lazio, bajo el patrocinio del general Vaccaro, jefe de la Milicia y presidente de la federación italiana, fichó alrededor de una docena de ítalo-brasileños, incluyendo al director técnico Amílcar Barbuy. A partir de allí, el equipo fue conocido simplemente como la *Brasilazio*.

No obstante, como indican los cuadros 1 y 2, fuera del período 1931-1935, los jugadores profesionales nacidos en Brasil tuvieron un rol apenas marginal en el fútbol italiano si los comparamos con la influencia de los argentinos. Esto puede explicarse, en primer lugar, por la cuestión recurrente de la *saudade*, que sufrían generalmente los brasileños transferidos a Italia. El invierno italiano, que difícilmente fuera frío comparado con los estándares del norte de Europa, representaba un período particularmente difícil para los inmigrantes que extrañaban el hogar. La muerte de Ottavio Fantoni, el central de la Lazio, el 8 de febrero de 1935, tuvo un gran impacto en la actitud de los exiliados brasileños. Fantoni había jugado en la Roma con sus dos primos y participado en un partido con la selección italiana. Sus orígenes italianos eran incuestionables, ya que sus padres habían nacido en Toscana. La prensa lo describía como un profesional, y no como un artista: “Serio, valiente y correcto”. Fantoni había sufrido, a principios de enero, lo que en un primer momento pareció una leve lesión en la nariz, que luego se infectó. Un compañero de equipo, Silvio Piola, recuerda que Fantoni contrajo septicemia y murió soportando terribles dolores en el término de unas semanas.<sup>60</sup> Diez días después murió Frione, un joven mediocampista uruguayo del Ambrosiana-Inter, tres semanas después de un partido contra el Nápoles, durante el cual había contraído neumonía.<sup>61</sup> En ambos casos, la retórica fascista enfatizó el amor que estos jugadores habían demostrado por sus equipos y el orgullo que habían sentido al vol-

**Cuadro 1**  
**Los rimpatriati en la liga profesional italiana (1929-1943)**

Año	Argentina	Brasil	Uruguay	Total
1929-1930	6	2	-	8
1930-1931	12	5	1	18
1931-1932	17	13	4	34
1932-1933	15	15	11	41
1933-1934	22	19	10	51
1934-1935	21	11	13	45
1935-1936	31	7	11	49
1936-1937	11	4	9	24
1937-1938	11	4	14	29
1938-1939	11	2	13	26
1939-1940	19	2	11	32
1940-1941	19	1	8	28
1941-1942	16	-	7	23
1942-1943	16	-	4	20
<b>Total</b>	<b>60</b>	<b>26</b>	<b>32</b>	<b>118</b>

Nota: El cuadro sólo incluye a aquellos que jugaron en la primera y en la segunda división y que provenían de algún club sudamericano. Hemos encontrado alrededor de sesenta jugadores más que venían de Sudamérica y estaban en Italia, pero que nunca jugaron en la liga.

Fuente: R. Barlassina, *Agendino del calcio*, vol. 1-11, Milán, *Gazzetta dello Sport*, 1933-1942; Carlo F. Chiesa y Alessandro Lanzarini, "Il grande libro degli stranieri", suplemento especial, *Guerin Sportivo*, N° 1, 1995.

**Cuadro 2**  
**Participación de los rimpatriati en la selección italiana (1929-1943)**

Jugador	País de origen	Partidos con la selección italiana	Premios más importantes
Orsi	Argentina	35	Copa del Mundo 1934
Andreolo	Uruguay	26	Copa del Mundo 1938
Monti	Argentina	18	Copa del Mundo 1934
Lobonatti	Argentina	17	Copa Centroeuropea 1927-1928
Demaria	Argentina	13	Copa del Mundo 1934
Cesarini	Argentina	11	Copa Centroeuropea 1927-1928
Guaita	Argentina	10	Copa del Mundo 1934
Guarisi	Brasil	6	Copa del Mundo 1934
Faccio	Uruguay	5	
Sansone	Uruguay	3	Copa Centroeuropea 1927-1928
Fedullo	Uruguay	2	
Mascheroni	Uruguay	2	
O. Fantoni	Brasil	1	
Puricelli	Uruguay	1	
Scopelli	Argentina	1	

Fuente: Fabricio Melegari (ed.), *Almanacco illustrato del calcio 1999*, Modena, Panini, 1998.

ver a Italia. Se sugirió, incluso, que habían estado preparados para morir con los colores de su equipo cerca del corazón. Por supuesto, estos incidentes intranquilizaron a los sudamericanos. Era claro que estaban listos para ganarse el pan en Italia, pero estaban seguros de que no estaban preparados para morir lejos de casa.

La segunda razón para la marginación de los brasileños fue la dificultad que demostraron a la hora de integrarse a la sociedad italiana. A los jugadores se los acusaba de hacer pocos esfuerzos para aprender italiano, lo que provocaba crecientes tensiones y rivalidades en los vestuarios. Como resultado, los directores y simpatizantes de los clubes miraban con desconfianza la identidad y calidad real de las "maravillas" brasileñas. Los *rimpatriati* brasileños no triunfaron de ninguna manera en Italia. En febrero de 1933 llegaron a Nápoles cuatro jugadores del Palestra Italia que fueron presentados como verdaderos campeones. Se fueron en circunstancias menos exitosas: Ragusa y Goliardo sólo jugaron un partido de la liga, Santillo dos y Barilotti no llegó a participar ni una vez en su equipo. Hasta hoy, estos jugadores son recordados en las historias del Nápoles como *i bidoni brasiliani*, los estafadores brasileños.<sup>62</sup>

A ambos lados del Atlántico se debatió acaloradamente respecto de los verdaderos orígenes italianos de estos brasileños. El Torino, por ejemplo, mandó de vuelta a Brasil a Bertini para probar su ciudadanía italiana porque "la federación ha recibido rumores de Sudamérica que cuestionan la verdadera identidad italiana del jugador".<sup>63</sup> Es cierto que algunos jugadores cambiaban sus apellidos para hacer más plausibles sus raíces italianas y mejorar así sus oportunidades de venta, pero la mayoría no necesitaba hacerlo, ya que habían participado de manera activa en la comunidad italiana antes de llegar a Europa. Este énfasis en la verdadera "italianidad" excluía de manera explícita a aquellos que eran negros, los cuales, a su vez, estaban comenzando a tener un peso significativo en el fútbol brasileño caracterizado por ser multirracial.<sup>64</sup> Es interesante señalar que los futbolistas migrantes usaban distintos nombres en los dos países. Los jugadores, que en Brasil eran conocidos sólo por sus "nombres artísticos", eran obligados en Italia a usar sus apellidos italianos. Así, Filò en Brasil fue Guarisi en Italia, Ratto fue Castelli y Pepe se convirtió en Rizzetti. Esta "doble personalidad" es emblemática de la compleja posición en la que se encontraba esta segunda generación de inmigrantes. Desde mediados de la década del 30 se habían alzado críticas en Italia respecto de la compra de sudamericanos: "Estamos cansados de los «italianos» que no saben hablar italiano, que no ayudan a sus compañeros de equipo. Puede sonar xenófobo, pero preferimos la industria nacional".<sup>65</sup> En 1941, cuando Brasil entró en la guerra por el lado aliado, se desmantelaron las organizaciones y sociedades italianas. El Palestra Italia se transformó en el Palmeiras y los poco ítalo-brasileños que quedaban fueron expulsados de Italia.

Junto con los argentinos y los brasileños, la tercera emigración más importante desde Sudamérica fue la de los uruguayos. Como muestra el cuadro 1, sus viajes transatlánticos comenzaron más tarde, pero pueden interpretarse como la influencia más duradera de las tres. Como la Juventus y el Genoa con los argentinos, y la Lazio y el Napoli con los brasileños, hubo ciertos equipos que se especializaron en la importación de uruguayos. En el Bologna jugaron Fedullo, Ochiuzzi, Sansone, Albanese, Andreolo, Porta, Liguera y Puricelli,



mientras que Pedro Petrone, el centro delantero de la selección uruguaya, optó por la Fiorentina; pronto lo siguieron Laino, Gringa, Sarni y Antonioli. En el Inter, los dos campeones mundiales Mascheroni y Scarone fueron acompañados por los hermanos Frione, Facio, Porta y Tambasco. Su presencia tuvo cierta importancia para el fútbol italiano. Aunque Andreolo se convirtió en el único *rimpatriato* que se consagró campeón con la selección de Italia en la Copa del Mundo de 1938, la contribución de los uruguayos en el Bologna fue esencial y duradera. Sansone jugó como titular durante diez temporadas, Fedullo y Andreolo en nueve y Puricelli en cinco.<sup>66</sup>

En 1989, Raffaele Sansone relató las circunstancias que guiaron su fichaje para el Bologna a los veintiún años:

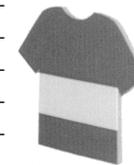
En 1929 y 1930, en Uruguay todavía no había reconocimiento profesional para el fútbol. Jugué en Peñarol mientras trabajaba como albañil construyendo el Estadio Centenario para la Copa del Mundo. El club me daba algún dinero extra por los partidos, pero no era un verdadero salario. Por esa época, mi amigo Fedullo jugaba para el Bologna, y había mencionado mi nombre a los directores del club, que estaban buscando fichar nuevos uruguayos y tenían una especie de agente viviendo en Montevideo. Esta persona vino a ofrecerme un contrato, el cual acepté de inmediato y un mes después llegué vía Génova. [...] No tuve problemas graves con el italiano, porque en casa mis padres hablaban una mezcla de italiano y español. Una vez en el Bologna, Fedullo me presentó a todos los jugadores.<sup>67</sup>

En el Bologna, todos los jugadores mostraron un cariño explícito hacia su segundo hogar. A excepción de Fedullo, todos se casaron con mujeres italianas y se radicaron en la península una vez terminadas sus carreras.<sup>68</sup> Ettore Puricelli trabajó como entrenador en varios clubes de la Serie A, incluyendo al Milan y al Foggia, hasta que decidió retirarse en Roma cuando tuvo suficiente como para comprar una casa confortable,<sup>69</sup> mientras Andreolo, que supo ser el más exitoso de todos, tuvo que conformarse con aceptar un trabajo como entrenador en el pobre y sureño pueblo de Potenza, donde murió en 1981. Por contraste, Petrone, uno de los jugadores más populares y mejor pagos de su tiempo, terminó sus días como verdulero en el mercado de Montevideo después de haber trabajado como camarero en un hotel.

Giuseppe Meazza, capitán de la selección italiana de 1938, resumió así la contribución de los sudamericanos en su época: "Teníamos una afinidad de carácter con los sudamericanos; su superioridad en el control de la pelota y sus técnicas de gambeta nos ayudaron inmensamente".<sup>70</sup> Una opinión más reciente agregó: "Era raro que fracasaran. La mayoría pertenecía claramente a un grupo que estaba por encima del resto. Eran campeones muy superiores".<sup>71</sup> Como se desprende del cuadro 2, estos inmigrantes no sólo fueron funcionales para el desarrollo del fútbol en los clubes sino que influyeron de manera importante en el equipo nacional. El significado de su legado se hizo evidente durante el Mundial de 1978 en la Argentina: la selección italiana invitó a Orsi y a Monti, a esa altura dos hombres mayores que vivían en Buenos Aires, a presenciar todos sus partidos en calidad de invitados de honor en reconocimiento de los lazos que habían establecido con el fútbol de Italia.



Desde la década del 30, el futbolista extranjero tuvo una nueva y emocionante resonancia. Tanto los directivos de los clubes como los simpatizantes comenzaron a leer el arribo de los barcos como la promesa de la llegada de un salvador, un jugador que fuera capaz de cambiar la suerte del equipo. Al mismo tiempo, sin embargo, los barcos traían el sentimiento de riesgo y ansiedad asociados a la idea de que el "artista", afectado por la *saudade*, podría irse por la noche en el vapor que lo llevara de nuevo a Sudamérica. En suma, el fichaje de jugadores americanos era acompañado de pensamientos contradictorios que aunaban expectativas y desilusión.



La experiencia en Italia fue única, pero hay que señalar que algunos sudamericanos jugaron en Francia y en España en los años 30. El Sochoux, equipo perteneciente a la compañía automotriz Peugeot, siguió el ejemplo de la Juventus y comenzó a contratar jugadores sudamericanos de origen francés. Entre 1934 y la Segunda Guerra Mundial jugaron para el club cinco uruguayos y tres argentinos. Uno de ellos, Conrad Ross, fue en un principio entrenador y jugador, mientras que Pedro Duhart y Héctor Cazenave tuvieron tanto éxito que fueron seleccionados para el equipo nacional. Por contraste, Irrigaray e Iturbide, dos jugadores de raíces vascas, y Miguel Ángel Lauri, jugador titular de la selección argentina, tuvieron un impacto mucho menos significativo. Según los reportes, existían profundas diferencias entre los sudamericanos y el resto de los jugadores de los equipos.<sup>72</sup> Alrededor de dos docenas de argentinos participaron de la liga francesa en el curso de la década del 30. La mitad de ellos, incluyendo a Scopelli y a Stabile, llegaron desde Italia en la época de la expedición a Etiopía.<sup>73</sup> Otro argentino, que había comenzado su carrera en Marruecos, iba a alcanzar gran fama: Helenio Herrera jugó en la segunda división para el Charleville y el Roubaix antes de comenzar su carrera como mánager en Francia. Los brasileños eran una rareza en ese país y hubo sólo dos jugadores en clubes franceses; uno de ellos, el arquero mulato del Marseilles en los 30, era conocido en Brasil como Jaguare y en Francia como Vasconcellos.<sup>74</sup> El balance de la influencia sudamericana en Francia puede caracterizarse como marginal cuando se la compara con aquella de los británicos o los europeos del este, cuestión que puede explicarse por la insignificante presencia de inmigrantes franceses en Sudamérica.

No se puede decir lo mismo en el caso de España. En los años previos a la Guerra Civil, un número importante de famosos jugadores sudamericanos arribó a la península, si bien no todos fueron recibidos con los brazos abiertos. El uruguayo Scarone sufrió el boicot de sus compañeros en el Barcelona de 1926: su inmenso talento futbolístico no alcanzó, a los ojos de sus colegas, para compensar su acento colonial y su pasado de clase obrera.<sup>75</sup> Las circunstancias también conspiraron contra Enrique Fernández, miembro de la selección uruguaya campeona del Mundial de 1930, que jugó para el Barcelona desde 1934 hasta 1936. Mientras pasaba sus vacaciones en Uruguay en el verano de 1936, el club le pidió que no regresara a causa de la Guerra Civil.<sup>76</sup> Jaguare-Vasconcellos, antes de ir al Marseilles, y Dos Santos, conocido en Brasil como Fausto, fueron las primeras estrellas negras del Vasco da Gama,<sup>77</sup> y también jugaron por un corto período en el Barcelona, mientras que otro compatriota, Giudicelli, pasó del Torino al Real Madrid. En general, sin embargo, el impacto de jugadores sudamericanos en España antes de 1939 fue muy limitado.

La disrupción causada por la Guerra Civil y por la Segunda Guerra Mundial afectó sin lugar a dudas a los inmigrantes sudamericanos en Europa. En algunos casos llegó a producir el inusual fenómeno de migración inversa (de Europa a América). Isidro Langara y Ángel Zubieta, dos jugadores vascos del Bilbao, fueron republicanos que, con la victoria de Francisco Franco, decidieron establecerse en la Argentina mientras completaban una gira por Sudamérica con la escuadra vasca. Fueron contratados por San Lorenzo y se convirtieron en estrellas del equipo: Langara, incluso, llegó a encabezar la lista de goleadores de 1942. Para no ser menos, River Plate también tuvo a su vasco: Cil Lauren. Lo cierto es que la mayoría de los jugadores de la selección vasca se quedó en Latinoamérica, por lo general en México y Chile, y sólo dos futbolistas decidieron regresar a la España franquista.<sup>78</sup>

La Segunda Guerra Mundial tuvo, además, el efecto de empujar a la mayoría de los sudamericanos fuera de Francia. Entre el otoño de 1939 y la primavera de 1940 muchos optaron por el calmo Portugal para continuar con sus carreras futbolísticas. Una vez más, Jaguare-Vasconcellos dejó el Marseilles para ficharse en el Porto, junto con Hermes Borges del Antibes. Los argentinos Raúl Sbarra, los hermanos Héctor y Horacio Tellechea, junto con Oscar Tarrío y Scopelli, permanecieron en Portugal durante varios años como jugadores y luego como técnicos. De esta manera, la inmigración sudamericana anterior a 1939 se reconcentró en los países latinos del sur, influyendo apenas sobre el resto de Europa.

Hemos visto cómo, a partir de mediados de los años 20, se inició la demanda de talentos a partir del impacto causado en Europa por el desempeño de los futbolistas sudamericanos. Se iniciaba así un intercambio en el cual se jugaron elementos asociados a las migraciones, emigraciones o repatriaciones, según se consideraron en el momento. En ese proceso interactuaron elementos estrictamente deportivos con otros asociados a la evolución de los medios de comunicación, y a la transformación de los cracks en vedettes. A su vez, se plantearon problemas asociados a las normas legales que dieron origen a debates en torno del origen de los talentos en los que fueron importantes cuestiones de “sangre”, culturales y étnicas, en las cuales se ponía en cuestión la ciudadanía y la nación.

(Traducción: Melina Graves)

## Notas

<sup>1</sup> *Le Miroir des Sports*, 18 de junio de 1924.

<sup>2</sup> Maurice Pefferkorn, *Football, joie du monde*, París, Susse, 1944, pp. 14-15.

<sup>3</sup> Jacques de Ryswick, *100.000 heures de football*, París, Table Ronde, 1962, p. 45.

<sup>4</sup> *Le Miroir des Sports*, 12 de junio de 1924. Esta opinión no era compartida por todos los comentaristas franceses. Edgar Lenglet escribió: “Estoy convencido de que un gran equipo como el londinense Corinthians de antes de la guerra, formado por amateurs ingleses, le hubiera ganado a Uruguay”, *Encyclopédie des sports*, París, Librairie de France, 1924, vol. II, p. 156.

<sup>5</sup> Brian Glanville, *Soccer Round the Globe*, Londres, Sportman's Book Club, p. 90; Luciano Sbarra, *Storia del calcio (1863-1963)*, Bolonia, Palmaverde, 1964, p. 68; M. Pefferkorn, ob. cit., p. 15,

habla del “sabor picante” de los uruguayos y de la “seductora indiferencia del elástico Andrade, que lo convirtió inmediatamente en un ídolo popular”.

<sup>6</sup> *El Gráfico*, 16 de junio de 1928, citado en Eduardo Archetti, “Tango et football dans l'imagerie nationale argentine”, *Sociétés et Représentations*, 7 de diciembre de 1998, pp. 117-127.

<sup>7</sup> Roberto da Matta, *Universo do futebol. Esporte e sociedade brasileira*, Río de Janeiro, Pina-kotheke, 1982, p. 28; una versión abreviada en francés puede leerse en Roberto da Matta, “Notes sur le football brésilien”, *Le Débat*, 19 de febrero de 1982, pp. 68-76.

<sup>8</sup> Tony Mason, *Passion of the People? Football in South America*, Londres, Verso, 1994, pp. 15-26. El autor titula uno de sus capítulos “English Lessons” y ofrece un relato detallado de las giras británicas previas a la guerra. Sin embargo, no menciona los viajes de equipos no ingleses. Para otros relatos de los *tours* británicos, véase Alain Fontan, *Divin football brésilien*, París, Table Ronde, 1963, pp. 27-29; Bill Murray, *Football: A History of the World Game*, Aldershot, Scholar, pp. 114-121.

<sup>9</sup> V. Pozzo, *Campioni del mondo. Quarant'anni di storia del calcio italiano*, Roma, CEN, 1960, p. 32. Incluye varias fotografías del viaje en su autobiografía. Para él y para muchos otros, la revelación del fútbol sudamericano fue enorme; véase P.L. Brunori, *Torino: Superga nella sua storia*, Florencia, M'Litograph, 1981, p. 39.

<sup>10</sup> La oposición entre los clubes ingleses y los equipos que surgían de movimientos de gimnastas como Gimnasia y Esgrima llevaron a la creación, en 1915, de la Asociación del Fútbol Argentino (AFA), que se afilió a la FIFA; véase Ernesto Escobar Bavio, *El football en el Río de la Plata (desde 1893)*, Buenos Aires, Editorial Sports, 1923, p. 11. Fernando Alonso (ed.), *Cien años con el fútbol*, Buenos Aires, Manrique Zago, 1993, p. 32; Julio D. Frydenberg, “Redefinición del fútbol aficionado y del fútbol oficial: Buenos Aires 1912”, en P. Alabarces, R. Di Giano y J. Frydenberg (eds.), *Deporte y sociedad*, Buenos Aires, Buenos Aires, Eudeba, 1998, pp. 51-65. Existe mucho material sobre los orígenes ingleses del fútbol sudamericano en inglés: Allen Guttmann, *Games and Empires: Modern Sports and Cultural Imperialism*, Nueva York, Columbia University Press, 1994, pp. 56-63; T. Mason, ob. cit., pp. 1-26.

<sup>11</sup> Sobre la gira del Genoa, véase G. Brera y F. Tornati, *Genoa, Amore mio*, Florencia, Ponte alle Grazie, 1991, pp. 104-105; sobre el Bologna, Gianni Marchesini, *La storia del Bologna*, Florencia, Casa dello Sport, 1988, p. 107; sobre el Español y el Barcelona, J. García Castell, *Història del futbol català*, Barcelona, Aymà, 1968, pp. 163-166, 183-184.

<sup>12</sup> E. Escobar Bavio, ob. cit., pp. 17-90, ofrece un registro preciso de todos los partidos jugados por los equipos en gira.

<sup>13</sup> Ídem, pp. 87-90.

<sup>14</sup> *El Mundo Uruguayo*, 10 de agosto de 1929. (Agradecemos especialmente a Eduardo Gutiérrez Cortinas por los recortes de periódicos y las biografías de jugadores uruguayos.)

<sup>15</sup> Sobre la inmigración italiana en Argentina, véase Fernando Devoto y Gianfausto Rosoli (eds.), *L'Italia nella società Argentina*, Roma, 1988.

<sup>16</sup> Eduardo Archetti, “Argentinien”, en C. Eisenberg (ed.), *Futball, Soccer, Calcio. Ein englischer Sport auf seinem Weg um die Welt*, Munich, DTV, 1997, p. 155. Del mismo autor, “Argentina and the World Cup: in Search of National Identity”, en J. Sugden y A. Tomlinson (eds.), *Hosts and Champions. Soccer, Cultures, National Identity and the USA World Cup*, Aldershot, Arena, 1994, pp.

37-63; “Estilos y virtudes masculinas en *El Gráfico*: la creación del imaginario del fútbol argentino”, *Desarrollo Económico*, N° 35, 1995, pp. 419-442.

<sup>17</sup> E. Archetti, *Masculinities: Football, Polo and the Tango in Argentina*, Oxford, Berg, 1999, pp. 46-76.

<sup>18</sup> Gianni Brera, *Il mestiere del calciatore*, Milán, Baldini y Castoldi, 1994, p. 143.

<sup>19</sup> E. Archetti, “Fútbol: imágenes y estereotipos”, en Fernando Devoto y Marta Madero (eds.), *Historia de la vida privada en Argentina*, vol. 3, Buenos Aires, Taurus, 1999.

<sup>20</sup> G. Brera, ob. cit., p. 141.

<sup>21</sup> Nicolas Shumway, *The Invention of Argentina*, Berkeley, University of California Press, 1991, pp. 275-276.

<sup>22</sup> Ídem, p. 70.

<sup>23</sup> Osvaldo Bayer, *Fútbol argentino*, Buenos Aires, Sudamericana, 1990, p. 27.

<sup>24</sup> Paul Dietschy, “Football et société à Turin 1920-1960”, tesis de doctorado no publicada, Universidad de Lyon, 1997, p. 103.

<sup>25</sup> Guglielmo Tornabuoni, *L'ascesa del calcio in Italia*, Milán, Gazzetta dello Sport, 1932, p. 75; P.L. Brunori, *Torino*, p. 50.

<sup>26</sup> P.L. Brunori, *AS Roma: dal Testaccio alla dimensione vertice*, Florencia, M'Litograph, 1981, p. 41.

<sup>27</sup> *Le Miroir des Sports*, 19 de junio de 1928.

<sup>28</sup> *La Gazzetta dello Sport*, 4 de octubre de 1928.

<sup>29</sup> *La Gazzetta dello Sport*, 26 de octubre de 1928.

<sup>30</sup> *La Gazzetta dello Sport*, 26 de octubre de 1928.

<sup>31</sup> Ferruccio Pastore, “Droit de la nationalité et migrations internationales: le cas italien”, en P. Weil y R. Hansen (eds.), *Nationalité et citoyenneté en Europe*, París, La Découverte, 1999, pp. 95-116.

<sup>32</sup> *La Gazzetta dello Sport*, 5 de octubre de 1928. Es importante señalar que en ese momento había en la Argentina ochocientas mil personas con pasaporte italiano.

<sup>33</sup> A. Papa y G. Panico señalan esta cuestión en su *Storia sociale del calcio in Italia*, Bolonia, Il Mulino.

<sup>34</sup> *Guerin Sportivo*, 10 de octubre de 1928.

<sup>35</sup> *Il Littoriale*, 6 de octubre de 1928.

<sup>36</sup> *Il Regime Fascista*, 25 de junio de 1933.

<sup>37</sup> H.S. Ferns, *National Economic Histories: The Argentine Republic (1516-1971)*, Newton Abbot, David & Charles, 1973, pp. 116-138.

<sup>38</sup> *La Stampa*, 14 de febrero de 1930; véase además P. Dietschy, ob. cit., pp. 272-277.

<sup>39</sup> O. Bayer, ob. cit., p. 45; P. Dietschy, ob. cit., p. 277.

<sup>40</sup> *Guerin Sportivo*, 10 de octubre de 1928.

<sup>41</sup> *La Nazione*, 31 de mayo de 1934. Claramente, Orsi tocaba el bandoneón, pero los comentaristas italianos parecen no haber apreciado la diferencia entre este instrumento y el acordeón europeo.

<sup>42</sup> Renato Tavella y Franco Ossola, *Il romanzo della grande Juventus*, Milán, Newton and Compton, 1997, p. 94.

<sup>43</sup> O. Bayer, ob. cit., p. 37.

<sup>44</sup> Ariel Scher y Héctor Palomino, *Fútbol, pasión de multitudes y de elites*, Buenos Aires, CISEA, 1988, pp. 26-27.

<sup>45</sup> Alain Rouquié, *Pouvoir militaire et société politique en République Argentine*, París, Presses de la Fondations des Sciences Politiques, 1977, pp. 207-17.

<sup>46</sup> Felice Fabricio, *Sport e fascismo: la politica sportiva del regime (1924-1936)*, Rimini-Florencia, Guaraldi, 1976, p. 63; A. Papa y G. Panico, ob. cit., pp. 158-163.

<sup>47</sup> Sobre Stabile, véase *Guerin Sportivo*, 14 de octubre de 1981.

<sup>48</sup> *Match*, 26 de abril y 24 de mayo de 1938.

<sup>49</sup> *El Gráfico*, N° 589, 1930, p. 37, citado en E. Archetti, *Masculinities*, p. 65.

<sup>50</sup> *Gazzetta dello Sport*, 27 de enero de 1933.

<sup>51</sup> F. Gargani, *Italiani e stranieri alla mostra della rivoluzione fascista*, Roma, Saie, 1935, p. 550.

<sup>52</sup> *Il Littoriale*, 23 de septiembre de 1935.

<sup>53</sup> *Gazzetta dello Sport*, 24 de septiembre de 1935.

<sup>54</sup> L. Serra, ob. cit., p. 102.

<sup>55</sup> *Il Calcio Illustrato*, 29 de marzo de 1964.

<sup>56</sup> E. Bradford Burns, *A History of Brazil*, Nueva York, Columbia University Press, 1993, pp. 216, 315.

<sup>57</sup> Angelo Trento, “Le associazioni italiane a São Paulo”, en F.J. Devoto y E.J. Minguez (eds.), *Asociacionismo, trabajo e identidad étnica. Los italianos en América Latina en una perspectiva comparada*, Buenos Aires, CEMLA, 1992, pp. 31-57.

<sup>58</sup> *Guerin Sportivo*, 20 de junio de 1984.

<sup>59</sup> Waldenyr Caldas, *O pontapé inicial: memoria do futebol Brasileiro (1894-1933)*, São Paulo, Ibrisca, 1990, pp. 202-203.

<sup>60</sup> Marco Barberis, *La leggenda di Silvio Piola*, Milán, Sugarco, 1986, p. 29; *Gazzetta dello Sport*, 9-10 de febrero de 1935.

<sup>61</sup> *Gazzetta dello Sport*, 19 de febrero de 1935.

<sup>62</sup> G. Nicolini, *La storia del Napoli*, Roma, Editrice Italiana, 1967, p. 52.

<sup>63</sup> *Gazzetta dello Sport*, 22 de enero de 1933.

<sup>64</sup> Sergio Leite Lopes y Jean-Pierre Faguer, “L'invention du style brésilien. Sport, journalisme et politique au Brésil”, *Actes de la recherché en sciences sociales*, N° 103, junio de 1994, pp. 27-35.

<sup>65</sup> Ermanno Santoro, “Dei calciatori di importazione”, *Milano*, 19 de marzo de 1934, citado en Felice Fabricio, “Funzione e strumentalizzazione dell’attività ginnico-sportiva diletantistica e professionale in Italia nei contesti del regime fascista: dalle olimpiadi del 1924 a quelle del 1936”, tesis doctoral inédita, Università Cattolica Milan, 1973, p. 196.

<sup>66</sup> Pierre Lanfranchi, “Bologna, the team that shook the world”, *International Journal of the History of Sport*, vol. 8, N° 3, 1989, p. 342.

<sup>67</sup> Entrevista del autor con Raffaele Sansone en Bolonia, 21 de julio de 1989.

<sup>68</sup> Rafael Byce, *100 años de fútbol*, Montevideo, 1970, p. 509; *Il Calcio Illustrato*, 26 de abril de 1964.

<sup>69</sup> *Guerin Sportivo*, 24 de septiembre de 1986.

<sup>70</sup> *Lo Sport Illustrato*, 5 de agosto de 1954.

<sup>71</sup> Angelo Rovelli, “Il romazo degli stranieri”, en L. Giannelli (ed.), *100 anni di campionato di calcio*, Florencia, Scramasax, 1997, p. 52.

<sup>72</sup> Alfred Wahl y Pierre Lanfranchi, *Les footballeurs professionnels des années trente à nos jours*, París, Hachette, 1995, p. 96.

<sup>73</sup> M. Barraud, *Dictionnaire des footballeurs étrangers du championnat professionnel français (1932-1997)*, París, L’Harmattan, 1998, pp. 23-24.

<sup>74</sup> L. Grimaud y A. Pèrechal, *La grande histoire de l’OM*, París, Robert Laffont, 1984, p. 204 escribieron que “el Jaguar fue casi un héroe mítico en el Marseilles”.

<sup>75</sup> A. Closa y J. Blanco, *Diccionari del Barça*, Barcelona, Enciclopèdia Catalana, 1999, p. 345; José Luis Marco y Antonio Hernández, *CF Barcelona Campeones*, Madrid, Mirasierra, 1974, p. 62.

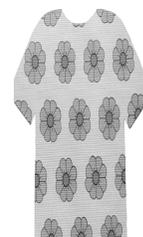
<sup>76</sup> A. Closa y J. Blanco, ob. cit., p. 142.

<sup>77</sup> S. Leite Lopes, “L’invention du style brésilien”.

<sup>78</sup> Joseba Gotzon Varela Gómez, *Historia de la selección de fútbol en Euskadi*, Bilbao, Beitia, 1998; Patxo Unzueta, “Fútbol y nacionalismo vasco”, en S. Seguro (ed.), *Fútbol y pasiones políticas*, Madrid, Debate, 1999, pp. 147-1467; Manuel Leguineche, Patxo Unzueta y Santiago Seguro, *Athletic 100: conversaciones en La Catedral*, Madrid, El País-Aguilar, 1998, pp. 37-38.

## El “calcio” y el régimen El fútbol italiano durante el “ventennio” fascista

Paul Dietschy\*



El 29 de mayo de 1927 el rey de Italia, Vittorio-Emmanuele III, inauguraba el estadio del Littoriale de Bolonia, rodeado de los ras fascistas Balbo, Turati y Arpinati en ocasión de un partido de fútbol en el que se enfrentaron Italia y España. El Littoriale, primer recinto deportivo de envergadura construido por el régimen de Benito Mussolini, era una prueba de la reciente atención que el Estado italiano dedicaba a los ejercicios corporales y a las competiciones atléticas. A ese partido que ganó la *squadra azzurra* por dos a cero asistieron más de setenta mil espectadores. Ante tanto fervor popular, el soberano habría dicho que “ahora comprendía por qué el príncipe Umberto, mi hijo, se entusiasmaba tanto por los partidos que se jugaban todos los domingos en la Alta Italia”.<sup>1</sup> El partido Italia-España, que no sólo atrajo a los habitués de los partidos de fútbol sino también a “gente que ignoraba por completo las cuestiones del deporte”, bien podía ser visto como la consagración del fútbol en tanto deporte favorito de las multitudes urbanas italianas y vitrina deportiva del régimen.

Sin embargo, un año más tarde Lando Ferretti, presidente del Comité Olímpico Nacional Italiano (CONI) nombrado por el gobierno, escribía: “Es cierto que el fútbol ha contribuido con potencia al ascenso [deportivo], pero el profesionalismo naciente y las rivalidades regionales tan violentas que suscita comprometen su futuro desarrollo”.<sup>2</sup> Si bien no se trataba de una condena definitiva del juego, las reticencias de Ferretti en momentos en que el fútbol permitía transformar la inauguración de uno de los emblemas de la nueva arquitectura italiana en una empresa de movilización de masas, ilustran el carácter ambivalente de la actitud del poder fascista respecto del fútbol. Aunque esas reservas estaban profundamente ancladas en las formas que tomó el desarrollo de este deporte-rey en los años 20, pueden ser retomadas, en buena medida, en relación con los años del consenso. El fútbol, disciplina importada del extranjero que valorizaba el profesionalismo y reforzaba el sentimiento de pertenencia a una ciudad o a un sector particular de la sociedad urbana, no respondía estrictamente a los valores del deporte fascista: la exaltación de la raza itálica, el espíritu de sacrificio y la unidad en torno de las “*fascas del lictor*”. Dicho de otro modo, parecía difícil compatibilizar al fútbol con las liturgias “de armonía colectiva” que el régimen y Mussolini iban instalando progresivamente;<sup>3</sup> pero en vista de su poder de seducción y, en particular, de su capacidad para representar simbólicamente el poderío de una nación y de un Estado en los Juegos Olímpicos y más tarde, a partir de 1930, en la Copa del Mundo, las autoridades deportivas del régimen debían en el peor de los casos acostumbrarse a su

\* Institut d’Études Politiques de Paris.



existencia, y en el mejor de los casos intentar disimular sus aspectos más chocantes.

En este artículo analizaremos esa relación contradictoria que existió desde la llegada de Mussolini al poder en octubre de 1922 hasta la caída de la República de Salò, en la primavera de 1945. En primer lugar, nos referiremos a los primeros contactos, difíciles, entre una actividad deportiva que alteraba el orden público y un régimen que buscaba respetabilidad. Luego, veremos que el carácter profesional del fútbol pudo haber hecho pasar a las jerarquías apasionadas por el deporte de una predisposición favorable a la desconfianza, pasando por el rechazo. Al filo de los años 30 estas reservas llevaron a reubicar al fútbol en la escala de los deportes fascistas, por un lado en relación con los deportes básicos como la natación o el atletismo, verdaderas propedéuticas de la instrucción militar, y por el otro en relación con los demás deportes colectivos, como el rugby o la *volata*. De todas maneras, el fútbol también tuvo que ver con una historia más general: la pelota encontró su lugar en la política de consenso que llevó adelante el régimen a fines de los años 20 y participó, en cierta medida, en la afirmación de la potencia italiana. Por último, nos preguntaremos si el fútbol del *ventennio* perduró durante los años de la guerra y luego de la liberación del país.



### El poder fascista frente a la violencia de los hinchas (1922-1925)

Génova está de duelo. No queda un solo café ni un quiosco donde la gente no hable, no discuta, no se queje. ¿La Conferencia? ¿A quién le preocupa? Esta tarde, esa media docena de hombres que pretenden reconstruir Europa bien pueden reunirse para tomarse unos “cock-tail”. El acontecimiento que realmente importa es la derrota del Génova. Veinte mil personas asistieron al partido y divulgaron por todos lados la triste noticia. La pasión de multitudes existe.<sup>4</sup>



Pasión de multitudes desde el inicio de la posguerra, el fútbol tendió a convertirse en un espectáculo de masas con fuerte poder emocional, a tal punto que *L'Ordine Nuovo*, un periódico serio y revolucionario, le dedicó una página completa todos los lunes durante 1921 y 1922. Según el cotidiano de Antonio Gramsci, la derrota del más antiguo de los clubes italianos en la final del campeonato de Italia del norte había sumido en la consternación al puerto de Liguria, con lo cual la conferencia internacional que debía ocuparse de los grandes problemas económicos de la posguerra quedó relegada a un lugar de preocupación fútil y sin importancia. Detrás de la humorada y la ironía lanzada contra los representantes de las potencias capitalistas, se insinuaba así el irresistible poder de atracción que ya parecía ejercer el fútbol. Por aquel entonces, sin embargo, el nuevo poder surgido de la marcha sobre Roma de oc-



tubre de 1922 y la instauración de la dictadura en enero de 1925, y sus representantes en provincia, los prefectos, abordaron el fenómeno del fútbol por el lado negativo de ese entusiasmo popular. En efecto, los primeros éxitos populares del fútbol italiano no transcurrieron sin que se produjeran desbordes. De manera abierta de 1920 a 1925 y de forma más larvada luego, la violencia de los hinchas acompañó tanto los partidos entre los equipos más importantes como aquellos que enfrentaban a equipos de segunda línea. Como sucediera durante los primeros decenios del profesionalismo inglés, cuando se veía a los hinchas ingresar al campo de juego, perseguir a los árbitros y atacar a los jugadores del adversario,<sup>5</sup> el auge del fútbol llegó acompañado de prácticas de fanatismo más o menos agresivas.

Al analizar estos fenómenos en una escala que va de los incidentes más o menos habituales a los enfrentamientos marcados por la utilización de armas de fuego, se puede establecer una tipología de la violencia deportiva.<sup>6</sup> En primer lugar, se trataba de la tensión vida habitualmente en los estadios, expresión de una cultura masculina y viril, en la cual el desafío y la voluntad de “hacerse respetar” podían provocar algunos gestos violentos. En 1919, por ejemplo, hubo un caso de hinchas que asistían al partido Pro Vercelli-Juventus de Turín en Piamonte que, según el relato de *La Stampa*, “no dudaron en lanzarse a protagonizar escenas de boxeo”.<sup>7</sup> El segundo nivel de violencia deportiva consistía en las invasiones al campo de juego, aparentemente frecuentes –según el testimonio de *L'Ordine Nuovo*, que en marzo de 1922 mencionaba “una de las invasiones habituales del campo de juego por parte del público”–.<sup>8</sup> Sin embargo, la invasión podía ser de naturaleza muy diversa: podía resultar relativamente pacífica o totalmente hostil. En el último caso, los hinchas perseguían a los jugadores visitantes para “arreglar cuentas”. Eso es lo que hicieron en enero de 1922 en el centro industrial de Prato, cerca de Florencia, donde diez jugadores del equipo visitante de Livorno resultaron heridos, y el decimoprimer solo pudo salvarse gracias a la protección de su padre “que se defendió revólver en mano”.<sup>9</sup>

Por lo demás, se puede aplicar al fútbol italiano de los años 20 la apreciación de Tony Mason según la cual “los árbitros nunca han sido precisamente figuras demasiado populares”.<sup>10</sup> Las invasiones al campo de juego también tenían la finalidad de castigar a los árbitros culpables de no haber sabido dirigir un partido correctamente. A veces, el árbitro era incluso perseguido fuera del estadio. Así, en 1928, cuando ya había disminuido la violencia de los hinchas, el director de juego de Torino, Silo Galassi, tuvo que escapar corriendo perseguido por los *tifosi* florentinos. Solo pudo escapar de ellos subiéndose a un tren en marcha y permaneciendo más de doscientos metros colgado de la puerta de un vagón.<sup>11</sup>

Aunque la perseverancia de algunos de los involucrados puede despertar dudas, la violencia parece haber conservado ante todo un carácter espontáneo. Se trataba de compensar la injusticia producida por el comportamiento del equipo visitante o del árbitro, sin que los actos de inquina tuvieran carácter premeditado, aun cuando el clima generado por los hinchas pudiera favorecerlos. Sin embargo, como acabamos de ver, los “justicieros” invadían también el espacio público y entonces se alcanzaba el nivel más alto de violencia de los hinchas, como sucedió el 5 de julio de 1925 en la estación de Porta Nuova de Turín. Al término de la final del campeonato de fútbol de Alta Italia, disputado en el campo de juego neutral de la Juventus entre el equipo de Bolonia y el Génova, los trenes especiales que debían llevar de vuelta a las dos delegaciones de hinchas fueron ubicados lado a lado. Mien-

tras esperaban la partida, comenzaron las provocaciones y los insultos del lado boloñés. Mientras que los simpatizantes del Génova replicaban, algunos hinchas de Emilia-Romaña sacaron sus pistolas y abrieron fuego. Si bien la mayor parte de las balas no dieron en el blanco, un estibador de Liguria, Francesco Tentorio, recibió una herida de gravedad.<sup>12</sup>

El episodio de Porta Nuova escapaba al marco de la violencia deportiva clásica para acercarse a prácticas juveniles más relacionadas a los comienzos del fascismo en Venecia como las describe Giulia Albanese.<sup>13</sup> Se trataba de ocupar victoriosamente un espacio, el de un estadio, una plaza o una estación, e imponer el respeto a un grupo armado. Además, desde antes del partido aparecían avisos en la prensa deportiva que anunciaban que “por decisión de la autoridad superior [estaría] prohibida la entrada a las personas que portaran palos”,<sup>14</sup> al tiempo que los observadores notaban la importancia que había adquirido el acompañamiento de “musculosos” de los hinchas. “Ya no basta con los equipos”, comentaba *Il Paese Sportivo*, “se necesita también a los simpatizantes que intervienen en las tribunas o en las populares para mantener en condiciones de inferioridad a los simpatizantes del adversario y, de este modo, preparan una atmósfera propicia para la victoria de sus colores”.<sup>15</sup>

Aunque esta atmósfera tenía mucho que ver con la cultura violenta que venían imponiendo las brigadas de escuadristas desde 1921, no significaba que fuera particularmente tolerada por las nuevas autoridades políticas.

Por el contrario, Italo Balbo, el ras de Ferrara, responsable de las órdenes que guiaron las acciones tendientes a aterrorizar a los “rojos” de Emilia-Romaña en 1922, había condenado la violencia de los hinchas de fútbol. En mayo de 1925, unos hinchas de la SPAL de Ferrara habían resultado heridos en ocasión de un partido disputado en el campo de juego del equipo Derthona de Tortona (Piamonte). El partido debía volver a jugarse, y Balbo le escribió a Luigi Federzoni, el ministro del Interior nacionalista del gobierno de Mussolini, invitándolo a aplicar un castigo ejemplar, agregando: “En mi calidad de diputado de Ferrara me siento preocupado por este evento deportivo, porque es imposible hacer entrar en razón a esos estúpidos maníacos del deporte, que son malintencionados”.<sup>16</sup> Dicho de otro modo, la violencia en el deporte, por su gratuidad y su inutilidad, debía ser sancionada con la mayor severidad por las fuerzas del orden.

Es cierto que la dictadura acababa de ser instaurada y que el régimen que se constituía no podía tolerar tales amenazas al orden público. Ése era el sentido de la circular enviada el 14 de julio de 1925 por Luigi Federzoni a los prefectos del reino. Habiendo comprobado que se multiplicaban los incidentes que se producían “en ocasión de competencias deportivas en general y en partidos de fútbol en particular”, recomendaba la mayor severidad de parte de los representantes del Estado y establecía un pedido de autorización previo y obligatorio para la organización de esas manifestaciones.<sup>17</sup> La recomendación no cayó en saco roto. A partir del otoño comenzaron a postergarse o prohibirse partidos, al tiempo que se controlaban los desplazamientos de los hinchas. Así, en la primavera de 1926 el partido Casale-Torino fue prohibido y cancelada la partida del tren que debía transportar a un

millar de simpatizantes de Turín a la pequeña ciudad de la provincia piamontesa. Finalmente, el prefecto de Turín dio su autorización, una vez que los dirigentes y las autoridades municipales hubieron garantizado que los espectadores respetarían “la disciplina más estricta y la más absoluta calma”.<sup>18</sup> La aplica-

ción de la circular de julio de 1925 fue complementada con la promulgación de un decreto-ley fechado el 6 de agosto de 1926, que imponía la autorización del prefecto y del jefe del gobierno para organizar un partido internacional y la tramitación de un partido nacional al menos con un mes de anticipación. Además, se indicaban los criterios en los que se basaba la prohibición, entre otros, la organización imperfecta e incluso la realización en concomitancia de otras manifestaciones públicas.

Aunque la consulta de los archivos del Estado y el análisis minucioso de la prensa marcan la existencia de tensiones esporádicas entre grupos de hinchas durante todo el *ventennio* fascista, los años violentos de las hinchadas terminaron cuando se promulgaron las leyes más fascistas. O sea que los primeros contactos entre fútbol y fascismo fueron negativos, de manera que el fútbol quedó signado sobre todo por sus desviaciones. Pero al igual que el resto de la sociedad civil, el mundo del deporte se iba convirtiendo en objeto de interés para el Partido Nacional Fascista (PNF) y para el Estado mussoliniano. De ahí en más comenzó a constituirse en un espacio social a penetrar y a controlar.

## El fútbol en manos del régimen fascista

Si bien por un lado el fútbol planteaba un problema de orden público, por otro también representaba, al igual que el deporte en general, un espacio para conquistar, un medio para edificar a las masas a través de órganos de prensa ampliamente difundidos, como *La Gazzetta dello Sport* organizadora del Giro de Italia. Por su parte, los medios influyentes del deporte (industriales, periodistas, federaciones) esperaban mucho del régimen después del inmovilismo de la Italia liberal en materia de política de educación física y deportiva,<sup>19</sup> de modo que las primeras iniciativas fascistas recibieron una acogida favorable. En noviembre de 1922, el semanario *La Stampa Sportiva* comentaba los proyectos de ley sobre la educación física y la preparación militar y sobre la creación de una dirección del deporte en el Ministerio de Instrucción Pública en términos muy favorables.<sup>20</sup> Por cierto, el intervencionismo había encontrado numerosos adeptos en la prensa deportiva. Especialmente *La Gazzetta dello Sport*, que había celebrado el “mayo radiante” invitando a sus lectores a sumarse al frente: “Hermanos que habéis conocido, practicado y amado el deporte, tomad las armas para el deporte más antiguo, más fuerte y más auténtico: la guerra”.<sup>21</sup>

Asimismo, el espíritu del futurismo y su exaltación de los deportes mecánicos, la velocidad y el riesgo habían servido para establecer un puente entre el nacionalismo, luego el fascismo, y el deporte. Sin embargo, este último no constituía un todo homogéneo y unido, y el fútbol aún menos. Los clubes fundados a fines del siglo XIX, que en muchos casos eran las puntas de lanza del profesionalismo, así como las sociedades populares de los barrios populares de las grandes metrópolis, seguían siendo lugares que debían captarse. Para los miembros de la Juventus de Turín, tal como lo muestra su periódico social *Hurrà*, durante los años del escuadristismo era una cuestión de honor no dejarse confundir con los fascistas en los desplazamientos realizados en vehículos que podían hacerlos confundir con los camisas negras “en expedición punitiva”.<sup>22</sup> Ese fuerte sentimiento de identidad social no impidió que los redactores del órgano *juventino* se preocuparan, después





de la ocupación de las fábricas de Turín en el verano de 1920, por “la lucha de clases, hecha de violencia, [que amenazaba] con arrastrar en un torbellino de renovación a la civilización decrepita”<sup>23</sup> y que participaran en iniciativas patrióticas como la construcción de monumentos a los *alpini* caídos en el frente.<sup>24</sup> Pero la violencia y el carácter plebeyo del escuadrismo seducían poco a los *juventini*, como muestra la descripción de un partido preparatorio jugado en la primavera de 1921: “Presentaciones, choque de manos, cortejo. «¡Vivan los fascistas!» No generemos confusiones, somos los «errantes» de la Juventus”.<sup>25</sup>

Sin embargo, a pesar de los esfuerzos por tratar de “diferenciarse”, los miembros de la Juventus, como el conjunto de los jugadores de fútbol italianos, no pudieron eludir por mucho tiempo la necesaria relación con un gobierno que se convertía en un régimen. Esa relación procedía, en primer lugar, de la toma del poder en el ámbito del deporte por parte de los fascistas. En diciembre de 1925, la asamblea del Comité Olímpico Nacional Italiano (CONI) elegía como presidente a Lando Ferretti, siguiendo las recomendaciones “imperativas” del Partido Nacional Fascista. Se trataba de un fascista de la primera hora, ex redactor en jefe de *La Gazzetta dello Sport*, que había participado en la marcha sobre Roma. Un hombre cultivado e inteligente, que no ocupaba ningún cargo mayor en el seno del partido, y era a la vez confiable y suficientemente flexible como para conjugar los medios deportivos con la jerarquía fascista.<sup>26</sup> De todas maneras, el CONI, según *La Gazzetta dello Sport*, debía ser “considerado como un órgano bajo la égida del partido, y su presidente el *onorevole* Lando Ferretti [estaba] encargado de la ejecución de las medidas que el partido tomaba”.<sup>27</sup> Por lo tanto, el principio del carácter apolítico del deporte quedaba denegado y, algunas semanas más tarde, un comentario de *La Gazzetta dello Sport* agregaba que las actividades atléticas debían estar necesariamente bajo la conducción del Estado: “El deporte en otros países pudo vivir por fuera de la vida política, pero en Italia no puede quedar abandonado a su suerte por razones morales y económicas”.<sup>28</sup> Como el CONI era el órgano que reunía y controlaba a las federaciones, Ferretti pudo intervenir en los asuntos de la Federación Italiana de Fútbol nombrando a su frente al *ras* de Bolonia, Leandro Arpinati, en agosto de 1926.

La instalación del nuevo directorio de la federación dirigido por Arpinati tuvo lugar en la Casa del Fascio de Bolonia y terminó con el envío del siguiente telegrama a Mussolini: “La familia del fútbol italiano reunida fraternalmente bajo el signo del *lictore* e integrada en el gran ejército deportivo nacional expresa al duce, el magnífico premier deportivo de Italia, su devoción y su fidelidad”.<sup>29</sup> Arpinati también era un fascista atípico. Había sido anarquista, era autodidacta, trabajó como empleado de los ferrocarriles durante la guerra y luego llegó a transformarse en uno de los más violentos *ras* de la Italia septentrional. Verdadero escuadrista, anticlerical y antiburgués, sin embargo fue descrito por Renzo de Felice como “un hombre personalmente muy derecho,

sin prejuicios”<sup>30</sup> y supo dar muestras de apertura y de un gran sentido práctico mientras dirigió la federación hasta 1933.<sup>31</sup>

Las primeras medidas de Arpinati pusieron fin al conflicto que venía persistiendo desde la posguerra entre pequeñas y grandes sociedades, y que convertía a las asambleas de la federación en la parodia de un parlamentarismo execrado por el nuevo poder.<sup>32</sup> El campeonato de primera categoría fue reformado: la elite, que había cerrado filas en dos grupos, debió reunirse en una única liga al crearse el campeonato de la serie A en 1929. El profesionalismo quedaba implícitamente aceptado por la carta de Viareggio que definía dos categorías: los amateurs y los no-amateurs.<sup>33</sup> Finalmente, para italianizar al juego y a los jugadores, se prohibió la utilización de jugadores extranjeros de ahí en más, aun cuando durante la temporada 1926-1927, considerada transitoria, los equipos recibieron autorización para contratar a dos jugadores extranjeros con la condición de que participara sólo uno de ellos en cada partido.<sup>34</sup> Los entrenadores no italianos, por su parte, pudieron seguir ejerciendo sus funciones. Las decisiones del *ras* de Bolonia favorecían de hecho el desarrollo del fútbol como espectáculo de masas a escala de la nación italiana: un campeonato más selectivo, que convocaba a los mejores clubes, no podía sino atraer a las multitudes, incluso en las regiones centromeridionales consideradas menos competitivas. Así, los equipos romanos Alba y Fortitudo jugaron a partir de entonces todos los domingos en su circuito respectivo contra los grandes equipos septentrionales y de ese modo pudieron progresar rápidamente.

Las autoridades políticas comenzaron a intervenir también en la vida de los clubes, poniendo a hombres de su confianza a la cabeza y mostrando que el PNF patrocinaba todos los aspectos de la vida deportiva. En Novara (Piamonte), por ejemplo, el club de fútbol que acababa de ir al descenso, a la segunda división, fue depurado durante su asamblea general de noviembre de 1926. Para el presidente del club Aldo Rossini, un liberal “recuperado” recién en 1925, se trataba de recompensar a los fascistas locales que ahora lo apoyaban.<sup>35</sup> Para dar el último toque a la fascistización del club, el secretario federal del PNF en Novara, Carlo Emanuele Basile, fue elegido presidente honorario del Novara Calcio.

A escala local, los fascistas intervenían también para intentar encontrar soluciones a los problemas económicos con los que tropezaban las sociedades menos ricas. En este sentido, el caso del club genovés La Dominante fue ejemplar. Durante el verano de 1927, los equipos Andrea Doria y Sampierdarenese unieron sus fuerzas bajo los auspicios de Manlio Diana, responsable del PNF en la zona industrial y obrera de Génova-Sampierdarena. La fusión recibió incluso el apoyo de Augusto Turati, secretario del PNF, quien en una carta publicada por *La Stampa* decía estar “convencido de que, gracias a esa sana unificación de fuerzas, de energías, de entusiasmos y de esfuerzos, el camino [sería] más fácil y la obtención del objetivo menos difícil”.<sup>36</sup> Además, esperando que el nuevo club fuera “digno de las *fascas* de los *Lictore*”, emblema que de ahí en más presidiría los destinos de las dos asociaciones, Turati, a pedido de Diana, los rebautizaba de este modo: “¿Quieren un nombre para la nueva sociedad? Ya lo tienen en su ciudad: la Dominante”.<sup>37</sup> Unas semanas más tarde, aceptaba la presidencia honoraria del club en una carta dirigida, no por casualidad, al secretario federal genovés del PNF, el marqués Cambiaso Negrotto.<sup>38</sup>

En consecuencia, detrás del esfuerzo por la racionalización del deporte, se perfilaba el control y la utilización política de esos lugares de sociabilidad que eran los estadios y los

grandes clubes de fútbol. Sin embargo, como lo había demostrado la cuestión de la violencia deportiva durante la primera mitad de los años 20, el fútbol no siempre estuvo signado por una ejemplaridad que pudiera transformarlo en parangón de las virtudes fascistas.



## El fútbol: ¿un deporte fascista? (1927-1932)

Analizando el auge del fútbol en Italia, el ex jugador Guglielmo Tornabuoni sostenía en 1930: “El fútbol en nuestro país es la masa, el espectáculo, las ganancias en la ventanilla. La base económica se ha vuelto preeminente”.<sup>39</sup> Por cierto, Leandro Arpinati había integrado esta dimensión del fútbol cuando se adoptó la Carta de Viareggio pero, a partir del año siguiente, lamentaba que el aspecto financiero a veces se impusiera sobre la ética deportiva. Lejos de ser una disciplina atlética moralmente edificante para la juventud italiana el fútbol, como lo ilustra el escándalo del Torino, podía incluso resultar contraproducente.

En septiembre de 1927, en efecto, el periódico deportivo romano *Il Tifone* denunciaba la obtención fraudulenta por parte del equipo de Torino del título de campeón de Italia unos meses antes. Una maniobra de corrupción habría afectado al partido clave Torino-Juventus del 5 de junio de 1927, que ganó 2 a 1 el club *granata*. La revista reveló que un jugador de la Juventus había aceptado favorecer la victoria del Torino, bajo la forma de una apuesta ficticia, y que en el centro de esta operación de corrupción se encontraba el presidente del club Enrico Marone.<sup>40</sup> A causa de una encuesta diligenciada por Leandro Arpinati, este último y el directorio de la federación decidieron privar al Torino de su título de campeón de Italia por los siguientes hechos: el doctor Nani, asesor del Torino, había confesado que había pagado a un intermediario, Francesco Gaudosio, 25 mil liras “destinadas a tal o cual jugador de la Juventus, para garantizarle ilegítimamente al Torino F.C. la victoria en el partido Juventus-Torino del 5 de junio de 1927”.<sup>41</sup> Tres jugadores de la Juventus resultaron en un principio sospechosos: Pastore, Munerati y Allemandi, hasta que la culpabilidad fue asumida por este último. Las sanciones tomadas de inmediato fueron particularmente severas: el 3 de noviembre se dispuso la expulsión de por vida de veinte dirigentes del Torino miembros del consejo de dirección y el 21 de noviembre la del jugador Allemandi. Aunque tanto dirigentes como jugadores fueron amnistiados en mayo de 1928, ya que ni el Torino ni el fútbol italiano podían privarse de un mecenas como Marone, presidente de Cinzano, el *affaire* del Torino vino a acentuar algunas prevenciones experimentadas por los jefes del régimen. Además del delito, que podía confirmar las desviaciones provocadas por el profesionalismo, el asunto también había puesto en evidencia la capacidad del fútbol para movilizar sentimientos regionalistas. Los periodistas de *Il Tifone* no habían actuado solamente en pro de los valores del deporte o para dar renombre a un periódico creado en la primavera de 1927, sino que además querían quebrantar la preeminencia del norte en el terreno del deporte. En una dictadura en la que todo debate político estaba prohibido, el fútbol se convertía en uno de los escasos lugares en que las identidades regionales podían expresarse libremente.

Y a partir de la temporada 1929-1930, el campeonato de serie A que reunía en una única liga los equipos septentrionales, romanos y napolitano sirvió de caja de resonancia a esas pasiones, donde se estigmatizaba según unos al clientelismo romano y según otros a

la arrogancia piemontesa o lombarda. Oficialmente, fieles a su voluntad de completar la unificación de Italia, Mussolini y los principales jefes fascistas reprobaban esas manifestaciones de regionalismo. El cotidiano deportivo dependiente del *Popolo d'Italia* y órgano del CONI, *Il Littoriale*, se hacía eco del descontento de Mussolini frente al resurgimiento del regionalismo, en particular en el deporte, responsabilizando en gran parte a la prensa deportiva:

La constante insistencia en las rivalidades regionales o entre ciudades, el hecho de insinuar dudas de manera evidente o velada sobre sociedades o personas que están más allá de toda sospecha, el hecho de excitar a públicos que ya por su naturaleza son impresionables y exaltados, como los deportistas y los jóvenes, son cosas deplorables, poco políticas, además de ser injustas nueve de cada diez veces, y suscitan represalias igualmente lamentables.<sup>42</sup>

Estigmatizando en particular a los discursos sobre la oposición norte-sur que pintaban al *Mezzogiorno* como una región “siempre oprimida y «generosa” o bien como una tierra de “semisalvajes que había que civilizar”, el órgano del CONI y de la federación llamaba al orden a la prensa italiana para que celebrara de ahí en más la unidad nacional:

Todas nuestras regiones son capaces de acciones valerosas y de coraje, y lo demostraron cuando tuvieron que afrontar pruebas de otro tipo, más duras y más importantes que las pruebas deportivas. Actualmente, haber nacido en una gran ciudad o en un pequeño pueblo ya no cuenta; la disciplina, el trabajo honesto, el patriotismo en un sentido amplio, entendido en el sentido italiano, son aquello que constituye los verdaderos títulos de nobleza.<sup>43</sup>

El fútbol, que estaba lejos de ser una disciplina que reforzara el sentimiento de unidad nacional, no aparecía como el deporte fascista por excelencia al comienzo de los años 30. Incluso cabe señalar que las prevenciones de algunos jefes en su contra no dejaron de crecer a fines de los años 20 y a comienzos de los 30, y se tradujeron en la promoción de dos deportes rivales: el rugby y la *volata*.

Desde un principio, el rugby fue presentado como un deporte que estaba vinculado a una tradición itálica. Así, en noviembre de 1927, *Il Corriere della Sera* presentaba el rugby como conforme a la retórica de la italianización, dado que este deporte se remontaba “a los tiempos de Atenas y de la antigua Roma”, y se lo identificaba con “el *harpastum*”.<sup>44</sup> En otras palabras, se trataba del deporte colectivo fascista por excelencia, ya que permitía formar una juventud robusta y combativa. En este sentido, recibió el patrocinio oficial de Augusto Turati, secretario del PNF, que afirmaba: “Pienso que el rugby, como todos los deportes de combate, fue creado especialmente para nuestro carácter. El atleta italiano está prodigiosamente dotado para destacarse en todos los ejercicios que requieren coraje, ardor, resistencia”.<sup>45</sup> Disciplina nueva en Italia, el rugby no había sido aún afectado por las “taras” del fútbol, como el profesionalismo y el regionalismo exacerbado. De modo que los artículos de presentación no olvidaban señalar sus diferencias con el fútbol. Según Leone Boccali, en el rugby “esos elementos de juego, es decir de azar, que muchas veces desnaturalizan



los resultados puramente deportivos en las competiciones de fútbol, [no tienen] influencia decisiva”.<sup>46</sup>

A pesar de este excelente patrocinio, el rugby no parece haber logrado un éxito muy grande y no invadió de manera alguna el territorio del fútbol. Sus inicios fueron incluso más bien difíciles, sobre todo si tomamos en cuenta el hecho de que la joven federación de rugby fue suprimida por el CONI en octubre de 1929 ante la debilidad y la incapacidad de sus miembros. Reorganizado y tomado en sus manos directamente por el CONI, el balón ovalado dio lugar en 1930 a un campeonato que reunía a clubes de Turín, Milán, Padua, Génova y Nápoles. De los catorce equipos en juego, cuatro estaban conformados por miembros de los Grupos Universitarios Fascistas (GUF) y tres por grupos deportivos de barrio del PNF, como los *Gruppi Sportivi* Mussolini y Battisti de Milán.<sup>47</sup> Según *La Stampa*, esto permitió “conferir al segundo campeonato un carácter típicamente fascista, y por lo tanto incrementar, al mismo tiempo que su importancia deportiva, su valor moral”.<sup>48</sup> Este carácter elitista tanto desde el punto de vista político como social pesó en su escasa difusión. Si bien en 1935 el brote había prendido, ya que el campeonato de rugby convocaba a más de cincuenta y dos equipos, esta actividad deportiva confinada a los medios universitarios y fascistas<sup>49</sup> no dejaba de ser marginal en comparación al éxito del fútbol. En efecto, desde 1929 el fútbol contaba con más de 2.340 equipos en toda la península italiana.<sup>50</sup>

Augusto Turati no sólo había sido el gran promotor del rugby sino que además era también el inventor de un nuevo juego, la *volata*, destinado al *Dopolavoro*. Presentada como un deporte de “síntesis”, esta nueva disciplina integraba diversos elementos tomados del rugby, el fútbol y el atletismo. Todo esto, según Turati, superándolos a todos. La *volata* retomaba en parte la antigua tradición del fútbol *fiorentino*, distinguiéndose así de los deportes anglosajones y redefiniendo una especie de tradición itálica:

Es muy importante señalar que tanto el antiguo como el nuevo juego tienen en común el objetivo de brindar una educación atlética completa, exigiendo a los jugadores un conjunto de cualidades, allí donde los sistemas ingleses sólo requieren especializaciones.<sup>51</sup>

Los equipos estaban formados por ocho jugadores y contaban con un arquero, dos “vi-cerqueros”, tres hombres de “segunda línea” y tres “jugadores de punta” que podían utilizar todos los medios para golpear la pelota, a condición de no tirar al arco más allá del punto de penal. Era “necesario que el jugador de *volata* tenga gran potencia en su corazón, en su capacidad respiratoria, en su velocidad, en su acción, en su inteligencia”.<sup>52</sup> Detrás de las lisonjas de los periodistas deseosos de complacer al jerarca fascista, se escondía, al igual que en el caso del rugby, una firme voluntad de competir contra el fútbol. Como afirmaba *La Stampa* en marzo de 1931: “Se trataba, más que nada, de encontrar una fórmula que reuniera los caracteres útiles de cada deporte colectivo en uso, eliminando sus partes nocivas o de todas maneras inútiles”.<sup>53</sup> Turati quería retomar algunas características que habían llevado al éxito al fútbol, sin los inconvenientes y las prácticas que él reprobaba. La *volata* podía ocupar los campos de juego del fútbol ya que, aparte del marcado de líneas, conservaba las mismas dimensiones y los arcos. Además, para garantizar el éxito de su disci-



plina, Turati prohibió la práctica del fútbol en el *Dopolavoro*<sup>54</sup> para disponer de una masa consecuente de practicantes.

Como el fútbol, la nueva disciplina era poco costosa y por lo tanto, popular<sup>55</sup> y no iba a demorar, según Turati, en “apasionar al público” estimulando “la formación de equipos urbanos, compuestos por jóvenes nativos de la ciudad de la que el equipo tomaría el nombre”.<sup>56</sup> Además, contrariamente al fútbol, donde la proeza personal de un Orsi o de un Baloncieri podía decidir la suerte de un partido, la *volata* se basaba ante todo en lo colectivo. De este modo, un párrafo del reglamento prohibía a todo atacante “desarrollar «él solo» la acción desde el medio del campo de juego hasta el arco” y lo obligaba a hacer al menos un pase a uno de sus compañeros de equipo. Se revelaba así el contenido ideológico de la *volata* que apuntaba a exaltar el espíritu de grupo, favorecer el sacrificio de los intereses personales al interés general y reforzar la integración del individuo a la colectividad italiana.

Turati no escatimó las demostraciones de apego por su creación, presenciando los partidos y otorgando distinciones a jugadores y entrenadores, a pesar de la escasa participación popular y del desarrollo de grandes partidos de fútbol que se realizaban al mismo tiempo.<sup>57</sup> A pesar de todos esos esfuerzos, el nuevo deporte no pudo competir verdaderamente con el fútbol y no sobrevivió a la “liquidación política” de su inventor durante el verano de 1932.<sup>58</sup>

## El calcio de los años del consenso (1929-1936)

Según Renzo de Felice, la primera mitad de los años 30 habría estado marcada por la adhesión de los italianos al régimen y por la confianza que manifestaban hacia su jefe. Hasta 1936, la mayoría consideraba que “los beneficios verdaderos o supuestos que el régimen les procuraba, en su conjunto, eran superiores a los inconvenientes”.<sup>59</sup> La conquista de Etiopía generó inquietud en la población italiana, aunque suscitó al mismo tiempo un sentimiento de orgullo nacional,<sup>60</sup> pero la guerra de España y luego el manifiesto de la raza de 1938 y el aspecto totalitario que adquirió el régimen bajo la influencia de Hitler fueron factores que condujeron al debilitamiento del consenso y llevaron a despertar sentimientos antifascistas.<sup>61</sup> Sin embargo, más allá de las oscilaciones de la opinión pública italiana, el régimen fascista supo conquistar a las masas, después de haber reducido a sus adversarios políticos en los años 20. Este éxito fue el fruto de una política que iba desde la elaboración de una religión del Estado hasta la afirmación del poderío italiano en Europa y más particularmente en el Mediterráneo, pasando por la integración de los italianos a través de los grandes vectores de la cultura de masas que eran la prensa escrita, la radio y el cine. Como lo ha planteado Victoria de Grazia,<sup>62</sup> la organización del tiempo libre a través del *Dopolavoro* creado el 1 de mayo de 1925 también fue un instrumento de peso en la “fabricación del consenso”. A pesar de sus inconvenientes, el fútbol fue integrado a esta política de seducción en la cual el deporte ocupaba un lugar importante.

En un principio, el fútbol se benefició con el desarrollo y la racionalización de los patios deportivos que operó el régimen. Los recintos deportivos con los que contaba Italia a mediados de los años 20 eran totalmente insuficientes, y ese aspecto depen-



día esencialmente de la iniciativa privada. En Turín, por ejemplo, la municipalidad había construido un recinto polifuncional llamado “Stadium” para festejar el cincuentenario de la unidad italiana. Sus generosas dimensiones (166,40 x 323,60 metros) hacían que estuviera destinado principalmente a eventos económicos o manifestaciones patrióticas,<sup>63</sup> aunque después de la guerra los dirigentes del club US de Turín alquilaban ese espacio y lo dividieron en dos e instalaron tribunas de madera. Aparte del Stadium, los estadios de Turín construidos para fines estrictamente deportivos eran propiedad de sociedades inmobiliarias privadas, como el campo Juventus de vía Marsiglia, terminado en 1922, y el campo Torino de la vía Filadelfia, inaugurado en 1926.

Pero el régimen fascista cambió el rumbo: durante el verano de 1927, Augusto Turati lanzó un plan de equipamiento que preveía la construcción de un campo del Littorio por la comuna.<sup>64</sup> El plan tipo para las comunas pequeñas y medianas preveía la creación de una cancha de fútbol rodeada de una pista de atletismo y de áreas de lanzamiento y de salto. También debía construirse una tribuna con capacidad para mil quinientas personas. En total, a las exhibiciones de los atletas podrían asistir cinco mil espectadores.<sup>65</sup> Era el comienzo de la municipalización de la infraestructura deportiva italiana, que se traducía en la realización de una infinidad de estadios. Para 1930, ya había 2.383 recintos deportivos construidos, proyectados o que estaban siendo construidos. Sin embargo, dejando de lado al Littoriale de Bolonia, fue durante la primera mitad de los años 30 cuando el régimen construyó estadios destinados a albergar a varias decenas de miles de espectadores. Dos de los recintos deportivos se destacaron por su modernidad: el estadio Berta de Florencia (1932), que llevaba el nombre de un “mártir de la revolución fascista”, y el Mussolini de Turín (1933). Estos estadios, construidos *ex nihilo*, combinaban la eficacia funcionalista con líneas futuristas.

Sin embargo, al igual que los *campi del Littorio*, eran polideportivos y en primer lugar debían alentar el desarrollo de prácticas corporales con fines higiénicos y militares, especialmente el atletismo. Sin embargo, exceptuando a los *Littoriali*, competencias deportivas que reunían cada año a los GUF, los encuentros de *atletica leggera* no atraían a las masas. Para que la gestión de un estadio resultara equilibrada, o que al menos fuera lo menos deficitaria posible, era conveniente que se realizara un espectáculo deportivo de masas. Y aparte del ciclismo o del automovilismo, el fútbol era el único deporte que cumplía con esa condición. Así, tomando nuevamente como ejemplo a Turín, las manifestaciones de atletismo organizadas en el estadio Mussolini durante toda la temporada deportiva 1933-1934 no congregaron a más de cinco mil espectadores, y las ganancias obtenidas no permitían solventar los gastos de funcionamiento del establecimiento. Además, los gastos en los que incurría la FIDAL, la federación de atletismo italiana, para la organización de los encuentros excedían ampliamente el total de los ingresos, al punto que el consejo di-

rigido por el *podestat* Thaon di Revel decidió entregar la totalidad de las entradas de las ventanillas a la entidad federal.<sup>66</sup>

Sólo quedaba atraer al fútbol, espectáculo deportivo a la vez más regular y más lucrativo. En Turín, el estadio de Juventus, primer recinto deportivo construido en hormigón armado en la península italiana, comenzaba a resultar obsoleto. Después de realizar una prueba durante el verano de 1933, en ocasión del encuentro de Mitropacup Juventus-Ujpest, la municipalidad y los dirigentes de Juventus firmaron un acuerdo de principio sobre la utilización del estadio para todos los partidos del campeonato.<sup>67</sup> El contrato de larga duración firmado en 1936 preveía que la municipalidad recibiera al menos cien mil liras por año<sup>68</sup> y si bien esa suma era aún insuficiente para garantizar el mantenimiento y la amortización del estadio, la llegada de Juventus demostraba la utilidad de ese establecimiento y permitía a todos acceder al espectáculo del fútbol. En efecto, desde noviembre de 1933 la dirección de Juventus había tenido que aceptar dejar de lado la limitación del número de lugares reservados a los titulares de la tarjeta GUF y Dopolavoro.<sup>69</sup>

Así, en la cancha de fútbol se concretaba uno de los objetivos de la política del régimen para el tiempo libre: aumentar el consumo de los italianos, en tiempos de crisis, orientado hacia esas “necesidades sociales modernas” que eran el deporte y el espectáculo,<sup>70</sup> cuya oferta “también se iba ampliando en Alemania y en Francia”.<sup>71</sup> Al mismo tiempo, esos nuevos recintos deportivos a los que habría que agregar los estadios del PNF de Roma, el Ascarelli de Nápoles, el Luigi Ferraris de Génova y el San Siro de Milán, permitían organizar un espectáculo deportivo en el que el consumidor estaba más confortablemente sentado y, además, respondiendo a las preocupaciones que habían regido la construcción de los espacios deportivos en Europa en los comienzos del siglo XX,<sup>72</sup> resultaba más controlable.

Pero el fútbol de la etapa del consenso no se vivía solamente en las tribunas sino también en la prensa. Depurada y censurada, la prensa escrita había sido también modernizada. Los cotidianos del norte, como *La Stampa* (Turín) y *Il Corriere della Sera* (Milán), se renovaron y contenían páginas enteramente consagradas a reportajes fotográficos que venían a alegrar las hojas cuyo contenido político estaba orientado por una oficina estatal. En este sentido, el deporte y el fútbol fueron activados por los nuevos directores, como el escritor Curzio Malaparte, que estuvo a la cabeza de *La Stampa* entre marzo de 1929 y enero de 1931.<sup>73</sup> Bajo su dirección, el antiguo cotidiano liberal piomontés llegó a publicar en tamaño real ¡la huella del pie derecho del boxeador Primo Carnera!<sup>74</sup> Pero aparte de las dos o tres páginas que los cotidianos generales dedicaban al deporte todos los días, los *tifosi* podían sumergirse en dos diarios deportivos: *La Gazzetta dello Sport* (Milán) y *Il Littoriale* (Bolonia y luego Roma), creado por Leandro Arpinati, sin contar los quince semanarios dedicados al deporte que contabilizaba *L'Almanacco dello Sport* en 1930.<sup>75</sup>

Si bien la subsistencia de estos últimos fue desigual, algunos de ellos, como *Il Calcio Illustrato* –creado en 1931 en Milán e impreso en las prensas del *Popolo d'Italia*–, conocieron un éxito real, al igual que otras revistas ilustradas europeas dedicadas al fútbol, como *Match* en Francia o *Der Kicker* en Alemania. Gracias a los dibujos de Carmelo Silva, los lectores de *Il Calcio Illustrato* podían imaginarse las más bellas jugadas del campeonato,<sup>76</sup> además de dejarse envolver por el perfume de modernidad que exhalaba la revista. *Il Calcio Illustrato* no se conformaba con ofrecer reportajes deportivos: informaba también

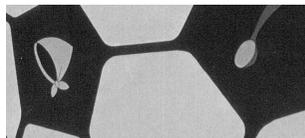
sobre la vida privada de los jugadores y especialmente sobre sus modos de vida.<sup>77</sup> De hecho, vedettes como Raimundo Orsi o Giuseppe Meazza, que viajaban en coche-cama y disponían de un tiempo libre considerable, obtenían jugosos ingresos y podían disponer de tres cosas de las que la mayor parte de los italianos se veían privados: un automóvil, un departamento confortable y vacaciones en el mar o en la montaña. En síntesis, el jugador de fútbol, como los actores de las películas que tenían un teléfono blanco y que parecían representar el ideal de vida femenino bajo el fascismo, encarnaban para ellos al hombre nuevo portador de la modernidad a la que aspiraban las masas italianas.

## La afirmación internacional a través del fútbol desde 1934 hasta 1938

La política de consenso no se basaba solamente en el acceso al consumo de actividades para el tiempo libre; también se basaba en una política de prestigio internacional. Las competencias deportivas, menos arriesgadas que los emprendimientos de Mussolini en el extranjero, se transformaron en un lugar de enfrentamiento simbólico entre potencias en el que la nación italiana podía afirmarse. El régimen fascista lo comprendió de inmediato, y los atletas que participaron en los juegos de Los Ángeles en 1932 gozaron de condiciones de preparación privilegiadas. La delegación, conducida por Leandro Arpinati en persona, se clasificó segunda en cantidad de medallas, detrás de Estados Unidos. Luigi Beccali, vencedor de los 1.500 metros, fue presentado por la prensa italiana como “la expresión de una raza, la perfección misma de la raza del atletismo”.<sup>78</sup>

El fútbol también participó de esos enfrentamientos entre naciones. El éxito popular y financiero del torneo olímpico de fútbol a partir de Anvers en 1920, y sobre todo de París en 1924, descansó en gran parte sobre ese juego de identidades nacionales y llevó a la creación de una prueba autónoma por parte de la FIFA en 1930.<sup>79</sup> Sin embargo, la *squadra azzurra*, como la mayor parte de los equipos europeos, no participó en la primera Copa del Mundo que se disputó en Uruguay. No por eso la federación dejó de obtener la organización de la segunda edición de la copa, en el Congreso de la FIFA en Estocolmo en 1932. Según el programa oficial publicado en 1934: “La incomparable fuerza de atracción que ejerce el régimen, la potencia organizadora de la Italia de Mussolini, las perfectas instalaciones deportivas de nuestras más grandes ciudades, la certeza de poder contar con la participación de masas apasionadas, [han] concurrido a asegurar a Italia este evento excepcional, cuya importancia excede los límites estrictamente deportivos”.<sup>80</sup> Gran parte del contenido político de la competencia está resumido en esta enfática frase.

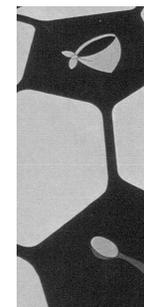
Pero hay que tener cuidado en ver en la competición disputada en Italia un ensayo general de los Juegos de Berlín. La Copa del Mundo no tenía la misma importancia mediática, y de la consulta de los fondos del Archivio Centrale dello Stato de Roma surge que Mussolini prestó una atención relativa a la organización del evento. Su realización estaba en manos de un comité compuesto por miembros de la FIFA italianos, como Mauro o Barassi, y extranjeros como Schriker, secretario general de la FIFA, o Bauwens y Fischer, miembros del Comité Ejecutivo de la Federación Internacional. Si bien le fueron presentados a Achille Starace en una

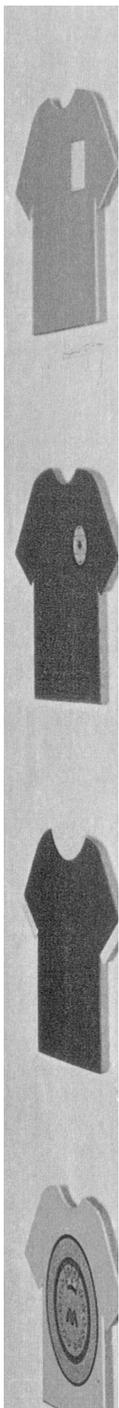


reunión en enero de 1934<sup>81</sup> y el secretario general del PNF fue quien presidió el sorteo de la competición el 3 de mayo siguiente,<sup>82</sup> no parece que los organizadores hayan sido sometidos a un juego de influencias particular. Veinte años más tarde, Jules Rimet escribía recordando a Giorgio Vaccaro, el presidente de la federación italiana y cónsul de la Milicia que en ocasiones había presidido el comité de organización: “No tenemos que juzgar aquí al personaje político en el general Vaccaro. Es el hombre del deporte el que nos pertenece”.<sup>83</sup> Dicho en otras palabras, aunque el contexto político de 1934 –signado por el intento de aproximación a Italia de las democracias francesa y británica– tuvo que ver en la cálida actitud de Vaccaro y la apreciación indulgente de Rimet respecto de él, no parece que los límites de la neutralidad deportiva hayan sido traspasados en la Copa del Mundo italiana.

Pero esto no significa que la competición no haya tenido un sesgo político y que no haya contribuido a la propaganda del régimen. En este sentido, en el informe oficial de la competición publicado dos años más tarde<sup>84</sup> se ve a las claras lo que estaba en juego allí. Gran parte de la obra, ricamente ilustrada, está dedicada a la perfección de la organización de la Copa el Mundo y describe con una evidente complacencia la modernidad de los estadios, el recibimiento a los visitantes extranjeros, la eficacia de la propaganda que había logrado atraer a un nutrido público y especialmente los beneficios financieros que habían permitido obtener a los equipos un total de 576.773,60 liras y pagar a la FIFA 257.599,60 liras.<sup>85</sup> El informe estaba igualmente consagrado al aspecto deportivo de la competición y especialmente a la victoria de los *azzurri*. En tres páginas, el seleccionador italiano Vittorio Pozzo contaba cómo había sabido transformar dos bloques de jugadores enemigos procedentes de Ambrosiana (denominación social fascitizada del Inter) y de Juventus de Turín en “un bloque compacto, cimentado por una amistad de tipo militar”.<sup>86</sup> En otras palabras, la competición había transfigurado a un grupo de jugadores, algunos de los cuales eran de origen extranjero –como los argentinos Orsi y Monti–, en el equipo del Littorio. Y, según Pozzo, las peripecias de la competición habían constituido para los jugadores y para su entrenador “experiencias que los hacían sentirse orgullosos de ser italianos y de sentirse fascistas”.<sup>87</sup> La presencia de Mussolini en los partidos más importantes de la *squadra azzurra* estaba presentada con deferencia. Por cierto, el comienzo y el final de los partidos habían dado lugar a diálogos rituales con la multitud dignos de los grandes discursos del duce en la Piazza Venezia. Describiendo la culminación de la final que Italia le ganó a Checoslovaquia, el periodista deportivo Renato Casalbore escribía: “El duce estaba solo allí, contra la balastrada de la tribuna de honor, mirando a nuestros atletas y aplaudiéndolos. De pronto, como un llamado de alegría y devoción, la palabra de nuestra fe y nuestra fuerza resonó en el estadio: la multitud aclamaba al duce. Los jugadores que se mantenían apretados en torno de Pozzo corrieron hacia la tribuna levantando el brazo”.<sup>88</sup> Una imponente “Coppa del Duce”, cuya concesión había sido solicitada por Vaccaro a Starace en enero de 1934,<sup>89</sup> fue entregada a los vencedores al mismo tiempo que el trofeo de la FIFA. La Copa del Mundo se transformó en una especie de Copa Mussolini.

Hubo otros dos acontecimientos internacionales que contribuyeron a coronar la política deportiva del régimen en materia de fútbol. Un equipo de promesas calificados como amateurs, vestidos con una malla deportiva negra y también dirigidos por Pozzo, ganó el





torneo olímpico en los juegos de Berlín de 1936, justo cuando el profesionalismo había sido prohibido en la Alemania nacionalsocialista para poder formar al mejor equipo posible en las olimpiadas del fúhrer.<sup>90</sup> La victoria italiana fue considerada por algunos periodistas como el éxito más importante de la *squadra azzurra*, porque había sido obtenido en tierra germana, donde había cien mil espectadores alemanes apoyando a Austria, que era el adversario de Italia en la final. Y, sobre todo, porque este triunfo probaba que en el plano atlético Italia no tenía nada que envidiarle a sus nuevos aliados.<sup>91</sup> Dos años más tarde, en París, una parte de esas jóvenes promesas italianas confirmaba su desempeño en Berlín al asegurarle a Italia una segunda Copa del Mundo. Allí también el desempeño deportivo llevaba en sí una connotación política. En primer lugar, el recuerdo de la Copa del Mundo de 1934 y de los juegos de 1936 había estado planeando sobre la preparación de la prueba deportiva. Un día antes de la competencia, el título del cotidiano *L'Excelsior*, "Una prueba enorme para nuestros pequeños estadios", resumía a la perfección una especie de complejo de inferioridad en relación con la monumentalidad deportiva desplegada cuatro años antes.<sup>92</sup> A pesar de todo, al día siguiente de la final que ganó Italia, el órgano oficioso del Quai d'Orsay, *Le Temps*, se felicitaba por el "éxito tanto desde el punto de vista del deporte como de la organización"<sup>93</sup> de la competición y de la "corrección absoluta" de las multitudes francesas. El punto de vista italiano no era exactamente ése. Un jugador como Pietro Rava, defensor del equipo entrenado por Vittorio Pozzo, afirmó que muy por el contrario algunos partidos que se jugaron en París o Marsella habían dado lugar a una demostración ideológica orquestada por la Comintern y dirigida contra los *Sauri*.<sup>94</sup> Los comentarios italianos de la época iban en el mismo sentido. El libro conmemorativo de Emilio de Martino *Trè volte campioni del mondo* resumía muy bien la interpretación oficial del "mayor éxito de los atletas fascistas, un éxito que va más allá de todas las barreras para llegar directamente al corazón de las masas deportivas y no deportivas".<sup>95</sup> Estaba claro: quien había ganado eran las *fascas de los lictores*, las juventudes fascistas, detrás de los rasgos de Piola y sus consortes.<sup>96</sup> Y para destacar la importancia de esta victoria, el "primer deportista de Italia" en persona recibió en el palacio de Venecia al equipo italiano vestido para la ocasión con un uniforme militar.<sup>97</sup>

### Conclusión: guerra y herencia

Mientras que el 23 de mayo de 1915 la competencia de primera división había sido interrumpida para que los jugadores pudieran participar en la obra irredentista,<sup>98</sup> el campeonato de serie A fue retomado en el otoño de 1940. Se trataba de demostrar que la situación estaba bajo control, a pesar de la guerra que se estaba librando en África del norte y en el Mediterráneo contra In-

laterra. "La normalidad de la organización, la regularidad de la vida, los medios disponibles y la serenidad de la atmósfera siguen estando ahí y garantizan el correcto desenvolvimiento de las cosas", escribía al respecto Vittorio Pozzo en octubre de 1940.<sup>99</sup> Sin embargo, aun cuando el director de *La Gazzetta dello Sport*, Bruno Roghi, multiplicaba los artículos señalando la importancia numérica del público presente en los estadios hasta el final de la temporada 1941-1942<sup>100</sup> y festejando la calma de los espectadores napolitanos cuando amenazaban los bombarderos de la Royal Air Force,<sup>101</sup> el fútbol conservaba a los ojos del régimen sus zonas oscuras.

La profesionalización no había sido frenada por la guerra y los mercenarios del fútbol no se habían precipitado a los campos de batalla. En la primavera de 1943, cuando se perfilaba la perspectiva de una invasión aliada a Italia, *La Gazzetta dello Sport* contestaba un artículo del *Popolo d'Italia* que se preguntaba sobre el enrolamiento de los campeones y en particular los jugadores de fútbol.<sup>102</sup> Sin embargo, ni las vedettes del campeonato en decadencia como Meazza, ni las vedettes en ascenso como Mazzola habían seguido la vía de Fausto Coppi, que combatió y fue tomado prisionero por el ejército inglés en Túnez. Al mismo tiempo, los dirigentes de clubes podían pretender tomar medidas de "moralización", "indispensables en un momento como éste" y necesarias para "frenar el aumento del precio de los pases de los jugadores que [alcanzaron] sumas astronómicas",<sup>103</sup> ya que la guerra había modificado muy poco la lógica del profesionalismo.

La primera caída del fascismo y luego la división de Italia en dos desorganizaron profundamente al fútbol italiano. Y en los veranos de 1943 y 1945 llegaron los tiempos de los procesos al deporte fascista. Como resultado de un sorprendente transformismo deportivo, los celadores de los atletas que antes vestían camisetas negras se convirtieron en tribunal del pasado. Tanto en 1943 como en 1945,<sup>104</sup> Bruno Roghi se transformó en un apóstol de la libertad. Hombres que habían sido piezas maestras de la federación bajo el régimen fascista, como el ingeniero Barassi, pasaron a reinar sobre los destinos a partir de enero de 1947<sup>105</sup> o conservaron su función, al igual que Vittorio Pozzo, el hombre de los títulos mundiales. Es cierto que el deporte en general y el fútbol en particular podían pasar como herencias del fascismo que la Italia liberada aceptaba. De hecho, desde mayo de 1945, el fútbol simbolizó el retorno a la paz y a la libertad. Así, en Milán, en el estadio de la Arena, se organizó en presencia de Palmiro Togliatti, el secretario general del Partido Comunista italiano, un partido entre una selección lombarda y el equipo del Torino para celebrar la memoria de los partisanos caídos por defender la libertad. El informe impregnado de la moral de la resistencia que elaboró *Gioventù d'Azione*, órgano del Partido de Acción, se regocijaba por el carácter gratuito y popular de un partido disputado "sin salarios, ni primas".<sup>106</sup> La ilusión de un fútbol regenerado no prosperó demasiado. El carácter profesional del fútbol volvió con toda su fuerza, como lo muestra el "gran Torino", dominador del fútbol hasta su trágica desaparición en el accidente de aviación de Superga en mayo de 1949.<sup>107</sup> Asimismo, el campeonato de la serie A lanzado por Leandro Arpinati en 1929 se transformó en una de las más sólidas instituciones de la Italia republicana, una de las pocas que, a pesar de los excesos de los *tifosi*, lograba reunir a los italianos del Friuli en Calabria. Asimismo, el equipo nacional y los éxitos de los clubes italianos en las copas de Europa siguieron siendo una de las voces de la afirmación internacional de Italia. A pesar de que la *squadra*

azzurra sufrió una especie de Adua a nivel deportivo al ser eliminada por Corea del Norte en la Copa del Mundo de 1966, la victoria final obtenida en España y las manifestaciones de júbilo colectivo que siguieron probaron una vez más la fuerza movilizadora del fútbol que el régimen fascista había sabido dirigir y utilizar en su provecho.

(Traducción: Lelia Gándara)

## Notas

---

- <sup>1</sup> *La Stampa*, 30 de mayo de 1927.
- <sup>2</sup> Lando Ferretti, *Il libro dello sport*, Roma, Libreria del Littorio, 1928, p. 164.
- <sup>3</sup> Véase Emilio Gentile, *Il culto del littorio*, Bari-Roma, Laterza, 1993.
- <sup>4</sup> Ottavio Pastore, "L'U.S. Pro Vercelli, campione italiano di Foot-ball", *L'Ordine Nuovo*, 15 de mayo de 1922.
- <sup>5</sup> Tony Mason, *Association Football and English Society (1863-1915)*, Brighton, Harvester Press, 1980, p. 158-169.
- <sup>6</sup> Retomamos aquí los análisis de nuestro artículo: "Pugni, bastone e rivoltelle". Violence et football dans l'Italie des années vingt et trente", *Mélanges de l'École Française de Rome. Italie et Méditerranée*, t. 108, N° 1, 1996, pp. 203-240.
- <sup>7</sup> *La Stampa*, 1 de diciembre de 1919.
- <sup>8</sup> *L'Ordine nuovo*, 20 de marzo de 1922.
- <sup>9</sup> *L'Ordine nuovo*, 30 de enero de 1922.
- <sup>10</sup> T. Mason, ob. cit., p. 160.
- <sup>11</sup> *La Stampa*, 24 de octubre de 1928.
- <sup>12</sup> *La Gazzetta del Popolo*, 6 de julio de 1925.
- <sup>13</sup> Giulia Albanese, *Alle origini del fascismo. La violenza politica a Venezia (1919-1922)*, Padua, Il Poligrafo, 2001.
- <sup>14</sup> *Il Paese Sportivo*, 5 de julio de 1925.
- <sup>15</sup> *Il Paese Sportivo*, 9 de julio de 1925.
- <sup>16</sup> Archivio Centrale dello Stato (ACS), Ministero degli interni, Pubblica Sicurezza, 1925, busta N° 103, telegrama del 14 de mayo de 1925 de Italo Balbo a Luigi Federzoni.
- <sup>17</sup> AST, Gabinetto della Prefettura, Manifestazioni pubbliche, busta N° 568, carta-circular del 17 de julio de 1925, dirigida a los prefectos del reino.
- <sup>18</sup> *La Stampa*, 2 de junio de 1926.
- <sup>19</sup> Felice Fabrizio, *Sport e fascismo. La politica sportiva del regime (1924-1936)*, Florencia, Guarraldi, 1976, p. 16-17.
- <sup>20</sup> *La Stampa Sportiva*, 19 de noviembre de 1922.
- <sup>21</sup> *La Gazzetta dello Sport*, 24 de mayo de 1915.
- <sup>22</sup> *Hurrà*, abril de 1921.
- <sup>23</sup> *Hurrà*, octubre de 1920.
- <sup>24</sup> *Hurrà*, marzo de 1922.
- <sup>25</sup> *Hurrà*, mayo de 1921.
- <sup>26</sup> F. Fabrizio, ob. cit., p. 18.
- <sup>27</sup> *La Gazzetta dello Sport*, 6 de diciembre de 1926.
- <sup>28</sup> *La Gazzetta dello Sport*, 25 de diciembre de 1926.
- <sup>29</sup> *La Stampa*, 11 de agosto de 1926.
- <sup>30</sup> Renzo de Felice, *Mussolini il duce*, vol. 1 : *Gli anni del consenso (1929-1936)*, Turín, Einaudi, 1996, p. 292.
- <sup>31</sup> Antonio Papa y Guido Panico, *Storia sociale del calcio*, Bologna, Il Mulino, 1993, p. 137.
- <sup>32</sup> Véase Paul Dietschy, *Football et société à Turin (1920-1960)*, Université de Lyon II, 1997, pp. 67-68 y 122.
- <sup>33</sup> *La Stampa*, 3 de agosto de 1926.
- <sup>34</sup> *Ibidem*.
- <sup>35</sup> Luciano Moia, "Gentiluomini e federali. Il faticoso avvio del fascismo a Novara (1922-1926)", *Lancillotto e Nausica*, N° 1, mayo de 1988.
- <sup>36</sup> *La Stampa*, 1 de agosto 1927.
- <sup>37</sup> *Ibidem*.
- <sup>38</sup> *Il Paese Sportivo*, 30 de septiembre de 1927.
- <sup>39</sup> Guglielmo Tornabuoni, *L'ascesa del foot-ball in Italia (saggio critico)*, Milán, Biblioteca de La Gazzetta dello Sport, 1930, p. 102.
- <sup>40</sup> *Il Tifone*, 1 de septiembre de 1927.
- <sup>41</sup> *La Stampa*, 4 de noviembre de 1927.
- <sup>42</sup> *Il Littoriale*, 28 de julio de 1932.
- <sup>43</sup> *Ibidem*.
- <sup>44</sup> *Il Corriere della Sera*, 1 de noviembre de 1927.
- <sup>45</sup> *Il Corriere della Sera*, 1 de noviembre de 1927.
- <sup>46</sup> *Ibidem*.
- <sup>47</sup> *La Stampa*, 7 de febrero de 1930.
- <sup>48</sup> *Ibidem*.
- <sup>49</sup> *La Stampa*, 19 de enero de 1935.

- <sup>50</sup> Cifras dadas por A. Papa y G. Panico, ob. cit., p. 151.
- <sup>51</sup> *La Stampa*, 16 de enero de 1929.
- <sup>52</sup> *Ibidem*.
- <sup>53</sup> *La Stampa*, 3 de febrero de 1931.
- <sup>54</sup> *La Stampa*, 30 de enero de 1930. La *Carta dello Sport* de diciembre de 1928 preveía que sólo se practicarían en el Dopolavoro los “deportes de carácter popular” como las bochas, el remo, el voleibol o la *volata*. Véase F. Fabrizio, ob. cit., p. 40.
- <sup>55</sup> *Ibidem*.
- <sup>56</sup> *La Stampa*, 16 de enero de 1920.
- <sup>57</sup> *La Stampa*, 30 de enero de 1930.
- <sup>58</sup> R. de Felice, ob. cit., pp. 207-208.
- <sup>59</sup> *Ídem*, p. 55.
- <sup>60</sup> Simona Colarizi, *L'opinione degli Italiani sotto il regime (1919-1943)*, Bari-Roma, Laterza, 1991, pp. 193-196.
- <sup>61</sup> Nicola Tranfaglia, *La prima guerra mondiale e il fascismo*, vol. III de Giuseppe Galasso (dir.) *Storia d'Italia. Dall'Unità alla fine della Prima Repubblica*, Turin, UTET, 1995, p. 626.
- <sup>62</sup> Victoria de Grazia, *The Culture of Consent. Mass Organization of Leisure in Fascist Italy*, Cambridge University Press, 1981.
- <sup>63</sup> AST, Gabinetto della Prefettura, busta N° 402, “Pro Stadium Nazionale Torino”, *Il Monitore tecnico*, 1926.
- <sup>64</sup> F. Fabrizio, ob. cit., pp. 22-24.
- <sup>65</sup> Franco Maria Varasi, “Economía, política e sport (1925-1935)”, tesi de laurea, premio “Artemio Franchi 1997”, Florencia, 1999, pp. 200-201.
- <sup>66</sup> Paul Dietschy, ob. cit., pp. 368-369.
- <sup>67</sup> *Torino*, N° 5, mayo de 1934.
- <sup>68</sup> Atti Municipali del Comune di Torino (AMCT), deliberaciones del 13 de mayo de 1936, “Stadio Mussolini. Concessione dell'uso del campo e di locali al FC Juventus. Condizioni”.
- <sup>69</sup> *La Stampa*, 17 de noviembre de 1933.
- <sup>70</sup> V. de Grazia, ob. cit., p. 152-153.
- <sup>71</sup> Véase Pierre Lanfranchi, “La consommation du spectacle sportif. Une comparaison entre l'Allemagne, l'Italie et la France dans l'entre-deux-guerres”, *Le Mouvement Social*, N° 206, febrero-marzo de 2004, pp. 115-125.
- <sup>72</sup> Alain Ehrenberg “Aimez-vous les stades? Architecture de masse et mobilisation”, *Recherches*, N° 43, abril de 1980, pp. 25-54.
- <sup>73</sup> Paolo Murialdi, “La stampa quotidiana del regime fascista”, en Valerio Castronovo e Niccolò Tranfaglia (dirs.), *La stampa italiana nell'età fascista*, Bari, Laterza, 1980, p. 120.
- <sup>74</sup> *La Stampa*, 10 de noviembre de 1929.
- <sup>75</sup> *L'Almanacco dello Sport 1930-1931*, p. 413.
- <sup>76</sup> A. Papa y G. Panico, ob. cit., p. 203.
- <sup>77</sup> Véase, por ejemplo, la fotografía que presenta al jugador de la *squadra azzurra* Virginio Rosetta con su familia al volante de su Fiat 500. *Il Calcio Illustrato*, 22 de julio de 1936.
- <sup>78</sup> Stefano Pivato, *L'era dello sport*, Florencia, Giunti-Casterman, 1994, p. 96.
- <sup>79</sup> P. Dietschy, “Le football et les Jeux olympiques (1896-1936)”, en Pierre Milza, François Jéquier y Philippe Tétart (dirs.), *Le pouvoir des anneaux. Les Jeux olympiques à la lumière de la politique (1896-2004)*, Paris, Vuibert, 2004, pp. 161-181.
- <sup>80</sup> Archivos FIFA, FIGC, *Programma ufficiale del Campionato mondiale di calcio*, p. 5.
- <sup>81</sup> Archivos FIFA, Executive Committee, Agenda Minutes 1935-1936, comunicado entregado a la prensa después de la reunión de la comisión de organización de la Copa del Mundo realizada en Roma en la sede de la FIGC el 6 de enero de 1934.
- <sup>82</sup> Archivos FIFA, Actas de la reunión de la comisión de organización de la Copa del Mundo realizada el 3 de mayo de 1934 en Roma.
- <sup>83</sup> Jules Rimet, *La fabuleuse histoire de la Coupe du Monde*, Ginebra, René Kister, 1954, p. 99.
- <sup>84</sup> *Coppa del mondo. Cronistoria del II campionato di calcio*, Roma, FIGC, 1936.
- <sup>85</sup> *Ídem*, p. 217.
- <sup>86</sup> *Ídem*, p. 207.
- <sup>87</sup> *Ídem*, p. 209.
- <sup>88</sup> *La Gazzetta del Popolo*, 11 de junio de 1934.
- <sup>89</sup> ACS, PCM 1934-1936, Pro memoria per SE Il Presidente del CONI, 12 de enero de 1934.
- <sup>90</sup> Christiane Eisenberg, “Histoire du football professionnel en Allemagne”, en Henri Héral y Patrick Mignon (dirs.), *Football jeu et société, Les cahiers de l'INSEP*, N° 25, 1999, p. 174.
- <sup>91</sup> Emilio de Martino, *Trè volte campioni del Mondo. Da Berlino a Parigi*, Milán, Edizioni del Calcio Illustrato, 1938, pp. 48-49.
- <sup>92</sup> *L'Excelsior*, 11 de febrero de 1938.
- <sup>93</sup> *Le Temps*, 21 de junio de 1938.
- <sup>94</sup> Entrevista del 13 de febrero de 1997. Campeón olímpico en 1936 y del Mundo en 1938, Pietro Rava realizó toda su carrera profesional en las filas de la Juventus de Turín.
- <sup>95</sup> E. de Martino, ob. cit., p. 124.
- <sup>96</sup> Véase también Mauro Grimaldi, *La Nazionale del Duce fatti, aneddoti, uomini e società nell'epoca d'oro del calcio Italiano (1934-1938)*, Roma, Società Stampa Sportiva, 2003, pp. 179-181.
- <sup>97</sup> *Ídem*, p. 182.
- <sup>98</sup> A. Papa y G. Panico, ob. cit., p. 76.

<sup>99</sup> *La Stampa*, 3 de octubre de 1940.

<sup>100</sup> Véase P. Dietschy, ob. cit., p. 413.

<sup>101</sup> *La Gazzetta dello Sport*, 4 de octubre de 1941.

<sup>102</sup> *La Gazzetta dello Sport*, 6 de abril de 1943.

<sup>103</sup> *La Gazzetta dello Sport*, 21 de enero de 1943.

<sup>104</sup> *La Gazzetta dello Sport*, 3 de agosto de 1943 y 2 de julio de 1945.

<sup>105</sup> *La Gazzetta dello Sport*, 15 de enero de 1947.

<sup>106</sup> “Riorganizzazione”, *Gioventù d’Azione. Giustizia e Libertà*, año II, N° 2, 10 de mayo de 1945.

<sup>107</sup> P. Dietschy, “The Superga Disaster and the Death of the «Great Torino»”, *Soccer and Society*, vol. 5, Issue 2, verano de 2004, pp. 298-310.

## Profesionalización y modernización en el fútbol brasileño

Francisco Xavier Freire Rodrigues\*



Este artículo analiza el proceso de consolidación del fútbol profesional en Brasil, destacando el contexto económico, político y sociocultural. Desde este punto de vista se analizará: 1) la modernización de la legislación del fútbol brasileño y los métodos de entrenamientos; 2) las recientes transformaciones en la estructura administrativa del fútbol brasileño a través del movimiento de los clubes de los Trece, Ley Zico y Ley Pelé; 3) el surgimiento del fútbol científico en Brasil y la valorización de la preparación física como dimensiones del proceso de modernización del fútbol coronado por el fútbol-fuerza; por último, 4) discutiremos algunos de los impactos provocados por las “escuelitas” de fútbol en el proceso de formación de jugadores en Brasil.

### La profesionalización en el fútbol brasileño

El fútbol se convirtió en una actividad profesional con la introducción del capital como mediador de las relaciones entre jugadores y clubes. Oficialmente, la institucionalización del fútbol profesional en Brasil data del 23 de enero de 1933.<sup>1</sup> La entrada del dinero en el fútbol provocó la separación entre dos instancias: fútbol amateur versus fútbol profesional. Cada instancia representaba aspectos sociales diferentes.

La lucha por la profesionalización del fútbol en Inglaterra (1889) y en Brasil (1933) está marcada por disputas ideológicas y conflictos sociales. La literatura oficial asegura que la institucionalización del profesionalismo en el fútbol fue precedida de verdaderos conflictos de clases. Según W. Caldas: “De un lado, la elite intentaba mantener el privilegio de ser la única clase social en practicar el fútbol como forma de entretenimiento; por otro, la clase obrera que, por determinación histórica del propio origen del fútbol, comenzaba a incorporar un valor cultural, hasta entonces ajeno a su universo lúdico”. Se trata de dos ideologías antagónicas defendidas por grupos sociales diferentes: el amateurismo, patrón de la práctica futbolística de la aristocracia, que consideraba el fútbol un entretenimiento, un símbolo de distinción social, en tanto que el profesionalismo era el modelo de fútbol deseado por las clases menos favorecidas, especialmente por los trabajadores que veían en ese deporte una profesión. Por eso el proceso de profesionalización del fútbol es paralelo a su proletarización y popularización. Inicialmente, los jugadores profesionales eran en su mayoría de origen proletario. La profesionalización implica una pérdida de prestigio social del fútbol

\* Universidade do Caxias do Sul.



pues lo que era privilegio de las elites se convirtió en un deporte accesible a los pobres, dejando de ser un símbolo de distinción social, dislocándose de la esfera de los bienes restringidos a la esfera de los bienes ampliados.<sup>2</sup> Por esta razón, las elites se alejan de este deporte y buscan otros, especialmente dedicados a prácticas individuales, como el tenis o el golf.<sup>3</sup> Pero es necesario señalar que las elites se retiraron sólo en parte de la práctica del fútbol, pues permanecieron gerenciándolo. Los dirigentes de fútbol son generalmente originarios de las elites. El *habitus* deportivo carga la marca del origen social de los practicantes, diferenciándose de acuerdo con los grupos sociales.

El fútbol profesional se expande cuando los clubes europeos comienzan a contratar a jugadores de otros países en donde no había régimen profesional, como la Argentina, Uruguay y Brasil. De hecho, se puede afirmar que fue recién en la década de 1930 cuando el profesionalismo se consolidó como régimen dominante en el fútbol mundial. En este proceso cabe destacar la combinación positiva entre radiodifusión y fútbol profesional en América del Sur. Según Juan José Sebrelli:

La ligazón entre los medios de comunicación y el fútbol se hace aun más estrecha a partir de la profesionalización, cuando se trata de hacer propaganda para que la mercadería se venda más. No es una casualidad que la propaganda masiva del fútbol y el surgimiento de la radio comercial se dan en la Argentina en el mismo año de 1931. Entre 1936 y 1946, precisamente los años de mayor auge del fútbol argentino, se duplicó el número mundial de aparatos receptores, pasando de 55 millones a alrededor de 120 millones. [...] En los años 30, la transmisión de fútbol contribuyó en parte a aumentar el número de oyentes, y la radio incidió de manera decisiva para imponer el fútbol en la mayoría de la población, incluso entre los ancianos y las mujeres que nunca conocerían un estadio.<sup>4</sup>

Además de contribuir a popularizar el fútbol, la radio produce y vende el espectáculo, torna posible la construcción de una comunidad virtual de hinchas, admiradores y consumidores de fútbol. La expansión de la radio en Brasil data de la segunda mitad del siglo XX, aunque su surgimiento se remonta a los años 20 del mismo siglo. Podemos asegurar que la autonomía de la profesión de jugador de fútbol es contemporánea al surgimiento de otras profesiones en el campo cultural, como las de periodista y escritor.

El pasaje del amateurismo al profesionalismo está marcado por la entrada en escena de jugadores de orígenes populares en los grandes clubes, a pesar de los múltiples obstáculos que tuvieron que enfrentar. Los jugadores negros y mestizos fueron los pioneros de lo que sería conocido como el “estilo brasileño de jugar al fútbol”. La irrupción del fútbol profesional en Brasil marca la tercera fase de la historia del fútbol brasileño periodizada por R. Levine.<sup>5</sup> Se trata del comienzo del fútbol profesional (1933-1950) y de su reglamentación a través de la legislación social y del trabajo del gobierno de Getulio Vargas (1930-1936).

Con la llegada del profesionalismo el fútbol se convirtió en un espectáculo de masas a la vez que acabó con el falso amateurismo, transformando a los jugadores en empleados de los clubes, aun cuando no participaran de la vida social de estos. Es en este sentido que

...fue creada una nítida división entre el campo de fútbol y el club que, al mismo tiempo, necesitaba provocar una regeneración del deporte amateur. Además, el equipo profesional fue inevitable para impedir la fuga de jugadores brasileños hacia los países que ya habían entrado al profesionalismo.<sup>6</sup>

Entre 1910 y 1930 se fortaleció el falso amateurismo conocido como “profesionalismo marrón”. Los jugadores recibían dinero para jugar de manera encubierta, pues era ilegal. Era un amateurismo que se sustentaba básicamente en las gratificaciones, conocidas como “bicho” (juego de azar) sobre las que A. Rosenfeld señala que desde muy temprano, tal vez desde 1910,

...la necesidad de atraer elementos pobres convirtió el pago del “bicho” en imperativo (el término probablemente provenga de *jogo do bicho*); según el éxito logrado, los jugadores recibían un “cachorro” (perro) (5 mil rês, en moneda de la época), un “coelho” (conejo) (10 mil rês), un “galo” (gallo) (50 mil rês), una “vaca” (100 mil rês), etcétera.<sup>7</sup>

El jugador deseaba convertirse en profesional. Esto provocó un éxodo de atletas brasileños hacia los países donde existía un sistema de deporte profesional. Es interesante el ejemplo de los hermanos Fautoni del Atlético-MG, que se profesionalizaron en el exterior y abandonaron Brasil en la década de 1920. Del Dêlbio, De Maria, Filô y Serafim emigraron a Italia con la finalidad de convertirse en futbolistas profesionales. Otros jugadores marcharon hacia la Argentina y Uruguay. Cabe recordar el caso de Fausto y Jacaré, ambos de Vasco da Gama, que en una gira por Europa abandonaron su club para jugar como profesionales en el Barcelona.<sup>8</sup> Este último fue el club pionero en Río de Janeiro en adoptar el profesionalismo, forzando a los demás clubes a hacer lo mismo. Su presencia en la primera división de la liga en el campeonato de 1923 fue determinante en ese sentido. Los jugadores del Vasco eran generalmente negros y mulatos, lo que indicaba la total disparidad con sus dirigentes y asociados. Los jugadores hacían del fútbol su profesión.<sup>9</sup> La conquista del campeonato estadual de 1923 por el Vasco es un hito en la transformación del fútbol amateur en profesional.<sup>10</sup>

La reglamentación del fútbol profesional resolvió parcialmente la tensión racial entre socios y jugadores al permitir que las diferencias fuesen más nítidas y que se instalaran criterios eminentemente técnicos en la selección de jugadores. Esto se hace evidente si pensamos en la campaña que Rodrigues Filho realizó en los años 30 en favor del profesionalismo como forma de disipar las discriminaciones sufridas por los jugadores negros, como Leônidas, Gradin, e Pregoinho. En realidad, el profesionalismo en Brasil liberó a los jugadores del elitismo y del paternalismo, contribuyendo a crear un estilo nacional de jugar al fútbol.<sup>11</sup>

Tres hechos, entre otros, fueron determinantes en la implementación del fútbol profesional en Brasil: 1) *La conquista del título sudamericano en 1919 por la selección brasileña*. A partir de allí, los estadios paulistas y cariocas comenzaron a llenarse, los asisten-

tes pagaban entrada para asistir a los partidos, hecho que exigía de los clubes mayor esfuerzo para mantener la calidad del espectáculo. Por eso los clubes abrieron sus puertas a jugadores provenientes de las clases populares, negros y mulatos, y rápidamente el criterio de reclutamiento de los atletas pasó a ser meramente técnico. Éste es el comienzo de la transformación del fútbol como deporte de elite en espectáculo popular y, más adelante, en deporte profesional, y cuando comenzó el pago encubierto a algunos jugadores (profesionalismo marrón). 2) *La revolución vascaína*. Se relaciona con la conquista del campeonato carioca por el Vasco da Gama en 1923 con un equipo formado básicamente por negros y mulatos. Estos jugadores eran obreros que necesitaban un sueldo para continuar dedicándose al fútbol. El Vasco comenzó a pagar “bichos” y posteriormente salarios, revelando la necesidad de profesionalizar este deporte. 3) *La legislación social y trabajadora de Vargas*, implementada a partir de 1931, que incluía al jugador de fútbol entre las nuevas profesiones.<sup>12</sup>

En 1976 la figura de jugador profesional fue reglamentada por la ley 6.354/76 que cambió la situación del jugador brasileño, pues de hecho consolidaba el profesionalismo.

Por primera vez en la historia de fútbol brasileño todos los jugadores profesionales pasaron a tener status laboral y beneficios otorgados por la Consolidación de las Leyes de Trabajo (CLT), como feriados y Fondo de Garantía por Tiempo de Servicio (FGTS). Esa ley además dio a los jugadores el derecho de poseer su propio pase después de los treinta y dos años.<sup>13</sup>

Actualmente, son raras las profesiones-ocupaciones que despiertan tanto interés como la de “jugador de fútbol profesional”. La prensa divulga que ser jugador de fútbol profesional en Brasil es el principal sueño de todo niño, especialmente para los pertenecientes a las clases populares. Esto es así por las posibilidades de ascenso social que este deporte genera. Es necesario cuestionar esta visión ya naturalizada en Brasil. Cabe resaltar que el tan soñado ascenso social a través del fútbol es un privilegio de pocos. Sólo un grupo muy reducido de niños consigue realizar este sueño pues es un mercado de trabajo muy competitivo, donde la selectividad implica criterios técnicos y tradicionales.

## La modernización del fútbol brasileño

### *El contexto económico-político-cultural*

El fútbol en Brasil ha alcanzado una evidente evolución en las últimas décadas, en el contexto de un movimiento a escala mundial. Tal evolución se refiere a la organización, a la reglamentación de las formas de producción y vehiculización, a los cambios en las relaciones jugador-club, al fin del “pase”, al fútbol-empresa, al desarrollo de nuevos modelos de preparación física e táctica, además de una creciente vinculación al mercado y a la televisión del espectáculo futbolístico actual.

En este punto discutiremos un conjunto de cambios producidos en el fútbol brasileño durante el siglo XX, poniendo especial énfasis en el período que va de la década del 70 a



2002. Nuestro objetivo es analizar la correlación entre sociedad, economía y fútbol, buscando explicitar sus relaciones mutuas. Los aspectos que más interesan debatir son las innovaciones en el gerenciamiento del fútbol, en las relaciones club-jugador y en los métodos de preparación de atletas. Debemos tener presente que deporte y sociedad en Brasil están imbricados, lo que nos posibilita establecer relaciones entre el desarrollo del fútbol y otras instituciones, y también articular directamente el nuevo proceso de modernización en el escenario futbolístico con la modernización económica y social. Asimismo, se sabe que la urbanización y la industrialización incentivaron el desarrollo de la práctica y el consumo futbolístico, además del posterior crecimiento de los medios de comunicación de masas.

Una contextualización histórica más rigurosa requiere una explicación de otros factores previos sobre las motivaciones que impulsaron el fútbol en Brasil:

La liberación definitiva de los esclavos (1888), la proclamación de la República, la inmigración que le sucedió, más los comienzos de la industria y el rápido desarrollo de las ciudades, sobre todo Río de Janeiro y São Paulo [...] crearon las condiciones psicosociales previas del deporte. Su triunfo está estrechamente ligado, también en Europa, a la industrialización y al surgimiento de las grandes ciudades.<sup>14</sup>

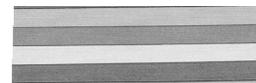
Coincidimos con Rosenfeld e interpretamos el fútbol como producto de la modernidad, resaltando que acontecimientos como la abolición de la esclavitud, la urbanización y el proceso de industrialización son elementos de un nuevo orden social en gestación en Brasil que avanza hacia la modernidad.

### *El Estado y el fútbol en Brasil*

La llegada de Getulio Vargas al poder el 4 de noviembre de 1930 marcó el fin de la República Vieja (1889-1930) y el comienzo de la Segunda República. Vargas llevó adelante el Programa de Reconstrucción Nacional que, entre otras cuestiones, creaba el Ministerio de Trabajo y la legislación de protección y defensa del trabajador urbano y rural. En este programa, había aspectos importantes para el fútbol. La legislación social y de trabajo del nuevo gobierno reglamentó varias profesiones entre 1930 y 1936, incluyendo en parte la de jugador de fútbol sin reconocerla aún. La legislación alcanzó a trabajadores de diversos sectores como farmacias, bancos, navegación, panaderos, peluqueros, transportes, hoteles y empleados públicos.<sup>15</sup>

En términos económicos, la crisis del precio del café y las turbulencias provocadas por la caída de la Bolsa de Valores de Nueva York en 1929 crearon una nueva configuración nacional y mundial. El capital financiero extranjero, a través de los bancos, comenzó a proliferar en el país y a dominar la economía. El desarrollo industrial creó una nueva clase social, el proletariado, y consecuentemente una masa de trabajadores organizados políticamente, especialmente con la creación del Partido Comunista brasileño en 1922.

A partir de 1933 el país vivía un mejor clima económico. Los índices de desempleo disminuyeron con relación a los años anteriores, y la baja inflación generaba condiciones para que los simpatizantes asistieran en masa a los estadios de fútbol.



En el campo cultural se produjeron cambios sustanciales que permitieron la emergencia de una nueva configuración cultural en torno de las banderas nacionales, aunque debe resaltarse que la producción cultural era aún bastante escasa. Artistas e intelectuales eran productores de cultura y se manifestaban política e ideológicamente frente al desarrollo del país. El arte y la literatura se transformaron de proyecto estético en proyecto ideológico. Estas dimensiones de la cultura generaban nuevas lecturas de la sociedad y presentaban nuevos contenidos. El Estado Novo creó nuevos cursos superiores y otras alternativas en la enseñanza media. En cierta medida, los cambios promovidos en la década de 1930 implicaron una democratización de la cultura.<sup>16</sup>

En este sentido, es necesario destacar que el fútbol es una manifestación cultural que parte de la elite para después popularizarse. Al contrario, la música sale de los sectores populares para convertirse en un producto de consumo de las clases media y superior. El ejemplo del samba es revelador pues se trata de un fenómeno restringido a los morros y a los suburbios cariocas hasta que a partir de los años 20 se expandió a otros sectores y se convirtió en un producto cultural consumido por todas las clases sociales, un verdadero producto nacional. La radio tuvo una función importante en la masificación de estos productos culturales. Dentro de estas manifestaciones culturales, el fútbol ganó popularidad nacional y significados políticos y culturales a partir de la década de 1930. Su prestigio popular como vehículo lúdico de las masas se dio cuando aumentó el público en los estadios, a partir de 1923, y también cuando el fútbol conquistó segmentos modestos de la población.

Para P.J.L. Negreiros, a partir de la Copa del Mundo de 1938 el fútbol en Brasil pasó a ejercer un papel articulador de la identidad nacional, contribuyendo a la formación de la nación. En eventos y festividades como el 1 de Mayo, en São Januário y en Pacaembu, el gobierno de Vargas siempre organizaba un partido de fútbol antes para atraer al público.<sup>17</sup>

La selección brasileña participó en la Copa del Mundo de 1930 en Uruguay. A partir de ese momento comenzó un proceso de internacionalización del fútbol y los equipos brasileños compitieron en países europeos y sudamericanos. Las giras de los equipos brasileños facilitarían el éxodo de sus jugadores; sin embargo las causas principales del éxodo de atletas eran, por un lado, el elitismo contrario a la profesionalización y, por otro lado, las condiciones atractivas del mercado de trabajo del fútbol europeo. El caso del jugador Fausto del Vasco da Gama, que en una gira por Europa abandonó su club para convertirse en jugador profesional del Barcelona, es ilustrativo de la situación vivida por el fútbol brasileño en las tres primeras décadas del siglo XX.<sup>18</sup>

A partir de los años 30, durante el gobierno de Vargas emergieron nuevos valores y nuevas relaciones sociales en la sociedad brasileña, como la reglamentación de nuevas profesiones entre las que se encuentra la de jugador de fútbol. El Estado Novo modificó la organización del deporte. Durante esta década, el fútbol brasileño contaba con dos grandes entidades organizativas: la Confederación Brasileña de Deportes (CBD) y la Federación Brasileña de Fútbol (FBF). La primera representaba el amateurismo y la segunda el profesionalismo. El Consejo Nacional de Deportes, inicialmente presidido por João Lyra Filho, fue creado por hombres elegidos por Vargas.

La contribución del Estado al deporte fue asegurada por la participación en la configuración del sistema administrativo de los clubes, donde el gobierno intervenía en los aspectos organizativos y burocráticos de las asociaciones deportivas, y con el Consejo Nacional de Deportes, que determinaba el modelo de los estatutos que debía ser adoptado por los clubes de todo el país.<sup>19</sup>

En 1930 el Estado intervino en el fútbol impidiendo la realización del Campeonato Brasileño de Selecciones debido al tenso clima político que vivía el país. Por eso los campeonatos regionales se tornaron los centros de atención, creando rivalidades locales y grandes tradiciones que están vigentes aún hoy.

El proceso de modernización en el fútbol brasileño también puede ser entendido a partir de la intervención estatal en su organización. La dinámica del fútbol se articuló con el desarrollo político-social del país. Considerando que el discurso desarrollista de los años 60 y 70 deseaba la integración nacional, se puede sugerir la hipótesis de que la creación del Campeonato Nacional de Clubes en 1971, con equipos de todas las regiones del país, fue un hito en la historia del fútbol brasileño y al mismo tiempo un paso en la modernización del mercado productor y consumidor del espectáculo futbolístico, concretando la integración y unidad nacional a través del fútbol. Tal modernización se procesó preservando la tradición, pues el campeonato nacional fue creado, pero los campeonatos estatales se mantuvieron.

El nuevo campeonato se sumó a los campeonatos estatales, no para sustituirlos. La “modernidad” fue incorporada preservando el esquema tradicional de organización federativa y manteniendo intactas las jerarquías regionales y sus divisiones de acceso. Los dirigentes y las federaciones, por cierto, no podían concebir un cambio de otro orden.<sup>20</sup>

Podemos sugerir que hubo una modernización conservadora, siendo el nuevo campeonato nacional un elemento de modernidad y los campeonatos estatales un elemento tradicional, conservador.

El desarrollo del deporte era parte de la modernización económica y social de Brasil, proyecto contemplado en el II Plan Nacional de Desarrollo (PND) durante el régimen militar. Las acciones del Estado militar se basaban en una ideología progresista, pero bajo la tutela de un gobierno autoritario. Esto sugiere la tesis de Florestan Fernandes sobre la *modernización conservadora*.<sup>21</sup> Significa que tenemos normas e instituciones modernas, pero mantenemos una estructura de poder arcaica y atrasada. Era una modernización impuesta desde arriba hacia abajo, sin consultar a la sociedad. Por lo tanto, la llamada “modernización conservadora” se produjo también en el fútbol.

En 1977 la publicidad se introdujo en los campos de fútbol, recaudando dinero para clubes, estadios y federaciones. También en este período el fútbol comenzó a ser transmitido por televisión a través de videotapes. El uso de publicidad en los uniformes de los equipos se configura como una nueva fuente de recursos y un paso importante en la comercialización del fútbol.

La década del 80 marcó importantes modificaciones en el fútbol brasileño, como el incremento de la comercialización del espectáculo futbolístico, el crecimiento salarial de los jugadores y la televisación en vivo de los partidos. El mercado tendió a dominar el fútbol,

sobrevaluando los salarios de jugadores y técnicos. No obstante, frente a la crisis que el fútbol vivía en los años 80, la profesionalización de los dirigentes y de los clubes parecía una de las posibles soluciones. Esta visión sobre la modernización del fútbol brasileño es compartida por Helal y Proni.<sup>22</sup> La crisis no se limitaba al fútbol, era de naturaleza económica (inflación elevada, pérdida de dinámica) y política (lucha por la democratización y el fin de la dictadura militar). Una de las señales de este momento difícil en el fútbol es el elevado número de jugadores que dejaron el país. Frente a la crisis financiera, los clubes vendían sus jugadores famosos al fútbol europeo para poder pagar los salarios de sus jugadores. Es en esta época cuando “estrellas” como Zico, Sócrates, Falcão, Edinho, fueron transferidos a clubes italianos.

En mayo de 1982 se aprobó el uso de publicidad de diversas empresas en los uniformes de los equipos. Tal medida fue aprobada por el Consejo Nacional de Deporte (CND), aunque se temía que los simpatizantes no aprobasen esta estrategia por ser una profanación de los tradicionales colores del club. Esto no era novedoso pues ya ocurría en el fútbol europeo.

### *Los clubes de los “Treze”*

Se trata de un movimiento creado en julio de 1987, llamado Unión de los Grandes Clubes Brasileños y formado por los principales clubes de São Paulo, Río de Janeiro, Río Grande del Sur, Minas Gerais y Bahía, que cuestionó la estructura administrativa del fútbol brasileño. Los equipos participantes inicialmente eran São Paulo, Flamengo, Vasco, Botafogo, Corinthians, Palmeiras, Santos, Internacional, Grêmio, Cruzeiro, Bahia, Vitória y Atlético-MG.

Entre los antecedentes de la formación del club de los “Treze” está el cambio en las reglas del Campeonato Brasileño de 1986, que tuvo por objetivo favorecer a un gran club de Río de Janeiro.<sup>23</sup> Este movimiento marca la necesidad de modernizar la estructura administrativa del fútbol nacional, tomando como modelo las ligas europeas de fútbol. Fundar una liga nacional para gestionar el fútbol y organizar el campeonato nacional era uno de los propósitos del club de los “Treze”.

La Copa Unión, el campeonato nacional organizado en 1987 por el club de los “Treze”, fue una tentativa de racionalizar y comercializar el campeonato brasileño. En otras palabras, los grandes clubes se rebelaron contra la Confederación Brasileña de Fútbol (CBF), que se había declarado incapaz de organizar el certamen nacional de ese año. Entonces, los “Treze” clubes más grandes de Brasil, apoyados por la TV Globo, Coca-Cola y Varig, realizaron la Copa Unión. Excepto Corinthians y Flamengo, todos los clubes participantes firmaron contratos de patrocinios con la empresa Coca-Cola. Éste puede ser considerado un momento decisivo en la modernización del fútbol brasileño o, mejor, su inserción definitiva en el fútbol industrializado, dominado por los empresarios.

### *La Ley Zico*

La Ley Zico se inserta en un contexto político de redefinición de la intervención estatal en la esfera deportiva, en la cual se revisa el papel del CND frente a la legislación deportiva.

En el ámbito de la economía, los años 90 asistieron a un conjunto de transformaciones, como la reestructuración productiva, el combate a la inflación y la valorización y creación de una nueva moneda (el real en 1994), apertura de la economía interna al mercado internacional, privatizaciones de empresas estatales y flexibilización de las relaciones de trabajo. El país adoptó un modelo de desarrollo según el discurso de la globalización y del liberalismo, sustituyendo el modelo nacional-desarrollista por el modelo basado en la eficiencia del mercado. Si el primero parecía representar al pasado, el segundo creía representar la modernidad.

En el ámbito deportivo, los cambios giraban en torno del mejoramiento de los servicios prestados al consumidor (simpatizante) y del incentivo a la participación de la iniciativa privada en el deporte, y el retiro de parte del patrocinio público. Se abría así la oportunidad para el avance del marketing deportivo, una de las facetas del fútbol-empresa en gestación que pretendía liberar el fútbol de la tutela estatal.<sup>24</sup>

El “Proyecto Zico” presentado al Congreso Nacional en 1991 apuntaba a:

- i) Reglamentar la presencia de empresas y las formas de comercialización en el fútbol profesional;
- ii) revertir la participación en los recursos de la Lotería Deportiva;
- iii) derogar la “ley del pase” y establecer una nueva norma para el contrato de trabajo del atleta profesional;
- iv) redefinir los mecanismos de supervisión y asegurar la autonomía estatutaria de los clubes, así como v) buscar mecanismos más democráticos y transparentes de representación y de administración de las federaciones y de la CBF.<sup>25</sup>

Con estas medidas se pretende modernizar el fútbol brasileño, como también proporcionar situaciones financieras más sólidas a los clubes nacionales, transformando a éstos en empresas comerciales de naturaleza deportiva. Así, era inevitable y necesaria la profesionalización administrativa. La disparidad entre jugadores profesionales y dirigentes amateurs se presentaba como algo incongruente frente al proceso de convertir en empresa y en industria al fútbol globalizado.

Después de muchas discusiones y reacciones de los dirigentes, especialmente en lo que se refiere al fin del “pase”, el proyecto fue aprobado con algunas modificaciones, entre ellas el retiro del punto que imponía el fin de la ley del “pase”, además de la obligación de transformación de los clubes en empresas.

La Ley Zico (8.672/93) tenía por objeto modificar la organización del fútbol nacional, promoviendo: 1) el fin del “pase”, proporcionando autonomía a los jugadores en forma de libertad de contrato; 2) la ruptura con el modelo intervencionista del Estado en los clubes y federaciones; 3) el surgimiento del fútbol-empresa, y 4) la alteración del sistema electoral de la CBF.<sup>26</sup>

En verdad, la nueva legislación estaba en consonancia con la comercialización del fútbol y la necesidad de profesionalizar su gestión. Las relaciones empresariales fueron intro-

ducidas para sustituir la pasión y la tradición de los dirigentes por la administración imparcial y transparente.

Pero la modernización impulsada por la Ley Zico no se completó o, mejor, se realizó según una ética dual, donde se mezclan lo moderno y lo tradicional, por ejemplo, jugadores profesionales y dirigentes amateurs. Hay otras fallas en el proyecto modernizante emprendido a partir de la Ley Zico. Según Helal:

La adopción del “fútbol-empresa”, permitida por la Ley Zico [...] sin una transformación de la estructura de poder, no representa un cambio radical en la organización del fútbol en el país, pues siguió prevaleciendo una política de intercambio de favores en la organización de los campeonatos. Con partidos deficitarios, el campeonato generaría perjuicios a los clubes, limitando su potencial de marketing y de comercialización del fútbol, y es exactamente esto lo que ha venido ocurriendo después de la Ley Zico. O sea, la modernización administrativa, que implicaba la comercialización del espectáculo, debía haber sido acompañada de una modernización política, entendida aquí como autonomía e independencia de los clubes para organizar los campeonatos.<sup>27</sup>

### La Ley Pelé

En septiembre de 1997, Edson Arantes do Nascimento, Pelé, ministro extraordinario de Deportes, impulsó un proyecto de ley que pretendía, inspirado en la legislación española, restaurar el control del Estado sobre las entidades deportivas. Apoyaba la fiscalización del deporte y la autonomía de la organización de los clubes. En este sentido, “al proponer la derogación de la Ley 6.354/76, el proyecto también pretendía retirar las protecciones que la legislación garantizaba a los clubes (ley del «pase») y a los atletas (15 por ciento) en la transferencia y en el límite de tres años en la duración del contrato, dejando que el deporte pasase a ser regulado por las leyes del mercado”.<sup>28</sup>

El proyecto fue enviado al Congreso Nacional sin consultar a las entidades deportivas (dirigentes de clubes, CFB, federaciones) que calificaron el proyecto de idiota, estatizante y autoritario. Los principales clubes brasileños se manifestaron contra el fin del “pase” establecido por la Ley Pelé, alegando que el “pase” era una forma de reponer las inversiones en el proceso de formación del atleta. El proyecto de ley pretendía colocar el fútbol brasileño en la modernidad.

La modernización del fútbol brasileño a partir de la década del 90 puede ser entendida como el resultado de cambios en la economía mundial y de la transformación del deporte en producto de la industria del entretenimiento en proceso de globalización. En este sentido,

...la modernización del fútbol brasileño era un imperativo de la concurrencia capitalista; era urgente reestructurar las formas de producción del espectáculo y de la gestión de los clubes para garantizar una alta competitividad internacional e impulsar los negocios en ese campo de valorización en franca expansión.<sup>29</sup>

Hay una concordancia entre la adopción de un modelo de modernización en la sociedad por el proceso de globalización de la economía y los cambios estructurales en el fútbol, también inspiradas en la gestión del espectáculo fut-

bolístico europeo. El patrón de gestión empresarial fue considerado una de las soluciones para el fútbol brasileño. En este sentido el discurso sobre la profesionalización de los dirigentes ganó adeptos, particularmente en la prensa. Existe, de hecho, estrecha relación entre profesionalización de la administración, la transformación de los clubes en empresas, la racionalización del calendario futbolístico y la creación de la liga nacional. Son aspectos importantes de la tan deseada “moralización” del fútbol, que proporcionaría transparencia en las negociaciones entre clubes y en las relaciones entre jugadores y clubes. Se alimentó la creencia de que la modernización sería la solución para erradicar los males del fútbol nacional.<sup>30</sup>

### El fútbol científico en Brasil

El fútbol en Brasil es interpretado como innato a lo brasileño, como un resultado de las cualidades naturales del país. El discurso de la prensa y de los simpatizantes, de un modo general, reivindica la paternidad del fútbol o como mínimo el monopolio del saber técnico y popular del fútbol. Los brasileños se consideran los “mejores” del mundo, no admiten siquiera que algún jugador brasileño que actúa en el exterior vaya al banco de suplentes. A pesar de no ser los inventores de este deporte, se creó un discurso según el cual los brasileños son los auténticos, los que conocen y practican el mejor fútbol del mundo.

A nivel mundial, el fútbol se convirtió en un deporte estructurado, institucionalizado, regulado y especializado; las reglas sirven para estandarizarlo. La universalización de reglas puede ser entendida como una dimensión del proceso civilizador manifiesto en el fútbol.<sup>31</sup>

La modernización del fútbol brasileño también puede observarse a partir de los esquemas tácticos. El trabajo técnico y táctico diferente del tradicional se inició en Brasil con Dorri Kruschner, un húngaro que trabajó en el Flamengo en 1937, influenciando a otros técnicos brasileños, incluso Flávio Costa, el técnico brasileño en la Copa del Mundo de 1950.<sup>32</sup>

La primera copa del mundo se realizó en Uruguay en 1930. En las primeras ediciones del mundial, la fuerza física predominó sobre la habilidad. Los campeones fueron Uruguay (1930 y 1950) e Italia (1934 y 1938). La selección brasileña se preparaba poco para esos eventos y, al ser derrotada, culpaba a los árbitros por el fracaso, algunas veces con razón. La técnica y la habilidad brasileñas fueron insuficientes para vencer la fuerza y la rigidez de los esquemas tácticos montados por los seleccionados europeos y de Uruguay. Entretanto, en 1958, la habilidad se impuso a la fuerza. La selección brasileña tenía como arma las gambetas de Garrincha, los toques de Didi y la habilidad y los tiros de Pelé. Cabe, aquí, algunos comentarios sobre la preparación para la copa de 1958 disputada en Suecia, tal vez un hito en la historia del fútbol brasileño, que provocó cambios radicales en épocas posteriores en la forma de jugar y de preparar y formar jugadores.

En la copa de 1958, la selección brasileña adoptó por primera vez una “comisión técnica” formada por Vicente Feola (técnico), Carlos Nascimento (supervisor), Paulo Amaral (preparador físico), Hilton Gosling (médico), José de Almeida (administrador) y João Carvalhaes (psicólogo). Había un plan de trabajo bien elaborado, con normas de conducta que reglamen-





taban el comportamiento de los jugadores. La selección brasileña campeona de esta copa presentaba modernidad en el esquema táctico del técnico Vicente Feola, en la elección de los jugadores, en la preparación física de los jugadores.<sup>33</sup> Se crearon nuevos métodos de trabajo y entrenamiento. Su esquema de juego era o 4-2-4, donde los dos laterales, Djalma Santos y Nilton Santos, tenían libertad para ayudar al ataque. El volante Zito marcaba y salía jugando, además Zagallo, como puntero izquierdo, volvía para marcar. El fútbol brasileño organizaba un sistema defensivo por primera vez en la selección. Surgía la idea de ocupar los espacios, de defenderse bien, de organizar y auxiliar el talento, pues el talento solo no alcanzaba; era preciso modernizar la forma de jugar y adoptar un esquema táctico sistemático, cuidando la defensa.

A pesar de estos avances en la preparación para el mundial de 1958, el entrenamiento en el fútbol brasileño, particularmente en los clubes, no se basaba en métodos científicos, ni obedecía a planeamientos sistemáticos. Los entrenamientos se basaban en toques y “jueguitos”. En realidad, además de la fama y la tradición en torno de la habilidad y al arte del jugador brasileño, hay en la historia del fútbol brasileño una tendencia a rechazar el entrenamiento por parte de algunos jugadores. Por ejemplo, Didi, Garrincha, Sócrates, Romário y otros. Ellos pensaban que nacieron “hechos” para jugar y que no tenían nada que aprender. Es la idea del fútbol como algo innato, propio del brasileño.

De hecho, hasta el final de la década del 60, los jugadores brasileños estaban mal entrenados. La disciplina era “suave” y tenía como base carreras alrededor del campo y entrenamientos colectivos, verdaderos entretenimientos, o sea, un juego aficionado en que los jugadores se divertían. La preparación física era marginal. Como recuerda Castro:

Los jugadores entrenaban de mañana o de tarde, nunca en tiempo completo. Hasta los años 50, la preparación física acostumbraba ser dirigida por el propio entrenador. Éste podía ser gordo como Gentil Cardoso o delgado como Zezé Moreira, pero de ningún modo un especialista en la tarea. Se limitaba a dirigir los ejercicios del llamado “Regimiento N° 7”. Era un programa creado por el ejército francés en la Primera Guerra, adoptado por el ejército brasileño y usado en las horas de educación física de los colegios [...]. Los jugadores se entrenaban silbando, batiendo palmas y saliendo de noche. Así era en casi todos los clubes.<sup>34</sup>

Recién a mediados de los años 60 los clubes contrataron especialistas en el área de educación física para armar equipos bien preparados, tal como exigía el entonces emergente fútbol-fuerza o fútbol moderno. Se divulgó la idea de que el fútbol era ciencia. Por lo tanto, el cuerpo del jugador se convirtió en objeto de atención médica, científica y política, algo manipulable, reparable e incluso producido. Comenzó la fase de la modernización del fútbol en la cual el jugador es considerado y manipulado como un cuerpo a ser vigilado, entrenado, educado, corregido, sea dentro o fuera de la cancha, desde las catego-

rias inferiores hasta las profesionales. Aquí hay un cambio en la concepción del cuerpo en el ámbito del fútbol, producto de circunstancias determinadas y, especialmente, de dispositivos aplicados en los entrenamientos del jugador de fútbol moderno. Para Michel Foucault, dispositivo significa “un tipo de formación que, en un determinado momento histórico, tuvo como función principal responder a una urgencia”. Dispositivo como formación puede ser entendido como “un conjunto decididamente heterogéneo que engloba discursos, instituciones, organizaciones arquitectónicas, decisiones reglamentarias, leyes, medidas administrativas, enunciados científicos, proposiciones filosóficas, morales, filantrópicas”.<sup>35</sup> En este sentido consideramos que los modelos de entrenamiento y preparación de jugadores son dispositivos formados por discursos, reglamentaciones de comportamientos, leyes y normas de conducta sustentados por teorías e investigaciones científicas, que buscan responder a la necesidad de formar un jugador fuerte, que se amolde al fútbol-fuerza, donde la preparación física y táctica son los elementos más importantes. El proceso de formación de jugadores entraba en una nueva fase de racionalización, y de descubrimiento y de exploración de las potencialidades del cuerpo humano.

Puede afirmarse que en Brasil la valorización de la preparación física comenzó con la copa de 1966 y se intensificó en la década del 70. En este contexto los preparadores físicos adquirieron mayor importancia en el fútbol nacional, hecho que, posteriormente, favorecería a la profesionalización de algunos de ellos como entrenadores de fútbol. Por ejemplo, Cláudio Coutinho, Carlos Alberto Parreira e Sebastião Lazzaroni.<sup>36</sup> La militarización del fútbol brasileño estaba en gestación: preparación física como el principal elemento en los entrenamientos, el jugador lastimado debería internarse en el club y el disciplinamiento debía ser constante. El cuerpo era concebido como una máquina, regulado para ser dócil. Apelando nuevamente a Foucault, se puede decir que “cuerpo [es] como máquina: en su adiestramiento, en la ampliación de sus aptitudes, en la extorsión de sus fuerzas, en el crecimiento paralelo de su utilidad y docilidad”.<sup>37</sup> Esta militarización coincide con el golpe militar de 1964. Los clubes adoptaron el modelo disciplinario militar, controlando los aspectos físico y emocional de los jugadores.

## Los centros de entrenamientos y el jugador de laboratorio

En Brasil, los centros de entrenamientos forman parte de la modernización de los equipos de fútbol iniciado en la década de 1980. Fue un intento de formar nuevos jugadores en consonancia con los patrones de formación de jugadores del fútbol mundial, normalizando los métodos y las técnicas. Éstos son elementos de modernización incorporados por nuestro fútbol y fueron proporcionados por sociedades entre clubes y empresas. Puede pensarse a estos centros como verdaderos laboratorios de formación y preparación de jugadores, implementando una nueva concepción del fútbol competitivo, donde la preparación física y táctica gana un relieve especial.

Los centros de entrenamiento utilizan tecnologías y valorizan los nuevos conocimientos científicos y profesionales de preparadores físicos, fisioterapeutas, supervisores, nutricionistas, psicólogos deportivos. Este hecho era hasta aquí marginal en Brasil.



Como afirma Toledo: “Los centros de entrenamiento consisten, por lo tanto, en laboratorios de nuevos proyectos que atienden a una escala más ampliada de formación, preparación, competitividad y negociación de jugadores, preferentemente para el exterior, contemplando una demanda internacionalizada de circulación en el mercado de jugadores”.<sup>38</sup> Entre las virtudes de los atletas surgidos en centros de entrenamiento se destacan: disciplina, puntualidad, capacidad de adaptación, técnica, preparación física. La disciplina produce el cuerpo de los jugadores como los cuerpos dóciles de Foucault, en el cual la disciplina “fabrica [...] cuerpos sumisos y ejercitados, cuerpos «dóciles». La disciplina aumenta las fuerzas del cuerpo (en términos económicos de utilidad) y disminuye esas mismas fuerzas (en términos políticos de obediencia).<sup>39</sup> La disciplina se debe en parte al confinamiento del jugador en una estructura preparada especialmente para tal fin, además de seguir una rigurosa rutina de entrenamientos, pruebas, preparación física y controles médicos. Los cuerpos de entrenamiento separan a los jugadores del mundo exterior. Se trata de un régimen militar adaptado al fútbol, donde el disciplinamiento se da también a través de multas para intimidar posibles retrasos y faltas en los entrenamientos. Los clubes (São Paulo, Palmeiras, SC Internacional y otros) utilizan manuales de conducta y cartillas de comportamiento.

Los cambios en el fútbol implicaron la necesidad de nuevas pedagogías en la formación de jugadores y en los planes tácticos. Tales pedagogías proporcionarían, además de adiestramiento y buena preparación técnica, física y moral de los jugadores, ciclos más abstractos y sistematizados de asimilación de la técnica, también mecanismos capaces de incrementar la capacidad de aprendizaje del jugador. Entre las innovaciones que las nuevas pedagogías proporcionaron están la grabación de entrenamientos, la evaluación individual del jugador, el cinevideo, los entrenamientos con vallas metálicas, con metodologías informatizadas, juegos virtuales. Todo esto exige una formación más amplia, más global. Tal perspectiva es la que sustenta el trabajo adoptado en SC Internacional a partir de 1997, cuando se produjo una reformulación en el departamento de fútbol y una nueva integración entre los sectores ligados a la formación de jugadores a partir de una mayor intervención científica en los entrenamientos y en la preparación de los jugadores. Algo semejante había ocurrido en otros grandes clubes, como el São Paulo en la década del 80.

En el caso del São Paulo, es necesario subrayar que la transformación del departamento de fútbol en laboratorio de creación de jugadores se remonta a 1986, momento en el cual pasó a utilizarse la medicina especializada y la fisiología del esfuerzo. Según el administrador del fútbol profesional de São Paulo Marco Aurélio Cunha: “De aquel trabajo en común entre departamento médico y comisión técnica, todos apelando a los datos de la fisiología, nacen, entre otros niños, futuras estrellas como Cafu, Muller, Juninho”.<sup>40</sup>

En la década del 90 se consolidó el modelo de jugador-máquina. Un producto del encuadramiento del cuerpo del jugador a través de la ciencia deportiva. El poder de esta ciencia produce el jugador u hombre-máquina. Es posible pensar al jugador-máquina en analogía al hombre-máquina producido por la ciencia moderna.

El “hombre-máquina” [...] es al mismo tiempo una reducción materialista del alma y una teoría general del adiestramiento, en el centro de los cuales prevalece la noción de “do-

ilidad” que une el cuerpo analizable y el cuerpo manipulable. Es dócil un cuerpo que puede ser sometido, que puede ser utilizado, que puede ser transformado y perfeccionado.<sup>41</sup>

Tal vez el mejor ejemplo de jugador-máquina sea Ronaldo Nazário (Ronaldinho), goleador del mundial de 2002. Es un jugador creado en la era de la computadora. Pues, “con ayuda de un aparato de musculación informatizado transformó por completo su fuerza física en los últimos dos años: pasó de 76 a 80 kilos y creció de 1,76 a 1,82”.<sup>42</sup> Se trata no sólo de entrenar, pulir y perfeccionar sino también de transformar y reparar el cuerpo del jugador. Otro ejemplo famoso en este sentido es Zico, quien fue un producto del engranaje de poder de las categorías inferiores y de las escuelitas de fútbol del Flamengo de la década de 1970. Un técnico de esta escuelita afirmaba a la revista *Placar* que “aquí en la Gávea hay un trabajo que está prácticamente escondido pero que está dando frutos fabulosos. Son auténticos niños de laboratorio. Vean a Zico. No tenía masa muscular; era flaco, piernas finas, no aguantaba un empujón, una pelota dividida. Geraldo no tenía fuerza en las piernas. Paulinho era otro raquítico. Cada uno de ellos tenía un problema diferente. Y cada uno era analizado, medido, pesado, trabajado de forma diferente, individual”.<sup>43</sup> Entonces Zico fue un jugador fabricado en el laboratorio, de la misma forma en que Dunga fue producido por la escuela de fútbol del SC Internacional en la década de 1980.

El jugador-máquina es normal, paciente y no se mete en conflictos, es obediente a los esquemas tácticos. Tiene excelente comportamiento fuera del campo, internaliza un ascetismo profesional. Rivaldo como ejemplo de jugador moderno marca, ataca y hace goles, respeta los esquemas y es disciplinado. La llegada de este tipo de jugador es una faceta más de la modernidad en el fútbol brasileño, en que el mismo es tratado como pieza, una cosa manipulable.

El São Paulo adoptó procedimientos de evaluación de los jugadores: medición del rendimiento, capacidad y cómo adecuarlos al estilo del técnico. Utilizó la filmación de entrenamientos y partido, creando un trabajo de laboratorio. Es lo que aconteció en el SC Internacional con el proyecto global de reestructuración del departamento de fútbol implementado por João Paulo Medina en 1997.

### **Manuales de conducta: la producción social del jugador disciplinado en Brasil**

La cartilla del jugador disciplinado asumió un nuevo papel a partir de los años 90, cuando se estableció una fase punitiva en el fútbol brasileño. Los clubes importantes crearon modelos para disciplinar a sus jugadores, buscando adecuarlos a los nuevos tiempos del fútbol moderno, competitivo, profesional y disciplinado. Los clubes São Paulo, Flamengo y Palmeiras crearon fuertes sistemas disciplinares. El fútbol-empresa se fundamenta en el modelo de empresa militarizada. La búsqueda de la disciplina parece ir al encuentro de la profesionalización del fútbol, donde cada vez más se impone un ascetismo profesional. En este proceso no sólo el trabajo sino también la vida del jugador son modelados por el club. Son sistemas disciplinares que normalizan los comportamientos, por





medio de micropenalidades, en diferentes tipos de instituciones modernas. Nuevamente apelamos a Foucault:

En la oficina, en la escuela, en el ejército, funciona como acción repressiva toda una micropenalidad del tiempo (atrasos, ausencias, interrupción de las tareas), de la actividad (falta de atención, negligencia, falta de celo), de la forma de ser (grosería, desobediencia), de los discursos (hablar mucho, insolencia), del cuerpo (actitudes “incorrectas”, gestos no conformistas, suciedad), de la sexualidad (inmodestia, indecencia).<sup>44</sup>

El São Paulo adoptó la cartilla de conducta para normalizar el comportamiento de sus jugadores. Hasta técnicos como Telê Santana aceptaron usar la cartilla disciplinar. El técnico afirmaba que “los jugadores cobrarán más. Serán tratados como verdaderos profesionales, como en una empresa”.<sup>45</sup> La cartilla disciplinar del São Paulo decía que “el jugador del São Paulo tiene prohibido practicar actividades deportivas que no sea el fútbol, está prohibido jugar cartas o cualquier juego de azar dentro de las instalaciones del club, está prohibido frecuentar clubes nocturnos en las horas libres, está prohibido comer en la sala de televisión, está prohibido entrar en la concentración después de media noche, está prohibida la práctica de cultos religiosos en el club, el jugador del São Paulo no puede ingerir bebidas alcohólicas”.<sup>46</sup> De hecho, esta cartilla indicaba el nivel de control y disciplina que el club mantiene sobre los jugadores, algo que trasciende al fútbol, interfiriendo directamente en la vida personal. En lenguaje de Foucault, este poder sería un instrumento disciplinador, “entendido como un conjunto de procedimientos punitivos relacionados a una infinidad de pequeñas actitudes y comportamientos [y que] incide sobre un espacio abandonado por las leyes”.<sup>47</sup> Son parte del sistema disciplinario del nuevo fútbol, en el cual gestos, palabras, comportamientos, cuerpo, actitudes, son objetos controlados y pasibles de castigo.

En el caso del Palmeiras, el técnico Luxemburgo adoptó una línea dura en 1996, cuando afirmó que los jugadores deberían sacrificar la vida personal y entrar en la filosofía del club.<sup>48</sup>

En el Corinthians la cartilla establecía que el jugador no podía beber ni fumar, debiendo usar obligatoriamente el uniforme de viaje, y siempre que se atrasase en entrenamientos y traslados habría castigos. La vigilancia y el poder punitivo adoptado en los grandes clubes de fútbol brasileño son semejantes a la generalidad carcelaria abordada por Foucault. Así, “la generalidad carcelaria funciona en toda la amplitud del cuerpo social mezclando incesantemente el arte de rectificar con el derecho de castigar, y baja el nivel a partir del cual se torna natural y aceptable ser punido”.<sup>49</sup> También habría castigo (multa) para el jugador que recibiese tarjeta amarilla por reclamar al árbitro. Los castigos serían usados como modo de educar a los jugadores no sólo en el ámbito del fútbol sino también en otras esferas de la vida social. Serían mecanismos de internalización de la coacción en el sentido de que la construc-

ción de la conducta humana consiste también en un proceso disciplinador y civilizatorio.<sup>50</sup> Apelando nuevamente a Foucault podemos afirmar que el “poder de castigar no es esencialmente diferente del de curar o educar”.<sup>51</sup>

El poder conferido sobre el jugador brasileño en los años 90 tenía como objetivo crear un nuevo trabajador, encuadrarlo en el modelo de fútbol moderno, internalizar nuevos comportamientos dentro de las doctrinas productivas del club. En este sentido, es ilustrativo que el técnico “Luxemburgo predica disciplina y dice que el jugador de fútbol brasileño es maleducado y que necesita adaptarse a la nueva realidad. [...] El entrenador del Palmeiras dice también que es muy difícil adoctrinar a los jugadores”.<sup>52</sup> El fútbol moderno basado en el modelo fútbol-empresa aspira, en nombre del profesionalismo, alcanzar el control de la vida del jugador, dentro y fuera de los campos de juego.

La cartilla disciplinaria también fue adoptada por el SC Internacional. En el segundo semestre de 2000 el grupo de jugadores profesionales comenzó las vacaciones con el manual de conducta. Se trataba de recomendaciones para mantener una buena conducta física para evitar que los jugadores perdieran su forma física. Según el entonces coordinador técnico Medina, se estableció un programa de orientaciones específicas para cada jugador. Entre las recomendaciones figuraban: 1) cada jugador debe correr como mínimo cuarenta minutos diarios; 2) hacer ejercicios abdominales; 3) evitar practicar deportes que pudieran provocar lesiones, y 4) hacer ejercicios musculares. Además, “fue elaborada una minuta especial para quien tuviera la tendencia a engordar, como Enciso e Hiran”.<sup>53</sup>

Cabe resaltar que este control que el club ejerce sobre el jugador es una exigencia del nuevo profesionalismo que integra el fútbol moderno. El jugador de fútbol precisa tener al fútbol como un fin en sí mismo.

## Consideraciones finales

En síntesis, este artículo analizó los procesos de profesionalización y de modernización en el fútbol brasileño. Nuestro objetivo principal era destacar el proceso histórico de implantación del modelo de fútbol profesional impulsado por el Estado brasileño en la década de 1930 y los recientes cambios en la legislación futbolística (leyes Zico y Pelé).

El proceso de modernización por el cual transita el fútbol brasileño se enfatizó aquí bajo dos ejes: 1) el de la reglamentación (institucionalización de modelos de organización de la práctica futbolística), y 2) el de la modernización de los modelos de entrenamiento y formación del jugador (fútbol científico, centros de entrenamiento y manuales de conducta).

Como consideraciones generales, destacaremos las siguientes:

- La implantación del fútbol profesional en Brasil surge impulsado por: 1) la conquista del título sudamericano por la selección brasileña en 1919; 2) la revolución vascaína; 3) la legislación social y trabajadora de Vargas en los años 30, y 4) las exigencias del contexto futbolístico internacional.
- Los clubes de los “Treze”, las leyes Zico, Pelé y el fin del pase son elementos del movimiento de transformaciones por el cual pasó el fútbol brasileño en consonancia con el

fútbol mundial. Son aspectos de la reglamentación del fútbol por el mercado y, consecuentemente, el alejamiento del Estado en la financiación de los clubes. El fútbol brasileño entró en una fase posmoderna y neoliberal.

- Los centros de entrenamientos, los manuales de conducta y la producción social del jugador disciplinado pueden ser entendidos como elementos del fútbol científico. Ello vino a modificar el estilo brasileño de jugar al fútbol y dio lugar a una modernización en los métodos de entrenamientos como exigencia del fútbol moderno fundamentalmente dominado por las grandes empresas de artículos deportivos y las empresas de televisión en las cuales la necesidad de victorias es cada vez mayor, puesto que vencer dentro del campo de juego significa obtener mayores lucros financieros. El fútbol actualmente está globalizado y mercantilizado.

(Traducción: Juan Suriano)

## Notas

<sup>1</sup> Véase W. Caldas, *O pontapé inicial: memória do futebol brasileiro*, São Paulo, IBRASA, 1990, p. 57.

<sup>2</sup> Véase P. Bordieu, *As regras da arte*, São Paulo, Companhia das Letras, 1996.

<sup>3</sup> Véase A.S. Damo, *Futebol e identidade social: uma leitura antropológica das rivalidades entre torcedores e clubes*, Porto Alegre, Editora da Universidade-UFRGS, 2002, p. 28.

<sup>4</sup> J. J. Sebreli, *Futebol y masas*, Buenos Aires, Galerna, 1981, pp. 127-128.

<sup>5</sup> Véase R. Levine, “Esporte e Sociedade: o caso do futebol brasileiro”, en J. S. Witter (org.), *Futebol e cultura*, São Paulo, Convênio Imesp-Daesp, 1982, p. 28.

<sup>6</sup> A. Rosenfeld, *Negro, macumba e futebol*, São Paulo, Edusp-Perspectiva, 1993, p. 87.

<sup>7</sup> Ídem, p. 85.

<sup>8</sup> Véase W. Caldas, ob. cit., pp. 60 y 203.

<sup>9</sup> Véase L. A. M. Pereira, *Footballmania: uma história social do futebol no Rio de Janeiro (1902-1938)*, Rio de Janeiro, Nova Fronteira, 2000, p. 309.

<sup>10</sup> Véase M.O. Rodrigues Filho, *O negro no futebol brasileiro*, Rio de Janeiro, Civilização Brasileira, 2ª ed. 1964.

<sup>11</sup> Véase J.S. Lopes, “Futebol Mestiço”, *Ciência Hoje. Revista da SBPC*, vol. 24, N° 139, São Paulo, junio de 1998.

<sup>12</sup> Véase M.W. Proni, *A metamorfose do futebol*, Campinas, Unicamp-Instituto de Economía, 2000, p. 107.

<sup>13</sup> J.C. Brunoro y A. Afif, *Futebol 100% profissional*, São Paulo, Editora Gente, 1997, p. 18.

<sup>14</sup> A. Rosenfeld, ob. cit., p. 76.

<sup>15</sup> Véase A. Mendes Junior y R. Maranhao, *História do Brasil: a era Vargas*, São Paulo, Brasiliense, 1981, vol. 4, p. 107.

<sup>16</sup> Véase A.A. Candido, “Revolução de 1930 e a Cultura”, *Novos Estudos CEBRAP*, vol. 4, abril de 1984, São Paulo, pp. 27-28.

<sup>17</sup> Véase P.J.L. Negreiros, “Construindo a nação: futebol nos anos 30 e 40”, *Mutus Corporis. Revista do PPG em Educação Física da UGF*, vol. 5, N° 2, Rio de Janeiro, noviembre de 1998, p. 78.

<sup>18</sup> Véase W. Caldas, ob. cit., pp. 189-190.

<sup>19</sup> F.O. Antunes, “Futebol nas fábricas”, *Revista USP*, N° 22, São Paulo (Dossiê Futebol), junio-agosto de 1994, p. 102.

<sup>20</sup> M.W. Proni, ob. cit., p. 144.

<sup>21</sup> Véase F. Fernandes, *A revolução burguesa no Brasil: ensaio de interpretação sociológica*, Rio de Janeiro, Zahar, 1975.

<sup>22</sup> Véase M.W. Proni, ob. cit., y R. Helal, *Passes e impasses: futebol e cultura de massa no Brasil*, Petrópolis, Vozes, 1997.

<sup>23</sup> Véase R. Helal, ob. cit., p. 84; C.A.M. Pimenta, “Novos Processos de Formação de Jogadores de Futebol e fenômeno das «escolinhas»: uma análise crítica do possível”, en P. Alabarces (comp.), *Peligro de gol: estudos sobre deporte y sociedad en América Latina*, Buenos Aires, CLACSO, 2000, p. 80.

<sup>24</sup> M. W. Proni, ob. cit., p. 164.

<sup>25</sup> Ídem, p. 165.

<sup>26</sup> C. A. M. Pimenta, ob. cit., p. 81.

<sup>27</sup> R. Helal, ob. cit., p. 111.

<sup>28</sup> M. W. Proni, ob. cit., p. 198.

<sup>29</sup> Ídem, p.193.

<sup>30</sup> Ídem.

<sup>31</sup> N. Elias y Eric Dunning, *A busca da excitação*, Lisboa, Difel, 1992.

<sup>32</sup> Véanse A. Mendes, *As táticas do futebol brasileiro: da pelada ao Pelé*, Rio de Janeiro, Tecnoprint Gráfica, 1963; R.C. Ostermann y C.P. Cabral, *O admirável futebol brasileiro. A história da evolução das grandes passagens do futebol brasileiro*, Porto Alegre, Edição Gaúcha-Gráfica e Editora Jornalística, 1970.

<sup>33</sup> Véase Ruy Castro, *Estrela solitária: um brasileiro chamado Garrincha*, São Paulo, Companhia das Letras, 1995.

<sup>34</sup> Ídem, p. 75.

<sup>35</sup> M. Foucault, *Vigiar e punir: nascimento da prisão*, Petrópolis, Vozes, 1987, p. 131.

<sup>36</sup> L.H. Toledo, *Lógicas no futebol*, São Paulo, Hucitec-Fapesp, 2002.

<sup>37</sup> M. Foucault, ob. cit., p. 131.

<sup>38</sup> L.H. Toledo, *Lógicas no futebol*, São Paulo, Hucitec-Fapesp, 2002, p. 136.

<sup>39</sup> M. Foucault, ob. cit., p. 127.

# La profesionalización del fútbol argentino: entre una huelga de jugadores y la reestructuración del espectáculo

Julio D. Frydenberg\*



Hacia fines de los años 20, el fútbol como práctica y como espectáculo ya era un elemento constitutivo y, naturalmente, firmemente integrado al mundo de la sociabilidad masculina y a la vida cotidiana urbana. Por aquellos años, la abrumadora mayoría de los jugadores de los equipos participantes en los torneos oficiales provenían de los sectores trabajadores y medios. En mayo de 1931 esos futbolistas cambiaron su status legal y social, en el marco general del desarrollo del espectáculo. El presente trabajo analizará la llegada del profesionalismo al fútbol argentino.

En abril de 1931 los futbolistas participantes en la liga oficial, la Asociación Amateur Argentina de Football (AAAF), organizaron una huelga exigiendo libertad para cambiar de club sin necesidad de la autorización de su entidad de origen y contando sólo con la aprobación del nuevo club que los recibiría.

Hasta entonces existía un sistema mediante el cual un jugador podía cambiar de club solamente si contaba con el consentimiento de *ambas* entidades, es decir, no existía el *pase libre*. Si el jugador abandonaba su club sin consentimiento para pasar a otro, debía ser sancionado: no podía jugar en la categoría a la que pertenecía durante un período de dos temporadas. Este castigo fue llamado “cláusula cerrojo o candado”. Un “acuerdo de caballeros” entre los dirigentes de los clubes sostenía la vigencia de esta cláusula cerrojo.

Desde hacía ya varios años el fútbol oficial estaba dominado por el llamado profesionalismo encubierto o amateurismo “marrón”.<sup>1</sup> Si bien la práctica estaba generalizada desde principios de la década del 20, había aparecido mucho antes, y en los medios deportivos era tema de debate permanente no sólo en el país sino también en los países de la Europa continental.<sup>2</sup>

En Buenos Aires la retribución a los futbolistas podía tomar la forma de un premio después de cada partido o de un pago mensual en dinero. Esto producía serios problemas administrativos a los clubes que debían dejar constancia de las salidas y entradas de dinero en sus contabilidades. Otra forma de pago muy difundida era la de ubicar al jugador en una institución pública o en una empresa privada en la que aparecía como empleado, pero a la cual jamás asistía.

Esta situación refleja la precariedad del espectáculo futbolístico y la organización del fútbol oficial, asentados por entonces sobre condiciones inestables y un alto grado de hipocresía, que terminaron por desplomarse durante los pocos días que duró la huelga. De allí que algunos de quienes reflexionaron en torno del nacimiento del profesionalismo en el fútbol

\* UNSAM (Centro de Estudios del Deporte); UBA (Área Interdisciplinaria de Estudios del Deporte).

<sup>40</sup> Citado por L.H. Toledo, ob. cit., p. 100.

<sup>41</sup> M. Foucault, ob. cit., p. 126.

<sup>42</sup> *O Globo*, 20 de octubre de 1996.

<sup>43</sup> *Placar*, N° 207, 8 de marzo de 1974, p. 8.

<sup>44</sup> M. Foucault, ob. cit., p. 159.

<sup>45</sup> *Folha de São Paulo*, 9 de enero de 1996, Sección “Deportes”, p. 1.

<sup>46</sup> *Diário Popular*, 9 de enero de 1996, Sección “Deportes”, p. 1.

<sup>47</sup> M. Foucault, ob. cit., p. 159.

<sup>48</sup> Véase J.P. Florenzano, *Afonso e Edmundo: a rebeldia no futebol brasileiro*, São Paulo, Musa Editora, 1998.

<sup>49</sup> M. Foucault, ob. cit., p. 265.

<sup>50</sup> Véase N. Elias y E. Dunning, ob. cit.

<sup>51</sup> M. Foucault, ob. cit., p. 265.

<sup>52</sup> *A Gazeta Esportiva*, 17 de octubre de 1996, p. 5.

<sup>53</sup> *Zero Hora*, 18 de junio de 2000, Sección “Deportes”, p. 63.



argentino vincularan, a través de una línea causal única, como el desenlace de un mismo conflicto, las reivindicaciones de los deportistas en huelga y la profesionalización.<sup>3</sup> En realidad, no parece haber existido ni contradicción ni relación causal directa entre la huelga y la decisión de decretar el profesionalismo, a no ser que se crea, como se ha sostenido en el pasado, que el profesionalismo apareció para frenar las extremas exigencias de los jugadores.<sup>4</sup>

Para que estos conflictos puedan percibirse con mayor claridad, relataremos la secuencia de los hechos más significativos.

El 1 de abril de 1931 los jugadores agrupados en la Asociación Mutualista de Jugadores de Football elevaron a las autoridades del fútbol un petitorio en el cual reclamaban el pase libre.<sup>5</sup> El momento era oportuno ya que acababa de finalizar el torneo de 1930 –como fue habitual, ya desde esa época los campeonatos de un año determinado finalizaban en el siguiente– y estaba por iniciarse la temporada de pases entre clubes. Los jugadores no recibieron respuesta aunque esperaban ser consultados para conciliar posiciones.<sup>6</sup> La situación llevó a los futbolistas a entablar constantes reuniones, generalmente en las redacciones del diario *Crítica* y de la revista *La Cancha*, que recogían sus posiciones “mostrando unanimidad de criterio”.<sup>7</sup> Ante la negativa de los dirigentes, los jugadores declararon la huelga.

La AAAF debía cumplir, simultáneamente con el conflicto, un compromiso internacional en donde el equipo argentino tenía que jugar un partido con la selección de Paraguay en Asunción. Muchos de los jugadores convocados se plegaron a la huelga y no se alistaron en el seleccionado, siendo sancionados con la suspensión de su *fichaje*, es decir, de su registro y autorización para participar en los torneos de la liga.<sup>8</sup> Así fue como la lucha de los futbolistas pasó a tener dos reivindicaciones: el pase libre y la amnistía para los jugadores penalizados.

El 13 de abril la mutual de jugadores realizó una asamblea general que culminó con una marcha de futbolistas hacia la Casa Rosada para concretar una reunión previamente solicitada y pedir la mediación del gobierno. El general José F. Uriburu, presidente de facto, demostró poco interés por el tema y lo derivó al intendente de la ciudad de Buenos Aires, José Guerrico. A partir de ese momento se iniciaron negociaciones entre la jefatura municipal y los dirigentes del fútbol en el curso de las cuales surgió un esbozo de plan de la intendencia para la organización del fútbol con participación del Estado, a la que se opusieron los presidentes de los clubes.<sup>9</sup>

Al prolongarse el conflicto, el poder político citó para el 27 de abril a los presidentes de los clubes a una reunión cumbre con el intendente quien sostuvo que la “huelga y el profesionalismo estaban unidos”.<sup>10</sup> Además, habría intimado a los dirigentes a resolver definitivamente los problemas.<sup>11</sup> Si bien la polémica entre *amateuristas* y *profesionalistas* había aparecido a principios de la década del 10, desde hacía algunos años distintos grupos de dirigentes venían pensando en organizar una liga profesional.<sup>12</sup> Luego del encuentro con

los gobernantes y la presión ejercida por los jugadores, la gran mayoría de los dirigentes de los treinta y seis clubes de la primera división de la asociación se volcaron definitivamente en favor del profesionalismo.<sup>13</sup> A partir de las tratativas con el intendente de Buenos Aires la lucha giró en torno del modo de concretarlo. Los clubes más *grandes* tomaron la delantera suponiendo que el desarrollo del espectáculo necesitaba de una liga de pocos y poderosos. Así construyeron su propia federación, la Liga Argentina de Football (LAF). Esta entidad –que fue considerada ilegal por la Federación Internacional de Fútbol Asociado (FIFA)– armada por una quincena de clubes, impuso el profesionalismo pero sin incorporar el *pase libre*. La institución elaboró un contrato tipo y rápidamente puso en marcha el nuevo sistema.

La vieja asociación, ahora Asociación Argentina de Fútbol (AAF), reconocida por la FIFA e integrada sólo por los clubes más *chicos* y con pocos recursos, declaró inmediatamente abolida la cláusula que impedía el *pase libre* de jugadores entre clubes, junto con una amnistía total para los huelguistas. De este modo la asociación de futbolistas consideró resuelto a su favor el motivo que había dado origen al conflicto.

La huelga tuvo como telón de fondo la existencia y el desarrollo del espectáculo futbolístico. Jugadores, dirigentes de clubes, el Estado y el mismo público integraban un escenario común constituido por un fenómeno social convocante y en permanente crecimiento desde su nacimiento hacia fines del siglo XIX. La dinámica de ese desarrollo incluyó la profesionalización, tan ilegal como desenfadada de los principales actores: deportistas cada vez más especializados y talentosos.

El crecimiento del espectáculo futbolístico y el propio cambio que implicó la novedad del jugador legalmente rentado se vincularon con procesos socioeconómicos y culturales más generales. Los años comprendidos entre la segunda mitad de la década del 20, hasta que aparecieron los primeros efectos de la crisis del 30, fueron tiempos de bonanza económica para el país que se reflejaron en el incremento del nivel de consumo de los sectores populares, acompañado por un aumento del tiempo libre de trabajo.<sup>14</sup> Además, los años 20, al calor de esta situación general, marcaron el crecimiento de la clase media constituida por empleados y dependientes. El proceso también está asociado al progreso industrial, de los servicios y de la burocracia estatal.<sup>15</sup> Junto a esto, el sistema de transporte urbano masivo se encontraba ya debidamente aceitado. La expansión del mercado interno contribuyó al desarrollo de la práctica y el consumo de bienes culturales populares como el fútbol.<sup>16</sup> El público creciente que asistía a las canchas habla de la posibilidad de acceso a la entrada y/o al pago de la cuota social del club.

También los medios de comunicación de masas se expandieron notablemente. La radio ya tenía algunos años de vida y pasaba rápidamente a formar parte del mobiliario hogareño. El diario *Crítica* y la revista *El Gráfico* dominaban el mercado editorial popular, formando parte de una desarrollada cultura letrada, fruto de la penetración de la educación pública, que también puede testearse en la vida de las bibliotecas populares y sociedades de fomento.<sup>17</sup>

También estaban los grupos políticos de anarquistas, socialistas y comunistas, así como los sindicatos, que deseaban presentar otras alternativas de organización del tiempo libre, por ejemplo los picnics y encuentros sociales.<sup>18</sup> Es un momento en el que se multiplicaron

las ofertas para llenar el tiempo libre de los sectores populares.<sup>19</sup> Para los hombres continuaron siendo convocantes la “esquina” y el “café”, como centros de gestación de una particular sociabilidad urbana en cuyos ámbitos el fútbol ocupó un espacio central. Sumado a todo esto habrá que añadir la mitología de los astros de cine, la radio, los cantores y orquestas aportados por la naciente “euforia tanguera”, así como a una serie de símbolos ciudadanos como la calle Corrientes.

En esa época se construyeron estilos de vida que definieron gustos, hábitos y consumos culturales de los trabajadores y los grupos medios. Por ejemplo la tríada de los “berretines”: tango, cine y fútbol, sumada al imaginario de los barrios, siempre en polaridad vinculante con el “centro”.<sup>20</sup> Los años 20 y 30 corresponden a la cristalización del imaginario barrial construido en sociedad con las rivalidades futbolísticas.<sup>21</sup>

En ese contexto general se desarrolló el fenómeno de la profesionalización. Las páginas que siguen tratan sobre el conflicto huelguístico así como de la adopción del profesionalismo, a través de la situación de los distintos actores participantes: gobierno, dirigentes del fútbol, jugadores y público. Se ofrecerá, además, una mirada sobre el espectáculo en su conjunto, del cual la profesionalización es una etapa en su desarrollo.

## Un gobierno municipal con reflejos rápidos

Al analizar la situación planteada por los jugadores y la consiguiente solución de lo que parecía un callejón sin salida, conviene poner el acento en la singular participación del gobierno. Desde el principio fue claro el interés de todos los protagonistas por la opinión y la acción gubernamental, empezando por los futbolistas que recurrieron abiertamente al jefe del Estado proponiéndole *jugar* de mediador en el conflicto.

Los canales entre los dirigentes de los clubes y de las ligas oficiales de fútbol con funcionarios estatales de distintos niveles estuvieron abiertos desde siempre. Esa apertura puede vincularse en principio con el similar origen social y familiar de los gobernantes y los dirigentes del fútbol oficial. Pero, además, desde la intervención del presidente radical Marcelo T. de Alvear en 1926 para laudar diferencias entre las dos asociaciones existentes, el fútbol se transformó en materia gobernable para los gobernantes.<sup>22</sup>

Durante el conflicto, todos los sectores apelaron al gobierno. Los jugadores –que no estaban organizados en torno de ninguna bandera política general– efectivizaron su protesta mediante la huelga y concretaron los reclamos en los despachos oficiales,<sup>23</sup> solicitando al Estado que cumpliera el papel de árbitro. El gobierno, en alguna medida, continuaba la tradición mediadora inaugurada por los gobiernos radicales, pero en un marco diferente. Surgido del golpe de septiembre de 1930, el juego de la democracia política fue cercenado a través de la represión de la actividad partidaria. Algunos dirigentes izquierdistas fueron deportados y otros encarcelados. En el ideario del presidente de facto se conjugaban el corporativismo, cierta noción de cruzada contra los “vicios de la democracia” y, como objetivo supremo, el sostenimiento del orden social. Se trataba de un ideario básicamente conservador.



La situación del presidente Uriburu en el momento en el que se declaró la huelga no era políticamente muy feliz pues, además del comienzo de la crisis económica, fue derrotado en el mismo mes de abril de 1931, en las elecciones –que luego anuló– en la provincia de Buenos Aires, a manos del candidato radical Honorio Pueyrredón.

¿Hasta qué punto la huelga fue causa de la llegada del profesionalismo? Huelga y profesionalización fueron dos problemas que pesaron sobre el fútbol oficial, pero no parecen haber tenido una relación de causa-efecto entre sí. Los jugadores no pidieron la legalización del profesionalismo, tema que jamás debatieron en sus asambleas. Los dirigentes se mostraron intransigentes ante cualquier acuerdo sobre el *pase libre*. Sin embargo, inmediatamente cambió el escenario cuando los jugadores en su pintoresca marcha hacia la Plaza de Mayo y su entrevista con el jefe del gobierno provisional abrieron el cauce a la presencia estatal. El intendente Guerrico se reunió con los dirigentes y en ese encuentro el funcionario unió las dos cuestiones en una: para solucionar la huelga había que profesionalizar y reorganizar el fútbol oficial.

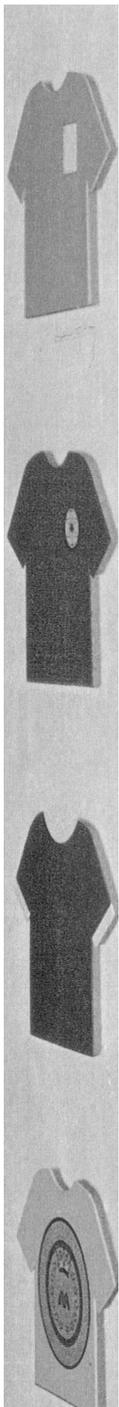
El argumento que parece haber dominado la reunión entre el jefe porteño y los dirigentes se basaba en la creencia de que el profesionalismo era deseado por los jugadores. Pensaban que el conflicto tenía raíces económicas y que con el profesionalismo se les brindaba a los futbolistas la posibilidad de ganar más dinero, y que consecuentemente desearían el pedido del *pase libre*. Guerrico conminó a los presidentes a resolver la situación del conflicto, orientándolos sobre una decisión que solucionaría la huelga y, a la vez, provocaría un cambio notable en la organización del fútbol oficial, en beneficio de las instituciones más importantes.

Tal vez de manera un tanto inesperada para el propio funcionario, la iniciativa produjo en los dirigentes un efecto de liberación de viejas ataduras y prejuicios y, a partir de ese momento, la polémica entre *amateurismo* o *profesionalismo* entre ellos pasó a un segundo plano. Y esto no es un detalle irrelevante pues la dirigencia de los clubes de fútbol arrastraba el peso de una tradición que emparentaba la práctica deportiva al ideal del *fair play* y del *amateurismo*.

El intendente logró la unidad de los clubes más importantes bajo el paraguas que él mismo brindaba al legitimar la opción por el deporte rentado como supuesto paso necesario para destrabar el conflicto y, a la vez, reorganizar el espectáculo deportivo.<sup>24</sup> En el fútbol, como en otros ámbitos, desde el Estado se podía, a través de la recepción de ecos claros o difusos, recrear nuevos escenarios sociales.

En medio de las negociaciones la intendencia reflató un esbozo de plan de reestructuración del fútbol oficial.<sup>25</sup> Si bien fracasó antes de haber sido totalmente diseñado, la idea de intentar ejercer un control sobre la actividad merece destacarse. Finalmente, esta iniciativa estatal terminó por presionar y acelerar los tiempos de los dirigentes. Así, a través de la actuación de funcionarios en reuniones públicas y secretas, el gobierno legitimó la postura en favor del profesionalismo y lo ligó al conflicto de los jugadores. De ahí en más los dirigentes no dudaron y los lazos entre los clubes y el Estado se hicieron más fuertes, teniendo como meta el desarrollo del gran espectáculo.

Los gobernantes orientaron a los dirigentes y participaron activamente en la reelabora-



ción del espectáculo futbolístico, seguramente con la intención de renovar y remozar el fútbol para que se reiterara la convocatoria dominguera. Los integrantes del *staff* encaramado en la dirección de los asuntos estatales procuraron que no se desarticulara el espectáculo y que se mantuviera el orden social. Tal vez los gobernantes hayan pensado que sin la fiesta dominguera del fútbol se podría producir cierto resquebrajamiento en el funcionamiento normal de la sociedad. Actuaron en esa dirección –guiando y asociándose con los dirigentes– para ordenar lo que, huelga mediante, aparentaba salirse de cauce. Su actuación tendió a canalizar la actividad de sectores populares pasivos y controlados, como se suele pensar desde el poder a quienes forman parte mayoritaria del público de fútbol.<sup>26</sup>

Sin embargo, ese mismo público que intentó ser moldeado como sujeto maleable fue el actor que generó permanentemente situaciones incontrolables que pueden rastrearse en el propio nacimiento del espectáculo futbolístico porteño. Estadistas, periodistas y dirigentes del fútbol siempre se mostraron preocupados por las tendencias de los asistentes a desmontar las condiciones que hacían posible el mismo espectáculo que iban a presenciar.

### Los encargados de establecer las nuevas reglas

Luego de la iniciativa del intendente, los presidentes de los clubes de la AAAF se comprometieron a llevarla adelante en un contexto complejo. Debían actuar presionados por urgencias propias, como la resolución de la huelga o la necesidad de organizar el nuevo campeonato, y por necesidades ajenas impuestas por el poder político, como la de restablecer el domingo con fútbol.<sup>27</sup> A esto debe sumarse la inquietante tendencia de los clubes europeos a interesarse y contratar a algunos de los mejores jugadores locales.<sup>28</sup>

Los dirigentes se dividieron en dos grupos. El primero, formado por los clubes más poderosos por su caudal societario y de boletería, propuso un modelo de liga profesional “cerrada” e integrada por pocos clubes grandes.<sup>29</sup> Los “rupturistas” o “cerrados” obraron rápidamente y aprovecharon la oportunidad para terminar con la ilusión del *pase libre* y decretar el profesionalismo. Además crearon la LAF, una superliga de pocos clubes.<sup>30</sup> Obviamente, este cambio de las estructuras orgánicas del fútbol oficial se realizó sin consultar ni a los socios de los clubes ni a los jugadores.<sup>31</sup>

El segundo grupo quedó integrado por los clubes marginados de la LAF que se agruparon en la Asociación Argentina de Fútbol (AAF). En su mayoría no eran menos profesionalistas que los primeros, pero quedaron fuera del gran juego. Sin el concurso de las grandes instituciones era impensable abandonar el amateurismo.<sup>32</sup> Esta exclusión implicó la muerte de algunos de esos clubes y el abandono de otros de la práctica de ese deporte en las competencias oficiales.

La decisión de introducir el profesionalismo por la vía legal implicaba beneficios y riesgos para los dirigentes. Los beneficios involucraban el *blanqueo* de una situación administrativa intolerable, en la cual los clubes debían valerse de varios sistemas contables paralelos. Además, suponían que con el cambio de sistema podrían manejar los montos de los pagos a los jugadores, estableciendo topes para los pases, las primas y los contratos: una ilusión. Algunos creyeron ver un supuesto peligro en las exigencias económicas de los jugadores, ante la nueva realidad que requería una negociación ante la firma de los contratos. Estos dirigentes imaginaron que las exigencias económicas de los jugadores pronto podrían transformar el nuevo escenario en un caos: ¿qué sucedería si no lograban recaudar el dinero suficiente para satisfacer los compromisos contractuales que contraerían? Otra tentación de los dirigentes fue el intento de poner fin a lo que algún diario llamó el “golondrileo” de los jugadores, es decir, el permanente pasaje de jugadores de un club a otro, temporada tras temporada, aunque eran los mismos dirigentes quienes incentivaban esas mudanzas. Con los cambios producidos por la llegada del profesionalismo, se suponía que la formalidad de la firma de un contrato pondría fin a tales prácticas.

Cabe insistir, aunque parezca obvio, que los encargados de instituir esos y otros procedimientos semejantes fueron algunos de los directivos de los clubes. Para completar la imagen hay que destacar que el mundo del fútbol era un medio cargado de exitismo y ya se había percibido que muchos de los dirigentes eran a la vez hinchas. Algunas voces criticaron a los dirigentes que, lejos de estar guiados por los principios éticos del *sportivismo*, ubicaban su norte y horizonte único en el triunfo de su equipo.<sup>33</sup>

Sumado a esto, si alguno de los dirigentes de la LAF temía a los posibles desplantes de los ahora *jugadores-trabajadores*, la mayoría pensaba en llenar las arcas de sus clubes ante la perspectiva del crecimiento del espectáculo futbolístico, que ya era grande por entonces y descontaba la existencia de un público numeroso que crecería aun más a través de la contratación de afamados cracks.

Pero más allá de los posibles beneficios nacidos de la nueva situación, los cambios también implicaban ciertos riesgos. El deporte moderno había nacido de la mano de la triada “elitismo-amateurismo-*fair play*”. La tradición amateur fue sostenida desde algunos medios periodísticos que denunciaban la presencia del marronismo desde la segunda década del siglo.<sup>34</sup> Así, muchos veían al profesionalismo casi como un movimiento herético que intentaba destruir las bases mismas de la práctica deportiva. Sin embargo, hacia fines de los años 20 las campañas periodísticas de los diarios *Crítica* y *La Nación* se orientaron en favor del abandono del amateurismo.<sup>35</sup> Durante el conflicto, también *El Gráfico* percibió la irreversibilidad de los cambios.<sup>36</sup>

La transformación paulatina de la opinión entre algunos dirigentes y periodistas implicó ubicarse en el centro de una batalla ideológico-moral en torno de la falta de espíritu deportivo que produciría los cambios.<sup>37</sup> Por eso los dirigentes sostenían que dedicarían parte de los ingresos al mejoramiento de las instalaciones de sus clubes; que promovían el profesionalismo para mejorar el espectáculo; que serían los primeros en velar por la *deportividad* de los jugadores y la imparcialidad en el juego.<sup>38</sup> Mientras algunos veían en el profesionalismo un mayor apego a los reglamentos, otros percibían “la gota que rebasaba el vaso de las inmoralidades”.<sup>39</sup>



Los estratos sociales en cuyos círculos se “inventó” el deporte moderno, los grupos encumbrados de la burguesía y la aristocracia inglesa, repudiaron el profesionalismo. Por su lado, los grupos contestatarios lo vieron como uno de los síntomas de la decadencia del sistema capitalista. Además, la ruta de ascenso social que implicaba el profesionalismo para los sectores populares no fue bien vista por las corrientes amateuristas, ni por quienes sostenían como uno de sus puntales éticos la pertenencia y la solidaridad de clase.

Otro obstáculo que trabó por años la adopción del profesionalismo fue la estructura institucional de quienes impulsaron la actividad y el espectáculo: los clubes como asociaciones civiles sin fines de lucro y con una historia vinculada –en sus orígenes y en sus tradiciones– al dirigente voluntario, *ad honorem*.<sup>40</sup> En este sentido, a poco de avanzar la huelga y esbozada la decisión de crear una nueva organización, apareció otro peligro para los dirigentes: un empresario teatral fundó la Corporación Argentina de Jugadores de Football, a través de la cual se disponía a generar un poco claro emprendimiento mezcla de “empresa, club y equipo”, ofreciendo contratos a jugadores con la intención de participar del torneo. Los rumores sostenían que el capitalista “tenía más de cien contratos de jugadores firmados”.<sup>41</sup> ¿Quiénes estaban detrás de esto y qué planes tenían? Según el diario *Crítica*, “se habla de una o varias compañías de seguros o comerciantes acaudalados que piensan construir diez estadios para cincuenta mil personas, para organizar una liga absolutamente independiente de la oficial”.<sup>42</sup>

La Asociación Mutualista de Footballers se declaró oficialmente en contra de la firma de contratos de sus afiliados con tal personaje y los dirigentes se inquietaron. Se había generado una operación que desde fuera de los clubes intentaba colarse en el universo de competidores, con el objeto de participar en un negocio. Los dirigentes sostuvieron que la aparición del llamado “capitalista” era una estratagema de los jugadores para presionarlos. Luego, cuando la asociación de jugadores declaró su desconfianza a ese personaje, los dirigentes se mostraron contrarios a la participación de ese tipo de emprendimientos dentro del mundo del fútbol. Como se ve, los cambios implícitos en la profesionalización legal acarrearón debates que impactaron en la estructura organizativa básica del fútbol: los clubes como “asociaciones civiles sin fines de lucro”.

Tal vez aquel empresario percibió, igual que los dirigentes, una generosa y extraordinaria posibilidad de ganar dinero a través de una inversión de relativa significación. En realidad, nadie sabía muy bien cuál sería la relación entre la inversión (comprar los pases y arreglar los contratos con los jugadores) y los futuros ingresos, no obstante, y a pesar de algunas dudas, se suponía que se abría la puerta de un prometedor negocio económico.

El contexto de la crisis económica y social agudizaba las inseguridades. El dinero con que se manejaban las instituciones provenía de las entradas pagadas por el público y de las cuotas mensuales de los asociados. Los dirigentes no sabían si las recaudaciones alcanzarían para pagar los contratos de los profesionales. Las estadísticas sobre venta de entradas en los años posteriores a la profesionalización del fútbol, y de la crisis, denotan una caída más o menos pronunciada.<sup>43</sup> Sin embargo, los dirigentes operaron sobre esa realidad emprendiendo exitosas campañas de conscripción de socios. Es decir, mientras la venta de entradas cayó, la masa de socios de los clubes subió, y esa cifra superó en algunos casos el 100 por ciento.

A pesar de las dudas, el optimismo era razonable. La novedad del profesionalismo en el marco de la creación de una nueva liga generó un beneficio económico extraordinario para los clubes más ricos. La LAF quedó fuera de la FIFA, que reconocía a la AAF, lo cual generó una ganancia excepcional pues la nueva LAF no pagaba a ninguna institución el pase de los jugadores contratados por primera vez, o al menos no estaba obligada a ello. Con la escisión, se rompió de hecho el antiguo pacto de “caballeros” y se generó otro nuevo, esta vez sólo con los “caballeros” de los clubes que integraban la LAF. Por ejemplo, River interesado en contratar un crack como Carlos Peucelle no negociaba con el club (no integraba la LAF) al que pertenecía el pase del jugador y lo hacía directamente con el futbolista.<sup>44</sup> Los dirigentes de la nueva liga establecieron un convenio secreto en el cual se obligaban a no “robarse” jugadores entre ellos durante el primer año de vida de la nueva entidad profesional. Además, sin tener compromisos con la FIFA, los clubes contrataron jugadores extranjeros sin ningún tipo de autorización internacional.<sup>45</sup>

Ese beneficio extra surgió de la “ilegalidad” institucional en la que se instaló el profesionalismo. A la vez nació una nueva “legalidad” de los contratos entre clubes y jugadores que resolvió una situación irregular. De este modo, el nuevo marco del espectáculo futbolístico emergió dentro de una transformación paradójica: por un lado, de la ilegalidad marrón se pasó al amparo de las normas legales que regían el mercado laboral; por otro, en el encuadre institucional de las entidades deportivas, se pasó a una situación de “ilegitimidad”.

Esta situación generó facilidades a los clubes integrantes de la LAF para contratar jugadores y reconstruir sus planteles al crear un mercado de pases muy flexible en el marco del nuevo escenario económico del espectáculo futbolístico. Sin embargo, al comienzo de la nueva liga aparecieron serias dificultades para armar los equipos profesionales. El mayor obstáculo radicaba en la escasez de tiempo, ya que el nuevo campeonato se programó a los pocos días de creada la LAF. El apuro fue aprovechado por los jugadores, que en algunos casos exigieron más de lo que los dirigentes pensaban que podían pagar.

## Las *prima donna*, fruto del talento y la disciplina

La huelga fue uno de los síntomas de la grave crisis de la estructura institucional del fútbol. En el contexto de crecimiento del espectáculo, el profesionalismo encubierto había alcanzado a buena parte de los jugadores. Además, las instalaciones de los clubes eran inadecuadas tanto para jugadores como para el público. En fin, se consideraba que la falta de espíritu deportivo había llegado a límites que ponían en cuestión al mismo deporte.<sup>46</sup>

En ese marco los jugadores organizaron un movimiento gremial reivindicativo de corto alcance y apolítico. En este sentido, la desenfadada demanda de arbitraje dirigida al presidente Uriburu puede considerarse un acto difícil de digerir para quienes tuvieran compromisos políticos, sea con la Unión Cívica Radical o con la izquierda:

El lunes los jugadores tomaron tres importantes resoluciones: declararse en huelga, no ir a Paraguay e ir en cambio a la Casa Rosada y cantarle el himno al Provisorio. Nos imaginamos al general rodeado de los improvisa-



dos coristas repitiéndole a voz en cuello el consagrado ¡Libertad! ¡Libertad! ¡Libertad!... Menos mal que los muchachos sólo le pedían en realidad sus pases libres.<sup>47</sup>

Surgen interrogantes interesantes: ¿cuáles eran las razones por las cuales los jugadores deseaban cambiar de club?; al evaluar las trabas que existían para hacerlo, ¿qué intenciones los llevaron a decretar la huelga? Y aun más, ¿cómo comprender el alto acatamiento a la huelga por parte de los jugadores de las primeras divisiones de los equipos más importantes? De las declaraciones de los jugadores se desprenden razones afectivas vinculadas con lealtades a clubes de los que eran simpatizantes, la posibilidad de la elección de una mejor institución, el deseo de obtener mayor popularidad jugando en clubes con más adherentes. En suma, razones relacionadas con la posibilidad de “jugar en el club de sus simpatías y conveniencias”.<sup>48</sup>

Sin embargo, los futbolistas no dijeron explícitamente durante la huelga que muchos de ellos deseaban el pase libre (especialmente los más reconocidos) porque parte del dinero de la negociación iba a sus bolsillos. Es decir, con el marronismo los pases de los jugadores se compraban y valían mucho dinero,<sup>49</sup> si no se pagaba la transferencia se les abonaba una prima para atraerlos y decidirlos a cambiar de institución.<sup>50</sup> La situación planteada era por demás curiosa: obviamente, resultaba irreprochable hacer una huelga para mejorar las condiciones económicas de su trabajo, sin embargo durante el conflicto, y teniendo en cuenta el marco de ilegalidad generalizada, esta realidad fue omitida por los actores.

La ansiedad latente entre los jugadores por adquirir el nuevo status laboral pudo observarse en el referido caso de la aparición del presunto empresario teatral ante quien los dirigentes cerraron filas y culparon a los jugadores de prestarse al juego. La acusación no era descabellada pues se sospechaba que más de doscientos jugadores habían firmado sus contratos con ese empresario.<sup>51</sup> Aunque fue un incidente menor, permite percibir con claridad que entre los futbolistas existía un tácito respaldo a la transformación. Esto se comprende mejor si se considera el contexto de aumento del desempleo y de la inestabilidad laboral que operaba en la sensibilidad de los jugadores, estuvieran o no pagados ilegalmente. En ese sentido, las consecuencias de la crisis económica apuntalaron la profesionalización del fútbol.<sup>52</sup>

Los jugadores organizados en la Asociación Mutualista de Footballers nunca fijaron posición frente al profesionalismo.<sup>53</sup> Obtuvieron el *pase libre* de una asociación vaciada, que pretendía obtener por ese medio el apoyo de los jugadores en su lucha contra la liga profesional. Los futbolistas, finalmente, quedaron con la opción del *pase libre* en la pobre AAF, o con las primas, premios, sueldos y la participación en el pago de los pases –junto con las “cláusulas candado” y los “pactos de caballeros”– de la LAF.

Desde otra perspectiva, podría considerarse el pedido de “pase libre” como una particular solicitud de “libertad de contratación”. Dentro de la LAF, la solución fue la aparición, por única vez, de una parcial libertad de acción en el marco de un aumento de remuneraciones. El movimiento significó beneficios coyunturales para algunos jugadores, debido a la necesidad de los clubes de reforzar sus planteles.

Aquí vale plantearse un interrogante: ¿cómo resolver dentro del marco del amateurismo el dilema planteado por la mayor difusión de la práctica del deporte y el crecimiento

del espectáculo deportivo de masas? Parece evidente que la práctica deportiva cada vez más masiva y la creciente asistencia de público a las canchas necesitaban nuevas condiciones y reglas.



Los diarios de comienzos del siglo XX valoraban positivamente la presencia de *sportmens amateurs*.<sup>54</sup> Con el transcurrir de los años, el periodismo más reconocido había comenzado a exigir a los jugadores una mayor preparación física, requisito considerado necesario para dotar al juego de una mayor excelencia. Los dirigentes se fueron convenciendo sobre la necesidad del entrenamiento como medio para obtener mejores resultados y comenzaron a exigir a los jugadores en tal sentido.<sup>55</sup> El dirigente confiaba en que el entrenamiento, la dedicación y las prácticas otorgarían eficacia y eficiencia al equipo. Así, la propia dinámica del creciente espectáculo parecía demandar jugadores *full time*.

También se transformó el sentido de términos como “amateur” y “profesional”. Un primer aspecto a resaltar en este sentido es la relación a través del problema de la preparación previa de los deportistas. En defensa del amateurismo tradicional un dirigente sostenía: “Vuelve a la primera Galup Lamas [jugador de Estudiantes de La Plata], quien es uno de los pocos que mantiene en nuestros campos de juego el concepto de amateurismo, que la mayoría de los dirigentes han modificado, exigiendo a los jugadores una preparación que sólo justifica el afán de llenar las arcas”.<sup>56</sup> Se estaba defendiendo la propia iniciativa individual en la preparación física como sinónimo de deporte “amateur”.

En cambio el término “profesional” se asociaba al entrenamiento sistemático que imponía la rigurosidad de la competencia, como puede percibirse en una reveladora entrevista realizada por el diario *Crítica* al famoso wing derecho Calomino, en junio de 1924, ante la visita a Buenos Aires del equipo profesional inglés del Plymouth.

—¿Cree usted que puede formarse un conjunto más fuerte que el que hoy se opuso a los profesionales?

—Ya lo creo. En la Asociación Argentina hay jugadores de sobra y muchos de ellos de verdadero valer. Pero lo esencial es que para formar estos teams debe tenerse en cuenta que *necesitan un entrenamiento previo*. La mayoría de las veces se hace jugar a hombres que ni siquiera se conocen, de manera que su acción en el field queda librada a su propia inteligencia. Hay que hacer como los uruguayos. Ellos se entrenan con toda conciencia, sin descuidar ningún detalle. Y en esto está el motivo de sus triunfos.<sup>57</sup>

Otro sentido otorgado al *fair play* y al amateurismo en los inicios del deporte moderno fue considerarlo un condimento indispensable del profesionalismo. Sería profesional quien se tomase la actividad competitiva con seriedad y responsabilidad y, más allá del resultado, no abandonase el partido hasta que el *referee* decretara su finalización. Apelamos nuevamente a la entrevista a Calomino:

—¿Le gustó el juego que hoy desplegaron los ingleses?

—Fue bueno, pero sin ser algo del otro mundo. Únicamente deploro que abusaron del juego brusco, sin ninguna necesidad. Me ha encantado en ellos el afán de mantener su juego hasta los últimos momentos, sin que decayera en ningún instante. *Eso es propio de profesionales*. Aquí cuando un club tiene tres *goals* en contra y faltan pocos minutos



para terminar el match, abandonan el rigor de la lucha [...]. En la actitud de los profesionales en el encuentro de hoy nuestros aficionados tienen una buena lección.

Calomino sugiere que es un buen profesional quien se brinda totalmente, sin importar las peripecias del resultado. Ese sentido que aparece ligado al término “profesional” es algo que tradicionalmente, durante el siglo XIX y los inicios del XX, estuvo adosado al *sportivismo* y al *fair play* amateur. Además, hacia fines de los años 20 la expresión “profesional” fue asimilada a quien se entrenaba según los requerimientos de los dirigentes o del colectivo y a quien “daba todo de sí” en la cancha, al margen del resultado circunstancial. Con el tiempo se agregaron otros sentidos, como el asimilar la práctica del fútbol a un trabajo.

Los jugadores se fueron transformando en especialistas y talentosos que debían cumplir hábitos alimentarios y cierta disciplina sanitaria. Aunque este conjunto de condiciones no se dio simultáneamente, pues hubo permanentes desacoples, el umbral de demandas y ofertas estaba relativamente cubierto desde antes de 1931. Con el profesionalismo, el jugador contratado abierta y legalmente se comprometía abierta y legalmente a alcanzar eficiencia y eficacia. Sin embargo, no todos esos cambios significaron cargas para los jugadores porque hubo transformaciones en la percepción del status social del futbolista, que lo asemejaba más a un artista que debía ser recompensado según sus talentos y habilidades.<sup>58</sup>

El blanqueo legal introducido por el profesionalismo impuso paralelamente la clausura de ciertas prácticas de los jugadores que iban en contra de los intereses de los clubes, como participar simultáneamente en varios torneos. Por ejemplo, competían en el torneo de primera división y, a la vez, en el de la Federación Comercial o el de la Asociación Bancaria, formando parte de equipos de firmas comerciales. El nuevo marco legal abierto en mayo de 1931 impuso contractualmente a los jugadores condiciones de exclusividad con sus clubes.

A su vez, el profesionalismo agudizó los mecanismos de control disciplinarios tradicionales y propios de la estructura del deporte de alta competencia, cuya existencia era previa.<sup>59</sup> Aparecieron, por ejemplo: “Dirigentes de Chacarita [que] imponen multas de diez pesos a jugadores que falten a entrenamientos”.<sup>60</sup> Es decir, el profesionalismo coronó un proceso que se estaba desarrollando ya en los años previos. El jugador de fútbol era considerado un especialista talentoso cuyo arte y/o despliegue de fuerzas físicas merecía un pago y un control, y cuyo conocimiento del juego había requerido de un enorme esfuerzo y tiempo para su formación desde su más tierna infancia.<sup>61</sup> A esto había que sumar la magnitud de la selección que se operaba entre los miles de jóvenes dispuestos a ocupar el lugar del jugador llegado a la primera división, fruto de un enorme camino selectivo previo.<sup>62</sup>

El fútbol como actividad especializada de alta competencia desde los años 20, y desde 1931 legalmente, no parece haber nacido como única alternati-

va para los jóvenes de los grupos “marginales”, como reza el mito sobre el origen del fútbol argentino. Fue más bien una entre varias posibilidades, tal vez la más deseada, para los jóvenes de los sectores trabajadores y medios plenamente integrados a la sociedad urbana.

Quien tenía la posibilidad de elegir, obviamente, no estaba constreñido a dirigirse por un único sendero. Los casos de jóvenes escolarizados que dudaban entre seguir una carrera o jugar al fútbol, o los que dejaban su actividad laboral como empleados para dedicarse *full time* al deporte, eran más frecuentes de lo que se suele suponer. Allí aparecía la opción entre estudio y fútbol, en la que el imaginario familiar dominante insistía en la necesidad de “tener estudios”. El jugador profesional apareció entre jóvenes con sus necesidades básicas cubiertas y entre quienes conocieron y jugaron al fútbol desde la primera infancia.

La actividad tenía ya un gran reconocimiento social a través de la difusión de los medios masivos (prensa escrita y radio). Desde la segunda mitad de la década de 1920 ya se percibía que el crecimiento del espectáculo, su mercantilización y mediatización, estaba transformando a los jugadores en astros populares. Estos “peligros” eran reflejados, irónicamente, haciendo un paralelo con las estrellas de la escena teatral:

Los jugadores de *football* comienzan siempre siendo “comparsas”, luego coristas, más tarde actrices, y por fin, son como las *prima donna*, pues tienen idénticos ataques de nervios. Algunos dirigentes conocen el remedio para esos ataques, pero para ello es necesario que las arcas de los clubes estén repletas de dinero.<sup>63</sup>

El deseo fervoroso de jugador de fútbol no residía principalmente en ser potencial o real fuente de ingresos sino en integrar una de las actividades socialmente más reconocidas. Sin embargo, no debe desestimarse el papel jugado por los alicientes y premios económicos.<sup>64</sup> El deporte de alto rendimiento profesional fue siempre una “avenida de movilidad social ascendente para jóvenes con talento deportivo de la clase trabajadora y media”.<sup>65</sup> Marcó una tendencia democratizadora y socialmente igualadora, siempre en el camino edificado sobre la estructura del mercado capitalista cuyas reglas estuvieron en un principio lejos de ser percibidas por los jugadores. Por ejemplo, en nuestro caso los deportistas quedaron a merced de las más crudas leyes del mercado como trabajadores del espectáculo futbolístico.<sup>66</sup>

Junto a ese costado asociado al deseo de reconocimiento y popularidad, el futbolista sentía un “orgullo” propio por ser jugador de fútbol. Este proceso se forjó en un par de generaciones de jugadores y, a la vez, de asistentes al espectáculo. La aparición del especialista-talentoso también es función del pleno dominio de las técnicas deportivas, y en muchos casos artísticas, consideradas deseables. Esas habilidades y conocimientos requerían de un enorme esfuerzo y mucho tiempo formativo, posible sólo por una práctica consecuente desde la infancia. Los jugadores que en 1931 tenían veinte o veinticinco años habían nacido hacia 1905 o 1910, momentos de pleno proceso de popularización de la práctica, especialmente entre niños y jóvenes nacidos en el país, escolarizados en la escuela pública y jugando al fútbol fuera del horario escolar, en la calle o en los nuevos barrios alejados del centro. Es decir, hacia 1930 existía una segunda generación de jugadores de fútbol, de masas entrenadas como público y de otros tantos lectores de revistas especializadas.

Debe agregarse que el advenimiento del profesionalismo legalizado implicó la culminación de un proceso y el comienzo de otro. Desde principios de siglo, y durante las prime-

ras décadas, para los jóvenes jugadores provenientes de los sectores populares la forma de llegar al primer nivel de la competencia era mediante la fundación de un club-equipo, la participación en un torneo organizado por alguna liga independiente y, simultáneamente, el intento de afiliarse a la liga oficial e ir ascendiendo de categoría. Luego, el fútbol pasó a ser practicado en casi todas las instituciones y corporaciones sociales y estatales, desde torneos internos en empresas hasta ligas empresariales, desde torneos internos dentro de todo tipo de dependencia estatal hasta copas entre esas mismas agencias. Simultáneamente, decayó la importancia de las ligas independientes.<sup>67</sup>



En la década del 20 también se crearon clubes que presentaban sus equipos y emprendían el camino de la afiliación y el ascenso. Pero esa vía se hizo cada vez más difícil con el marronismo en gran escala y, fundamentalmente, con la creación de la liga profesional de clubes más fuertes en convocatoria y en recursos económicos. El crecimiento del espectáculo futbolístico y el profesionalismo abierto transformaron la vía de llegada tradicional en algo cada vez más excepcional. Esto se vincula no sólo con las permanentes reorganizaciones de las ligas oficiales y del espectáculo sino también con la instauración, sin límites desde la década de 1930, de la especialización y del jugador *full time*. Esto último otorgaba una notable ventaja competitiva al club que contaba con más y mejores cracks, generando diferencias imposibles de zanjar para los jugadores, socios y amateurs.

La vía de ascenso individual emergió con fuerza como único medio posible para el jugador de escalar y llegar al primer plano. Se acentuó entonces la batalla entre los clubes más poderosos por la detección y posesión del talentoso, y se fue clausurando el emprendimiento conjunto del equipo-club que había sido una ruta fluida de intercambio con el mundo de practicantes del deporte. La etapa, supuestamente heroica, de las fundaciones de los clubes y el camino de la afiliación a la liga y del ascenso colectivo fue suplantada por la presencia del héroe individual que alcanza el éxito, muchas veces atravesando en su carrera distintas instituciones.<sup>68</sup>

Con la especialización y la profesionalización legal, los pases de los futbolistas se tornaron más visibles y descarnados que antes. La “compra y venta” de jugadores era mal vista. Al margen de las reales condiciones laborales del mercado de pases, junto con las características distintivas de la fuerza de trabajo del jugador de fútbol, distintas tradiciones se conjugaban para considerar que el jugador profesional devendría un “esclavo o propiedad enajenable”.<sup>69</sup> La tradición amateur, tanto en su vertiente aristocratizante como en la izquierdizante, se sumaba a otra que asimilaba al jugador con la figura del socio e hinch, es decir, al condimento pasional-institucional contenido en el fútbol vinculado a la popularización del deporte a través de la fundación de clubes por jugadores-socios-dirigentes.<sup>70</sup> A pesar de los cambios ocurridos desde aquella situación originaria, la potencia de aquella tradición, en proceso de cristalización en los años 20, se hacía sentir con mucho vigor. Tal vez su energía pueda vincularse al ideario igualitarista y homogeneizante de la época, enmarcado en la habitualidad de la vida asociacionista y apoyada en tradiciones progresistas y democráticas.<sup>71</sup>

## El público y el espectáculo

Entre el fin del torneo de 1930 y el inicio del de 1931 se suspendió la costumbre dominguera. La huelga no permitía a los clubes contar con jugadores, y sumió en el desconcierto y alejó a buena parte de los hinchas de los estadios, hecho que se constata en la variabilidad de la cantidad de público los partidos. Durante la huelga los equipos salieron a la cancha con sus planteles diezmados, en muchos casos integrados por jóvenes de categorías menores, y a veces no llegaron a reunir siquiera a los once jugadores, lo que obligó a suspender muchos partidos.

Sin embargo el público retornó a los estadios a partir del domingo 31 de mayo de 1931 cuando se iniciaron el torneo profesional de la LAF por un lado, y el de la AAF por el otro. Finalmente, pudo volver a girar la rueda, ahora aceitada, de un espectáculo estructurado y armado de íntimas conexiones con la vida cotidiana, cristalizadas desde hacía algún tiempo.

Hacia mediados de los años 20 existía en Buenos Aires más de una generación acostumbrada a sufrir las incomodidades del traslado y el hacinamiento en las tribunas. Pero, a su vez, este público tenía rasgos distintivos: si bien el tiempo libre es precondition de su existencia, la asistencia a los estadios implicaba muchas veces la prioridad sobre el trabajo o el estudio.<sup>72</sup> Los espectadores, en buena proporción, habían jugado o eran jugadores de fútbol, es decir, eran conocedores de lo que veían, o al menos creían serlo.<sup>73</sup> Así podían ponerse fácilmente en el lugar del actor principal,<sup>74</sup> generando la posibilidad de dejar de ser espectador pasivo y transformarse en protagonista del espectáculo.<sup>75</sup>

El público que nació junto con la popularización de la práctica del fútbol, y aun antes de la formación de los imaginarios barriales, fue el “hinch”, cuya existencia no necesitó, aunque no se opuso, de la cultura letrada dominante en la época.<sup>76</sup> El “hinchismo” y el *fanatismo* abrazaron tanto al socio del club como al dirigente o al asistente habitual, y fueron un ingrediente nada desdeñable en la conformación de particular mundo del fútbol.

Sobre la repetición semanal de la esperanza de triunfo o el anhelo del desquite ante la derrota descansa buena parte de la fascinación que produce el fútbol.<sup>77</sup> De ahí que uno de los elementos constitutivos del espectáculo fue la armazón rutinaria de eventos previamente acordados por los organizadores, difundidos y luego comentados por los medios de comunicación de masas. Paralelamente, la convocatoria al espectáculo se fue transformando en evento familiar y “natural”, dentro de la rutina semanal, insertándose en el universo de la vida cotidiana y de su escenario urbano, el barrio.<sup>78</sup> Si bien el tema merece profundizarse, aquí sólo nos detendremos a observar cómo el “hinchismo” y el exitismo del público de fútbol fueron un condimento presente desde los mismos comienzos del espectáculo y, según la opinión generalizada en la época, la peor de las causas del peor de los males: los desórdenes nacidos en las tribunas. En la prensa de la época se detectan sistemáticos llamados a corregir la frecuente “incultura” e “ignorancia” del público en los estadios porteños. Estos actos se manifestaban en improperios, botellazos, irrupciones dentro del campo de juego, actos de violencia contra alguno de los actores (jugadores o *referees*) que obligaban a frecuentes suspensiones de partidos, o en la intolerancia de la derrota del propio equipo.

El espectáculo futbolístico requería de un orden y un conocimiento adecuado de ese orden. Dirigentes, periodistas y gobiernos



fueron los encargados de organizarlo. A su vez, parte del periodismo especializado se arrojó muchas veces la tarea de dotar al fenómeno de límites éticos aceptables y custodiar que éstos no fueran sobrepasados. Según este andamiaje, el público debía cumplir un rol pasivo. Sin embargo, el hincha mostró desde principio de siglo una clara tendencia a pasar de espectador a actor primario, compitiendo con quienes estaban dentro de la cancha.<sup>79</sup>

## Apuntes finales

El fútbol fue, desde comienzos del siglo XX, un fenómeno simbólicamente poderoso, en especial debido a sus rasgos rituales, al “hinchismo”, a su simbiosis con la sociabilidad masculina y a su acoplamiento con el proceso de gestación de los imaginarios barriales. El espectáculo futbolístico se fue constituyendo, y a su vez imprimió marcas, en una época en la que se estaban elaborando estilos de vida que definieron gustos, hábitos y consumos culturales de los sectores trabajadores y los grupos medios que cristalizaron en los años 30 y 40. Estas corrientes actuaron simultáneamente con el retroceso de los lazos tendidos por las asociaciones de base étnico-inmigratoria, diseñando una sociedad cuyos caminos se abrían a la aventura del ascenso social medido por la fortuna y el prestigio, pero también por el acceso a nuevos consumos culturales.

En ese sentido, el profesionalismo abierto formó parte de ese proceso más general. El actor principal de la escena, el potencial jugador, nacía en un medio social y cultural en el cual su infancia y adolescencia estaban impregnadas de nociones provenientes de un imaginario que unía el éxito y la gloria a la imagen del futbolista de primera división. En ese marco, gobierno, dirigentes y jugadores, aun teniendo intereses particulares diferentes, actuaron posicionando al espectáculo en un nuevo nivel.

Simultáneamente, la llegada del profesionalismo significó la aparición de nuevas contradicciones, por ejemplo, entre los jugadores en su rol de empleados y los clubes como patrones. El espectáculo futbolístico, con sus estrellas, originó a partir de 1931 un desenfadado mercado de compra y venta de pases de jugadores. Algunos vieron en esto la transformación en mercancía de “carne humana”. En ese sentido, los dirigentes de las entidades tendieron a considerar el talento de los futbolistas como su propiedad y patrimonio. A esa novedad se le sumaba una añeja tensión entre el orden, permanente inquietud de organizadores y gobiernos, y el desorden, condimento considerado muchas veces adherido a la esencia pasional del hincha y a la rivalidad territorial. Como se puede advertir sin esfuerzo, muchos de estos elementos afectan la actualidad de nuestro fútbol.

## Notas

<sup>1</sup> El diario *Crítica*, hacia agosto de 1926, estaba abiertamente enfrentado con la dirección de una de las ligas existentes en el momento. En ese marco emprendió una serie de denuncias de irregularidades que puede servir para testear la situación del “marronismo” en aquellos días.

<sup>2</sup> Desde la década de 1910 hubo problemas relacionados con el pago a jugadores por parte de los dirigentes, así como exigencias económicas de aquellos. Véase *Historia del fútbol argentino*, Buenos Aires, Eiffel, 1955. Si bien la primera liga de fútbol profesional data de mediados de 1880 en Inglaterra, en la Europa continental los tiempos fueron similares a los de la Argentina y Brasil (1933), por ejemplo, Austria en 1924, Checoslovaquia y Hungría en 1930, Francia en 1932. Véase Alfred Wahl, *Historia del fútbol*, Barcelona, Ediciones B, 1997.

<sup>3</sup> Tanto Dante Panzeri (*La Opinión*, 23 de mayo de 1976) como, en otra perspectiva, el grupo de periodistas que redactaron la famosa *Historia del fútbol argentino*, dirigida por “Borocotó” (Buenos Aires, Eiffel, 1955, pp. 423-427), coinciden en esta visión del fenómeno. Desde otra perspectiva, aparece también en A. Scher y H. Palomino, *Fútbol, pasión de multitudes y de elites*, Buenos Aires, CISEA, 1988. No existe ningún trabajo de investigación abocado exclusivamente al tema.

<sup>4</sup> Esa idea está presente en *Historia del fútbol argentino*.

<sup>5</sup> El petitorio fue firmado por 452 jugadores, *Crítica*, 2 de abril de 1931.

<sup>6</sup> *Crítica*, 2 y 9 de abril de 1931.

<sup>7</sup> Participan activamente de esos encuentros futbolistas como Omar, Luis Monti, Bartolucci, Giudici, Juan Evaristo, Molteni, Corvetto, *Crítica*, 7 de abril de 1931.

<sup>8</sup> Los “expulsados de la liga” fueron Carricaberi (San Lorenzo), Pedro Marasi (Sportivo Barracas), Juan Figuera (Sportivo Barracas), Carlos Giudici (Colegiales), Pedro Bartolucci (Huracán), Félix Zurdo (Banfield), Cayetano Corvetto (Excursionistas), *Crítica*, 12 de abril de 1931.

<sup>9</sup> *Crítica*, 23 y 25 de abril de 1931.

<sup>10</sup> *Crítica*, 23 de abril de 1931.

<sup>11</sup> Dante Panzeri, en *La Opinión*, 23 de mayo de 1976.

<sup>12</sup> *La Vanguardia*, 26 de abril de 1933.

<sup>13</sup> La AAAF agrupaba un conjunto heterogéneo de clubes. Los “grandes”, que contaban entre cinco y quince mil socios aproximadamente, coexistían con pequeños clubes con sólo cien o doscientos socios. Los llamados “cinco grandes” se perfilaron hacia fines de los años 10. Es necesario aclarar que el denominado “fútbol argentino” está formado por el universo de clubes que abarca la Capital, sus alrededores, así como las ciudades de La Plata y Rosario. En los años 20, debido a la acción de los medios, ese fútbol se nacionalizó y aparecieron simpatizantes de los grandes clubes en todo el país.

<sup>14</sup> Se promulgaron las leyes de descanso dominical (1905) y de jornada laboral de ocho horas (1929). En 1932 se impuso el sábado inglés y en 1934, las vacaciones pagas.

<sup>15</sup> Para la evolución de la sociedad se pueden consultar desde obras clásicas de Gino Gernami hasta el trabajo de síntesis de L.A. Romero, *Breve historia contemporánea de la Argentina*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1997.

<sup>16</sup> Por aquellos años, se detectan varios síntomas del crecimiento de los espectáculos deportivos

como la construcción del primer estadio de cemento (Independiente en 1928), el primer estadio con iluminación artificial (Vélez en 1928), las transmisiones radiales de partidos de fútbol, la disputa del Campeonato Argentino de Basketball (desde 1929) y la construcción del Luna Park (1932).

<sup>17</sup> Sobre cultura letrada, véase Beatriz Sarlo, *El imperio de los sentimientos*, Buenos Aires, Catálogos, 1985, y Adolfo Prieto, *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*, Buenos Aires, Sudamericana, 1988.

<sup>18</sup> Véase Dora Barrancos, *La escena iluminada. Ciencias para los trabajadores (1890-1930)*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1996, y Juan Suriano, *Anarquistas. Cultura y política libertaria en Buenos Aires (1890-1910)*, Buenos Aires, Manantial, 2001.

<sup>19</sup> Sobre estos temas véanse, entre otros, Oscar Troncoso, Francis Korn, Leandro Gutiérrez.

<sup>20</sup> Véase Adrián Gorelik, *La grilla y el parque*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 1998, y L. Gutiérrez y L.A. Romero, *Sectores populares, cultura y política. Buenos Aires en la entreguerra*, Buenos Aires, Sudamericana, 1995. Sobre los tres “berretines”: E. Romano, “Cuando los «berretines» emigran del escenario a la pantalla”, en P. Alabarces, R. Di Giano y J. Frydenberg, *Deporte y sociedad*, Buenos Aires, Eudeba, 1988; P. Alabarces, “Notas sobre «los tres berretines» (1933)”, en *Cuestión de pelotas*, Buenos Aires, Atuel, 1996.

<sup>21</sup> J. Frydenberg, “Redefinición del fútbol aficionado y del fútbol oficial. Buenos Aires, 1912”, en P. Alabarces, R. Di Giano y J. Frydenberg, ob. cit.

<sup>22</sup> A. Scher y H. Palomino, ob. cit.

<sup>23</sup> *La Vanguardia*, 14 de abril de 1931.

<sup>24</sup> Esto es un buen ejemplo para percibir cómo los hombres de Estado, desde una posición estratégica y de poder, ven y actúan intentando direccionar al conjunto social. Véase Norbert Lechner, *Estado y política en América Latina*, México, Siglo Veintiuno, 1986.

<sup>25</sup> Las difusas ideas giraban en torno de “la implantación del profesionalismo que se haría sobre las mismas bases que rigen para el box profesional. [...] La Municipalidad ha resuelto tomar cartas en el asunto”; *Crítica*, 4 de abril de 1931.

<sup>26</sup> Quienes analizan el fenómeno del espectáculo masivo y futbolístico sólo en esta clave de alguna manera coinciden con la óptica parcializada que movilizaba y moviliza la acción de los gobernantes.

<sup>27</sup> Como se vio, no hay que olvidar otro elemento que movió a los dirigentes con velocidad: la aprehensión a las ideas, que no llegaron a ser iniciativas, de algún funcionario municipal que introducía la presencia gubernamental en la organización del fútbol oficial.

<sup>28</sup> Sobre los futbolistas que emigraron en los años 20 y 30, algunos de los cuales jugaron en seleccionados europeos como el italiano, véase el artículo de Pierre Lanfranchi incluido en este dossier.

<sup>29</sup> El diario *Crítica* fue promotor del profesionalismo “cerrado”. Según el periódico, la organización de una liga de pocos y grandes era necesaria para poder “desprenderse de una vez por todas de los parásitos económicos de los clubes chicos y liberarse de la tiranía formada por sus dirigentes”; *Crítica*, 28 de abril de 1931.

<sup>30</sup> De los clubes grandes, Independiente fue el que más resistencia opuso, primero a la adopción del profesionalismo, y luego a la organización de una liga restringida. Ésa fue la causa, en buena medida, de la demora de los dirigentes en organizar la liga profesional.

<sup>31</sup> “Se trata”, sostenía *La Vanguardia*, “de un cambio fundamental en la estructura de las entidades. Se supone que se contraerán compromisos que no tienen o no se han previsto estatutariamente, que quizá ocasionen pérdidas de prerrogativas que han servido de base a la constitución misma de las entidades que han sido el origen de su engrandecimiento”; *La Vanguardia*, 26 de abril de 1931.

<sup>32</sup> Según expresiones de un dirigente de Estudiantil Porteño (un club chico que quedó en la AAF), al club “le costaría 33 mil pesos por año estar en la liga profesional. Participar en el torneo de 1930 le había costado sólo siete mil”; *La Prensa*, 13 de mayo de 1931. Esto agrega otro elemento: la supuesta o real inviabilidad económica que el profesionalismo abierto implicaba para los clubes chicos.

<sup>33</sup> *Vida Porteña*, 17 de julio de 1917.

<sup>34</sup> Algunas de las primeras notas en las que aparecen denuncias datan de junio de 1911, en el diario *La Mañana*.

<sup>35</sup> *Crítica* dedicaba un espacio al debate. Durante los últimos años de la década del 20 solían aparecer reportajes centrados en la pregunta acerca de la conveniencia o no del profesionalismo. *Crítica*, 2 de abril de 1931.

<sup>36</sup> *El Gráfico*, 25 de abril de 1931.

<sup>37</sup> Muy tempranamente llegaron en gira a Buenos Aires equipos profesionales ingleses como el Swindon Town Football Club en 1912. En los comentarios sobre los partidos que jugaron eran habituales las críticas al juego desplegado por los futbolistas pagos por ser demasiado rudos o por no brindar un espectáculo acorde a sus remuneraciones.

<sup>38</sup> *La Nación*, 10 de mayo de 1931.

<sup>39</sup> *La Prensa*, 11 de mayo de 1931.

<sup>40</sup> Véase A. Scher y H. Palomino, ob. cit. El modelo de profesionalismo del fútbol inglés fue diferente pues la formación de la liga profesional en 1888 fue la coronación de la “emancipación del fútbol (ahora exclusivamente obrero) contra el patronazgo de las clases medias y alta”; Eric Hobsbawm, *El mundo del trabajo*, Barcelona, Crítica, 1987.

<sup>41</sup> *La Nación*, 28 de mayo de 1931.

<sup>42</sup> *Crítica*, 29 de abril de 1931.

<sup>43</sup> A. Scher y H. Palomino, ob. cit.

<sup>44</sup> Carlos Peucelle, *Fútbol todo tiempo*, Buenos Aires, Axioma, 1975. El pase de Peucelle –el más resonante de la época– costó diez mil pesos, que recibió el jugador. El 30 por ciento del total lo devolvió a su club de origen, el Sportivo Buenos Aires, que había pagado por él un año antes, en una actitud de nobleza y lealtad personal. El valor de Peucelle había subido porque también era requerido por Boca Juniors.

<sup>45</sup> *La Nación*, 30 de abril de 1931.

<sup>46</sup> Un editorial de *La Prensa* del 11 de mayo de 1931 enumeraba los signos que mostraba la crisis del fútbol oficial de “los últimos años” de la década del 20: anormalidad generalizada, ausencia de disciplina, incidentes y escándalos reiterados sin que se tomen las represiones y las medidas pertinentes, avance del profesionalismo encubierto que gravó las finanzas de los clubes, número excesivo de clubes, pérdida de orden, calidad e interés.

<sup>47</sup> *La Vanguardia*, 16 de abril de 1931.

<sup>48</sup> *La Vanguardia*, 26 de abril 1931.

<sup>49</sup> Desde fines de los años 10 los pases de los jugadores entre clubes eran numerosos, a pesar de lo cual muy pocas veces se reconocían abiertamente las transacciones dinerarias que contenían tales pases. *Vida Porteña*, 3 de julio de 1917.

<sup>50</sup> El caso de Carlos Peucelle puede servir de ejemplo. En 1930, el Sportivo Buenos Aires le pagó una prima de tres mil pesos por un año, véase C. Peucelle, ob. cit. “En plena huelga se comenta que Carlos Spetale, en Newel’s Old Boys de Rosario, cobrará cinco mil pesos por firmar y doscientos cincuenta pesos al mes, amén de obsequios y viáticos semanales”; *El Gráfico*, 11 de abril de 1931.

<sup>51</sup> *Crítica*, 29 de abril de 1931.

<sup>52</sup> Véase P. Alabarces, *Fútbol y patria*, Buenos Aires, Prometeo, 2002.

<sup>53</sup> *El Gráfico*, 2 de mayo de 1931.

<sup>54</sup> El deporte y sus cultores, los *gentlemen* de la Inglaterra de comienzos del siglo XIX, eran por excelencia practicantes de varios deportes sin ser brillantes ejecutantes de ninguno. Estas ideas aparecen en la revista *El Sportman*, editada hacia principios de siglo XX. En cambio, la irrupción de los sectores populares en la escena, por el contrario, fue paralela a la especialización en la práctica de un solo deporte. Véase R. Mandell, *Historia cultural del deporte*, Madrid, Bellaterra, 1986, y P. Bourdieu, “Programa para una sociología de deporte”, en *Cosas dichas*, Barcelona, Gedisa, 1993.

<sup>55</sup> *La Prensa*, 2 de mayo de 1929.

<sup>56</sup> *Vida Porteña*, 12 de junio de 1917.

<sup>57</sup> *Crítica*, 1 de julio de 1924.

<sup>58</sup> En el mismo sentido es interesante la nota de *Chantecler* titulada “Reflexiones de un jugador”. Allí se pone en boca de un futbolista los cambios ocurridos con la reciente llegada del profesionalismo: “Hasta hace poco me daban por jugar, con las mismas obligaciones que en el presente, diez o veinte mangos por domingo y todos me decían por ahí que me daban el oro y el moro. Ahora, en cambio, gano el triple y todo el mundo me dice que es una vergüenza que siendo un profesional, un artista, me paguen una miseria [...]. Cuando me llamaban amateur, y jugaba mal o golpeaba a un contrario, me decían... bueno, lo que me decían no se puede repetir, porque eran cosas muy feas. Ahora, en vez, cuando juego mal o golpeo a alguno, ¿sabe lo que me dicen? Profesional. Si es una papa esto del profesionalismo...”; *El Gráfico*, 20 de junio de 1931.

<sup>59</sup> Desde la organización de las ligas oficiales, las sanciones aplicadas a jugadores eran permanentes, por ejemplo debido a “indisciplinas” en la disputa de un partido. Pero también eran frecuentes las sanciones de los clubes a sus propios jugadores, por ejemplo “por faltar al partido del domingo”; *Crítica*, 6 de marzo de 1930.

<sup>60</sup> *El Gráfico*, 15 de agosto de 1931.

<sup>61</sup> No es un detalle menor consignar que los propios jugadores creían en las imágenes que asocian entrenamiento con eficacia. Esto se ve en la nota que incluye la entrevista a Calomino, incluida más arriba.

<sup>62</sup> Las formas y los contenidos del talento son, obviamente, una construcción social e histórica. Por

ejemplo, siguiendo a Eduardo Archetti, la segunda mitad de la década del 20 marcó la génesis del estilo de juego criollo, “la nuestra”. Por lo tanto, también determinó el nacimiento del gusto por determinada manera de jugar, así como por lo considerado como cualidades o características del “talento”. Véase E. Archetti, “Estilo y virtudes masculinas en *El Gráfico*: la creación del imaginario del fútbol argentino”, *Desarrollo Económico*, vol. 35, N° 139, Buenos Aires, octubre-diciembre de 1995.

<sup>63</sup> *Vida Porteña*, 10 de julio de 1917.

<sup>64</sup> Según Pablo Rojas Paz (“El negro de la tribuna”), el famoso jugador Raimundo Orsi, “mostrárame la mansión que se hizo construir con sus ahorros, me decía: «Mirá esta casa, se ha hecho a patadas», citado por Alfonso Rey, *El fútbol argentino*, Buenos Aires, Nogal, 1947.

<sup>65</sup> Manuel García Ferrando, *Aspectos sociales del deporte*, Madrid, Alianza, 1990.

<sup>66</sup> Como lo ha hecho notar Héctor Palomino, existe una notable diferencia entre las relaciones laborales establecidas entre los empresarios teatrales y los actores, y la que tuvieron los clubes con los jugadores de fútbol. Los primeros, una vez terminada la temporada, quedan libres de cualquier compromiso para volver al mercado laboral. Los segundos quedan “prisioneros” de sus patrones. Tal vez una de las razones esté dada por la superabundancia de jugadores, situación que ha tendido a liberar a los clubes de otorgar mayores garantías. Esto se suma a la naturaleza de los clubes como instituciones peculiares, asociaciones civiles sin fines de lucro, actuando como patrones y entre cuyas máximos patrimonios tienen justamente a los pases de los jugadores. La historia de la tortuosa relación laboral que comenzó en 1931 atravesó por varios momentos críticos en otras tantas huelgas (1948 y 1971). Véase H. Palomino y A. Schrer, ob. cit.

<sup>67</sup> Véase J. Frydenberg, ob. cit.

<sup>68</sup> En la actualidad se suele añorar un supuesto pasado en el cual los jugadores habrían nacido y atravesado sus carreras deportivas en un mismo club. Si bien esto sucedía con mucha más frecuencia que en nuestros días, sin embargo, no parece ser el caso de los grandes jugadores de los 20 y los 30.

<sup>69</sup> *El Gráfico*, 2 de mayo de 1931.

<sup>70</sup> Véase A. Scher y H. Palomino, ob. cit., y J. Frydenberg, ob. cit. Esta transformación devino luego en cambios como el nacimiento de los clubes con “jóvenes-jugadores-socios-dirigentes” cuando el jugador nace como hincha. Más tarde, ese encuadre común se fue diversificando pues no sólo el jugador se separó del marco original, también el dirigente y los clubes nacidos de los sectores populares, desde mediados de la década del 10 en adelante, fueron “jerarquizando” sus cargos directivos pasando a manos de profesionales o comerciantes de cierta fortuna.

<sup>71</sup> Véase L. Gutiérrez y L.A. Romero, ob. cit.

<sup>72</sup> Desde muy temprano hubo partidos oficiales jugados en días de semana laboral, en los cuales siempre es verificable cantidades apreciables de espectadores.

<sup>73</sup> Véase J. Frydenberg, ob. cit.

<sup>74</sup> Bourdieu mostró la importancia de que el público del espectáculo deportivo sea o haya sido practicante. Véase P. Bourdieu, ob. cit. También E. Archetti, ob. cit.

<sup>75</sup> No hay que dejar de lado las explicaciones antropológicas que incluyen las tendencias a generar condiciones de *comunitas* entre las masas asistentes a los estadios de fútbol. Véase E. Archetti, “Place et fonctions du comique (ou) du tragique dans le «discours» des «supporteurs» du football argentin”, en *Antropologie du sport*, París, Amsha-Matrice, 1991.

<sup>76</sup> Naturalmente no todos los asistentes a las canchas eran hinchas. Siempre existieron espectadores más o menos neutrales. O los que desde un distanciamiento emocional juzgaban los hechos deportivos. Sin embargo, muy tempranamente el tono general del público de nuestras canchas estuvo dado por el “hinchismo”

<sup>77</sup> Véase Ch. Bromberger, *Significaciones de la pasión popular por los clubes de fútbol*, Buenos Aires, Libros del Rojas, 2001.

<sup>78</sup> Para profundizar en las vertientes que analizan al espectáculo futbolístico como juego profundo y ritual profano, véase E. Archetti, “Estilos y virtudes...”; Ch. Bromberger, ob. cit. y “Las multitudes deportivas: analogías entre rituales deportivos y religiosos”, *Revista Digital Lecturas Educación Física y Deporte*, [www.efdeportes.com](http://www.efdeportes.com), año VI, N° 29, Buenos Aires, enero de 2001.

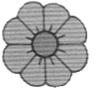
<sup>79</sup> Para el tema, véase E. Archetti, “Comedia y tragedia...”. La cantidad de partidos suspendidos a causa de la intervención del público es enorme durante las primeras tres décadas. Si bien el tema merecería un tratamiento especial, podría decirse que fueron muy frecuentes los domingos en los que se suspendía definitivamente por lo menos un partido. No contamos aquí los encuentros que se “paraban” unos minutos hasta que la situación se calmara como para retomar el juego. Obviamente, en las suspensiones no sólo interviene el público. No debe desdeñarse la participación de las fuerzas del orden en tales casos. Los propios jugadores solían armar grescas entre ellos y ser la causa de las interrupciones parciales o totales.



# La Argentina en cuadritos

## Una aproximación a la Argentina reciente desde la revista *Fierro* (1984-1992)

Gabriel Di Meglio,\* Marina Franco,\*\* Silvana Silva Aras\*\*\*



**F**ierro fue, sin duda, la más importante de las revistas argentinas de historietas, no sólo por la calidad y difusión que alcanzó dentro del mundo de los creadores y lectores de historietas, sino fundamentalmente porque representó un *proyecto cultural* más amplio en un momento clave de la historia argentina reciente.

Se editó mensualmente en Buenos Aires entre septiembre de 1984 y diciembre de 1992, y alcanzó cien números y una tirada de veinticinco mil ejemplares en circulación.<sup>1</sup> Cada edición incluía historietas unitarias o series continuadas y secciones de cine, notas periodísticas, reportajes e información general del mundo del *comic*, cartas de lectores, concursos y un suplemento con trabajos de dibujantes jóvenes no profesionales. Por sus páginas pasó gran parte de la mejor producción historietística argentina.

El objeto de este artículo es la revista *Fierro* como un *producto cultural* de los años 80, momento histórico con características específicas en tanto etapa posautoritaria (1976-1983) y ulterior al período más violento de la Argentina contemporánea (1970-1983). El abordaje que aquí se

propone se centra en la *revista de historietas* y no estrictamente en el lenguaje gráfico del *comic*. Sin embargo, el análisis no puede abstraerse de ese objeto específico que es la historieta, sobre el cual existe ya una buena cantidad de trabajos. Si bien los primeros escritos sobre *comics* datan de los años 60, que inauguran un período de estudios semiológicos sobre el tema, es notable que la historieta, elevada por Umberto Eco a la categoría de producto cultural como cultura de masas, ha llamado poco la atención de la investigación historiográfica. En general, trabajos como los de Ariel Dorfman u Oscar Masotta realizan fundamentalmente un análisis discursivo de la presencia de ideologías del poder en el *comic*, y en eso reside la importancia que estos autores otorgan al género.<sup>2</sup>

A nuestro entender, el trabajo sobre historietas requiere añadir a esos aspectos ideológicos un trabajo más amplio que atienda a su integralidad como producto cultural y considere otros elementos en juego: guiones, diseños, colores, discursos, tiradas, ediciones, permanencia en el mercado, interacción con los lectores, etc. El cor-

\* UBA-Conicet.

\*\* UBA-Universidad de Paris 7.

\*\*\* UBA-UdeSA.



pus aquí elegido –la colección completa de la revista *Fierro*– trasciende así el simple objeto “historieta”. En una misma revista coexistían numerosos y diversos *comics* (y por tanto, diversos argumentos, guiones, estéticas, discursos e ideologías). Este análisis exige sobrepasar el estricto tratamiento de una historieta única para abordar numerosas producciones en su diversidad y atender a los otros elementos constitutivos de la revista. Este tipo de abordaje es asimismo parte de nuestra hipótesis de lectura, ya que se trata de verificar la propia concepción que los editores-autores tenían de su revista, dado que *Fierro* fue pensada y creada como un producto único, con una lógica y consistencia internas, y no como la simple yuxtaposición de diversos *comics*.

El análisis se realizará desde cuatro ángulos diferentes: primero, en relación con el contexto posautoritario en el que surge la revista; segundo, en cuanto a su inserción e impacto en el campo del *comic* en la Argentina; luego, en torno del problema específico sobre el discurso de “lo nacional” en sus páginas y, por último, en cuanto al agotamiento de *Fierro* como proyecto cultural.

### Democracia y pluralismo: *Fierro* y su lugar de producción

*Fierro* fue una de las expresiones de la apertura democrática que sucedió a la dictadura militar. Su primer número salió a la venta en septiembre de 1984, nueve meses después del comienzo del gobierno radical de Raúl Alfonsín. La revista trasluce fuertemente el espíritu de época en el que fue gestada.

Entre los aspectos del discurso político dominante en el primer período de transi-

ción democrática, el *pluralismo*, el *diálogo*, la *diferencia* y la *tolerancia para todos* eran elementos recurrentes y consensuados. En este sentido, la transición política de aquellos años quiso ser construida como el momento de emergencia de nuevas formas de participación política, basadas en la creación de espacios, canales y formas asociativas nuevas, regidas por la ética de la participación y el pluralismo, más allá de los distintos clivajes e intereses partidarios tradicionales. Así, ese primer momento histórico puede caracterizarse como una ola de inmenso optimismo político generalizado, que históricamente estaba avalado no sólo por la apertura democrática sino por el juzgamiento y condena oficial de las juntas militares responsables de los crímenes dictatoriales. Así, la nueva escena pública se definía por una pluralidad de espacios y actores –no necesariamente circunscriptos a las identidades y sujetos colectivos precedentes– y fundamentalmente por la modificación de las actitudes sociales hacia el sistema político, apuntando a la búsqueda de una nueva “cultura política” fundada en una nueva “ética democrática”.<sup>3</sup> El momento histórico estuvo así marcado por la movilización de demandas diversas, pero todas con un mínimo común denominador: la demanda política en torno de la democracia y los derechos humanos como las bases de construcción de un nuevo orden político. De esa época y clima político y cultural participó *Fierro*.

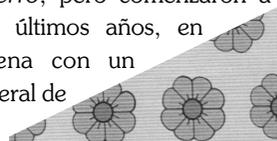
Sobre todo en sus primeros años (1984-1987), la revista fue pensada para contener y difundir una gran variedad estética, temática y autoral, e hizo de esa diversidad creativa una bandera y una búsqueda premeditada. Así, este objetivo explícito –y de hecho, logrado– de *Fierro* puede ser leído como parte del clima ideológico y social, de esa “aceptación del otro” y reconocimiento

recíproco de la diferencia propia del período histórico entrante. En función de esa misma búsqueda, las temáticas presentes en ese período inicial llegaron a ser muy variadas: historietas de ciencia ficción, policiales, de aventuras, humorísticas, histórico-políticas y algunas otras difíciles de encasillar. De igual forma, se buscaba la pluralidad y diversidad en la estética, a través de la variedad de estilos, como los llamados “blanco” y “negro”, o en las imágenes que iban desde las “realistas” hasta las “caricaturescas” –cercanas al humor gráfico–, pasando por otras más innovadoras y audaces.<sup>4</sup>

Esta diversidad de estilos y temáticas fue explicitada y propuesta desde el primer número de la revista. Ya en la misma nota editorial de apertura se comentaba –y resaltaba– la falta de acuerdo entre los creadores de la revista acerca de ciertos “temas espinosos” (como una historieta sobre la reciente Guerra de Malvinas que se incluía) y se sostenía que “sobre gustos, política, estética y la realidad argentina hay mucho escrito. Y va a haber. Una escritura no tacha a la otra –un dibujo, a otro–. Se suman, mejor”.<sup>5</sup> Así, ese primer número resultó ser una especie de selección –de gran calidad– de las diferentes vertientes del género de la historieta.<sup>6</sup> También, en este sentido, desde ese primer número se establecía la diversidad de raíces dentro del género en las que *Fierro* pretendía fundarse. Por ejemplo, la historieta que iniciaba la revista pertenecía a un autor francés –Moebius– de gran importancia en la innovación del *comic* europeo de los años 70, pero al mismo tiempo se publicaban unos pequeños textos de Héctor Oesterheld, padre, mito y autor de la más famosa historieta argentina: *El Eternauta*. En este caso específico, este autor era retomado por *Fierro* tanto para filiarse en la tradición más clásica de la historieta argentina

como por ser un símbolo de la historia reciente, dado que Oesterheld era un *desaparecido*, víctima de la represión dictatorial. De igual forma, en el segundo número de la revista aparecía una nota sobre “Oesterheld y la democracia”, que establecía un vínculo implícito entre el autor, el momento histórico presente y los objetivos de *Fierro* como publicación. Por estas mismas razones, la figura de Oesterheld fue recurrentemente citada en las páginas de la revista a lo largo de toda su primera época.<sup>7</sup>

Otro elemento clave que muestra la inserción y participación de *Fierro* en la ideología y clima propios de este momento “aperturista” fue la creación de un *correo de lectores*, con la intención de que funcionara como un vehículo de participación (“ojalá reviente”, decía el director, Juan Sasurain, en el primer editorial de la revista).<sup>8</sup> No sólo tuvo una amplia participación, sino que “Lectores de *Fierro*” se convirtió en una sección con una dinámica propia y un rasgo definido: las expresiones de admiración se mezclaban –generalmente en la misma carta– con el hipercriticismo. Los lectores no sólo opinaban sobre el material de la revista, también exigían cambios de dibujantes, guionistas, diagramación, color... En la primera época, los lectores discutían fuertemente entre ellos y con la revista, que contestaba las críticas desde una posición de respeto por el disenso –coherente con el espíritu inicial de la publicación y con el clima de ideas posautoritario– pero manteniendo sus posiciones y defendiendo sutilmente a los autores atacados.<sup>9</sup> El criticismo y el debate se mantuvieron a lo largo de toda la existencia de *Fierro*, pero comenzaron a decrecer en los últimos años, en coincidencia plena con un agotamiento general de ese clima opti-



mista gestado en esa primera etapa democrática.

Desde la perspectiva editorial, este estímulo a la participación y a la expresión de la diversidad se dio también por distintos canales, como los concursos. Por ejemplo, “*Fierro* busca dos manos” (1984) premiaba los mejores guiones y dibujos de nuevos creadores, y otro posterior (1986) invitaba a los lectores a elegir a sus autores favoritos. Otra vía fue tomar parte de la explosión de la actividad cultural que se vivió en la segunda mitad de los años 80.<sup>10</sup> Una tercera forma utilizada, la principal, fue la creación de una sección especial para autores nuevos, que apareció en el segundo número de *Fierro* y luego fue llamada “Subtema Óxido”. El nombre era sintomático: el óxido es lo que corroe el *Fierro*, es lo marginal, el espacio “serio” brindado a lo antes oculto y despreciado. Su importancia fue significativa porque varios de los dibujantes que empezaron en “Óxido” pasaron más tarde a formar parte de *Fierro*,<sup>11</sup> en tanto espacio institucional y consagrado de la historieta, y algunos de ellos serían después reconocidos autores nacionales del género.

Otro rasgo de la *Fierro* de la primera época, y a la vez elemento propio de una etapa histórica que sucedía a una fuerte censura, fue el “destape”. En esta búsqueda irrupción de lo antes reprimido, muchas de las portadas tenían explícitos componentes eróticos, y una gran cantidad de historietas abundaban en desnudos –en su mayoría femeninos– y referencias sexuales.<sup>12</sup> No era éste el único elemento provocativo en la revista. También había un fuerte contenido de violencia, en tapas e historietas, al estilo de los *comics* norteamericanos y europeos contemporáneos. Al igual que en éstos, erotismo y violencia aparecían frecuentemente

vinculados, formando una combinación hasta entonces no muy usual en la historieta argentina. Estas características se convirtieron en un distintivo de *Fierro*, aunque con el tiempo perdieron el potencial movilizante que tenían en el primer deshielo democrático.

En todas estas propuestas –junto con la revaloración del oficio del historietista y del género–, *Fierro* fue altamente exitosa. Logró un impacto editorial importante para una revista de historietas para adultos en el mercado argentino y consiguió una masiva respuesta a su correo, a sus concursos, a sus eventos. El pluralismo buscado, la variación de estilos y la oscilación entre lo clásico y la innovación tuvieron aceptación y se transformaron en una marca registrada de la revista. Sólo en lo referente a lo político la línea de la revista no fue tan clara. Los primeros tres números tenían tapas con alusiones políticas directas, que después casi no se repitieron.<sup>13</sup> Aunque desde el principio hubo algunas tiras que tocaban temas políticos –por ejemplo, la dictadura militar, la Guerra de las Malvinas– y notas con referencias a la democracia y al fin del “terror”,<sup>14</sup> en líneas generales puede decirse que los temas políticos ocuparon un espacio relativamente pequeño. Sin embargo, más allá de lo explicitado, “lo político” era una presencia permanente, incluso con una recepción importante entre los lectores: por ejemplo, en el concurso sobre lo mejor de *Fierro* realizado en los primeros años (cuyos resultados aparecieron en mayo de 1986), todas las historietas unitarias o en serie más votadas tenían un alto contenido político.<sup>15</sup> Como veremos, esto se vincula tanto con la necesidad de repolitización propia de una sociedad emergente del autoritarismo como con la existencia de otros

discursos del pasado reciente disputando espacios con el discurso democrático.

Asimismo, también desde el nombre mismo de la publicación se aludía a un clima de época: hasta enero de 1987 la revista se llamaba: “*Fierro*. Historietas para sobrevivientes” –del Proceso militar, obviamente–. Luego, cuando las dificultades económicas y políticas comenzaron a jaquear la estabilidad misma del gobierno democrático, la revista cambió su subtítulo por “Historietas contra el apriete”. Más tarde, en 1989, con la gran crisis económica que adelantó la renovación presidencial, el subtítulo regresó a su versión original, para finalmente desaparecer del todo en la última etapa (1992). En relación con el género del *comic*, el nombre de *Fierro* tenía otras connotaciones. Como recordaban sus directores en un editorial, *Fierro* era también una vieja historieta de Roux (*Fierro a Fierro*); tenía resonancias de dos famosas revistas de la renovación del *comic*: la francesa *Methal Hurlant* y la estadounidense *Heavy Metal*; era el nombre del poema de José Hernández, y finalmente era el sustantivo que en lunfardo designa las armas.<sup>16</sup> La revista nunca especificó directamente si había una interpretación correcta, pero esa misma polisemia y los cambios de su subtítulo son indicativos del clima ideológico.

### **Fierro y el mundo de la historieta**

*Fierro* estableció su declaración de principios desde sus primeros artículos editoriales a través de constantes referencias y apelaciones a la etapa “gloriosa” de la historieta argentina de los años 60 y 70. Esta apelación –por medio de citas diversas, comentarios, homenajes, reediciones de viejas ti-

ras, etc.– fue además el medio utilizado para establecer y mostrar ciertos principios con respecto al género. Los “antepasados historietistas” elegidos eran tiras como *El Eternauta*, *Sargento Kirk*; revistas clásicas como *Pif Paf* y *Hora Cero*; autores como el citado Oesterheld, y dibujantes extranjeros con una tradición en la Argentina como Hugo Pratt. Si bien *Fierro* identificaba estos antecedentes como “padres fundadores” del género de la “historieta adulta”<sup>17</sup> en la Argentina, desde allí se proponía iniciar una nueva etapa de la historieta.

La intención de los editores puede pensarse desde una doble perspectiva: por un lado –y apelando a esos padres fundadores–, presentarse como una “revista adulta” en el sentido de mostrar el crecimiento del género en el país, en contraposición a las publicaciones que consideraban de entretenimiento y de baja calidad creativa como las de Editorial Columba (*El Tony*, *D’Artagnan*, etc.). Por otro, también había una necesidad de publicar y transmitir la novedad del género ofreciendo un espacio amplio para la difusión de las nuevas caras de la historieta argentina y tomando como referente la nueva producción europea de los años 70 y 80.<sup>18</sup> El proyecto era, entonces, “refundar” la historieta, partiendo de una tradición legitimante pero intentando construirse como lugar de “vanguardia”.

En este contexto, el término “vanguardia” aludía a aquellas historietas renovadas que buscaban modificar su lenguaje tradicional a través del guión, la estructura narrativa, la ilustración, las nuevas técnicas como la aparición de imágenes en perspectiva o en escorzo, el salto irregular de los cuadros, las historias mudas, las técnicas plásticas aplicadas a la ilustración (el uso de tintas, aerógrafo, carbonilla, acuarelas), etc.

Se observa así un tipo de historieta más cercana al lenguaje cinematográfico y plástico. Esta búsqueda de lo nuevo se plasmó en la revista como un conglomerado de tendencias que, a pesar de lo dispar, no dejaron de mantener una coherencia intelectual que mostraba el interés por encontrar nuevos canales de expresión dentro del campo mismo del *comic*.

La revista, entonces, no se presentaba como otras publicaciones de historietas de “evasión” o más comerciales sino que buscaba ocupar un espacio social y cultural. A esa apelación a la vanguardia, a la innovación gráfico-literaria, al recuerdo de grandes maestros, se sumaban espacios con artículos periodísticos, crítica de historietas, de cine, de ciencia ficción, ámbitos de discusión y reflexión en torno del *comic*, propuestas en las cuales puede leerse la intención de construir un espacio específico y legítimo para el género. Desde ese lugar se libraba la batalla contra los prejuicios sobre la historieta y se la definía como un producto de cultura, pues lo que estaba en discusión justamente era el estatuto cultural del *comic* y su defensa como parte de una “cultura popular” revalorizada.

Ésa es la contraposición más fuerte que imponen los creadores de la revista y, además, la más contradictoria. La lucha consistía en definir el *comic* como un producto cultural válido: “*Fierro* impulsó la historieta para el gran público como cultura; como arte”, decían sus editores; “*Fierro* representa la búsqueda de una cultura seria de la historieta, de buena calidad”, decían los lectores.<sup>19</sup> Pero la búsqueda debía hacerse con las reglas mismas del campo cultural: así, las discusiones sobre el carácter de la historieta como representación plástica, literaria o cinematográfica, que aparecen asiduamente en toda la primera etapa de la revista, forman parte

de una búsqueda intelectual para dar mayor legitimidad a lo popular.<sup>20</sup>

Como parte de esta concepción de la historieta en tanto forma legítima de cultura y de sus colaboradores como “trabajadores de la cultura” y no meros escritores, resulta pertinente destacar la política de *Fierro* de reconocimiento de sus guionistas y dibujantes como autores y creadores acordándoles derechos de autor sobre sus trabajos, en contraste con la práctica tradicional de comprar las tiras por un único pago y luego disponer de ellas para su reventa o destrucción.<sup>21</sup>

Pero esta defensa del espacio del *comic* se inscribía también en otra lucha paralela: buscar la legitimación del *comic* era también una operación con claras implicancias ideológicas. Al hacerlo *Fierro* se separaba de la cultura de elite, oponiéndole la del *comic* en tanto exponente de una cultura popular ahora relegitimada. Así, la revista misma se convertía en un instrumento de lucha por un espacio antes negado, en cuanto la cultura popular formaba parte del conglomerado de expresiones reprimidas durante un largo período de gobierno dictatorial en el cual toda forma de movilización y expresión popular era virtualmente “peligrosa” o al menos ilegítima.

Entonces, por un lado, se buscaba reafirmar la existencia de la historieta como un producto cultural legítimo, y por otro, a la vez, definir una “historieta nacional” como una auténtica arma contra la cultura de elite, otorgando a la imagen y al dibujo un poder subversivo contra la cultura oficial. Así, según sus editores, la historieta “revela lo marginado y los márgenes, muestra la verdad detrás de la trama”.<sup>22</sup>

En esta operación de defender el *comic* como un producto cultural se recurría a una

cierta intelectualidad del género como factor de legitimación. Muestra de esto era la creciente participación y/o presencia dentro de la revista de referentes literarios e intelectuales argentinos de primera línea, como Ricardo Piglia en la sección “Argentina en pedazos” —obras de la literatura argentina en versión de historieta realizadas por prestigiosos dibujantes—, de eruditas notas sobre ciencia ficción, o de herméticas críticas cinematográficas; secciones y enfoques que atestiguan, todos, la intención de situar la revista en un espacio “intelectual”, diferente del espacio habitual atribuido al género historietístico.<sup>23</sup> Por esta vía, la lucha contra la cultura de elite se aproximaba a la utilización de las mismas herramientas que el antagonista al que supuestamente se enfrentaba. Es decir, finalmente el planteo tendía a alinearse con aquellas lecturas que defendían un producto cultural de elite como “serio” y que rechazaban las expresiones más populares como carentes de calidad estética o intelectual, con la connotación cuasiclasista que esto conlleva (el uso habitual del término *música clásica* es un buen ejemplo). Esta contradicción no era ignorada por los lectores, que llamaban la atención sobre esa persistente intención y búsqueda de una cierta intelectualidad en muchas historietas. Pero los editores, por su parte, caían en un círculo vicioso al intentar “elevar” la historieta —un producto de la cultura de masas— a la altura de una supuesta cultura de elite.

Otro elemento distintivo del proyecto *Fierro* fue la construcción de una identidad: los “fierros”, término utilizado tanto por los autores como por los lectores “fanáticos” de la revista. A juzgar por la presencia continua de debates, críticas y comentarios sobre la revista que se dieron en el correo de lectores, podemos afirmar que se trató de una identidad no sólo estimulada desde la edito-

rial sino originada en el seno mismo de la recepción, como una intención y voluntad de los lectores de tomar parte, de sumarse al proyecto, con entusiasmo durante los primeros años: “Después de haber comprado todos los números, los cuatro libros, el cuaderno de Pratt, el póster de la primera exposición y tener colgados en mi pieza los tres posters de los cuadernos. ¡No es para menos: yo también soy parte de *Fierro*! Y aparte soy fiel y fana de *Fierro* como de Boca”.<sup>24</sup> Sin embargo, la identidad común mayor se define a partir de la adhesión al campo del *comic* en general, visible en la enorme participación en los espacios que la revista ofrecía: el “Subtema Óxido”, los concursos de creación de historietas, la recepción permanente de *fanzines* que mencionan los editores,<sup>25</sup> etcétera.

Probablemente, esta gran identificación de los lectores lograda en torno del género se relaciona con la intención de los editores de construir un espacio de reflexión cultural específico alrededor del *comic*. Al intentar refundar un espacio perdido en dos niveles: el de la cultura del *comic* en el país y el de las posibilidades de expresión de la cultura más popular, *Fierro* intentaba mostrar una forma nueva de contar historietas, y a la vez legitimar el campo mismo del *comic* como producto cultural. Es posible que sea entonces en torno de esta idea como se constituyó la identidad de “fierros”.

### Presente y pasado: “lo nacional” en *Fierro*

Un rasgo con el que frecuentemente ha sido definida la revista fue su carácter “politicizado” o “comprometido” con respecto al presente inmediato. Sin embargo, esto nunca fue explícitamente asumido por los edito-

res, quienes prefirieron mantenerse en la ambigua posición de “revista para sobrevivientes”, lo cual significaba hacerse cargo de una herencia histórica desde el mismo subtítulo, pero proponiéndose no caer en la “Falcon ficción”, como los editores denominaron ese género donde los militares se transformaban en los “malos”. De esta manera, el proyecto se proponía posicionarse en el campo de una “ficción realista” que diera cuenta de la realidad, pero sin “alcanzar la dimensión del espanto cotidiano”.<sup>26</sup> O como diría su director:

*Fierro* participa en el gesto de la puesta al día de la historieta con el país, rompe el divorcio entre aventura y circunstancia nacional, pero no a través del equívoco compromiso sino trasponiendo contenidos de la identidad y los destinos colectivos en el marco artístico más específico.<sup>27</sup>

Partiendo del supuesto de que “lo político” está presente en cualquier producto cultural en tanto participa del campo de tensiones de una cultura en un momento dado, lo que nos interesa observar en nuestro análisis son los núcleos sobre los cuales se construye esa presencia. En este sentido, hemos definido como un núcleo de tensión la presencia de “lo nacional” en *Fierro*, justamente porque aparece como una tensión en temas a veces muy alejados de lo tradicionalmente político y porque revela en sus cambios –a lo largo de la historia de la revista– las tensiones culturales y políticas que atravesaba la sociedad argentina.

Si un rasgo definía a *Fierro* en relación con otras revistas argentinas de historietas era su muy clara identidad como producto de una cultura determinada –la ar-

gentina– y su ubicación en un contexto y realidad locales. Desde los editores, esto puede observarse en ese proyecto constantemente reafirmado de constituirse como una “revista argentina de historietas” y fundamentalmente desde las historietas puede constatarse en los siguientes niveles:

- en circunstancias de la historia argentina como principios estructurantes del argumento;<sup>28</sup>
- en circunstancias de la historia argentina como sistema de referencias contextuales e ideológicas;<sup>29</sup>
- en la intencionalidad del discurso;<sup>30</sup>
- en la historietización de argumentos de escritores argentinos;<sup>31</sup>
- en la estructuración del relato sobre “motivos” argentinos como lo gauchesco, lo criollo, lo porteño, el tango, el fútbol, etcétera;<sup>32</sup>
- en el uso de un discurso y lenguaje argentinos, urbano y porteño, o gauchesco;<sup>33</sup>
- en el uso de una estética del *comic* y un *comic* de calidad claramente asociados a la tradición de los grandes autores argentinos (especialmente a Oesterheld);<sup>34</sup>
- en la simple presencia de rasgos formales vinculados al país (como la ambientación espacial);<sup>35</sup>
- o, finalmente, en el simple origen argentino de los autores –dibujantes y guionistas–, aunque se tratara de historias atemporales y aespaciales.

En un primer análisis, estos elementos pueden asociarse al recorte y la búsqueda de una identidad propia para la revista, sin embargo, de forma más crucial, en torno de ellos se va constituyendo una red de significados y representaciones asociados a la idea de “lo nacional”. Desde esa voluntad editorial de recrear “la historieta argenti-

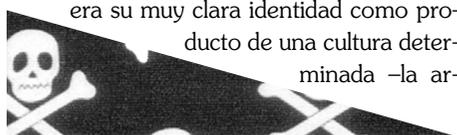
na”, comienza a recortarse un campo de tensiones rastreable en las variadas aclaraciones editoriales sobre la elección de autores y temas nacionales o extranjeros, en las justificaciones editoriales para incluir tiras no argentinas o en los permanentes comentarios y/o críticas de los lectores sobre estas decisiones y en los debates sobre la calidad o existencia de la “historieta argentina”, etcétera.

Un segundo rasgo definitorio de la existencia de este núcleo de tensión es la forma conflictiva en que a veces se define “lo nacional” en la revista. Si bien esto varía entre editores y lectores, “lo nacional” sólo se define en forma relacional y opositiva con “lo extranjero”, lo que a veces llega a instalarse como un sistema de opuestos, una dicotomía a resolver en los diversos discursos. Cuando se alude a “lo nacional”, entonces, aparece definido como “lo nuestro”, sin que esto implique una clara delimitación, y por tanto puede referirse a cualquiera de los rasgos de identidad arriba señalados (como el contenido de las historias o su contextualización, el uso de ciertos discursos y estéticas, el origen de los autores o el simple lugar de edición de la revista). Por su parte, la categoría de “lo extranjero” sólo parece funcionar como residual, de manera que se define en y por oposición a “lo nacional”, perdiendo su valor descriptivo para adquirir la carga valorativa de “lo ajeno” y –con matices– una connotación despectiva. Esto es observable ya en los elogios cuando, por ejemplo, un lector señala: “La inclusión de un extranjero como Moebius es excelente”; o en las críticas: “Custer tiene buen argumento, pero es extranjerizante al mango”, o en comentarios como: “*Fierro* es la única revista original que se edita en la Argentina, sin copiar revistas extranjeras”,<sup>36</sup> o en la siguiente exhortación:

¿No les parece que está haciéndose imperiosa una argentinización (no una nacionalización) de la historieta? [...] Ya resulta hartante ver historietas que se desarrollan en países abstractos, en países nefastos (Estados Unidos) o en un futuro que por ahora no interesa, porque el presente quema las patas. Dejemos las elucubraciones técnicas y modernas pero vacías de contenido para los extranjeros de alma.<sup>37</sup>

Sin embargo, como mencionábamos, esta tensión en torno de lo nacional se construye en formas diferentes para autores y editores por un lado y para lectores por el otro. En el caso de los primeros, el proyecto de *Fierro* es definido como el de “la historieta nacional”, y la necesidad de fundar un espacio asociado a lo argentino aparece en afirmaciones como: “*Fierro* está hecha por argentinos y en la Argentina”. Aunque la oposición entre nacional/extranjero también está presente, como en la siguiente afirmación del primer editorial: “Hay importados de lujo –Moebius– que se justifican solos. Hay repatriados –como Solano López– que vuelven en el momento justo”. Entonces, si bien es evidente que la tensión existe, sólo aparece como potencial al proponerse “dar cabida a la historieta extranjera y a lo mejor de lo nacional” y “no a mandar cartas a Europa para comprar derechos sino a tratar de hacer algo –si se puede– nuevo, sin desdeñar los aportes extranjeros pero sin apoyarnos básicamente en ellos”.<sup>38</sup>

De esta manera, “lo nacional” aparece como una clara afirmación de lo propio, aunque no como una dicotomía conflictiva, y, en términos efectivos, a lo largo de la revista ello es resuelto en el predominio neto de las historietas de dibujantes y guionistas argentinos,<sup>39</sup> y fundamentalmente con el predominio de argumentos que se desen-



vuelven –con distintos niveles de contextualización– en esa identidad de “lo argentino”. Por lo tanto, con *Fierro* se trata de hacer un proyecto-revista de historietas de calidad, pero también de historietas definidas por una muy clara identidad. A la refundación del campo de la historieta argentina, se le suma el imperativo de ser el campo de la “historieta nacional”.

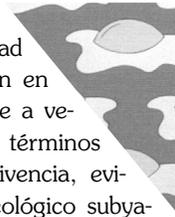
Frente a esta resolución editorial donde el extranjero aparece subordinado en forma no conflictiva y sólo tiene su presencia legitimada por su calidad como historieta, es en el espacio de los lectores donde esto se transforma en una tensión explicitada. A través de múltiples y variadas cartas de la sección del correo el conflicto emerge a la luz.<sup>40</sup> Si bien en ellas aparece muy claramente el mismo proyecto de construir y sustentar una historieta argentina y se insiste permanentemente en el rol de *Fierro* de “obturar ese hueco existente en la historieta nacional”, en “la gran montaña en formación que es la historieta argentina”, etc., también ese proyecto se funda en su carácter nacional en oposición a lo extranjero: “Que se dé prioridad a autores argentinos, aunque sin dejar de lado a los extranjeros”; “vamos a ganarle espacio a los sindicatos extranjeros de la historieta”. Así, se reclama una mayor presencia de historietas argentinas; que no se importen tiras extranjeras: “Tratándose de una publicación netamente nacional, veo con desagrado que se incluya en sus páginas trabajos de dibujantes foráneos”; se exige “una historieta nacional, separada de las copias del Primer Mundo”. Incluso, aun en las críticas, reaparece este eje: “En Historieta Argentina (me pongo de pie al nombrarla) hace rato que ya no hay nada nuevo”.<sup>41</sup> Por lo tanto, sobre la clara toma de posición de los editores de *Fierro* en cuanto al predominio de lo nacional, los lectores agregan la exigencia de “más de lo

nuestro”, como una reivindicación de la identidad nacional, y lo transforman en una tensión conflictiva que a veces llega a plantearse en términos de imposibilidad de convivencia, evidenciando el conflicto ideológico subyacente. La tensión creciente con que esto se manifestó llegó a su clímax en el momento en que la discusión traspasó los marcos de la historieta para adquirir, ahora sí, un claro sentido político en una polémica que recorrió varios números de la revista a principios de 1987 (N° 29-33).

La polémica comenzó discutiendo el carácter de *Fierro*. Así, discernir qué era la *historieta argentina* se transformó en la cuestión de qué era la *historieta nacional*, y rápidamente se trasladó al ámbito de la *cultura nacional*, donde lo que claramente estaba en disputa eran las representaciones ideológicas y políticas asociadas a la idea de nación y lo nacional, y por tanto se estaba poniendo en juego el sentido de todo el pasado histórico del país y el de los modelos de país históricamente disputados.

Surgido de un lector –pero, obviamente, seleccionado y retomado por los editores–, el planteo que suscitó la polémica fue la pregunta de cuáles eran los valores sobre los que se asentaba la idea de una “historieta nacional”, si ésta debía estar asociada a los símbolos clásicos de la nacionalidad argentina –como la historia nacional, Gardel, el mate, el criollismo, los mitos de la lucha por la liberación nacional– o si, como señalaba otro lector:

Hoy en la historieta lo nacional se desdibuja... Se desdibuja en el buen sentido. Se desdibuja teniendo en cuenta que el dibujo anterior es el himno creado por cipayos gorilas, Videla, Rivadavia, Sourrouille, Sarmiento, Massera, Roca, Braden... a los que



nos parieron entre 1960 y 1966, nos gusta tomar mate amargo escuchando a Sting, té a las cinco con scones leyendo a Oesterheld. Y eso también es nacional ¿no?<sup>42</sup>

En esta lucha por definir la historieta nacional, otros afirman: “Es simplemente la que defiende la identidad de una nación ante el avance del cipayaje... por lo tanto de la unión de autores argentinos y extranjeros puede surgir una regia revista de historietas nacional”,<sup>43</sup> sosteniendo que nacional es una revista como *Fierro*, y polemizando con quienes abogaban por una cultura popular y antiimperialista, pero nacionalista a la vez:

...la cultura nacional [...] hoy se encuentra totalmente mutilada, aplastada [...] debido al papel colonizador que jugó y juega el imperialismo en nuestra América. Culturas que son acosadas por otras en un duelo permanente por sostener y enriquecer la identidad nacional frente al influjo cultural externo.<sup>44</sup>

De esta manera, cuando *Fierro* resultaba defendida como “el último reducto de la historieta argentina”, o cuando se la cuestionaba diciendo:

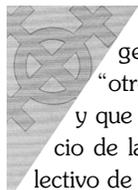
Basta de historietas eunucas, castradas, para lectores que se entretienen no importa con qué. Es preferible un entretenimiento nacional, hablado en argentino, protagonizado por seres de esos que sabemos existen y son nuestros, que tenemos de todo: desde próceres hasta asesinos... terminemos con las historietas internacionalistas que siempre son colonialistas [...] afirmemos de una vez la retina en las imágenes nacionales. [...] Hagamos historietas profundas que aunque no



ganan premios afuera, se arraigarán entre nosotros, los argentinos, que es lo que vale [...] el material humano de los creadores es excelente, pero falta que se nacionalicen el bocho, nada más,<sup>45</sup>

es evidente que no se trata de la defensa de la historieta, sino de los valores nacionales, más allá de la diversidad con que esto sea entendido. Este debate, especialmente, obliga a pensar la revista no sólo en su carácter de producto editorial, sino en el problema de la recepción, atendiendo a los significados y representaciones que los lectores construyen en torno de una “simple” revista de historietas. Sin embargo, creemos que antes que plantear una abierta diferencia entre el producto cultural ofrecido y el producto efectivamente leído, debe observarse que son los mismos editores los que afirman que “los fierros nos asumimos como reducto donde discutir las cosas de la cultura nacional [...] para que algo quede”. Con ello, los editores efectúan la operación múltiple de intentar suprimir la distancia con sus lectores y construir una identidad común unificando los espacios de producción, recepción y circulación de la revista, con la intención de asumirse como un ámbito de “resistencia” desde donde pensar un objeto que se siente amenazado.

Así, *Fierro* puede ser repensada como un espacio donde se renueva un conflicto ideológico y político de larga data en la historia argentina, que reaparece como una tensión subyacente o, a veces, excepcionalmente, bajo la forma de un debate abierto. Llegado este punto, es inevitable vincular la raíz de esas construcciones ideológicas con la de ciertos dispositivos del discurso político, en particular el peronista (en sus elementos de continuidad desde su primera época hasta la década del 70), en los cuales la construcción del sistema de opuestos se organizaba de igual forma a partir de la aso-



ciación “nuestro/nosotros-argentinos-patria-nación” versus “otro/otros-extranjero-antripatria”, y que nuevamente aparecen al servicio de la construcción de un vasto colectivo de identificación.<sup>46</sup>

De esta manera, el conflicto histórico por definir un modelo de país en torno de lo “nacional” –que emergería ya a partir de los años 30 y se transformó en uno de los mayores conflictos ideológicos en las siguientes décadas, que estuvo absolutamente instalado en la discusión política e ideológica de la Argentina de los 70 y tuvo su mayor muestra en la radicalización social y política del peronismo y la izquierda en todo el período previo a la dictadura militar– reaparece entonces –apenas terminado la *impasse* de silencio y el vaciamiento político e ideológico que significó la dictadura– en una revista de historietas, sea permeado en el proyecto de definir una “historieta nacional” como en la simple discusión sobre si se debe dar o no espacio a los historietistas extranjeros. La reaparición de estos lugares enunciativos multiplica los discursos que conviven en *Fierro*: por un lado, el asociado el presente histórico y sus valores –el de la democracia– pero, por el otro, el proveniente del pasado reciente: “el conflicto nacional”. La historia de ambos discursos correrá paralela con la de la revista.

Hacia fines de los 80 y con toda claridad en los 90, este fuerte lugar clave que “lo nacional” ocupa en *Fierro* va desdibujándose y perdiendo sus contornos más definidos. Este lento proceso puede nuevamente rastreado en los dos niveles ya verificados: tanto en el simple predominio previo del componente argentino (o local), como en el conflicto explicitado entre lo nacional y lo extranjero, tanto desde los editores y creadores como desde los lectores, se producen signi-

ficativas transformaciones. En 1989, un columnista habitual de la revista señalaba:

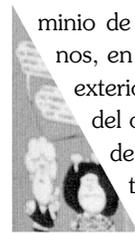
La historieta nacional vive un momento muy particular e incierto, marcado por la inversión de películas extranjeras basadas en *comics* de éxito, el grave problema económico de los editores, el éxodo parcial o total de nuestros mayores creadores y la arremetida incontentible de nuevos dibujantes y guionistas.<sup>47</sup>

Si bien señala su crisis, este argumento todavía se inscribe dentro de los marcos ya definidos, pues su fuerza está puesta en señalar el “peligro” que esos cambios significan para una identidad que se siente amenazada, en disolución. Sin embargo, lo que en realidad está sucediendo no es la pérdida o crisis de un tipo de identidad sino la desaparición del problema mismo.

Desde los lectores, la tensión de los primeros años va desapareciendo paulatinamente de las temáticas de las cartas y, con ello, por supuesto, desaparece toda discusión en torno de la historieta o a la cultura nacional. En su lugar, las polémicas nuevas que surgen giran en torno de cuestiones “técnicas” o “estéticas”: se discute sobre la calidad de uno u otro dibujante o sobre los cambios en la calidad de *Fierro* en cuanto producto, etc. En síntesis, la dicotomía nacional/extranjero desaparece como punto de discusión fuerte, aunque debe señalarse que en términos generales también desaparecen las grandes discusiones y debates, así como el nivel de criticismo tan marcado que habían caracterizado antes a esa sección.

Sin embargo, este proceso también se registra en un nivel más significativo, pues es en el propio contenido de la revista donde se observan los mayores cambios sobre este punto. Para comienzos de los años 90 las

historietas van perdiendo su anclaje y contextualización tan marcada en el espacio argentino y desaparecen las marcas estéticas y discursivas de tiempo y espacio tan definidas y fuertes, en el sentido de que formaban parte de la historieta y la definían y estructuraban. Varias de las tiras centrales de los últimos años construyen un discurso absolutamente ficcional y fantasioso, en muchos casos atemporal y aespacial o, al menos, alejados del ámbito, el discurso o el lenguaje argentinos.<sup>48</sup> En la mayor parte de los casos, sólo conservan algunos rasgos formales o aquel nivel de contextualización más superficial como es el de la ambientación espacial en la Argentina o Buenos Aires,<sup>49</sup> mientras que desaparece lo nacional como contexto fuerte –o a veces hasta determinante– del argumento; casi desaparecen las historias cuyo eje estructurante sea algún discurso adjudicado a la nacionalidad (lo argentino, la porteñidad, lo gauchesco o lo indígena), no aparecen argumentos centrados en episodios de la historia argentina, no aparecen guiones sobre escritores argentinos polémicos (como antes Viñas, Walsh, Cortázar, Borges) y no aparecen argumentos con clara intencionalidad política.<sup>50</sup> Por supuesto, a pesar de la constatación de este proceso general, se registran algunas excepciones interesantes, que son historietas muy significativas en cuanto plantean situaciones de decadencia, disgregación y fragmentación de un orden social.<sup>51</sup> Mientras sucede esto, en forma paralela –y tal vez aquí sí claramente por razones económicas– se hace total el predominio de dibujantes y guionistas argentinos, en detrimento de otros autores del exterior. Pese a esta nacionalización del origen de los autores, el proceso de descontextualización de las historias no se revierte en absoluto, con lo cual aparece reforzada



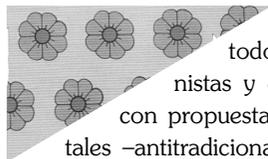
la hipótesis de una paulatina pérdida de fuerza del problema de la afirmación, defensa y/o búsqueda de una “identidad nacional”.

En conclusión, si en una primera etapa la tensión entre lo nacional y lo extranjero era un elemento con una presencia fuerte y permanente en *Fierro*, hacia comienzos de los 90 se acentúa su marcada y progresiva desaparición.

### El ocaso de *Fierro* (o política y cultura en la Argentina reciente)

El final de la tensión sobre “lo nacional” en la revista se inscribe en el marco de un proceso más general de cambios con respecto al proyecto original, que hemos definido de agotamiento porque el principal rasgo de ese cambio no es la aparición de otro modelo o proyecto alternativo sino una dispersión y un eclecticismo crecientes que muestran la pérdida de objetivos claros por detrás de la tarea de publicación de la revista. Aunque no es fácil marcar el momento de ruptura, sí son claramente visibles dos etapas diferentes en la historia de la revista: una muy ligada al proyecto inicial que sin duda podríamos situar entre 1984 y 1987, y otra de muy claro agotamiento entre 1990 y 1992; en tanto que en los años intermedios, 1988 y 1989, se hace evidente una etapa de cambios y crisis. Ella se nota claramente en cierta dispersión y alejamiento de la coherencia de la propuesta inicial, rastreado –nuevamente– en varios niveles:

- 1) Por un lado, y de forma paulatina, dejaron de publicarse los autores y tiras más representativos de los inicios de la revista y que además eran los nombres más importantes en la historieta argentina.<sup>52</sup> Simultáneamente, se produjo el pasaje a



primer plano de todos aquellos guionistas y dibujantes jóvenes con propuestas más experimentales –antitradicionales–, antes recluidos en una sección bien diferenciada, el suplemento “Óxido”, en tanto cultura historietística no profesional y *under*, y que ahora pasaron a ocupar un espacio mayoritario en la revista, en reemplazo de los viejos clásicos y consagrados.

- 2) Además, este auténtico relevo generacional trascendió lo creativo, pues su carácter institucionalizado puede leerse en la partida en 1989 del editor-fundador Juan Sasturain y la incorporación de uno de los nuevos jóvenes, Pablo de Santis, como jefe de redacción.
- 3) Esta “subida de Óxido” a la superficie<sup>53</sup> implicó la irrupción de una creación más vanguardista y muchas veces intencionalmente hermética, que resultó en una nueva concepción y ampliación de lo que es el género *comic*, el casi abandono de su elemento más convencional, el diálogo, como forma narrativa y su signo distintivo, el “globo”. En ese sentido, esas nuevas producciones rompen con la gramática y la sintaxis tradicionales del género, por el abandono de sus leyes de montaje y encuadre como el clásico recuadrado, o el ajuste de imagen y palabra. Sin embargo, no se trata aquí de entrar en discusiones formalistas sobre si esta nueva producción puede considerarse historieta o no, sino de marcar la fuerte discontinuidad con el modelo creativo precedente. Fueron los lectores quienes a partir de 1988-1989 comenzaron a señalar ese cambio como una general “pérdida de calidad” y a reclamar un regreso a los “tiempos gloriosos” de los

primeros años. Como dijo un lector: “Te sigo amando por todo lo que has hecho por el género y sé que seguís siendo bien del palo, pero desde hace un tiempo veo que sólo tratás de estar”.<sup>54</sup> Evidentemente, para muchos la cuestión de la “calidad” estaba asociada al proyecto original en cuanto a la presencia de los grandes creadores argentinos, y su “caída” al reemplazo tardío por la nueva generación emergida del *underground* no profesional.

Es necesario aclarar que ese descenso cualitativo fue unido a ciertos cambios materiales resultado de la crisis económica de fines de los 80, que implicó para *Fierro* un abandono forzado del buen sostén material de la revista (por ejemplo, tipo y calidad de papel, tipo y calidad de impresión, reducción de cantidad de páginas y colores).<sup>55</sup>

- 4) También el correo de lectores presentó ciertos cambios en esta segunda etapa, que radican fundamentalmente en la desaparición de los grandes debates que animaban la sección en los primeros años, así como en una gran disminución del nivel de agudo criticismo previo. En los últimos años, los debates casi desaparecieron o se redujeron a discusiones entre partidarios o detractores de uno u otro dibujante.<sup>56</sup>

El único rasgo que pareció reafirmarse en la última etapa es el de *Fierro* como una revista de “culto”, pero fundamentalmente como un lugar de referencia e identidad, no el de la “historieta argentina” o “nacional”, sino simplemente el de la identidad de “fierros”, de quienes seguían reafirmando a *Fierro* como un refugio de aventuras y fantasías *contra* y *a pesar* de la realidad.<sup>57</sup> Por tanto, casi podría hablarse de un proceso pa-

ralelo de huida de la realidad: si *Fierro* da un giro hacia lo fantástico-fantioso, a la vez que hacia lo hermético –donde el marco último de referencia y validación de lo creado es el propio mundo interior del creador–, entonces, por su parte, los lectores abandonan también las antiguas polémicas y críticas; las discusiones y planteos ahora se sumergen y se cierran sobre el mundo historietístico. Así, el espacio que *Fierro* parece constituir y construir no es ya el de una “resistencia” y *conflicto cultural*, sino el de un *refugio*.

De todas formas, aun si nos atuviéramos al simple diagnóstico del cambio generacional como explicación del cambio general de la revista, restaría por explicar la diferencia tan profunda entre una generación y otra, porque justamente el rasgo que las separa y distingue es el espacio que ocupa lo político –y fundamentalmente *lo cultural como político*– en la producción de una revista de historietas, y tal vez ésa sea la diferencia que hizo de la primera etapa un auténtico *proyecto*.

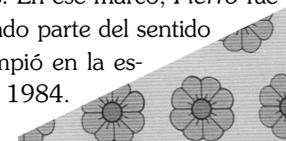
De esta manera, en la medida en que esos elementos originales que definían la revista y a partir de los cuales se puede hablar de un “proyecto *Fierro*” fueron dejando lugar a otros rasgos, puede decirse que de ser una revista con un proyecto y objetivos claros pasó a ser sólo una buena “revista de historietas” (cuyo único rasgo distintivo parece ser la renovación generacional), aludiendo con esto a una cierta indefinición y ausencia de ciertos principios que puedan percibirse como orientando y organizando la publicación.

Pero este proceso, que puede ser definido como de “agotamiento” de un proyecto, puede inscribirse –una vez más y muy sintomáticamente– en el marco del cambio que la sociedad y el mapa cultural argentinos experimentaron hacia fines de los 80. Si, como se sostiene, esos rasgos más superficia-

les que son la renovación generacional y la pérdida de calidad deben ser vinculados al abandono de los objetivos del proyecto de los primeros años, a la desaparición de la necesidad de definir una práctica y un modelo cultural propios –y por ende político– en torno de la historieta y al borramiento de esa inscripción en una identidad argentina tan marcada propia de la primera etapa, entonces, estos elementos también pueden ser leídos como sintomáticos de un proceso en el cual *Fierro* parece retirarse del campo del conflicto cultural y político, proceso mismo en el que pierde de alguna manera su identidad fundante.

Sin embargo, un objeto cultural no se “retira” de un espacio de conflicto cultural y político, su inscripción allí es intrínseca a su carácter de producto cultural. Por eso mismo, desde una mirada que no pretende en absoluto ser reduccionista, el agotamiento del proyecto *Fierro* también puede ser leído como sintomático de un cambio de clima político y social argentino, del desencanto democrático de los últimos años del gobierno radical, cuando el discurso social consensuado dejó de ser el de la democracia como reaseguro y baluarte para la resolución de los problemas urgentes del país.

Pasada la euforia de los primeros años, hacia fines de los 80 la democracia resultó insuficiente, débil y condicionada. Lejos de los debates argentinos de otras décadas, la cuestión nacional dejaba ser relevante en el discurso político. Más aún, lo que desapareció de la escena política fue la necesidad de definir un proyecto de país en los términos en que ese debate se había dado en las décadas anteriores. En ese marco, *Fierro* fue también perdiendo parte del sentido con el que irrumpió en la escena cultural en 1984.



<sup>1</sup> Un número estándar de la revista contenía setenta y cuatro páginas, con tapa a color e historietas interiores generalmente en blanco y negro.

<sup>2</sup> Véanse U. Eco, *Apocalípticos e integrados*, Barcelona, Lumen-Tusquets, 1968, p. 160; A. Dorfman, *Cómo leer al Pato Donald*, México, Siglo Veintiuno, 1973; O. Masotta, *La historieta en el mundo moderno*, Buenos Aires, Paidós, 1969. Véase también J. Coma, *Del gato Félix al gato Fritz*, Barcelona, Gili, 1979.

<sup>3</sup> Véanse Daniel García Delgado, “Nuevos patrones de participación política en procesos de transición a la democracia: el caso argentino”, en O. Oszlack et al., “Proceso” y crisis y transición democrática, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1984; L.A. Romero, *Breve historia de la Argentina contemporánea*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1994.

<sup>4</sup> No es sencillo explicar estilos de dibujo sin poder observarlos. Por historieta “negra” se entiende aquella con dibujos oscuros, con gran abundancia de tinta en la página. Un exponente destacado de esta variante es Alberto Breccia (por ejemplo, la tira “Perramus”, véase *Fierro*, N° 11-19). La “blanca”, por el contrario, se define por sus líneas simples y primado de los fondos claros; un cultor clave de este estilo es Hugo Pratt (por ejemplo, en la saga de “Corto Maltés”, véase *Fierro*, N° 10-28). En cuanto a estilos, entre los “realistas” se cuentan Altuna y Juan Giménez, elegidos como los mejores dibujantes por los lectores en un concurso de 1986 (véanse los resultados en el N° 21); en la línea relacionada con la caricatura se encuentran la labor de Fontanarrosa y de Lizán; propuestas menos convencionales son las de Muñoz y Sampayo (por ejemplo en “Sudor Sudaca”, N° 2-10); con el correr del tiempo, las páginas más innovadoras se irán incrementando, con el aumento de participación de dibujantes como Nine o Max Cachimba.

<sup>5</sup> Editorial, *Fierro*, N° 1.

<sup>6</sup> El N° 1 incluía a Moebius, Fontanarrosa, Al-

tuna, Breccia, Peiró, Muñoz y Sampayo, Nine, cultores de diferentes estilos tanto en lo referente al dibujo como a los guiones.

<sup>7</sup> El primero de los “Cuadernos de *Fierro*” (1986), publicación que se adquiría aparte de la revista, era una selección de historietas de las distintas etapas de Oesterheld. Además, aparece mencionado por una u otra razón en muchos números de la revista: 1, 2, 3, 7, 8, 9, 10, 14 y ss.

<sup>8</sup> *Fierro*, N° 1, p. 8.

<sup>9</sup> Por ejemplo, en el N° 2, un lector criticaba algunas historietas del primer número por su estética no muy convencional. Los editores le respondieron amablemente, pero agregaron “hay que abrir la cabeza”. La revista nunca dejó de publicar las críticas más feroces sin atacarlas, pero tampoco se hizo eco de ellas explícitamente. Sí lo hicieron cuando comenzaron a publicar “El libro de *Fierro*”, una especie de anuario que reunía historietas de los autores más votados por el público (aparecieron tres números: 1986, 1987 y 1988).

<sup>10</sup> *Fierro* integró el “Programa cultural en barrios” del gobierno radical, participó en dos bienales de arte joven y organizó concursos de historietas junto con la Municipalidad de Buenos Aires y dos muestras de historieta en el Centro Cultural Recoleta.

<sup>11</sup> Es el caso del guionista Pablo de Santis y de los autores integrales (dibujo y guión) Max Cachimba, Tati, Podetti, Fayó y “El Marinero Turco”.

<sup>12</sup> De las primeras treinta y seis tapas –tres años de publicación–, veintiuna tienen un contenido erótico.

<sup>13</sup> La primera mostraba a una mujer desnuda y lastimada recibiendo un disparo en el sexo; la segunda rezaba en un gran título “La batalla de las Malvinas” y tenía el dibujo de un soldado argentino bajando de un tanque anfibio a un gran charco de sangre; en la tercera, un grupo de gorilas mecánicos tienen de fondo la inscripción “Unidos o dominados”.

<sup>14</sup> “La Triple B”, de Albiac y Saborido (N° 1-3, 1984), mostraba el accionar de los grupos de tareas del “Proceso”. Desde ópticas diferentes, también “Perramus” de Sasurain y Alberto Breccia (N° 10-19, 1985) y “Sudor Sudaca” (cit.) se vinculaban con la problemática del período militar. “La batalla de las Malvinas”, de Barreiro y Pedrazzini-Pérez (N° 1-7, 1984-1985), narraba de manera periodística el conflicto. “Islas” (N° 8, 1985) e “Islas II” (N° 27, 1986), en cambio, planteaban una visión futurista de una nueva edición de la guerra con kamikazes argentinos y kelpers mutantes. El *Nunca más* es citado en el N° 6 (1985) por contener un testimonio sobre Oesterheld.

<sup>15</sup> El unitario más votado fue “El reino azul”, de Trillo y Enrique Breccia (N° 12, 1985), una representación del autoritarismo y la resistencia. El segundo, “Tenochtitlán” de Muñoz y Sampayo (N° 12, 1985), cuestionaba la ética de un director de cine testimonial que remite a Werner Herzog. La serie preferida por los lectores fue “Ficcionario”, de Horacio Altuna, oscura representación de un futuro orwelliano (N° 1-16, 1984-1985). La siguió en votos “El sueñero”, de Enrique Breccia (N° 5-22, 1984-1986), un manifiesto antiimperialista con un explícito perfil peronista.

<sup>16</sup> Pablo de Santis, “Una pasión argentina”, *Fierro* N° 100 (el N° final), p. 4.

<sup>17</sup> La definición de “historieta para adultos” surge en la propia revista al buscar diferenciarse de las tiras cómicas de humor gráfico y de las historietas infantiles.

<sup>18</sup> Véase J. Sasurain, “La última década larga de la historieta argentina”, en *El domicilio de la aventura*, Buenos Aires, Colihue, 1985, p. 46.

<sup>19</sup> “Subtemento Óxido”, *Fierro* N° 61, 1989 y N° 4, 1984, respectivamente.

<sup>20</sup> Por ejemplo, en los N° 3 y 4 (1984), 24 (1986), 35 (1987), 61 y 63 (1989), 97 (1992) se hace referencia al interés de los lectores sobre el estudio del género de la historieta. En el N° 9 se crea la sección “Disparos en la biblioteca” dedicada a la literatura relacionada con el *comic*: policial, terror, autores-fetiché. En el N° 20 se inicia

“El señor de los tornillos” con textos sobre ciencia-ficción. En 1986 aparecen textos de J. Coma acerca de la sociedad de masas norteamericana, que exceden el tema del *comic*. En el N° 4 nace “El hombre ilustrado”, que brinda información sobre la actividad del género; en el N° 9 “La ferretería”, con datos sobre colecciones, reediciones, lanzamientos; en el N° 24 surge “Los habitantes del cuadrado”, de M. Birmajer, con descripciones analíticas de distintos personajes famosos del *comic* mundial y argentino; en el N° 33 aparece “Kiosco”, donde comienza un “Diccionario de la historieta argentina”; en el N° 35 se crea una nueva sección: “Caras de *Fierro*” con semblanzas de quienes escriben en la revista.

<sup>21</sup> J. Sasurain, ob. cit., p. 46.

<sup>22</sup> *Fierro*, N° 63, 1989, p. 60.

<sup>23</sup> P. de Santis, *Historieta y política en los 80*, Buenos Aires, Letra Buena, 1992, pp. 72 y ss.

<sup>24</sup> *Fierro*, N° 38, 1987. Este tipo de manifestaciones se repiten con muchísima frecuencia a lo largo de la revista. Como se ha analizado en otro lugar, en el caso de tiras norteamericanas de los años 30 –*Little Orphan Annie*, *Dick Tracy* o *Blondie*– los lectores contribuyen a mantener, a transformar y a orientar el desarrollo de una historia. Véase S. Silva Aras, “Comics norteamericanos en la década de 1930. Un campo para la construcción del discurso”, *De Sur a Norte*, vol. 3, N° 4, Universidad de Palermo, 1998.

<sup>25</sup> Los *fanzines* son publicaciones de bajo costo que generalmente circulan fuera del ámbito comercial y sirven como canal de expresión alternativo, integrando la llamada cultura *underground*, a la que *Fierro* quiso dar un espacio de difusión.

<sup>26</sup> Editorial, *Fierro*, N° 2, 1984.

<sup>27</sup> J. Sasurain, ob. cit., p. 44.

<sup>28</sup> Por ejemplo, las citadas tiras “La batalla de Malvinas”, “Perramus”, “Sudor Sudaca”.

<sup>29</sup> Especialmente aquellas historias que hacen alusión a la dictadura como “Pimienta y cal” (N° 30, 1987), “Hermanidad” de Peiró (N° 1, 1984),

“La Triple B” (cit.) o a otros períodos de la historia argentina como “Navarrito” de Barreiro y Dose (N° 34-45, 1987).

<sup>30</sup> Por ejemplo en la citada historieta nacionalista y peronista “El sueñero” (cit.) o “Tarawa” de Capristo (N° 32, 1987).

<sup>31</sup> Como la mencionada sección “La Argentina en pedazos” con las historias dibujadas de *El matadero* de Esteban Echeverría (N° 1, 1984), *Los dueños de la tierra* de David Viñas (N° 2, 1984), *Cabecita negra* de Germán Rozenmacher (N° 16, 1985), *Operación Masacre* de Rodolfo Walsh (N° 37, 1987), “Blanco y negro” de Julio Cortázar (N° 2, 1984), “Historia del guerrero y la cautiva” de Jorge Luis Borges (N° 22, 1986) o “La muerte de Haffner” de Roberto Arlt (N° 28, 1986).

<sup>32</sup> Véase lo gauchesco en la estética y guiones de Fontanarrosa; lo porteño en “Evaristo” de Sampayo y Solano López (N° 3 al 19, 1984-1986) o “Parque Chas” de Barreiro y Risso (N° 36-48, 1987-1988), lo criollo y argentino en el *Mustafá* de Discépolo adaptado por E. Breccia (N° 3, 1984) o el “Ulpidio Vega” de Fontanarrosa (N° 5, 1985), el tango como en “Udermédanos” de Aumayor y Fernández (N° 44-48, 1988) o “Bienvenidos a San Telmo” de Pez (N° 47, 1988), el fútbol en las “Semblanzas deportivas” de Fontanarrosa.

<sup>33</sup> Lenguaje argentino en autores como Fontanarrosa, Altuna, o Breccia; urbano y porteño en Muñoz y Sampayo o Ricardo Barreiro, y gauchesco otra vez en Fontanarrosa.

<sup>34</sup> Por ejemplo, en los trabajos de los Breccia (Alberto, Ernesto, Patricia) o en Barreiro.

<sup>35</sup> Por ejemplo, la ambientación espacial en “El otro Dr. Frogg” de Albiac y Fernández (N° 1-3, 1984).

<sup>36</sup> Las citas en ese orden corresponden respectivamente a N° 5, 1985; N° 29, 1987; N° 29, 1987.

<sup>37</sup> *Fierro*, N° 20, 1986, p. 21.

<sup>38</sup> Las tres citas en este orden: N° 1, 1984; N° 34, 1987; N° 3, 1984.

<sup>39</sup> Los únicos creadores no argentinos con una presencia reiterada fueron Hugo Pratt, Moebius y Milo Manara. Esta abrumadora mayoría de guionistas y dibujantes argentinos también podría ser relacionada con las dificultades editoriales para comprar derechos e importar tiras extranjeras.

<sup>40</sup> Sin duda, es obvio que el “correo de lectores” es el resultado de una selección y recorte que los editores mismos hacen, por lo tanto la presencia de temas o la instalación de ciertos debates y discusiones es también una “creación” de los editores.

<sup>41</sup> En ese orden: N° 2, 1984; N° 5, 1985; N° 2, 1984; N° 34, 1987; N° 3, 1984; N° 65, 1989; N° 2, 1984.

<sup>42</sup> *Fierro*, N° 29, 1987, p. 21.

<sup>43</sup> *Fierro*, N° 33, 1987.

<sup>44</sup> *Fierro*, N° 31, 1987, p. 20.

<sup>45</sup> *Fierro*, N° 32, 1987, p. 24.

<sup>46</sup> Véase E. Verón y S. Sigal, *Perón o muerte*, Buenos Aires, Eudeba, 2003.

<sup>47</sup> *Fierro*, N° 65, 1989, p. 12.

<sup>48</sup> Por ejemplo “El instituto” (Barreiro-Solano López, N° 60-67, 1989-1990), la española “Peter Pank” (Max, N° 89-99, 1992), “Zorro Bole-ro” (Altar, N° 88-99, 1991-1992).

<sup>49</sup> Por ejemplo, “Parque Chas II” (Barreiro-Risso, N° 88-93, 1992), “Yaguareté” (Barreiro y Paéz, N° 87-96, 1991-1992).

<sup>50</sup> Excepto, y muy significativamente, algunos aislados sobre la emergencia del menemismo como “Jeans and Jackets en la Argentina” de Fayó (N° 97, 1992) o menciones aisladas en “Parque Chas II” (cit.) o en “Yaguareté” (cit.), donde aparecen mezclados en la ficción personajes como Cavallo o Menem.

<sup>51</sup> Como “Barrio Chino” (Maitena-Martini,

1989-1990) y “Buenos Aires Cero” (Albiac-Tarborda, N° 87-97, 1991-1992).

<sup>52</sup> Entre ellos, desaparece la familia Breccia, Trillo, Fontanarrosa, Barreiro, Juan Giménez. Estos dos últimos no casualmente habían sido los ganadores de la encuesta de lectores de *Fierro*.

<sup>53</sup> Proceso que sus mismos protagonistas reconocen en una nota en el último número de la revista (N° 100, p. 8).

<sup>54</sup> *Fierro* N° 74, 1990 y N° 92, 1992.

<sup>55</sup> La crisis no puede identificarse exclusivamente con la de estos aspectos materiales y for-

males de *Fierro*, pues paradójicamente en 1989 se produce un pequeño “repunte” del contenido de lo publicado y en 1990 se crea una nueva publicación, *Hora Cero* (salieron seis números), para agrupar allí las historietas sólo de aventuras, manteniendo a *Fierro* como el ámbito de búsqueda y novedad en que venía transformándose.

<sup>56</sup> Por ejemplo, en torno de Max Cachimba, acabado representante de esta generación vanguardista (N° 98 y ss., 1991-1992).

<sup>57</sup> *Fierro*, N° 97, 1992.

# ¿Una sociedad volteiriana? Política, religión y teatro en Buenos Aires (1821-1827)

Klaus Gallo\*



En su libro sobre la sociedad porteña durante el período rivadaviano, el autor anónimo que escribió *Cinco años en Buenos Aires (1820-1825)*, conocido como “Un Inglés”, calificaba las actitudes y tendencias de las nuevas generaciones porteñas como “completamente volteirianas”, justificando esta apreciación por las inclinaciones laicas y el fuerte espíritu racionalista que percibía en algunos de sus miembros.<sup>1</sup> Tal observación estaba asociada con el particular clima político-cultural que reinó en Buenos Aires durante la llamada “feliz experiencia” que se vincula con el gobierno de Martín Rodríguez y, especialmente, con la agitada agenda reformista impulsada por Bernardino Rivadavia, su principal ministro.

Desde principios del siglo XIX los textos de diversos pensadores de la corriente “ilustrada” o “reformista” europea habían ido llegando al Río de la Plata. La progresiva recepción de los ideales de esa corriente filosófica, especialmente entre los miembros de la elite criolla, se haría aun más perceptible durante la década de 1820 a partir de la entrada de las reformas e iniciativas culturales introducidas en Buenos Aires por el gobierno de Rodríguez. En este trabajo se analiza el modo en que el gobierno, y particularmente el denominado grupo rivadavia-

no, buscaron promover mayores niveles de contacto entre la población porteña y las llamadas “luces del siglo XVIII”, las cuales eran referidas por ellos como base de sustentación de sus reformas.

El gobierno intentaría plasmar el mencionado objetivo a partir de la ampliación de las redes asociativas y la opinión pública, utilizando los diarios como principal fuente para publicitar las nuevas medidas y difundir las pautas filosóficas que los guiaban. Justamente por ese medio buscaron justificar la reforma eclesiástica de 1822 a través de la transcripción en algunos diarios de los debates llevados a cabo en la asamblea porteña en torno de esa cuestión. Es importante destacar que otras esferas del espacio público eran consideradas igualmente importantes para promocionar sus ideales; por tal motivo le dieron gran trascendencia a la organización de espectáculos populares como las Fiestas Mayas y fomentaron también el progreso y la mayor propagación del teatro.<sup>2</sup>

## La reforma religiosa de 1822 como disparador para un debate político-cultural

Como es bien sabido, la reforma eclesiástica promulgada a fines de 1822 ocupa-

\* Universidad Torcuato Di Tella.

ría un lugar prominente en el itinerario reformista de Rivadavia, y apuntaba esencialmente a promover una mayor secularización de la Iglesia. Este objetivo cuadraba plenamente con el latiguillo de raigambre neoclásica, al que hacían frecuente alusión algunos de los más conspicuos integrantes del entorno rivadaviano, que exhortaba a “estar a la altura de las luces del siglo”, y en el que se hallaba implícita la firme voluntad de este grupo de constreñir a la Iglesia a sus funciones específicas. Fiel reflejo del cumplimiento de esas intenciones fueron, por ejemplo, algunas de las restricciones impuestas a la Iglesia católica por el gobierno de Buenos Aires como la supresión de casi todas las órdenes religiosas, la Ley de Reforma del Clero de noviembre de 1822, que entre otras cosas establecía la abolición de los tributos eclesiásticos, y la introducción de una ley, dos años más tarde, que garantizaba la libertad de cultos.

Como ha insinuado Roberto Di Stefano, la mencionada reforma fue una suerte de “experimento” que se dio en Buenos Aires en gran medida como consecuencia de la cada vez mayor circulación y difusión de las obras de pensadores reformistas europeos, cuyos textos se debatían en las tertulias de los cafés y los diversos círculos políticos y literarios de esa ciudad. Sin embargo, el mismo autor afirma que la reforma eclesiástica no fue necesariamente producto de una progresiva “relajación de costumbres” en la sociedad porteña.<sup>3</sup> En la opinión de Guillermo Gallardo, la lógica de la reforma parecía obedecer a una visión utilitaria de Rivadavia, quien sostenía que la religión era indispensable para el ordenamiento de un Estado, siempre y cuando estuviera sujeta a los principios del gobierno del país.<sup>4</sup>

Buena parte de la reacción negativa a esta medida provino de eclesiásticos rioplatenses como Mariano Medrano, Cayetano Rodríguez, Pedro Ignacio Castro Barros y Francisco de Paula Castañeda. Estos clérigos responsabilizaban principalmente a ciertos publicistas del entorno rivadaviano de divulgar de manera persistente en sus periódicos las ideas de los filósofos de “la Ilustración” europea para generar un clima favorable hacia la reforma eclesiástica. Sus posturas críticas a la reforma se pondrían especialmente de manifiesto durante los enconados debates que se desarrollaron en el recinto de la Legislatura de Buenos Aires durante 1822 cuando Medrano, por ejemplo, quien era en ese entonces provisor de la catedral de esa ciudad, atacaba sin vueltas a los reformistas exclamando “¡Hipócritas! Ya os conocemos... Destruís los establecimientos de piedad, os apoderáis de los fondos del culto y ¿os llamáis reformadores?”. Para enfatizar aun más este último punto, exclamaba en ese mismo discurso: “Ya os conocemos, fraudulenta intriga... Sois discípulos de Voltaire”.<sup>5</sup> Medrano también haría referencia en tono crítico al rol ejercido por “cierta prensa escrita” que, con anuencia del gobierno, había contribuido a generar una corriente de opinión pública favorable a la reforma eclesiástica:

Las prensas daban a diario lecciones de impiedad, al par que la impunidad las autorizaba. Se hacía un lujo de libertinaje y en las calles, en las casas, y en todas partes los sacerdotes, pero muy especialmente los religiosos, recibían insultos, sarcasmos, descortesía, desprecio.<sup>6</sup>

La referencia de Medrano apuntaba seguramente a algunas publicaciones perio-

dísticas específicas, totalmente identificadas con las reformas rivadavianas, aparecidas en diarios como *El Argos* editado durante su primer año por Ignacio Núñez y *El Centinela*, editado por el mismo Núñez y por el célebre poeta Juan Cruz Varela. La postura claramente en favor de la reforma eclesiástica adoptada por esos dos diarios podía incluso encontrarse en los espacios dedicados por ellos a la crítica teatral:

En una farsa titulada “El padre avariento” dijo Culebras, en el papel de un abogado tramoyista: “Poca utilidad ofrece la abogacía en el día y máxime si también viene por nosotros una reforma, como la que han sufrido las demás clases privilegiadas”. Esta expresión inesperada en medio de una pieza bastante ordinaria e insulsa produjo un efecto eléctrico entre los espectadores, de quienes arrancó simultáneamente risa y aplauso. En verdad que ésta no es muy corta prueba de que prevalece el gusto reformador. Se puede decir que la recreación pública, en nuestro coliseo que es compuesto de magistrados, SACERDOTES, *legistas*, militares, EMPLEADOS, *hacendados* y comerciantes, y aun del bello sexo, ofrece la *representación* más exacta de todo el pueblo; y que seguramente si se hubiera podido, en el acto que se refiere, proceder a la *votación* sobre la abolición de los conventos, no cabe duda [de] que la mayoría se hubiera puesto *de pie* al instante, suponiendo incluidos también a los sufragios de las mujeres, a quienes se ultraja, pretendiendo que ellas no saben la enorme distancia que hay entre la *virtud* y el *claustro*.<sup>7</sup>

Al mismo tiempo, el extrovertido padre Francisco de Paula Castañeda se encargaba por su parte de denunciar las reformas del

gobierno en los diversos diarios que él mismo publicó durante ese período. Según destacaba Juan María Gutiérrez, el cura franciscano escribía en sus panfletos “contra el «*filosofismo*»”, contra la *finura* del siglo XIX, contra los libros de “pasta dorada”, contra los jóvenes de “botas lustrosas”, contra los secuaces de Lutero y Voltaire, contra los enemigos de la Iglesia.<sup>8</sup> Estas quejas contra aquellos que difundían en los medios los supuestos beneficios que gozaría la sociedad porteña con la reforma eclesiástica reflejan una honda preocupación de que se fueran propagando en ella una serie de valores que, según algunos opositores a la mencionada reforma, se correspondían con la esencia del pensamiento ilustrado dieciochesco o “volteiriano”, como solían referir de manera simbólica y muy abarcativa a esa corriente, a expensas de los valores de la Iglesia:

A fuerza de golpes desengañémonos, y confesemos que carecíamos de sabios antes de la revolución, y que en el discurso de ella sólo hemos logrado proveernos de sabios al revés, o más bien diré, de sabios monos de los extranjeros, esto es, de sabios que nos quieren hacer andar a la francesa, a la inglesa, y a la diablo, sólo porque fueron baúles, y vinieron baúles de Francia, o de Inglaterra: desengañémonos, y confesemos lo que dijo Beresford cuando conquistó esta plaza, a saber, *que la Ilustración de Sudamérica estaba en el clero*: y yo añadido que en el clero está también la prudencia, y el concepto público que los patriotas jamás tuvieron, y que aun cuando lo hubiesen tenido antes de la revolución, seguramente lo hubieran perdido en los diez años de ir y venir, hacer y deshacer, caer y levantar, robar, e intrigar.<sup>9</sup>

También irritaba a Castañeda, en el contexto de su fuerte crítica hacia el proyecto político-cultural del gobierno, que este afán por impulsar los valores del iluminismo “anglo-francés” se hiciera implícitamente en desmedro de los valores y las costumbres de la tradición española:

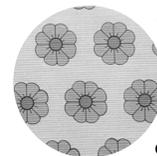
Hágase una hoguera en medio de la plaza, y entre en ella Voltaire con sus setenta tomos, que para nada los necesitamos; después que siga chamuscándose Juan Santiago en compañía de Volney de Payne, del citador, y cuantos libros embrollones han transformado vuestro juicio. Refórmese Buenos Aires sacrificando los días de fiesta, convirtiendo los *cafés* en *escuelas*, y las *barajas* en *cartillas* y *cotonés*, que si seriamente tratamos de nuestro remedio seguramente quedaremos remediados en todo el decurso de la década venidera. De no hacerlo así no queda más recurso que el del hijo pródigo; sí señores, la España, de quien nos han separado no la rebelión ni la perfidia, sino las circunstancias, y la deserción escandalosa de sus reyes; la España de quien jamás hemos estado tan quejosos como de nosotros mismos; la España y su regazo será el único asilo donde podremos acogernos cuando por nuestra inmoralidad el hijo persiga al padre con un puñal, las hijas a la madre y cuando un huésped no esté seguro de otro huésped a causa de ser todos ladrones.<sup>10</sup>

Los curas antirreformistas responsabilizaban por la divulgación cada vez más sostenida de estas ideas seculares y racionalistas esencialmente a aquellos que Jorge Myers ha referido como miembros de una “cultura literaria rivadaviana”, entre los cuales se hallaban los ya mencionados

publicistas Núñez y Varela, quienes se asociaban a los esfuerzos del gobierno por inculcar en la sociedad porteña nociones que se correspondían con un ideario republicano destinado a sentar las bases de un sistema político más estable.<sup>11</sup>

Para lograr ese fin, el gobierno de Buenos Aires iría dictando medidas, como la ley en favor de la libertad de prensa dictada a fines de 1822, para ir generando una esfera pública más amplia. Este objetivo parecía obedecer a una lógica de tipo utilitarista que era remarcada por el principal referente de esa corriente, Jeremy Bentham, acerca del rol fundamental que debía jugar la opinión pública en una sociedad. En su *Constitutional Code*, el filósofo inglés concebía a la opinión pública como un cuerpo judicial informal, que refería como “public opinion tribunal”, el cual, a los efectos de lograr significativa trascendencia dentro de la esfera social y política, iría configurándose esencialmente a través de la organización de reuniones públicas y por la efectiva difusión de variados medios de prensa.<sup>12</sup>

Algunos otros miembros de la Iglesia, sin embargo, tomaban partido en favor de los argumentos principales de la reforma eclesiástica, y eran por tal motivo también señalados por los mencionados eclesiásticos como responsables de fomentar tendencias laicistas. Entre ellos se hallaban reconocidos rivadavianos como Valentín Gómez, Julián Segundo de Agüero –quienes tuvieron muy activa participación en los debates de la reforma– y Juan Manuel Fernández de Agüero. Este último dictaba la cátedra de Filosofía en la recientemente creada Universidad de Buenos Aires, cargo del cual sería removido por el rector de la universidad, el también clérigo Antonio Sáenz, quien consideraba que las enseñanzas impartidas por Fernández de Agüero se correspondían con “las doctrinas impías y contrarias a la Reli-



gión Santa del Estado que enseña”.<sup>13</sup> Sin embargo, al poco tiempo el gobierno bonaerense restituyó a Fernández de Agüero en su cátedra.

La trascendencia que tuvo este asunto en la incipiente “opinión pública” porteña se vería reflejado en los comentarios de *El Argos*:

El rector ha usado de una autoridad que no le compete, y a la verdad que nosotros lo que esperábamos era si el gobierno lo consentía definitivamente para ocuparnos de ello, y no de las doctrinas, cuyo examen, aprobación o desaprobación en la universidad sabemos que nada importa cuando es tan cierto que cada literato en Buenos Aires tiene en sus estantes erigida una cátedra de la misma o peor naturaleza. Respecto de las doctrinas, repetimos, lo único que hemos admirado es que aún se insista en este tiempo en adoptar el medio de proscribirlo para sostener intacta la religión de Jesucristo, sin considerar que esa intolerancia infernal ha sido su mayor azote. Por lo demás en medio de la satisfacción con que advertimos la nueva posición que el gobierno ha ocupado en este negocio, nos lisonjea la esperanza de que continuará dando pruebas prácticas de que sabe que él está allí para mandar y no para obedecer, sino a la ley.<sup>14</sup>

Es importante hacer mención al fuerte grado de influencia, que se percibía en los cursos dictados en esa materia, de la corriente filosófica francesa conocida como *Ideologie*, la cual contaba con Pierre Daunou y Destutt de Tracy como dos de sus principales exponentes. Estos hombres, quienes habían entrado en contacto con Rivadavia durante su gestión diplomática en Europa, ejercieron una sostenida oposición

al gobierno de la restauración borbónica en Francia. Los integrantes de la mencionada corriente de pensamiento pregonaban por un ideal de república moderada para la sociedad posrevolucionaria francesa, desprovisto a su vez de los abusos de autoridad que signaron la experiencia jacobina y la bonapartista. Sus lineamientos esenciales estaban en clara consonancia con los fundamentos de los *Philosophes* del siglo XVIII, particularmente con su visión crítica acerca de la excesiva influencia de la Iglesia en los asuntos de Estado y, especialmente, en la educación. Esta última cuestión y los esfuerzos de Tracy por promover el ideal de la “república ilustrada” parecen haber tenido un fuerte impacto sobre Rivadavia.<sup>15</sup>

Como se observa, los ideales implícitos en la reforma eclesiástica promulgada por el gobierno de Rodríguez fueron difundidos tanto en los medios de prensa como en la universidad por partidarios de Rivadavia, generando un fuerte clima de debate en el seno de la sociedad porteña. La irrupción de estos antagonismos era precisamente uno de los objetivos al que apuntaba el grupo rivadaviano para ampliar significativamente el caudal de opiniones en la esfera pública. Consecuentemente, y a los efectos de ir logrando que esas opiniones se volcaran en favor de sus reformas, el gobierno vio necesario complementar la labor de los publicistas rivadavianos con la organización de ceremonias donde se intentaría exaltar de manera visual y simbólica sus principales medidas.

### **Regenerar la sociedad republicana a través de la imagen**

Desde la proclamación parcial de la independencia rioplatense en Mayo de 1810

las llamadas festividades cívicas, que ya eran usuales en tiempos coloniales, no tardarían demasiado tiempo en emerger como uno de los principales eventos en la agenda de actividades oficiales en las distintas provincias rioplatenses. Como queda reflejado en algunos trabajos recientes, ante la realidad política planteada en el nuevo contexto del territorio, estos festejos irían adquiriendo una nueva significación a partir de los esfuerzos realizados por los primeros gobiernos criollos para ir consiguiendo mayores niveles de consenso en favor de la independencia.<sup>16</sup>

Al establecerse el gobierno porteño de Martín Rodríguez en 1820, luego de las luchas intestinas de aquel año, se introducirían algunas modificaciones sustanciales en las pautas organizativas de las festividades. A diferencia de la década anterior, en la cual las ceremonias eran organizadas y fiscalizadas de manera *ad hoc* por comisiones de ciudadanos dependientes del Cabildo, desde 1821 serían planeadas por dos dependencias especialmente creadas por el nuevo gobierno bonaerense: la del ingeniero-arquitecto y la de policía de la provincia.<sup>17</sup> Durante ese año sería nombrado jefe del Departamento de Ingenieros-Arquitectos un arquitecto francés, que había arribado a Buenos Aires unos cuatro años antes, Próspero Catelin. El nuevo funcionario tendría a su cargo la responsabilidad de organizar las Fiestas Mayas de 1822.

Según diversas crónicas de la época, las festividades patrias de aquel año se caracterizaron por un impresionante despliegue de iluminación y fuegos artificiales. La descripción de estas fiestas trazada por el agente diplomático norteamericano en Buenos Aires, John Murray Forbes, en un despacho oficial que le envió al secretario de Estado de su país John Quincy Adams, parecen corroborar plenamente esta aseveración:

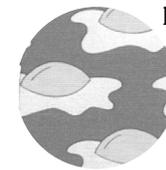
Conforme a lo convenido, a las ocho llegó a mi casa el edecán del gobierno, en su carruaje, para conducirme a la residencia de aquél, desde donde le acompañé a los balcones del Cabildo, el edificio público de más importancia, frente a la gran plaza. Desde un sitio central de este balcón me fue dado a conocer el espectáculo más espléndido que jamás he visto. Brillante iluminación, la plaza y todas las casas adyacentes, llenas de señoras y caballeros, aquéllas de gran belleza y elegancia y los fuegos de artificio, tan buenos, como los mejores que he visto en Europa.<sup>18</sup>

También se destacaron en este evento una serie de arquitecturas efímeras en las cuales predominaban estructuras con columnas monumentales que respondían a una estética neoclásica, diseñadas y levantadas en la Plaza de la Victoria por el propio Catelin. Como sostiene María Lía Munilla, es probable que Catelin se haya inspirado en las festividades cívicas de los tiempos de la Revolución Francesa organizadas en París durante la década de 1790 –que han sido tan exhaustivamente estudiadas por Lynn Hunt y Mona Ozouf–, ya que en las Fiestas Mayas también se hacían invocaciones a ciertos cultos de la antigüedad romana, por ejemplo, la exaltación de la imagen de Júpiter, lo cual estaría insinuando que estas particulares formas de representación artística no eran fortuitas y que buscaban conscientemente articular de manera simbólica esas concepciones con los valores republicanos y los principios del pensamiento ilustrado europeo.<sup>19</sup>

Es muy probable que la esencia ideológico-política de estas ceremonias no haya sido plenamente captada por el nu-



meroso público que asistía a ellas; de todas maneras, ponen de manifiesto los intentos del gobierno por impregnar en la sociedad porteña los ideales de la Ilustración a partir de imágenes artísticas alusivas, las cuales se buscaban asociar a su vez con las gestas patrióticas.<sup>20</sup> La popularidad de estas fiestas aparentemente contrastaba, según las crónicas de uno de los hermanos Robertson, con el poco entusiasmo e indiferencia que los porteños manifestaban en esos años hacia las ceremonias religiosas, particularmente aquellas que se realizaban en las calles como sucedía, por ejemplo, con la procesión del Corpus Christi. Según este viajero escocés, tal actitud cuadraba con el “buen sentido práctico” y la “inclinación al comercio” de los habitantes de la ciudad.<sup>21</sup>



Juicios similares a los expresados por Robertson eran vertidos por “Un Inglés”, que afirmaba que cualquier español que volviera a Buenos Aires, tras cierto tiempo de ausencia de esa ciudad, se sorprendería de la manera en que las “rígidas festividades de la Iglesia eran sustituidas por inocentes esparcimientos”.<sup>22</sup> Asimismo, llamaba la atención de este autor anónimo la ausencia de cualquier tipo de ceremonial organizado por el gobierno, como también el considerable grado de indiferencia y desdén de parte de la población al producirse la visita de un enviado papal a Buenos Aires, el cardenal Muzi, en los primeros días de 1824. Según “Un Inglés”, era difícil imaginar semejante indiferencia ante la visita de un representante del Vaticano a esa ciudad poco tiempo antes.<sup>23</sup> Sin embargo, el tono sumamente crítico y de visible irritación con el cual se refirió a este episodio *El Argos* permite apreciar que esa supuesta indiferencia probablemente no haya sido tan evidente:

Toda la ciudad parece haberse ocupado de este incidente, en los últimos quince días, y arribado por fin a dudarse absolutamente si el tal señor Juan Musi [*sic*] es o no revestido de aquel elevado carácter, que se le atribuye, porque se asegura que, a pesar de haberse vestido en esta misma ciudad del ropaje arzobispal, no ha presentado título alguno ni aun siquiera el que debiera autorizarle para decir misa. Si esto es cierto, como generalmente se afirma, no se atina el motivo, por qué se ha permitido que el señor Musi haya administrado el sacramento de la confirmación, en casas particulares, admitido en visita, paseándose por las calles, ejerciendo la prerrogativa de la bendición, de que sólo pueden usar los prelados legalmente constituidos.<sup>24</sup>

Los enconados esfuerzos del gobierno y del grupo rivadaviano por promover festividades públicas donde se exaltarán los ideales ilustrados y republicanos, en detrimento de las tradicionales festividades religiosas, constituían en definitiva parte de su itinerario regeneracionista que apuntaba a moldear y afianzar valores y costumbres republicanos dentro de una sociedad como la rioplatense que, según ellos, había sido demasiado vapuleada por los avatares políticos de la década anterior. En cierta forma estos objetivos eran no poco reminiscentes de la reformulación político-cultural del ideario revolucionario que intentaron configurar los jacobinos en Francia, más allá de algunas muy marcadas diferencias entre esta facción y el grupo rivadaviano. Con relación a esta cuestión, cabe señalar que Castañeda no tenía mayor empacho en establecer conexiones entre las mencionadas facciones políticas, cuando por ejemplo hacía referencia al “ministerio jacobino de Bue-

nos Aires” para referirse al gobierno de Rodríguez.<sup>25</sup>

### El teatro como representación “ilustrada” en el itinerario reformista rivadaviano

Como ya ha sido señalado, Ignacio Núñez fue uno de los publicistas del grupo rivadaviano más plenamente identificado con el ideario ilustrado y reformista del gobierno de Rodríguez, y en tal sentido fue un importante difusor de las reformas impuestas por el gobierno, especialmente con aquellas destinadas a erradicar hábitos y costumbres vinculados con la antigua tradición colonial española. En consonancia con ese proyecto tendiente a eliminar las modalidades anacrónicas del ámbito porteño, Núñez instigó fuertemente en favor de la abolición de las corridas de toros. Aprobada eventualmente por el gobierno de Buenos Aires en 1822, la supresión de este espectáculo se justificaba por considerarse que se trataba de un deporte excesivamente sanguinario que no cuajaba con las pautas que el “Partido del Orden” contemplaba para la esfera de la cultura popular. A cambio de este deporte que describía despectivamente como “únicamente practicado en España”, Núñez señalaba el teatro como un espacio recreativo mucho más adecuado para las familias.<sup>26</sup> Ese desprecio a lo español también quedaría marcadamente reflejado al hacerse sarcásticas consideraciones, en las páginas de un diario que él mismo editaba, precisamente sobre la tradición teatral de ese país: “¿Y la tonadilla y el sainete? ¡Ah! para qué esta pregunta ¡Aquella... salada el paladar del populacho... A la vez insulso e indecente”.<sup>27</sup> El mismo diario destacaba, en



cambio, el sano juicio del espectador teatral porteño en aquellas ocasiones en que éste expresaba su reprobación por esas formas de representación teatral tan arcaicas:

Después de la representación de la primera de las dos piezas expresó, por fin, el patio, en términos nada equívocos, su bien merecido disgusto a la reputación de una de esas *tonadillas* a lo antiguo, cuya letra, música y ejecución chocan igualmente, y son capaces de hacer creer a los forasteros que no tenemos oídos, sentido común, ni vergüenza. Cuando se quemaron en la plaza pública los instrumentos de la tortura, con estas tonadillas se hubiera debido encender la pieza, para que no volviésemos a atormentarnos más.<sup>28</sup>

Era justamente en el contexto del ámbito teatral donde “Un Inglés” hacía mención sobre ciertas manifestaciones públicas que denotaban, según su visión, las inclinaciones laicas de algunos sectores de la sociedad citando, en este sentido, las numerosas ocasiones en que el público que asistía al teatro aclamaba la aparición en escena de cualquier actor que interpretara a Voltaire.<sup>29</sup> Por su parte, en 1821, José de San Martín expresaba en Perú juicios más que elogiosos en favor del teatro al que consideraba “un establecimiento moral y político de mayor utilidad” necesario para la afirmación de los ideales de la independencia.<sup>30</sup>

A pesar de que las corridas de toros eran populares en Buenos Aires, su abolición por parte del gobierno no parece haber merecido mayores quejas. Aunque es prácticamente imposible determinar hacia qué espectáculos u otro tipo de entretenimientos fueron volcándose los antiguos concurrentes de la plaza de toros,

hay varios registros que atestiguan números elevados de asistencia al teatro durante esos años.<sup>31</sup> También hay evidencias que señalan que, más allá de que existían las ubicaciones preferenciales o palcos, asistían al teatro miembros de diversos sectores sociales.<sup>32</sup>



Ya en los años inmediatamente posteriores a la Revolución de 1810 se percibía una fuerte inclinación de algunos de los referentes políticos más radicalizados hacia el teatro; tales los casos de Bernardo de Monteagudo, del clérigo chileno Camilo Henríquez –autor de más de una pieza que llegó a ser representada en Buenos Aires durante aquellos años– y Manuel Moreno.<sup>33</sup> A pesar de que para aquel entonces, como nos recuerda Beatriz Seibel, la profesión teatral aún mantenía la “nota de infamia” en el Río de la Plata, algunas figuras muy cercanas al entorno rivadaviano, como el caso de Valentín Gómez, Santiago Wilde y Esteban de Luca, entre otros, ya habían propiciado unos años antes, en 1817, la creación en Buenos Aires de la Sociedad del Buen Gusto del Teatro.<sup>34</sup> Los integrantes de esta entidad intentaron propiciar el mejoramiento de una actividad artística a la cual referían como “escuela de costumbres y el mejor maestro de la ilustración”, privilegiando la dramaturgia francesa e italiana, con obras que exaltaban la libertad y el odio a la tiranía, como *La muerte de César* de Voltaire o *Roma libre* de Alfieri, por sobre las obras del Siglo de Oro español.<sup>35</sup>

Como afirma Myers, la mayoría de los miembros de esa Sociedad sentían la necesidad de transformar al teatro en un órgano público, ya que tendían a concebir esta expresión artística más como un instrumento didáctico, destinado a una población mayoritariamente analfabeta, que como una diversión.<sup>36</sup> Este sostenido avance del teatro

en la ciudad de Buenos Aires preocupaba a Castañeda, quien veía en él una confirmación más del rumbo antiespañol que se impulsaba desde las esferas del control político rioplatense, lo cual se encargaría de denunciar en las páginas de uno de sus diarios:

El teatro de Buenos Aires es émulo de la patria en sus progresos, y en efecto hemos notado que progresa, y avanza en razón directa de nuestro sistema político; quiero decir que se ha ido corrompiendo a proporción que hemos ido alejando de la verdadera virtud castellana que era nuestra virtud nacional, y formaba nuestro verdadero apreciable y celebrado carácter; nuestra revolución fue sin duda la más sensata, la más honrada, la más noble de cuantas revoluciones ha habido en este mundo pues no se redujo más que a reformar nuestra administración corrompidísima y a gobernarnos por nosotros mismos en el caso que o Fernando no volviese al trono, o no quisiese acceder a nuestras justas reclamaciones.<sup>37</sup>

Era indudable que el grupo rivadaviano intentaba propiciar mejoras en los niveles de calidad del teatro. Evidencia de esto son los decretos de 1822, por los cuales, al mismo tiempo que se creaban la Sociedad Literaria y la Sociedad de Música, Rivadavia dispuso el establecimiento de la Escuela de Declamación y Acción Dramática “para elevar la profesión de los actores dramáticos no sólo a la perfección que regla el buen gusto sino a la decencia que contribuye a hacer efectivo el principio que debe dominar en todo el país”.<sup>38</sup> El ministro se encargó también de promocionar las obras literarias y teatrales de Juan Cruz Varela, quien escribió algunas poesías alusivas al reformismo



rivadaviano, siendo *Dido* probablemente una de las más aclamadas. Esta obra fue leída por el propio autor, en primera instancia en la casa de Rivadavia ante la presencia de miembros del gobierno y de la elite ilustrada, y posteriormente fue representada en el teatro ante concurrencias más amplias. Algunos diarios como *El Argos*, por ejemplo, sentían una fuerte necesidad de adjudicarle méritos a la obra de Varela no sólo porque ponía en evidencia el impulso de un “teatro nacional” sino también por tratarse de una obra del género trágico:

Hace mucho honor a Buenos Aires, y aun a toda la América la tragedia *Dido*, que acaba de dar al público el Sr. D. Juan C. Varela. Siempre se ha mirado una buena producción de este género por uno de los grandes esfuerzos del genio. Como la tragedia es la representación de una acción heroica, destinada a infundir el terror y la compasión; como en los tiempos cultos en los que vivimos, nada agrada sin esa delicadeza de gusto, que es el efecto de un sentimiento sensible y voluptuoso, es preciso que para su autor toda la elocuencia de las pasiones, y vista a la Musa trágica con todas las gracias de la sencilla naturaleza. Tiene también el llanto su placer y su gala, a veces más dulce y bello que la risa.<sup>39</sup>

En algunas de las crónicas de viajeros de ese período se destaca frecuentemente el buen nivel de los actores y las actrices del teatro porteño y, como ya se ha puesto de manifiesto aquí, para ese entonces era frecuente encontrar en algunas publicaciones periódicas, especialmente en *El Argos*, espacios destinados a la crítica teatral, la cual había emergido hacía poco tiempo en países europeos donde esta actividad artística era

más añeja. Se hacían referencias explícitas a la distinción entre actores líricos y dramáticos, algunos de los cuales disfrutaban de elevados índices de popularidad en la ciudad, tales los casos de Trinidad Guevara, Angelina Tanni, el español Mariano Pablo Rosquellas –también empresario teatral– y el cómico Culebras. Precisamente la primera de las mencionadas actrices, “la Trinidad”, a quien se podría definir como la “niña mimada” de los miembros de la Sociedad del Buen Gusto y de los redactores de los principales diarios, protagonizaría a mediados de 1821 un muy publicitado altercado con el padre Castañeda. Como ya hemos hecho referencia, en ese entonces Castañeda estaba enteramente abocado a escribir en sus diarios inflamados artículos contra las reformas rivadavianas, en los cuales se ponía de relieve el modo exacerbado en que enfatizaba su ideología antiiluminista. Aprovechaba este medio para denunciar la cada vez mayor difusión e influencia de autores como Jean-Jacques Rousseau y las modas importadas de Europa en el ámbito porteño y, en sus aclamadas *Tres comedias de Doña María Retazos*, manifestaba de manera irónica su profundo desdén por la representación teatral.<sup>40</sup>

En el caso concreto de su pleito con “la Trinidad”, Castañeda la había denunciado en uno de sus panfletos por portar en su cuello un medallón con el rostro que pertenecía, según él, a un hombre casado con el cual la actriz estaba manteniendo una relación extramatrimonial. El supuesto amante era sospechado de ser Manuel Bonifacio Gallardo, un abogado y político quien fue durante buena parte de la década de 1820 diputado en la Cámara de Representantes, siempre muy vinculado a los círculos de la “intelectualidad rivadaviana”, lo cual probablemente explica aun más la irritación del



clérigo. Castañeda no tenía mayor empacho de catalogar a “la Trinidad” por este *affaire* como una “cloaca de vicios e inmundicias”, lo cual motivó una réplica de la actriz acusándolo por difundir “ese libelo inflamatorio”, el que de todas maneras la forzaría a tomar la decisión de alejarse de los escenarios por un tiempo.<sup>41</sup> Llama particularmente la atención, a su vez, la manera en que Trinidad Guevara se refirió a estas feroces acusaciones de Castañeda como una “negra venganza” con la cual se la había sometido ante “un pueblo ilustrado” del cual no esperaba otra cosa que comprensión.<sup>42</sup>

Las expectativas de la actriz, en este sentido, parecen haber sido plenamente correspondidas cuando fue ovacionada al regresar a las tablas luego de su corto exilio. Como no sería de extrañar, *El Argos* se hizo eco de este acontecimiento, y dejó claramente evidenciado su apoyo hacia la artista:

La *Trinidad* (cuya salida celebró el público a pesar de la indiscreción de sus defensores en sus versos y en su prosa) sostuvo la pieza en el verdadero estilo *dramático*. Esta señora no necesitaba para persuadir al público que tiene méritos en las tablas, de los elogios de un miserable versista que se empeña en convencernos que ha cesado ya la opacidad, cuando sus propios versos prueban lo contrario.<sup>43</sup>

Igual grado de satisfacción ante el feliz regreso de la actriz a las tablas sería manifestado por un “Un Inglés”, quien también se encargó de narrar los detalles de este incidente, destacando de manera elogiosa que los porteños hubieran sido lo suficientemente astutos para juzgar los asuntos públicos y privados como dos cosas diferentes.<sup>44</sup>

## Epílogo

En su primer número de 1823, *El Argos* felicitaba al gobierno de Buenos Aires por su desempeño durante el año anterior y por haber logrado imponer los valores de la ilustración europea a partir de las numerosas reformas sancionadas, alentándolo a seguir por ese camino:

¡Época venturosa en que empezó a cumplirse la máxima del célebre Platón: los pueblos son felices cuando gobiernan los filósofos, o filosofan los que gobiernan! Ciudadanos, no defraudemos a nuestros descendientes de tan gloriosas esperanzas. La ilustración y la firmeza han distinguido vuestros pasos en la brillante carrera del 22. La ilustración y la firmeza deben ser nuestra divisa en el 23. Habéis colocado ya las primeras piedras del suntoso edificio social: que el año 23 vea el complemento.<sup>45</sup>

La cita refleja de qué manera algunos sectores de la sociedad porteña celebraban los esfuerzos que hacían Rivadavia y su grupo para establecer mayores medios de vinculación entre su población y las pautas centrales de la corriente ilustrada europea. Este objetivo se estaría logrando esencialmente a través de las reformas sociopolíticas sancionadas por el gobierno de Rodríguez, pero también como consecuencia de la promoción y el estímulo de diversas expresiones culturales y artísticas, que se correspondían plenamente con su intención de erradicar “costumbres anacrónicas” del pasado colonial, a los efectos de consolidar un nuevo orden republicano. Los relatos que dan cuenta de la fuerte atracción y el inocultable entusiasmo que generaban en la sociedad porteña las festividades cívicas y las diversas



representaciones artístico-culturales, especialmente el teatro, parecían reflejar que esas vías de entretenimiento resultaban ser eficaces para la difusión de los ideales que intentaba fomentar el gobierno.

Sin embargo, el tenor de las reformas sancionadas por el gobierno de Rodríguez en esferas específicas de la sociedad de Buenos Aires, especialmente la religiosa y la militar, despertaron a su vez enconadas reacciones e incluso manifestaciones populares, que irían promoviendo de manera cada vez más visible un alto grado de polarización en la ciudad. En ese mismo año de 1823 el padre Castañeda, desde su destierro en Montevideo, aportaba en su tradicional estilo jocoso y combativo una crítica dirigida al gobierno porteño que lo congraciaba con aquellos sectores insatisfechos con las mencionadas reformas:

Pero la caridad, amor y compasión inseparable de mi ministerio me obliga a ser abogado y defensor de esa misma provincia para quien me hallo civilmente muerto, preciso es pues, suspender mis lágrimas mientras hago en toda forma la defensa; y así es que no dudo en asegurar a V.H. por lo más sagrado, y con las manos puestas en mi pecho bajo la palabra de sacerdote, que me consta de cierta ciencia que nuestra extinción, nuestra muerte civil y demás afrentas no han sido obra de la provincia bonaerense, sino de unos hombres que no saben lo que hacen, y que profesando el filosofismo y jacobinismo sin saber lo que es jacobinismo y filosofismo han logrado a expensas de la revolución un momento favorable y una hora aciaga, que ha sido de ellos, para dar como han dado un golpe de mano a esos instintos que son los baluartes de la santa fe y del dogma celestial, que ellos aborrecen y de-

testan no por malicia, sino por la vanidad de parecerse a Martín Lutero, a Enrique VIII, a Federico II, a Bolimbroque y a otros que por iniquidad se hicieron respetables en este valle de romerías y miserias.<sup>46</sup>

La progresiva tensión que se fue generando alrededor de esta situación de cada vez mayor antagonismos en la ciudad se pondría en evidencia en algunos sucesos políticos de ese año; el caso de la asonada liderada por Gregorio Tagle contra el gobierno, en rechazo tanto de la reforma eclesiástica como también de la militar fue la más resonante. Este episodio revelaba hasta qué punto algunos otros sectores de la sociedad porteña no se sentían identificados ni con la reforma religiosa ni con la esencia del espíritu “iluminista” o laicista reinante en aquel entonces. En su visión acerca de este particular episodio ocurrido en marzo de 1823, Juan María Gutiérrez describía esta coyuntura como parte de un fuerte clivaje sociocultural que se iría instalando con cada vez más fuerza en el ámbito bonaerense:

Un proceso rodeado de todas las solemnidades necesarias puso de manifiesto que los inspiradores de aquella asonada no eran otros que los mal avenidos con una situación en que sólo la moralidad y el saber podían aspirar a los destinos públicos. En aquella noche obtuvo un gran triunfo moral la autoridad fundada en el amor a la justicia y las leyes. No puede negarse, sin embargo, que en las regiones bajas y oscuras de la sociedad se sentía el rumor de la protesta contra las miras ilustradas de esa misma autoridad, eco del pasado, que en el lenguaje de los reformadores se denominaba *fanatismo*.<sup>47</sup>

Por su parte “Un inglés” destacaba, con referencia al mismo episodio, la participación de cientos de gauchos a caballo quienes, al grito de “Viva la religión”, dejaban en claro su oposición a las reformas del gobierno.<sup>48</sup>

Estas circunstancias parecieron alterar el clima ideológico-cultural que había predominado en Buenos Aires en los años anteriores. Las disputas políticas se intensificarían de manera dramática durante la efímera gestión presidencial de Rivadavia, entre 1826 y 1827, al ir profundizándose las rencillas en torno del unitarismo y el federalismo, y también como consecuencia de la guerra con Brasil. La esencia del espíritu “ilustrado” o “volteiriano” daba la sensación de ir diluyéndose del ámbito porteño, en la medida en que sus antiguos propulsores se verían cada vez más acorralados por las desavenencias políticas y por las agobiantes luchas facciosas que asolarían el escenario rioplatense durante los años venideros.

## Notas

<sup>1</sup> Anónimo, *Cinco años en Buenos Aires (1820-1825)*. Un Inglés, Buenos Aires, Taurus, 2002, p.184.

<sup>2</sup> Acerca de los esfuerzos de este gobierno por fomentar las prácticas de sociabilidad a partir de la ampliación de las redes asociativas y de la esfera pública, véase Pilar González Bernaldo, *Civilidad y política en los orígenes de la Nación Argentina. Las sociabilidades en Buenos Aires (1829-1862)*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2001, pp. 36-90; Roberto Di Stefano, “Orígenes del movimiento asociativo: De las cofradías al auge mutualista (1776-1860)”, en Elba Luna y Élda Ceconi (coords.), *De las cofradías a las organizaciones de la sociedad civil. Historia de la iniciativa asociativa en Argentina (1776-1990)*, Buenos Aires, Edilab, 2002, pp. 55-66.

<sup>3</sup> Roberto Di Stefano y Loris Zanata, *Historia de la Iglesia argentina*, Buenos Aires, Grijalbo Mondadori, 2000, pp. 209-216.

<sup>4</sup> Véase Guillermo Gallardo, *La política religiosa de Rivadavia*, Buenos Aires, Theoria, 1962, p. 228. Con relación al tema de la reforma eclesiástica de 1822 véase también Fernando Urquiza, “La reforma eclesiástica de Rivadavia: viejos datos y una nueva interpretación”, *Anuario IEHS*, 1998, pp. 237-246.

<sup>5</sup> Citado en Américo Tonda, *Rivadavia y Medrano. Sus actuaciones en la reforma eclesiástica*, Santa Fe, Librería y Editorial Castellví, 1952, p. 86. Véase también Klaus Gallo, “Mariano Medrano. El azaroso itinerario del primer obispo criollo porteño”, en Nancy Calvo, Roberto Di Stefano y Klaus Gallo (coords.), *Los curas de la revolución. Vidas de eclesiásticos en los orígenes de la nación*, Buenos Aires, Emecé, 2002, pp. 121-141.

<sup>6</sup> A. Tonda, ob. cit., p. 84.

<sup>7</sup> *El Centinela*, 27 de octubre de 1822.

<sup>8</sup> Juan María Gutiérrez, *Juan Cruz Varela. Su vida, sus obras, su época*, Buenos Aires, Administración General, 1918, p. 218.

<sup>9</sup> Doña María Retazos, 16 de agosto de 1821, en Doña María Retazos. *Francisco de Paula Castañeda*, Buenos Aires, Taurus, 2001, pp. 219-220.

<sup>10</sup> *El Desengañador Gauchi-Político*, 4 de agosto de 1820.

<sup>11</sup> Véase Jorge Myers, “La cultura literaria del período rivadaviano: saber ilustrado y discurso republicano”, en F. Aliata y M.L. Munilla Lacasa, *Carlo Zucchi y el neoclasicismo en el Río de la Plata*, Buenos Aires, Instituto Italiano de Cultura de Buenos Aires-Eudeba, 1998, pp. 31-48.

<sup>12</sup> Véase John Dinwiddy, *Bentham*, Oxford University Press, 1989, p. 83. Véase también K. Gallo, “Jeremy Bentham y la «feliz experiencia». Presencia del utilitarismo en Buenos Aires 1821-1824”, *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, N° 6, Buenos Aires, 2002, pp. 79-96.

Acerca de la libertad de prensa en las primeras décadas posrevolucionarias en el Río de la Plata véase Noemí Goldman, “Libertad de imprenta, opinión pública, y debate constitucional”, *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, N° 4, Buenos Aires, 2000.

<sup>13</sup> Juan Manuel Fernández de Agüero, *Principios de ideología elemental, abstractiva y oratoria*, Buenos Aires, 1940, prólogo, pp. 28 y 29; J.M. Gutiérrez, *Noticias históricas sobre el origen y desarrollo de la enseñanza pública superior en Buenos Aires (1868)*, Buenos Aires, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, 1998, p. 103.

<sup>14</sup> *El Argos*, 4 de agosto de 1824. Con relación a este incidente véase también J. Myers, “Las paradojas de la opinión. El discurso político rivadaviano y sus dos polos: el «gobierno de las luces» y «la opinión pública, reina del mundo»”, en Hilda Sabato y Alberto Lettieri (comps.), *La vida política en la Argentina del siglo XIX. Armas, votos y voces*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2003, pp. 83-86. Sobre la creación de la Universidad de Buenos Aires, véase Tulio Halperín Donghi, *Historia de la Universidad de Buenos Aires*, Buenos Aires, Eudeba, 1962, 2ª ed. 2002, pp. 9-40; acerca del clima estudiantil durante esa época, P. González Bernaldo, ob. cit., pp. 88-90.

<sup>15</sup> Acerca de la *Ideologie*, véase Cheryl B. Welch, *Liberty and Utility. The French Ideologies and the Transformation of Liberalism*, Nueva York, Columbia University Press, 1984; J.M. Fernández de Agüero, ob. cit.

<sup>16</sup> Véase Juan C. Garavaglia, “A la nación por la fiesta: las Fiestas Mayas en el origen de la nación en el Plata”, *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, N° 22, Buenos Aires 3ª serie, 2º semestre de 2000, pp. 73-100; y María L. Munilla Lacasa “Celebrar la «feliz experiencia»”, capítulo de su tesis doctoral en curso “Celebrar y gobernar. Un estudio de las fiestas populares en Buenos Aires (1810-1835)”, Universidad de Buenos Aires.

<sup>17</sup> Véase M.L. Munilla Lacasa, “Celebrar la «feliz experiencia»”, p. 6.

<sup>18</sup> John M. Forbes a John Q. Adams, 10 de julio de 1822, en J.M. Forbes, *Once años en Buenos Aires*, Buenos Aires, 1956.

<sup>19</sup> Véase M.L. Munilla Lacasa, “Celebrar la «feliz experiencia»”, pp. 25-26; Lynn Hunt, *Politics, Culture, and Class in the French Revolution*, California, University of California Press, 1984; Mona Ozouf, *La fête révolutionnaire*, París, Gallimard, 1976.

<sup>20</sup> Véase M.L. Munilla Lacasa, “Celebrar la «feliz experiencia»”, pp. 30-34.

<sup>21</sup> John y William Parish Robertson, *Cartas de Sudamérica*, Buenos Aires, Emecé, 2000, p. 395.

<sup>22</sup> Anónimo, *Cinco años en Buenos Aires (1820-1825)*. *Un Inglés*, p. 94.

<sup>23</sup> Ídem, p. 184.

<sup>24</sup> *El Argos*, 17 de enero de 1824. Sobre este tema véase también Valentina Ayrolo, “Una nueva lectura de los informes de la misión Muzi: la Santa Sede y la Iglesia de las Provincia Unidas”, *Boletín del Instituto de Historia Argentina Dr. Emilio Ravignani*, N° 14, 1996, pp. 31-60.

<sup>25</sup> Doña María Retazos, 1 agosto 1823, en Doña María Retazos, p. 309.

<sup>26</sup> Véase J. Myers, “Una revolución en las costumbres: las nuevas formas de sociabilidad de la elite porteña (1800-1860)”, en F. Devoto y M. Madero (dirs.), *Historia de la vida privada en la Argentina*, Buenos Aires, Taurus, 1999, p. 125.

<sup>27</sup> *El Argos*, 9 de junio de 1821.

<sup>28</sup> *El Argos*, 11 de septiembre de 1822.

<sup>29</sup> Anónimo, *Cinco años en Buenos Aires (1820-1825)*. *Un Inglés*, 184.

<sup>30</sup> Véase Beatriz Seibel, *Historia del teatro argentino. Desde los rituales hasta 1930*, Buenos Aires, Corregidor, 2002, p. 69.

<sup>31</sup> Véase John P. y William P. Robertson, ob. cit., p. 392; Anónimo, *Cinco años en Buenos Aires (1820-1825)*. *Un Inglés*, p. 92; B. Seibel, ob. cit., p. 81.

<sup>32</sup> Véase J. Myers, “Una revolución en las costumbres”, p. 123; B. Seibel, ob. cit., pp. 79-81.

<sup>33</sup> Véase Eugenia Molina, “De recurso de pedagogía cívica a instrumento de disciplinamiento social: el espectáculo teatral en el programa reformista de la elite dirigente rioplatense (1810-1825)”, ponencia presentada en las II Jornadas Nacionales de Espacio, Memoria e Identidad. Facultades de Humanidades y Artes, Facultad de Ciencia Política Relaciones Internacionales, Universidad Nacional de Rosario, 9-11 de octubre de 2002.

<sup>34</sup> Véase B. Seibel, ob. cit., p. 69.

<sup>35</sup> Ídem, pp. 60-61.

<sup>36</sup> Véase J. Myers, “Una revolución en las costumbres”, pp. 123-124.

<sup>37</sup> *El Desengañador Gauchi-Político*, 10 de agosto de 1820.

<sup>38</sup> B. Seibel, ob. cit., p. 72.

<sup>39</sup> *El Argos*, 6 de septiembre de 1823.

<sup>40</sup> Véase la reciente transcripción de esta publicación en F. de Paula Castañeda, *Doña María Retazos*, Buenos Aires, Ariel, 2001.

<sup>41</sup> Véase B. Seibel, ob. cit., p. 68; A. Taurillard, *Historia de nuestros viejos teatros*, Buenos Aires, Losange, 1832, pp. 91-92; Luis Ordaz “Nacimiento del teatro”, en Susana Zanetti (dir.), *Historia de la literatura argentina. Desde la colonia hasta el romanticismo*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1980-1986, p. 330; Raúl H. Castagnino, *El teatro en Buenos Aires durante la época de Rosas*, Buenos Aires, Comisión Nacional de Cultura, 1944, pp. 77-84.

<sup>42</sup> B. Seibel, ob. cit.

<sup>43</sup> *El Argos*, 16 de junio de 1821.

<sup>44</sup> Anónimo, *Cinco años en Buenos Aires (1820-1825)*. *Un Inglés*, p. 90.

<sup>45</sup> *El Argos*, 1 de enero de 1823.

<sup>46</sup> Doña María Retazos, 1 agosto 1823, en Doña María Retazos, pp. 302-303. Acerca del intento de asonada de Tagle y el destierro de Castañeda durante el gobierno de Rivadavia véase J. Myers, “Las paradojas de la opinión”, pp. 86-90.

<sup>47</sup> J.M. Gutiérrez, ob. cit., p. 210.

<sup>48</sup> Véase Anónimo, *Cinco años en Buenos Aires (1820-1825)*. *Un Inglés*, p. 234.

# Madurez y poder Médicos e instituciones sanitarias en la Argentina a fines del siglo XIX

Ricardo González Leandri\*



## Estado e *intelligentsia* profesional

Es bien conocido que la República Argentina experimentó durante las últimas décadas del siglo XIX un notable progreso económico y una importante diversificación social como resultado de la incorporación de las regiones del litoral del país al mercado mundial y que, como telón de fondo de ese proceso, que promovió un franco optimismo, se situó la consolidación del Estado nacional con el consiguiente aumento de su capacidad y dimensiones.<sup>1</sup> Ha sido sin embargo menos estudiado el hecho de que, entre otros factores decisivos, la consolidación del Estado fue posible gracias al aporte de grupos de intelectuales y profesionales –*cleros*– que orientaron su actividad en cuestiones específicas, colonizaron sus estamentos superiores y cumplieron un fundamental papel como “bisagra” con respecto a los circuitos de ideas y prácticas institucionales en boga a nivel internacional.<sup>2</sup> Más allá del Estado, tales grupos dieron forma, además, a incipientes redes y campos de saberes y prácticas profesionales específicas que pugnarón por el acceso a recursos materiales y simbólicos y por la adquisición de una autonomía, tributaria, en buena medida, del propio afianzamiento estatal.<sup>3</sup> Puede afirmarse en consecuencia que, al mismo tiempo que se “construían” a sí mis-

mos, estos profesionales colaboraron en la creación de las dimensiones del Estado a las que se asociaban. Por lo tanto sería un error ver sólo el aspecto “intelectual” de su actuación e influencia, aunque no deje de ser obvio el vínculo del mundo de las ideas con ese proceso más amplio.<sup>4</sup>

La modernización del país que tuvo lugar en ese período trajo aparejados nuevas realidades y problemas derivados sobre todo del arribo masivo de inmigrantes, la transformación urbana y una incipiente industrialización, que transformaron la sociedad, haciéndola más heterogénea y compleja. La creación de organismos específicos que buscaron canalizarlos incrementó de manera previsible la influencia de esa naciente *intelligentsia* profesional.<sup>5</sup>

Fue en el área de la atención de la salud y del control higiénico donde una mayor preocupación del Estado y el naciente entramado profesional se interrelacionaron de manera más temprana, anticipando muchos de los criterios de intervención sobre la sociedad que se harían evidentes con el despliegue ya pleno de la cuestión social a principios del siglo XX. A lo largo del siglo XIX, a medida que las ideas acerca del par salud-enfermedad fueron consolidándose como preocupación social, el campo de la atención sanitaria e higiénica adquirió un perfil propio y más específico, al distanciarse de

\* Escuela de Estudios Hispanoamericanos/CSIC.

actuaciones más difusas e indiscriminadas. Ello se relacionó, entre múltiples factores, con el hecho de que la elite médica lograra institucionalizar sus saberes y prácticas y pudiera ubicarse como grupo legalmente privilegiado, lo que muchas veces implicó cruces y préstamos con los sectores heterodoxo y popular con los que pugnaba.<sup>6</sup>

Este artículo pretende construir una narrativa de ese creciente afianzamiento en las dos últimas décadas del siglo, tomando como base dos de las instituciones que lo hicieron posible. Al provocar un cierto descentramiento entre texto y contexto, y resaltar la convivencia coyuntural entre distintos registros y niveles, aunque sin menospreciar cronologías y lógicas específicas, se introducen matices a las miradas analíticas y metafóricas vigentes.

## La Asistencia Pública y el Consejo de Higiene: miradas locales, aspiraciones nacionales

### La Asistencia Pública

Durante 1880 la tensión política entre el autonomismo porteño y el gobierno de la nación alcanzó unos niveles máximos y derivó en un combate armado cuyo desenlace marcó el fin del largo y conflictivo proceso de consolidación del Estado nacional. El acceso al poder de la elite política roquista introdujo decisivos cambios institucionales, como la rápida creación de nuevas áreas de gobierno y la reforma y ampliación de organismos estatales ya existentes.<sup>7</sup> A los efectos de este artículo nos interesa señalar aquí el fuerte control que el ministro de Educación, Eduardo Wilde, político y escritor de dilatada trayectoria, y el “médico político” más importante del momento, mantuvo sobre distintos aspectos vinculados directa o indirectamente

con la profesión médica, muy especialmente sobre los nombramientos y la promoción de profesores, académicos y funcionarios. Orientación que, en algunos casos, reforzó desde su posterior cargo de ministro del Interior del gobierno del presidente Miguel Juárez Celman.<sup>8</sup> Gracias a él, un grupo de jóvenes ideológicamente afines se vio aupado a cargos de relevancia y responsabilidad, lo que generó tensiones y reacomodamientos tanto en el seno de la dirigencia médica como en la propia cúpula política roquista.<sup>9</sup>

La creación de la Asistencia Pública de la Capital y las reformas del Departamento de Higiene, instituciones entrelazadas por sus atribuciones superpuestas y sus objetivos comunes, fueron las medidas institucionales más relevantes adoptadas en el área del control higiénico y sanitario. La Asistencia Pública se gestó en medio de tensiones políticas entre los distintos órganos de gobierno municipal, derivadas de la forma concreta que adoptó la gobernabilidad de la ciudad tras su federalización.<sup>10</sup> La opción por un gobierno municipal dependiente, con Torcuato de Alvear a la cabeza, producto de complejos acuerdos políticos entre fuerzas nacionales y notables locales, solucionó muchas cosas pero dejó otras al descubierto. No pudo evitar, a pesar del notable progreso económico general, una herencia de pertinaz inestabilidad e incluso problemas de legitimidad que afectaron a todas las áreas, incluso a aquellas consideradas más “técnicas”, y que se convirtieron en fuente de tensión cuando otras crisis los potenciaban.<sup>11</sup>

Junto a políticos, hacendados y comerciantes notorios como Alvear, Devoto, Díaz Vélez y Bosch, entre otros,<sup>12</sup> el gobierno incluyó en la Comisión Municipal, nombrada en 1880, también a algunos médicos como Emilio Coni y José Ramos Mejía. Los cambios en la estructura del Estado y en el go-

bierno de la ciudad de Buenos Aires ampliaban, como puede verse, las perspectivas de jóvenes de la elite, y de otros con contactos políticos y académicos suficientes, preparados para ocupar esos espacios que ahora se abrían. Puede inferirse, por tanto, que la aceptación de tales nombramientos excedía el terreno de las meras decisiones personales para situarse, además, como un hecho colectivo de afianzamiento profesional más amplio.<sup>13</sup>

Coni y Ramos Mejía se incorporaron a la Comisión de Higiene que, a pesar de estar conformada por médicos, pronto se encontró frente a condiciones bastante adversas para desarrollar una actividad normal. Se vio sobre todo afectada por el desencuentro, ya crónico, entre médicos y autoridades municipales a la hora de transformar ideas y proyectos en hechos concretos. Además, las comisiones parroquiales de higiene, en general en manos de vecinos notables, que los médicos se esforzaban por convertir en “comisiones técnicas”, seguían pesando de una manera importante en el sistema.<sup>14</sup>

Fue sobre todo el saneamiento de las finanzas lo que permitió despejar buena parte de la cautela con que la Comisión Municipal, nombrada por el gobierno, fue recibida por la opinión pública porteña. Ello a su vez facilitó, hacia 1883, el emprendimiento de reformas en mayor escala en el ornato de la ciudad y en los servicios públicos, lo que revirtió en alabanzas a su espíritu reformista, que muchos identificaban con la figura del intendente Alvear. La instalación en ese año de la Asistencia Pública fue a su vez el logro más importante de la Comisión de Higiene. Conviene resaltar, sin embargo, que el proyecto inicial concebía la Asistencia como una amplia institución de carácter nacional y que sólo al ser rechazado por el gobierno fue adoptado por la Municipalidad de una manera mucho más limitada.<sup>15</sup>

Como organismo específico, la Asistencia Pública fue el resultado de procesos sociales e institucionales más amplios, que algunos han definido como la constitución de un nuevo dispositivo tecnológico en el campo de los cuidados de la salud. Junto a las transformaciones en la facultad, la Academia y el Consejo de Higiene, representó el afianzamiento de la corporación médica que venía teniendo lugar desde comienzos de la década de 1870. Hay, además, ciertos entretelones vinculados a su instalación que la muestran inmersa en una compleja trama de intereses políticos, institucionales e incluso clientelares, a veces contrapuestos.<sup>16</sup>

Un rasgo típico de la época fue que tanto los responsables políticos del gobierno nacional y del municipio como los jóvenes médicos de la Comisión de Higiene compartían la búsqueda de nuevos ejes fundacionales para la sociedad argentina y se mostraban deseosos de introducir, cada uno en su área, la “civilización y el progreso”. El término clave que parecía aglutinarlos era el de “centralización” o, más precisamente, la idea de imponer una fuerte centralización en la toma de decisiones dentro de un marco general, que incluía matices descentralizadores de la gestión, sobre todo a nivel local. Los médicos impulsores de la Asistencia Pública hacían un uso particular de esa idea rectora. La combinaban, además, con una importante descentralización de las ayudas, lo que les permitía por ejemplo reinterpretar las funciones del hospital tradicional e intentar reemplazarlo, al menos en parte, por asistencia domiciliar y casas de socorro. Pero, al basar su programa en la primacía de atribuciones “técnicas”, propias del papel centralizador del médico, se enfrentaban a un problema: su definición era francamente opaca y, a la vez, variable. Dependían, pues, de los usos políticos que de ellas



se hicieran, que a veces podía abrirle espacios pero otras cerrárselo. Las tensiones que ello originó fueron inevitables. Al llamar la atención sobre la perdurabilidad de rasgos sociales e institucionales no deseados, más allá del proclamado progreso, la irrupción de epidemias potenció aun más esas tensiones jurisdiccionales. Se acopló con ellas y, juntas, se retroalimentaron.<sup>17</sup>

El clima bajo el cual se instaló la Asistencia Pública en 1883, con fricciones institucionales y casos aislados de fiebre amarilla, no era el más propicio. Dentro de sus limitadas posibilidades, Ramos Mejía, su primer director, creó comisiones de estudio y asistencia y dedicó importantes esfuerzos a afianzar el espíritu de cuerpo de la institución. Se basaba en la firme creencia de que sus miembros constituían un núcleo profesional en condiciones de irradiar su talante activo e innovador no sólo al resto del gremio médico sino al conjunto de la sociedad.<sup>18</sup> Nació, de tal manera, un grupo identificado como “los médicos de la Asistencia”, con un novedoso anclaje institucional que le brindaba posibilidades de acción, relativamente autónomas, frente a las tradicionales formas de gobierno médico con eje en la academia. Era en parte una continuación del que años antes había sido conocido como el “círculo de Ramos” y se solapaba por momentos con aquellos otros médicos promovidos a partir de 1880 por el ministro Wilde. Se trataba de jóvenes egresados de la facultad a fines de la década de 1870 que, en general, tenían una pasada trayectoria común al frente del Círculo Médico. Destacaban Telémaco Susini, médico municipal desde 1880 que pronto fundaría el instituto bacteriológico y,

nieron las líneas maestras de actuación de la Asistencia Pública. Los acompañaba una activa segunda fila, igualmente comprometida con la incipiente institución, conformada, entre otros, por Baldomero Sommer, Enrique Villar y Enrique Revilla.

La forma de actuar en equipo que se puso en práctica no era nueva. Se asentaba sobre una fuerte tradición de apelar a “juntas médicas” en casos dudosos o que ofrecían alguna curiosidad específica. Sin embargo, su singularidad radicaba en el marco de ideas y prácticas, constreñidas institucionalmente, al que Ramos pretendía incorporar y que implicaba una interesante combinación de afán científicista, basado en la observación, la comparación y el estudio minucioso, ciertas formas de debate, fundamentalmente académicas, y una orientación hacia la práctica, derivada, obviamente, de los propios objetivos de la Asistencia Pública como ámbito público de cura y prevención. Esta estrategia no fue sin embargo del agrado de todo el mundo y muchos demandaron resultados más tangibles e inmediatos. Tuvo por lo tanto Ramos Mejía que asumir responsabilidades y dar largas explicaciones por las deficiencias sanitarias que alarmaban mucho a la población. A su vez, los médicos de la Asistencia no podían dejar de considerar profundamente injusto que se los quisiera responsabilizar por un déficit crónico que deploraban más que nadie. Ese sentimiento compartido ayudó en el mediano plazo, de una manera no poco importante, a la conformación de ese espíritu de cuerpo que tanto se buscaba potenciar.<sup>19</sup>

En 1884 irrumpió el cólera. Volvieron entonces a repetirse la alarma y el nerviosismo provocados por la fiebre amarilla el año anterior. Ya con más experiencia, Ramos Mejía se orientó a solucionar dos cuestiones cuya importancia creciente se enmarca en la nueva situación con la que, tanto por de-

bajo como por arriba, tenían que contar los médicos de la Asistencia en su nueva posición. En primer lugar “negoció” con la opinión pública para disminuir el temor y, sobre todo, para lograr una mayor e indispensable visibilidad. Para ello tomó una serie de decisiones que tenían la apariencia de ser drásticas y expeditivas, entre las que incluyó medidas de carácter preventivo, “no tanto porque temiera la invasión de una epidemia, sino para tranquilizar el espíritu público con una constante vigilancia”.<sup>20</sup>

En segundo término se abocó a mejorar la propia posición institucional de la Asistencia para que dejara de ser un mero “paragolpes” de la administración.<sup>21</sup> Ello implicaba alcanzar cotas de autonomía –en el interior de la institución municipal y con respecto a la dirigencia médica de la facultad– a la hora de definir los criterios técnicos de su intervención, demarcar su campo específico y, sobre todo, determinar los mecanismos y requisitos de acceso a los cargos vacantes en sus dependencias.<sup>22</sup> Como se verá más adelante, se trataba de una opción compleja y difícil que primero debía enfrentarse a los criterios, calculadamente ambiguos y personalistas, de una política municipal fuertemente instalada y que había convertido el rechazo a toda “politiquería” en una de sus banderas, con todo lo que ello implicaba para los mecanismos de toma de decisiones. Colisionaban aquí, otra vez, distintas concepciones de la idea de “centralizar”, que sin embargo no podían dejar de mostrarse entrelazadas. Además, su afán de autonomía situaba paradójicamente a los directivos de la Asistencia en el centro de viejos resquemores entre políticos municipales y la Facultad de Medicina.<sup>23</sup>

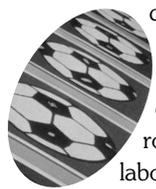
Como complemento de esas medidas Ramos Mejía decidió hacer explícitas en la memoria de 1885 las insuficiencias de la Asistencia Pública y exigir, deslindando así

responsabilidades, que fueran solucionadas en forma más o menos perentoria por el intendente y el Concejo Municipal.<sup>24</sup> Esta firme actitud aumentó las fricciones entre médicos y políticos municipales, que alcanzarían una tensión máxima durante la epidemia de cólera de 1886, de mayor gravedad que las anteriores.

### El Consejo de Higiene

La descripción que estamos llevando a cabo presenta dos facetas institucionales firmemente interrelacionadas. Por un lado la Asistencia Pública, circunscripta desde su creación en 1883 al ámbito de la ciudad de Buenos Aires, pero cuyos miembros preveían para ella destinos más amplios. Por otro, el Consejo de Higiene, con un mandato en teoría más nacional, preocupado sobre todo por el puerto y los peligros epidémicos externos.<sup>25</sup> Sin embargo, sus limitaciones lo convirtieron de hecho en otra institución local, con propuestas predominantemente locales.<sup>26</sup> Cierta luz puede arrojar sobre tan ambigua cuestión si se destaca que, además de instituciones de control higiénico y sanitario, el Consejo y la Asistencia fueron ámbitos donde se escenificaron gestos y estrategias de distintos grupos médicos tendentes a consolidar espacios de influencia política, capaces de otorgarles cierta autonomía técnica y, por ende, profesional.

Conviene recordar que el Consejo representó históricamente el reconocimiento institucionalizado de la corporación médica. Es por tanto un termómetro de sus logros, dificultades e influencia y de la capacidad política y de gestión de sus elites, a las que estuvo siempre muy vinculado. Lo prueba el hecho de que su presidencia la ejercía generalmente el decano de la facultad, para dis-



gusto del Círculo Médico y otros grupos que planteaban opciones alternativas.

Su transformación en el nuevo Departamento Nacional de Higiene en 1880 y el nombramiento como presidente de Tomás Pardo, miembro del círculo íntimo del presidente Roca, no lograron cumplir sin embargo con lo que de él se esperaba. Sin duda una gama de atribuciones demasiado amplia resintió su efectividad. Además, su subordinación a la Prefectura General del Puerto limitó mucho su esfera de acción, en un momento de plena efervescencia inmigratoria, indicio importante de la verdadera dimensión de la influencia médica. Decretos posteriores lograron subsanar en parte sus deficiencias, lo que no impidió que la propagación del cólera en el interior del país en 1886 reabriera el viejo debate sobre su ineficacia crónica.<sup>27</sup>

### Conflictos ilustrativos

La epidemia de cólera de 1886-1887 ejerció un papel de características análogas a la de fiebre amarilla de 1871. Si bien no quedó tan fijada en la memoria colectiva como aquella, también marcó una importante fisura entre un antes y un después. Se produjeron a partir de entonces diferencias jurisdiccionales de nuevo tipo y, sobre todo, “descubrimientos” higiénicos del interior del país por parte de autoridades nacionales e instituciones médicas que, en los hechos, limitaban su acción al ámbito metropolitano de Buenos Aires.<sup>28</sup>

En unos pocos meses el cólera asoló distintas ciudades y regiones del territorio nacional. Fue fuerte en Rosario y causó estragos de importancia en zonas urbanas y rurales de Salta, Jujuy y Mendoza.<sup>29</sup> En la ciudad de Buenos Aires, a pesar del carácter

relativamente benigno del mal, originó un conflicto de inusuales características que puso en evidencia la creciente visibilidad institucional de la profesión médica, pero también sus límites. Merece la pena observarlo con cierto detenimiento.

Dos fueron los actores principales de estos acontecimientos: el intendente Alvear y Ramos Mejía, transformados en adversarios en la medida en que se hizo cada vez más evidente su incompatibilidad de temperamento y estilo. Sin embargo, más allá de esos decisivos rasgos personales, ambos escenificaron las dificultades institucionales que existían para fijar en forma clara sus respectivos ámbitos de actuación. A ellas se sumó una serie de otras situaciones de tensión que giraban alrededor del propio papel protagónico del intendente en una época dominada por la incipiente consolidación estatal.<sup>30</sup>

El presidente Juárez Celman inició su mandato en octubre de 1886 con el mal augurio de la amenaza epidémica.<sup>31</sup> Al mismo tiempo, el hecho de que hiciera conocer por anticipado el nombramiento de quien iba a designar como intendente, dentro de un marco caracterizado por el desplazamiento de notorios allegados al gobierno anterior, contribuyó sin duda a enrarecer el ambiente político. Llamó especialmente la atención que la futura máxima autoridad municipal fuera un reputado médico higienista que se oponía a la apertura de la Avenida de Mayo, proyecto emblemático de Alvear.<sup>32</sup> Paralelamente, y complicando más las cosas, se intensificaron las acusaciones mutuas entre la Comisión Municipal y el intendente, situación en la que terciaba la prensa mitrista con sus frecuentes apelaciones al “nombramiento de las autoridades municipales por el pueblo”.<sup>33</sup>

La irrupción del cólera, que intensificó las tensiones al reabrir el debate sobre las

deficiencias crónicas del Departamento de Higiene, forzó al ministro del Interior a adoptar medidas urgentes.<sup>34</sup> En primer lugar lo colocó bajo su mando directo y nombró delegados médicos de su confianza que se desplazaron a las zonas afectadas, lo que permitió a su vez la promoción de médicos como Juan Gil y Roberto Wernicke. En la Capital Federal, en cambio, decidió otorgar a José María Ramos Mejía atribuciones especiales que muchos describieron como “la suma del poder sanitario” o “facultades extraordinarias”.<sup>35</sup> Ambas decisiones tuvieron la virtud, pero también el inconveniente, de quebrar los lábiles equilibrios internos de la corporación médica y de la municipalidad.

Tanto para Ramos Mejía como para la Asistencia, una decisión de tal calado, que implicaba una “centralización espontánea” de las funciones sanitarias, significó, obviamente, un importante espaldarazo.<sup>36</sup> Sin embargo, algunos periódicos introdujeron interesantes matices, que explicarían en parte la agresividad y el descontento que se desencadenaron a posteriori. *La Nación* reflexionaba:

¿A quien conceder la autoridad y la dirección en tales circunstancias? Las opiniones se inclinaban al actual intendente de la municipalidad. Se le atribuían las calidades necesarias para haber abierto una verdadera campaña contra el cólera; y por otra parte, la higiene y la asistencia eran materias que entraban plenamente en el dominio de la municipalidad. ¿Por qué fue puesto de lado el intendente? Los hechos lo han explicado más tarde. La intendencia estaba prometida a otro candidato, para el 1 de mayo próximo y la gloria que hubiera podido conquistar el actual en la magna campaña que se preparaba hubiera hecho imposible el cambio. Entonces se prefirió conferir

la “autoridad suprema” precisamente a una repartición que dependía de la intendencia.<sup>37</sup>

Como principal autoridad sanitaria del municipio Ramos Mejía recibió al principio un amplio apoyo y el encargo de realizar una serie de estudios, con el fin de emprender un plan de saneamiento de la ciudad. Según lo acordado con el presidente y el ministro del Interior, elevó un primer informe en el que concluía que la prioridad debía ser sanear e instalar cloacas y agua corriente en la Boca y Barracas, medidas de largo aliento que implicaban importantes inversiones y, sobre todo, una cierta reasignación de recursos entre proyectos ya en marcha.<sup>38</sup> Era el momento de pasar a los hechos. Sin embargo inmediatamente se vio que los esfuerzos de coordinación, imprescindibles para que los médicos pudieran liderar la tan proclamada centralización técnica, brillaban por su ausencia. Por lo tanto, la autoridad suprema de Ramos Mejía se fue difuminando lentamente. Los periódicos constataban que la posición de la Asistencia Pública continuaba siendo “equivoca y deficiente y su acción quizá vacilante”.<sup>39</sup>

Desde el mismo momento de la creación de la Asistencia Pública la superposición de muchas de sus funciones con las del Poder Ejecutivo municipal, que en un cierto sentido se sintió amenazado, generó permanentes malentendidos, que se agravaron aun más por ciertos desaires del gobierno al intendente.<sup>40</sup> Con el tiempo esos roces derivaron en un conflicto abierto entre éste y el conjunto de los médicos municipales, a quienes no podían sentar nada bien las opiniones de Alvear acerca de que el problema sanitario, que la epidemia hacía aflorar, se debía al exceso de médicos de la Asistencia Pública, sus elevados salarios y al hecho de que Ramos Mejía no tenía un “verdadero plan”.<sup>41</sup>

Pero ¿cuál fue el núcleo de esos conflictos jurisdiccionales? Como ha sido ya señalado, los médicos se valían de recursos que



les permitían afianzar espacios de relativa autonomía “técnica”. El problema radicaba en que ese afianzamiento erosionaba al mismo tiempo algunas de las bases del funcionamiento político que les proveía tales recursos. A su vez, la escasa consolidación de las actividades preventivas, con el consecuente predominio de tareas realizadas en general a destiempo y de manera apresurada, reforzaba el prestigio de la “ejecutividad”. Ello presuponía, y a su vez potenciaba, una cierta fluidez y un continuo desplazamiento entre la dimensión médico-institucional y la política. Es en esa frontera, en continua redefinición, donde surgían los conflictos. Paradigmática en ese sentido fue la pugna por el espacio ocupado por los inspectores de higiene. Éstos dependían en exclusiva de la intendencia, y la Asistencia Pública bregó con fuerza por subordinarlos a los médicos seccionales, porque así lo requería “la jerarquía de la profesión médica”.<sup>42</sup> Era evidente que esos empleados municipales cumplían un papel importante en la estructura de las redes y clientelas políticas que, por muchos motivos, no era posible ni deseable desactivar. El propio Alvear, a pesar de su crítica a la “politiquería” de sus adversarios, no quería de ninguna manera verse privado de esa poderosa palanca de poder. Por tanto, los frecuentes conflictos entre inspectores de higiene y médicos seccionales representaron una especie de último eslabón de una cadena de negociaciones y tensiones continuas que unían ese espacio de la práctica política celular, con las esferas media y alta del ejercicio del poder. No pueden entenderse los grandes proyectos institucionales médicos, incluso de alcance pre-

tendidamente nacional, sin atender también a esas cuestiones que están en su base.<sup>43</sup>

Este “viejo litigio” entró finalmente en su período de crisis cuando un grupo de médicos acusó al intendente de ser el causante de un brote de cólera en el hospital San Roque. Como represalia, Alvear decidió amonestar al director de la Asistencia mediante una carta girada a los periódicos, que muchos consideraron un “sonoro y humillante palmetazo público evidentemente cargado de animosidad, de un propósito hiriente y hasta depresivo para esa repartición compuesta de médicos”.<sup>44</sup> La respuesta de Ramos Mejía, muy en su estilo, en la que criticó con dureza la política urbana del intendente, forzó su cese inmediato. Mientras que el vicepresidente Carlos Pellegrini intentó sin éxito una conciliación *in extremis*, el Concejo Deliberante cuestionó la legalidad de la medida.<sup>45</sup>

Además de la lábil frontera entre lo técnico y lo político, hay otras dos cuestiones dignas de ser destacadas en este conflicto. La primera, la reacción corporativa de los médicos municipales, su movilización y el sintomático despliegue de “espíritu de cuerpo”. La segunda, el trato deferente que les dispensó el gobierno.<sup>46</sup> En tal sentido, no fue casual que en el acto de desagravio que le ofrecieron sus colegas Ramos Mejía pusiera de manifiesto, una vez más, el significado colectivo de su gestión. Es en su derrota, en este caso parcial y personal, donde mejor se observa el éxito de los esfuerzos de estos médicos municipales, pero que miraban al Estado, por ocupar el mayor espacio institucional posible.<sup>47</sup>

Para entonces el cólera había remitido casi absolutamente. Tras sortear con éxito la interpelación, Alvear concluyó su mandato de ocho años entre actos solemnes y ho-

menajes. Mientras tanto, con la asunción del nuevo intendente, Ramos Mejía recuperó su antiguo cargo. Todo parecía seguir igual; sin embargo, cuestiones importantes comenzaban a moverse.

## Nuevos derroteros

Una nueva etapa se inició con el cierre apresurado y “por decreto” de la crisis epidémica por parte del ministro del Interior.<sup>48</sup> Del regreso de Ramos Mejía a su anterior función se esperaba mucho. Especialmente se quería ver en funcionamiento a un equipo compuesto por dos médicos higienistas de trayectoria afín. Sin embargo, la intendencia de Antonio Crespo fue decepcionante debido, sobre todo, a que se vio atrapado por una inercia institucional que le dejó poco espacio para la innovación. Tal vez por ello, Ramos Mejía, que pareció haber perdido su entusiasmo anterior, abandonó al poco tiempo su cargo, sin cumplir tampoco con las expectativas despertadas.<sup>49</sup>

La situación que desde la cúspide del poder debía manejar el ministro Wilde era, sin duda, compleja: necesitaba imperiosamente articular sentimientos e intereses locales y nacionales de una manera novedosa. Su actividad se vio sin embargo favorecida por una situación político-social francamente optimista, con abundancia de recursos y la inexistencia de peligros de involución, lo que permitía al presidente Juárez Celman ensalzar el advenimiento de una nueva etapa en la que los funcionarios comenzaban a reemplazar a los políticos.<sup>50</sup> Las nuevas propuestas de centralidad juarista y, sobre todo, los mecanismos de promoción que utilizó, incrementaron, en un sentido amplio, los espacios de intervención profesional de los médicos, cuyo



propio proyecto colectivo sintonizaba con ellas. En un sentido más acotado aumentaron el protagonismo específico de médicos concretos, como Susini, Penna, los propios Ramos Mejía y Crespo y sobre todo, Astigueta, nombrado ministro de Instrucción durante el último tramo de su gobierno. Se reveló fundamental la continuidad del ministro Wilde que primero los aupó durante el mandato de Roca y luego los consolidó durante el de Juárez Celman.

Fue clave también la convocatoria por parte del gobierno de una conferencia médica que “nacionalizó” el problema higiénico al plantear, haciendo suyas las demandas de ciudades como Rosario, Córdoba y Mendoza, la necesidad de un proyecto sanitario de carácter permanente en todo el territorio, bajo la coordinación del Departamento de Higiene.<sup>51</sup> Sus resultados fueron inseparables de otra convocatoria internacional previa, en la que los comisionados argentinos, Susini y Astigueta, firmaron junto a los de Brasil y Uruguay un convenio sanitario que exigía que cada uno de los tres Estados dispusiera de autoridades médicas con capacidad de control efectivo sobre la sanidad y los flujos mercantiles y de personas.<sup>52</sup> El diseño de un Consejo de Higiene con amplias atribuciones y capacidad ejecutiva era, por lo tanto, una cuestión de la mayor necesidad e importancia a nivel local, nacional e internacional.<sup>53</sup>

Los cambios en esa dirección, que habían comenzado con el decreto de Wilde de enero de 1887, que colocó al Departamento bajo su mandato directo, fueron reforzados por el retiro de su antiguo director, Tomás Pardo, y su reemplazo por un nuevo equipo bajo la dirección de Juan Gil.<sup>54</sup> Conformado por médicos como Astigueta, Arata, Susini y otros, que se habían fogueado previamente en distintos ámbitos de

la administración municipal, el nombramiento de este nuevo equipo implicó, además de una promoción, una transferencia, al menos en los papeles, de capital intelectual desde el municipio de Buenos Aires a la esfera del Estado.

La actuación del nuevo Consejo, dirigido por Juan Gil, delegado médico en Mendoza durante la última epidemia, se vio favorecida por unos años de calma epidémica que le permitieron encarar un cierto remozamiento estructural. Ello le franqueó, a diferencia del equipo Crespo-Ramos Mejía, el apoyo de la opinión pública de Buenos Aires, que lo consideró una prueba de “regeneración institucional”, un avance de la ciencia y el inicio de una nueva etapa en la relación entre la corporación médica y el Estado.<sup>55</sup> Pero el ritmo de los cambios emprendidos debía ser obligadamente lento.

El retiro de Eduardo Wilde de la escena política, anticipado por el deterioro que sufrió su imagen pública con motivo de la enajenación de las obras de salubridad de Buenos Aires, produjo un efecto ambiguo sobre la elite de médicos funcionarios. Implicó, por una parte, una pérdida de influencia directa pero por otra, paradójicamente, un relajamiento del control político que, a su vez, permitió el establecimiento de vínculos más matizados, como lo demuestra la promoción de médicos como Guillermo Udaondo, revolucionario del 90. La revolución y la crisis produjeron ciertas sacudidas en el armazón médico burocrático diseñado por Wilde, pero no cambios trascendentes. La influencia de los médicos que habían afianzado su posición con Juárez Celman siguió consolidándose.

Fue otro conflicto jurisdiccional de envergadura, esta vez entre la intendencia de Buenos Aires y el Consejo de Higiene, el que

convenció al gobierno, en ese momento bajo la dirección de Carlos Pellegrini, de afianzar sin paliativos el alcance nacional del Departamento de Higiene.<sup>56</sup> La norma que como consecuencia se promulgó, clave para el proyecto médico profesional, implicó una maduración de la experiencia médica, palpable en los debates de los últimos años.<sup>57</sup> Sus mentores más destacados fueron Juan Gil,

Mariano Astigueta y Guillermo Udaondo, futuro gobernador de la provincia de Buenos Aires, aunque también bregaron mucho por ello médicos como Wernicke y Susini, quienes en el conflicto de 1986 habían defendido a ultranza las prerrogativas más locales de la Asistencia. Fue precisamente Udaondo el que más teorizó, en sus cartas, informes y proyectos elevados al ministro del Interior, acerca de la idea de “centralidad” y, sobre todo, de “jurisdicción sanitaria”, que permitirían un afianzamiento del proyecto médico a través de la consolidación estatal. Basó sus argumentos en la intervención de Max von Pettenhoffer en el Congreso de Higiene de Viena de 1887, la ley inglesa de protección de la salud de 1875, la experiencia alemana y la “sagacidad de la legislación italiana”.<sup>58</sup>

### **José María Ramos Mejía, “primera autoridad sanitaria nacional”**

Con la nueva ley se consolidaron los cambios que se estaban produciendo en la relación entre la cúspide técnica del Estado y el elenco político. El nombramiento de Ramos Mejía, ya en su plena madurez, como director del Consejo y, por tanto, principal interlocutor científico del gobierno, con atribuciones propias de un ministro,

significó en parte una vuelta a los orígenes, a 1883, un reconocimiento, y también un intento de encauzar disciplinadamente la influencia médica, tras años de trabajo institucional fructífero pero disperso.

Desde su nuevo cargo Ramos Mejía se propuso afianzar y, a la vez, reelaborar el legado de sus antecesores, Gil y Udaondo. El medio para lograrlo fue la construcción del “rol complejo” del departamento, que implicaba dar prioridad a la prevención, a partir de combinar de forma estratégica la sanidad externa con la “modificación del medio interno”, la consolidación de atribuciones a nivel nacional y la primacía efectiva de la “jerarquía” médica.<sup>59</sup> El crecimiento y la diversificación de las actividades del departamento que se dieron a partir de entonces estuvieron mediatizados, además de por múltiples factores de índole social, por el ritmo de sus vínculos con los distintos gobiernos.<sup>60</sup>

Atendiendo a esas circunstancias, puede dividirse la gestión de Ramos Mejía en dos etapas. La primera transcurrió bajo el gobierno de Luis Sáenz Peña, en la que la inestabilidad política impidió transformaciones de importancia en la política global del departamento.<sup>61</sup> Sí se produjo, en cambio, la modificación de su estructura interna: de un funcionamiento básicamente colegiado se pasó a una clara diferenciación entre una rama ejecutiva, a cargo de Ramos Mejía, y otra consultiva, lo que originó un serio conflicto con algunos vocales.<sup>62</sup> Se alcanzó así, en un espacio concreto –paradójicamente gracias a que el esquema preventivo aún no había triunfado del todo– la tan mentada “centralización ejecutiva”. Subproducto de las pugnas por el logro de un efectivo control médico de las instituciones sanitarias estatales, tantas veces proclamada como escudo contra grupos y actores ajenos a la profesión, ahora se resolvía en medio de

pugnas entre colegas. En este sentido es interesante observar cómo se afianzaba una memoria de los médicos en la función pública, que asimilaba experiencias de acercamiento y distanciamiento del poder, y las reciclaba para nuevas aplicaciones.

Un segundo período de mayor equilibrio se inició en 1895 con el gobierno de José Evaristo Uriburu, en el que Ramos pudo ver cómo el Poder Ejecutivo le renovaba su confianza. La continuidad que así se conseguía permitió el afianzamiento de equipos de trabajo y la elaboración de planes a mediano plazo. Se lograron también cotas de autonomía cualitativamente distintas de la que gestionaron médicos cercanos al poder como Rawson, Pardo y Wilde.<sup>63</sup> Ello fue posible por una sólida confianza política del nuevo gobierno en Ramos Mejía pero, fundamentalmente, por cuestiones previas. La diversificación interna del grupo conservador, tras la crisis del 90, propició una mayor fluidez en los espacios de toma de decisiones a nivel estatal, lo que permitió el afianzamiento de aquellas instancias con capacidad suficiente para imponer sus criterios técnicos.<sup>64</sup> Si la primera mitad de la década ayudó a la consolidación de estructuras, este nuevo período brindaba ahora mayor continuidad y estabilidad. Sucedió en esta área lo mismo que en otras, como la educativa o la urbana.<sup>65</sup>

Quince años después, casi justo en el fin de siglo, podía observarse a aquellos mismos jóvenes médicos municipales del 80 –promovidos a responsabilidades mayores durante el gobierno de Juárez Celman– convertidos en su madurez en una auténtica elite técnico-intelectual, fuertemente consolidada en el aparato del Estado; con limitaciones importantes, es cierto, pero también con la suficiente autonomía para orientar según sus criterios parte de la sanidad pública.

Lo que sucedió entre un momento y otro fue producto de un cúmulo de factores muy distintos: científicos, institucionales, académicos, económicos y culturales. Nos hemos limitado aquí a señalar algo complementario: la importancia de un cierto tipo de gestión, lindante con lo político, una cierta “estrategia de poder”, que permitió a médicos como Ramos Mejía, Astigueta, Penna y Susini la obtención de espacios institucionales “en exclusividad”, es decir, definidos según criterios técnicos propios. Éstos, a su vez, adquirieron su perfil característico en el mismo transcurso de ese proceso de gestión, como quedó bien establecido durante los primeros conflictos de la Asistencia Pública.

## Notas

<sup>1</sup> Véase al respecto Natalio Botana y Ezequiel Gallo, *De la república posible a la república verdadera (1880-1910)*, Buenos Aires, Planeta, 1997; Ezequiel Gallo y Roberto Cortés Conde, *La formación de la Argentina moderna*, Buenos Aires, Paidós, 1973; Natalio Botana, *El orden conservador*; Buenos Aires, Sudamericana, 1985; Gustavo Ferrari y Ezequiel Gallo (comps.), *La Argentina del ochenta al Centenario*, Buenos Aires, Sudamericana, 1980; Mirta Lobato, *El progreso, la modernización y sus límites (1880-1916)*, vol. V de *Nueva historia argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2000; Oscar Oszlack, *La formación del Estado argentino*, Buenos Aires, De Belgrano, 1985; Tulio Halperín Donghi, *Proyecto y construcción de una nación, Argentina 1846-1880*, Caracas, Ayacucho, 1980. Discusiones sobre el Estado como una red de distintas dimensiones que no siempre evolucionan en la misma dirección, o al mismo ritmo, en Peter Evans, Dietrich Ruesmeyer y Theda Skocpol, *Bringing the State Back In*, Cambridge University Press, 1985.

<sup>2</sup> Muchos de sus miembros pertenecían a las elites más encumbradas de la sociedad, sobre to-

do en el caso de los abogados, pero en general se trataba de un grupo bastante heterogéneo. Véase Eduardo Zimmermann, “Liberals, Reform and the Social Question: Argentina, 1890-1916”, tesis doctoral, Oxford, St. Anthony College, 1990, además, Federico Neiburg y Mariano Plotkin (comps.), *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en Argentina*, Buenos Aires, Paidós, 2004. Reflexiones importantes pueden consultarse en Dietrich Ruesmeyer y Theda Skocpol, *States, Social Knowledge, and the Origins of Modern Social Policies*, Nueva Jersey, Princeton University Press, 1996.

<sup>3</sup> Véase Pierre Bourdieu, “The genesis of the concepts of «habitus and field», *Sociocriticism*, 2, 2, 1985, pp. 11-24. Para el concepto de autonomía, utilizado muchas veces de una manera demasiado esquemática, véase, sobre todo, Terence Johnson, “The State and the Professions; peculiarities of the British”, en Anthony Giddens y Gavin Mackenzie (eds.), *Social Class and the Division of Labour*, Cambridge University Press, 1982, y “Governmentality and the Institutionalization of expertise”, en Terence Johnson, Gerry Larkin y Mike Sacks, *Health Professions and the State in Europe*, Londres, Routledge, 1995.

<sup>4</sup> Considero útil combinar el uso del concepto “intelectual”, más “glamoroso”, con el más prosaico de “profesional”, que otorga mayor visibilidad a los procesos de obtención de recursos (materiales, institucionales y simbólicos). Véase Andrew Abbot, *The System of Professions*, University of Chicago Press, 1988; Ricardo González Leandri, *Las profesiones. Entre la vocación y el interés corporativo*, Madrid, Catriel, 1999. En el caso que estamos abordando conviene destacar también que quienes lideraron ese proceso fueron dejando de lado el liberalismo de corte clásico para acercarse cada vez más, hacia fines de siglo, a un positivismo organicista, más acorde con su crecimiento corporativo e institucional y con el propio afianzamiento de la burocracia estatal. Véase Charles Hale, “Ideas políticas y sociales en América Latina”, en *Historia de América Latina*, vol. 8: *América Latina: cultura y*

*sociedad (1830-1930)*, Barcelona, Cambridge University Press-Crítica, 1991.

<sup>5</sup> Sobre la cuestión social en la Argentina véase E. Zimmermann, “Liberals...”, y los trabajos incluidos en Juan Suriano, *La cuestión social en Argentina (1870-1943)*, Buenos Aires, Manantial, 2000.

<sup>6</sup> Véase Hugo Vezzetti, *La locura en la Argentina*, Buenos Aires, Folios, 1981; Diego Armus, “El descubrimiento de la enfermedad como problema social”, en M. Lobato, ob. cit., pp. 507-553; M. Lobato, *Política, médicos y enfermedades. Lecturas de historia de la salud en la Argentina*, Buenos Aires, Biblos, 1996; Héctor Recalde, *La salud de los trabajadores en Buenos Aires (1870-1910). A través de las fuentes médicas*, Buenos Aires, Grupo Editor Universitario, 1997; Susana Belmartino et al., *Corporación médica y poder en salud*, Rosario, Centro de Estudios Sanitarios y Sociales, 1988; Jorge Salessi, *Médicos, maleantes y maricas. Higiene, criminología y homosexualidad en la construcción de la nación argentina (Buenos Aires, 1817-1914)*, Rosario, Beatriz Viterbo, 1995; R. González Leandri, *Curar, persuadir, gobernar. La construcción histórica de la profesión médica en Buenos Aires (1852-1886)*, Madrid, Biblioteca de Historia de América-CSIC, 1999; María Silvia Di Lisia, *Saberes, terapias y prácticas médicas en Argentina (1750-1910)*, Madrid, Biblioteca de Historia de América-CSIC, 2002. Un estado de la cuestión sobre distintos abordajes de estas cuestiones, no sólo en la Argentina sino en el conjunto de América Latina, puede consultarse en D. Armus (ed.), *Entre médicos y curanderos. Cultura, historia y enfermedad en la América Latina moderna*, Buenos Aires, Norma, 2002, pp. 11-25.

<sup>7</sup> Véase James Scobie, *Buenos Aires, del centro a los barrios*, Buenos Aires, Solar-Hachette, 1977; N. Botana, “La federalización de Buenos Aires”, en G. Ferrari y E. Gallo, ob. cit.; M. Lobato, *Progreso...*, y N. Botana, *Orden...*

<sup>8</sup> Véase Norberto Acerbi, *Eduardo Wilde. La construcción del Estado nacional roquista*,

Buenos Aires, Confluencia, 1999; Juan Antonio Solari, *Generaciones laicas argentinas. Eduardo Wilde*, Buenos Aires, Bases, 1964; Enrique Pezzoni, “Eduardo Wilde. Lo natural como distancia”, en G. Ferrari y E. Gallo, ob. cit., pp. 707-724; Eliseo Cantón, *Historia de la medicina en el Río de la Plata*, Madrid, Hernández y Galo Sáez, 1928, 6 vols., vol. IV, pp. 7-145, R. González Leandri, *Curar...*, pp. 187-222

<sup>9</sup> Se destacó, sobre todo, la promoción de Ignacio Pirovano, José Mariano Astigueta y Antonio Crespo. El acceso de este último a la cátedra de Higiene, tras la renuncia de Guillermo Rawson, motivó las quejas de Emilio Coni, quien expresó: “¡Qué gran sorpresa experimenté al ver eliminado al sabio maestro [...] para dejar vacante el puesto a un favorito del gobierno del general Roca!”; E. Coni, *Memorias de un médico higienista*, Buenos Aires, Imprenta Coni, 1918. Para las quejas de Tomás Pardo, presidente de la Academia y miembro de la elite roquista, véase “Higiene pública”, *La Prensa*, 24 de noviembre de 1886. Un importante análisis del clima de ideas en el que participaban estos médicos es el de Marcelo Monserrat, “La mentalidad evolucionista”, en G. Ferrari y E. Gallo, ob. cit., pp. 785-819.

<sup>10</sup> Véase J. Scobie, ob. cit., N. Botana, “Federalización...” y *Orden...*; N. Botana y E. Gallo, ob. cit.

<sup>11</sup> Fue importante en tal sentido el veto presidencial a dos artículos de la ley orgánica municipal que establecía la elección del intendente por medio de elecciones. “La situación”, *La Prensa*, 19 de agosto de 1881, “La Capital y las provincias”, 20 de agosto de 1881 Al año siguiente se aprobó la elección “popular” del Concejo Deliberante y el nombramiento del intendente por el Poder Ejecutivo con acuerdo del Senado, lo que también fue criticado por sectores con fuerte implantación política local. Véase, entre muchas otras notas publicadas en esos años, “Concejo Deliberante”, *La Prensa*, 23 de diciembre de 1883.

<sup>12</sup> Véase Adrián Beccar Varela, *Torcuato de Alvear. Primer intendente municipal de la ciu-*

dad de Buenos Aires, Buenos Aires, Kraft, 1926; Adrián Gorelik introduce importantes matices al sentido de sus obras emblemáticas y, sobre todo, a su perfil "housmaniano"; véase A. Gorelik, *La grilla y el parque. Espacio público y cultura urbana en Buenos Aires (1887-1936)*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 1998.

<sup>13</sup> Se trataba de dos figuras notables entre la juventud universitaria de la época. Coni se había destacado como director de la *Revista Médico Quirúrgica* y Ramos Mejía como primer presidente del Círculo Médico. Para su trayectoria véase E. Coni, ob. cit.; Oscar Terán, *Positivismo y nación en Argentina*, Buenos Aires, Puntosur, 1987 y *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910)*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2000; José Ingenieros, "La personalidad intelectual de José M. Ramos Mejía", en José María Ramos Mejía, *La neurosis de los hombres célebres en la historia argentina*, Buenos Aires, La Cultura Argentina, 1915. Véase la composición de la Comisión Municipal en *Memoria del presidente de la Comisión Municipal al Concejo, correspondiente al ejercicio de 1880*, Buenos Aires, Imprenta de Martín Biedma, 1881, pp. 6-7.

<sup>14</sup> Los otros miembros de la comisión de higiene eran Domingo Parodi, Ignacio Pirovano y Domingo Salvarezza. *Memoria del Presidente...*, pp. 6 y 7. A pesar de sus limitaciones la comisión adoptó iniciativas que sentaron las bases de intervenciones municipales futuras, como la propaganda por la vacunación antivariólica obligatoria y la regulación de la prostitución. Su eficacia se vio lastrada por la superposición de funciones con otros organismos y por disidencias entre sus propios miembros.

<sup>15</sup> El proyecto propuesto al gobierno nacional fue elaborado por María Ramos Mejía. Reconocía a Coni y Susini como sus inspiradores y estaba prácticamente calcado del de la institución de igual nombre fundada por Adolphe Thiers en París. Ante el fracaso de sus gestiones iniciales, sólo pudo contar con el hospital San Roque, donde ubicó su sede el hospicio de las Mercedes, destinado a enfermos dementes, y el de crónicos, to-

dos ellos municipales. Véase J.M. Ramos Mejía, "Informe anual de la Asistencia Pública", en *Memoria de la Intendencia Municipal*, 1883; José Penna y Horacio Madero, *La administración sanitaria y la asistencia pública de la ciudad de Buenos Aires*, Buenos Aires, Imprenta Kraft, 1910, 2 vols.; R. González Leandri, "Damas, médicos y funcionarios. Acuerdos y tensiones en la creación de la Asistencia Pública de Buenos Aires", en José Luis Peset (ed.), *Ciencia, vida y espacio en Iberoamérica*, Madrid, CSIC, 1989, y Ernest Crider, "Modernization and Human Welfare: The Public Assistance and Buenos Aires (1883-1910)", tesis doctoral, Ohio State University, 1976.

<sup>16</sup> Véase H. Vezzetti, ob. cit.; E. Crider, ob. cit. Años después Ramos Mejía relató, tratando de refutar a Alvear, que se consideraba el verdadero fundador de la Asistencia Pública, ciertos pormenores de sus gestiones cerca del gobierno para obtener el cargo. Véase J.M. Ramos Mejía, "El Dr. Ramos Mejía al intendente Alvear. Réplica", *La Nación*, 5 de marzo de 1887.

<sup>17</sup> Véanse ugerentes reflexiones teóricas vinculadas a otros contextos con respecto a estas cuestiones en Paul Starr y E. Immergut, "Health care and the boundaries of politics", en C.S. Maier, *Changing Boundaries of the Political*, Cambridge University Press, 1987, y Terence Ranger y Paul Slack, *Epidemics and Ideas: Essays on the Historical Perception of Pestilence*, Cambridge University Press, 1992, pp. 1-21.

<sup>18</sup> Comentaba Ramos con posterioridad: "Tenía autorización y me puse a la tarea de crearlo todo. Reuní a los jóvenes médicos más distinguidos y de mejor voluntad y que ofrecieron ayudarme con la mayor abnegación", J.M. Ramos Mejía, "El Dr. Ramos Mejía al intendente...".

<sup>19</sup> Véase J.M. Ramos Mejía, "Informe Anual de la Asistencia Pública", en *Memoria de la Intendencia...*, 1884 y 1885.

<sup>20</sup> Véase J.M. Ramos Mejía, "Informe anual...", 1884, p. 3.

<sup>21</sup> *Ibidem*.

<sup>22</sup> La Comisión de Higiene inaugurada en 1880 había obtenido algunos éxitos parciales en ese sentido. Una vez al frente de la Asistencia Pública, Ramos logró la promulgación del edicto que establecía las designaciones de puestos técnicos por medio de concursos el 10 de marzo de 1885, cuestión que abrió una brecha entre los médicos municipales y la elite de la Facultad de Medicina, que aspiraba a controlarlos. Fue importante también la modificación del reglamento. Hasta entonces la institución se regía por su acta fundacional, un reglamento provisorio redactado por el propio Ramos Mejía y por los de los servicios e instituciones que la conformaban, que muchas veces se contradecían. *Memoria de la Intendencia...*, 1881, 1882, 1883, 1884 y 1885.

<sup>23</sup> Existía una larga tradición de desencuentros entre los médicos municipales y la intendencia. Véase R. González Leandri, *Curar...*, pp. 26-29. Alvear se situó como continuista con respecto a los anteriores intendentes que recelaban del afán expansionista de la Facultad de Medicina. En la memoria municipal de 1881 consideraba correcta la actitud de "las corporaciones anteriores que han negado a la facultad hasta el derecho de nombrar practicantes para el servicio del hospital". Además, el tener que entregar el Hospital Buenos Aires a la Facultad de Medicina por imperativo legal representó una gran frustración para Alvear, que había rechazado de una manera firme todas las propuestas de administración conjunta que le habían sido dirigidas en forma previa. Creía que la facultad debía limitarse al papel de mera consejera de la administración en temas científicos. *Memoria de la Intendencia...*, 1881.

<sup>24</sup> J.M. Ramos Mejía, "Informe anual...", 1885.

<sup>25</sup> Para una historia del Consejo véase Juan Carlos Veronelli, *Medicina, gobierno y sociedad*, Buenos Aires, El Coloquio, 1975; R. González, Leandri, *Curar...*, pp. 80-85 y "El Consejo Nacional de Higiene y la consolidación de una elite profesional al servicio del Estado. Argentina, 1880-1900", *Anuario de Estudios Americanos*, N° 61-62, julio-diciembre de 2004, pp. 571-593.

<sup>26</sup> "Asuntos municipales", *La Prensa*, 26 de octubre de 1886, y "La regeneración", *La Prensa*, 31 de mayo de 1887.

<sup>27</sup> J.C. Veronelli, ob. cit.; R. González, Leandri, "Consejo..."; Departamento Nacional de Higiene, *Memoria correspondiente a los años 1892, 1893, 1894, 1895, 1896 y 1897, presidencia del Dr. José María Ramos Mejía*, Buenos Aires, Imprenta y Encuadernación de El Correo Español, 1898, pp. 18-25.

<sup>28</sup> Véase D. Armus, "Descubrimiento..."; R. González Leandri, *Curar...*; H. Recalde, *Las epidemias de cólera (1856-1895)*, Buenos Aires, Corregidor, 1993; Olga Bordi de Ragucci, *Cólera e inmigración*, Buenos Aires, Leviatán, 1992; J. Penna, *El cólera en la República Argentina*, Buenos Aires, Imprenta La Semana Médica, 1897; Agustina Rosario Prieto, "Epidemias, higiene e higienistas en la segunda mitad del siglo XIX", en M. Lobato, *Política...*, pp. 57-71. Una de las características más destacables de la epidemia de cólera es que se produjo poco después de los decisivos descubrimientos de Koch en 1883. Por lo tanto, puede considerársela como la última de una etapa y la primera de otra.

<sup>29</sup> El ministro Wilde asumió durante esta epidemia una postura mucho más enérgica con respecto a las tensiones jurisdiccionales, tradicionales durante las epidemias, entre el gobierno central y las provincias. Lo hizo tanto por motivos políticos, mayor afianzamiento del Estado nacional, como científicos; una mayoría de médicos consideraban inadecuadas las barreras o cuarentenas, no así las autoridades locales que seguían imponiéndolas. Sin embargo, la mayor firmeza del gobierno no fue siempre exitosa. El caso más notable fue el de Rosario, cuyo intendente terminó expulsando al doctor Roberto Wernicke, médico enviado como delegado por el ministro del Interior. Véase A.R. Prieto, ob. cit.

<sup>30</sup> Su extracción social, sus proyectos emblemáticos, y su imagen de gestor eficaz convirtieron a Alvear, incluso para muchos de sus contemporáneos, en un icono de la modernidad aristo-

crática de Buenos Aires. Véase A. Beccar Varela, ob. cit., A. Gorelik, ob. cit.

<sup>31</sup> Véase O. Bordi de Ragucci, ob. cit.

<sup>32</sup> Antonio Crespo era hijo del gobernador de Entre Ríos y hombre del entorno político juarista. Como estudiante fue el segundo presidente del Círculo Médico, a continuación de Ramos Mejía. Desempeñaba en la facultad la cátedra de Higiene.

<sup>33</sup> “La municipalidad de la Capital”, *La Prensa*, 1 de enero de 1886; “La salud pública. Estado higiénico de Buenos Aires”, *La Prensa*, 21 de octubre de 1886.

<sup>34</sup> Desde el descubrimiento de los primeros casos de cólera se le reprocharon su inactividad y sus supuestas equivocaciones y a lo largo de la epidemia se generalizó la idea de que se hallaba “deshecho y completamente desconcertado”, “Asuntos municipales”, *La Prensa*, 26 de octubre de 1886; “Boletín del día. Concejo Deliberante”, *La Prensa*, 4 de noviembre de 1886, y “La regeneración”, *La Prensa*, 31 de mayo de 1887.

<sup>35</sup> “Boletín del día. Estado de la salud pública”, *La Prensa*, 9 de noviembre de 1886.

<sup>36</sup> *Ibidem*.

<sup>37</sup> “La anarquía”, *La Nación*, 3 de marzo de 1887.

<sup>38</sup> La publicidad que algunos periódicos dieron a ese informe sirvió para que cobrara aun más fuerza la campaña a favor de la mejora de la zona sur de la ciudad. Así, podía leerse por ejemplo: “Denunciada esa necesidad suprema, no es permitido gastar el tiempo y el dinero en obra alguna de aliento, en tanto las indicadas no sean abordadas y finalizadas. Sin desconocer las ventajas de la Avenida de Mayo que tantas veces hemos expuesto a favor del colosal proyecto del Sr. intendente Alvear, sostenemos que después de lo que el pueblo ha visto, leído y sentido en el curso de las últimas dos semanas, sería un sarcasmo emprender su apertura sin solucionar previamente el problema de la salubricación de la Boca”; “La hora de las soluciones”, *La Prensa*, 17 de noviembre de 1886.

<sup>39</sup> “Higiene pública”, *La Prensa*, 23 de noviembre de 1886; “Continuación del retrospecto. El cólera morbus”, *La Prensa*, 1 de enero de 1887.

<sup>40</sup> Alvear trataba de no dejar en otras manos algunas atribuciones como la inspección de conventillos y otras tareas que con frecuencia realizaba en forma personal y con profusión de avisos a la prensa. Muy disgustado Ramos Mejía llegó a decir: “Lejos de ayudarme en la tarea [el intendente] se ha preocupado de crearme obstáculos de toda especie, tomando contramedidas, anulando las mías, desacreditando mis disposiciones ante el público, inspirando la desconfianza hacia la única autoridad municipal que velaba por la salud de la población”; J.M. Ramos Mejía, “El Dr. Ramos Mejía al intendente...”.

<sup>41</sup> *La Prensa*, 9 de enero de 1887. Con respecto a los médicos municipales Alvear comentaba: “Es cómoda la abnegación que se decanta tanto más si se gozan de buenos sueldos”, para enfatizar seguidamente: “Y los de la Asistencia no pueden quejarse. Hay médicos como el Dr. Villar, que tienen cuatro sueldos, y como el Dr. Revilla que tienen dos. No pueden pues servir debidamente al público, y de eso provienen deficiencias que no tolero, siendo ésta la causa para enajenarme la voluntad de todos los que sirven en aquella repartición”; “La destitución del Dr. Ramón Mejía y el intendente Alvear”, *La Nación*, 4 de marzo de 1887.

<sup>42</sup> J. Penna y H. Madero, ob. cit., p. 144.

<sup>43</sup> La importancia de esas tensiones no escapaban a nadie. *La Prensa* expresaba “Ese estado de guerra latente entre autoridades sanitarias es la causa de que cada acto simplísimo, como es el desalojo de un conventillo invadido por la peste, se transforma en un conflicto, en una riña, en un proceso, en que tercia la prensa”; “Administración sanitaria”, *La Prensa*, 15 de diciembre de 1887. A su vez corroboraba que los inspectores de higiene, “con escasas excepciones, son además unas personalidades influyentes en sus secciones, cuya complacencia es de todos modos buscada por los almaceneros, fonderos, empresa-

rios de conventillos etc...; persuadidos de que todo aquel que no anda bien con ellos corre peligro. En las elecciones es donde juegan su principal rol; porque bajo la presión de la dispensación o imposición de las multas, los sufragantes con papeletas legales o falsas brotan que es un primor”; “Asistencia Pública”, *La Prensa*, 13 de noviembre de 1886.

<sup>44</sup> “El hospital San Roque y el de crónicos”, *La Prensa*, 1 de marzo de 1889; “La autoridad”, *La Prensa*, 4 de marzo de 1887; “Noticias. La destitución del director de la Asistencia Pública”, *La Nación*, 4 de marzo de 1887.

<sup>45</sup> Entre muchas otras cosas Ramos Mejía reprochó al intendente que, aparte de sus promocionadas y aparatosas visitas “sanitarias” a los conventillos, Alvear no había concurrido ni una sola vez a un hospital en todo su mandato. “Cargos y descargos”, *La Prensa*, 3 de marzo de 1887. Véase también “Noticia de sensación”, *La Nación*, 3 de marzo de 1887; “Noticias. Celebró ayer su primera reunión el Concejo Deliberante”; *La Nación*, 5 de marzo de 1887.

<sup>46</sup> Primero surgió la idea de renunciar en masa aunque finalmente se decidió nombrar una comisión conformada por los doctores Susini, Penna, Revilla y Villar, con la misión de entrevistarse con el presidente de la república. Éste los recibió en forma inmediata y logró disuadirlos con la promesa de que el doctor Ramos Mejía sería restituido en su puesto una vez que asumiera la intendencia el doctor Crespo; *La Prensa*, 3 de marzo de 1887; “La destitución del director de la Asistencia Pública”, *La Nación*, 4 de marzo de 1887; “Noticia de sensación”, *La Nación*, 5 de marzo de 1887; “Noticias. La cuestión Alvear-Ramos Mejía”, *La Nación*, 5 de marzo de 1887.

<sup>47</sup> Al concluir la crisis, y tras la asunción del doctor José Mariano Astigueta como nuevo director interino, una nutrida columna de unos ciento cincuenta médicos se dirigió a la casa de Ramos Mejía para homenajearlo. Se trató de una marcha inusual por su carácter de reivindicación corporativa. Una vez allí el doctor Telémaco Susini dio voz al sentimiento general al elogiar a Ra-

mos Mejía y criticar al intendente quien “a objeto de popularizarse buscaba los pretextos más fútiles para desacreditar a una institución que ha hecho hasta sacrificios para cumplir con sus deberes”; *ibidem*.

<sup>48</sup> “Supresión del cólera por decreto”, *El Nacional*, 15 de febrero de 1887.

<sup>49</sup> La intendencia de Crespo fue corta: un año y tres meses. Aquejado por una seria enfermedad, murió al poco tiempo.

<sup>50</sup> Véase “Mensaje del presidente de la república Miguel Juárez Celman al abrir las sesiones del Congreso argentino en mayo de 1887”, en H. Mabragna, *Los mensajes. Historia del desenvolvimiento de la Nación Argentina redactada cronológicamente por sus gobernantes (1810-1910)*, Buenos Aires, Compañía General de Fósforos, 1910, t. IV, p. 175.

<sup>51</sup> “La Conferencia Médica”, *La Prensa*, 1 de febrero de 1887; “La Conferencia Médica”, *La Prensa*, 16 y 18 de marzo de 1887; “El Congreso Médico”, *Sudamérica*, 15 de marzo de 1887; Roberto Wernicke, “La Conferencia Médica”, *Sudamérica*, 16 de marzo de 1887; O. Bordi de Ragucci, *Cólera...*, p. 63. “Retrospecto. Salud pública”, *La Prensa*, 1 de enero de 1888.

<sup>52</sup> “Arreglos internacionales”, *La Prensa*, 21 de septiembre de 1887; “Nuestros representantes al congreso sanitario de Brasil”, *Sudamérica*, 20 de octubre de 1887; “La convención sanitaria y el Brasil”, *Sudamérica*, 2 de noviembre de 1887; “La convención sanitaria”, *Sudamérica*, 10 de noviembre de 1887; “Convenciones sanitarias”, *Sudamérica*, 20 de abril de 1888.

<sup>53</sup> *La Prensa* señalaba con precisión algo que estaba en el clima de ideas del momento: “Ya no podemos vivir «a la antigua», como a cada uno le agrade más prescindiendo de los vecinos; el progreso tiene el privilegio de «exteriorizar» la existencia de las naciones”; “Arreglos internacionales”, *La Prensa*, 21 de septiembre de 1887.

<sup>54</sup> “Retrospecto. Salud pública”, *La Prensa*, 1 de enero de 1888.

<sup>55</sup> “Regeneración”, *La Prensa*, 31 de mayo de 1887. A algunos de sus miembros, como Susini, director del Laboratorio Bacteriológico, y Arata, jefe de la Oficina Química Municipal, se los reconocía por su notoria actividad durante el período en que Ramos Mejía había estado a cargo de la Asistencia Pública. Astigueta, el hombre de mayor confianza del ministro Wilde, actuaba como una especie de comodín del gobierno, que lo llamaba para dirigir instituciones nuevas, hacerse cargo de situaciones conflictivas o representarlo en eventos que requerían la mayor responsabilidad. Datos de su trayectoria pueden consultarse en Gregorio Aráoz Alfaro, *Crónicas y estampas del pasado*, Buenos Aires, El Ateneo, 1938, pp. 185-187, y D. Cantón, ob. cit., t. IV, pp. 388-394.

<sup>56</sup> Udaondo criticó al intendente por negar atribuciones al Departamento de Higiene con el argumento de que la ciudad ya tenía organizado un plan científico. Señalaba: “El Sr. intendente no se ha dado cuenta del sentido corriente que tiene hoy en la práctica administrativa de los países más libres lo que se llama jurisdicción sanitaria”. Estaba implícita una relación de jerarquía con respecto a los médicos del departamento, representantes del poder central. Véase G. Udaondo, “Higiene administrativa”, *Anales del Departamento Nacional de Higiene*, año II, N° II, febrero de 1892, pp. 18-27 Véase también J.C. Veronelli, ob. cit., pp. 47-50.

<sup>57</sup> La ley orgánica del Departamento Nacional de Higiene, N° 2.829, fue sancionada el 3 de

octubre de 1891. Véase J.C. Veronelli, ob. cit., p. 47.

<sup>58</sup> G. Udaondo, “Higiene administrativa...”.

<sup>59</sup> Departamento Nacional de Higiene, *Memoria 1892...*, pp. 20-21.

<sup>60</sup> Véanse N. Botana y E. Gallo, ob. cit.; G. Ferrari y E. Gallo, ob. cit.; M. Lobato, *Progreso...*

<sup>61</sup> Véase E. Gallo, “Un quinquenio difícil”, en G. Ferrari y E. Gallo, ob. cit., pp. 215-244.

<sup>62</sup> Según su opinión, el nuevo esquema contradecía el espíritu de concordia y consulta permanente que debía primar en un organismo fundamentalmente científico. Tras un año de debates la polémica culminó en 1893 con la aprobación por decreto del nuevo reglamento interno. Departamento Nacional de Higiene, *Memoria 1892...*, pp. 24; 33-39; 40-45; 365-366 y 384.

<sup>63</sup> Un indicio interesante es que se convirtió en la única repartición nacional que nombraba en forma directa a sus empleados. Departamento Nacional de Higiene, *Memoria 1892...*, p. 18.

<sup>64</sup> Véase Roberto Etchepareborda, “Las presidencias de Uriburu y Roca”, en G. Ferrari y E. Gallo, ob. cit.

<sup>65</sup> Consúltense, por ejemplo, las sugerentes hipótesis de A. Gorelik, ob. cit., p. 140.



# Historia, retórica, prueba Sobre Aristóteles y la historia hoy

Carlo Ginzburg

*Este texto que publica Entrepasados forma parte del libro *Rapporti di forza. Storia, retorica, prova*, publicado por el autor en edición italiana en noviembre de 2000 (Feltrinelli), en tanto algunos de los capítulos que lo integran ya habían aparecido en inglés el año anterior. Este trabajo está dedicado a dos figuras intelectuales que han sido y son interlocutores permanentes de Ginzburg a lo largo de su escritura: Italo Calvino y Arnaldo Momigliano. Literatura e historia, pero más bien reflexión inscripta en los problemas centrales que presenta el campo del saber. Se trata de alargar el alcance de las discusiones sobre método histórico evitando circunscribirlas a los historiadores y también de abrir una lectura en polémica con la versión elaborada en los años 70 a partir de un inédito juvenil de Friedrich Nietzsche donde la noción de verdad se instalaba en una dimensión retórica. A esa concepción, que privilegia la Poética de Aristóteles, Ginzburg contrapone otra noción de retórica sostenida por el mismo Aristóteles en la Retórica y luego transmitida por Quintiliano a Lorenzo Valla. En el centro de esa tradición se encuentra el nexo entre la retórica y la prueba. Este texto es un nuevo escrito polémico donde se vuelve a discutir el estatuto de la historia y la posibilidad, entendida como deber del historiador, de conocer la verdad.*

1. Cualquier reflexión sobre el significado de la historia, sea a partir de los griegos, sea a partir de nosotros, debe ajustar cuentas con el juicio de Aristóteles contenido en el célebre pasaje de la *Poética* (1451b) donde la poesía se define como “actividad más filosófica y más elevada que la historia”. La primera representa eventos generales y posibles, “según lo verosímil o lo necesario”; la segunda eventos particulares y reales (“lo que Alcibiades hizo o lo que sufrió”).<sup>1</sup> Moses Finley comentó: “Él [Aristóteles] no se limitó a burlarse de la historia, la desautorizó completamente”.<sup>2</sup> Es una conclusión neta, como se podía esperar de Finley. Tal vez sea lícito reformularla, al menos parcialmente. Trataré de demostrar, sirviéndome incluso de una observación hecha en otra circunstancia por el mismo Finley, que la obra donde Aristóteles habló más ampliamente de la historiografía (o por lo menos de su núcleo fundamental) en el sentido que nos es familiar no está en la *Poética* sino en la *Retórica*.

Esta afirmación corre el riesgo de ser clamorosamente mal interpretada. La reducción de la historiografía a la retórica es desde hace unos treinta años el caballito de batalla de una difundida polémica antipositivista con implicaciones más o menos escépticas. Remontándose sustantivamente a Nietzsche, esta tesis circula predominantemente hoy bajo los nombres de Roland Barthes y Hayden White.<sup>3</sup> Si bien no son totalmente coincidentes, se hace concordar a sus respectivos puntos de vista en los siguientes supuestos, formulados de



manera más o menos explícita: la historiografía, como la retórica, se propone únicamente convencer; su fin es la eficacia, no la verdad; al igual que una novela, una obra historiográfica construye un mundo textual autónomo que no tiene ninguna relación demostrable con la realidad extratextual a la que se refiere; los textos historiográficos y los textos de ficción son autorreferenciales porque tienen en común una dimensión retórica.

Estas afirmaciones circulan en torno de la retórica, sus finalidades y sus límites. Pero ¿de qué retórica se trata? Por cierto no de la analizada en el más antiguo tratado de retórica que llegó hasta nosotros, es decir, la *Retórica* de Aristóteles. Basta leer el comienzo para convencerse. Después de haber afirmado que “la retórica es análoga a la dialéctica” y que todos se sirven de ella sea de manera casual o con una familiaridad originada en el hábito, Aristóteles declara haberse propuesto un fin muy distinto del de sus predecesores, que en sus tratados (hoy perdidos) habían examinado sólo una mínima parte de las “artes de los discursos”:

En efecto, las pruebas sólo son un elemento constitutivo, todos los otros elementos son accesorios. Ellos en vez no dicen nada en torno de los entimemas, que son el núcleo de la prueba, mientras dedican la mayor parte de sus tratados a cuestiones extrañas al argumento; en efecto la calumnia, la piedad, la ira y otras pasiones semejantes del alma no conciernen al objeto, sino que son remitidas al juez. (1354 a)<sup>4</sup>

En tono tajante Aristóteles rechaza tanto la posición de los sofistas, que habían entendido la retórica solamente como arte de convencer a través de la movilización de los afectos, como la posición de Platón que en el *Gorgias* había condenado la retórica por el mismo motivo.<sup>5</sup> Contra ambos, Aristóteles identifica un núcleo racional en la retórica: la prueba o, mejor dicho, las pruebas. El nexa entre la historiografía, según la entendieron los modernos, y la retórica, en la acepción de Aristóteles, se debe buscar allí: aunque, como se verá enseguida, nuestra noción de “prueba” es bien distinta de la suya.<sup>6</sup>

2. Aristóteles distingue tres tipos de retórica: deliberativa, expositiva (o sea, referida a la desaprobación o al aplauso) y judicial. A cada una de ellas le corresponde una dimensión temporal diferente: el futuro, el presente y el pasado (1358 b). Las pruebas utilizadas se dividen en “técnicas” y “no técnicas”. Entre las segundas Aristóteles cita “los testimonios, las confesiones bajo tortura, los documentos escritos y similares” (1355 b). En la sociedad ateniense del siglo IV antes de Cristo la escritura tenía una función importante y los esclavos podían ser legalmente torturados.<sup>7</sup> Más adelante Aristóteles agrega al elenco leyes y juramentos, precisando que todas esas pruebas se refieren al ámbito de la retórica judicial. Las pruebas técnicas son dos: el ejemplo (*paradeigma*) y el entimema, que corresponden, en el campo retórico, a la inducción y al silogismo en el campo dialéctico. El ejemplo y el entimema corresponden, res-

pectivamente, a la oratoria deliberativa y a la judicial; el elogio, a la oratoria expositiva. Prosigue Aristóteles:

Los ejemplos son adecuados al género deliberativo: en efecto, sobre la base de los acontecimientos pasados juzgamos, previéndolos, aquellos que serán futuros. Los entimemas en vez son pertinentes al género judicial: en efecto, el pasado, por su oscuridad, requiere sobre todo la búsqueda de la causa y de la demostración. (1368 a)

2. Las implicaciones de esta última afirmación emergen más adelante, en el curso de la discusión sobre los entimemas. La referencia remite, en ese caso, a una situación procesal donde confrontan defensor y acusador. “Puesto que los entimemas se extraen de cuatro lugares”, escribe Aristóteles (1402 b), “y esos cuatro lugares son lo verosímil [*eikos*], el ejemplo [*paradeigma*], la prueba necesaria [*tekmeiron*] y el signo [*semeion*], el que acusa se encuentra en una situación difícil: sus conclusiones son fácilmente refutables”, porque se refieren a aquello que sucede “la mayoría de las veces” (*epi to poly*). Pero dado que se trata de una conclusión “verosímil” y no “necesaria”, la refutación es sólo aparente. Aun los entimemas basados en ejemplos y signos no salen del ámbito de lo probable (1403 a). Solamente los entimemas basados en signos necesarios (*tekmeria*) permiten arribar a conclusiones irrefutables (1403 a; 1357 a-b).<sup>8</sup>

El entimema, la principal de las pruebas técnicas, se basa –afirma Aristóteles– en un menor número de premisas (debido a que son conocidas y por lo tanto no declaradas) respecto del silogismo: “Si una de ellas es conocida, no es necesario enunciarla: el mismo escuchar la suplanta”. Sigue un ejemplo:

Para decir que Dorieus ha ganado una corona como premio del certamen es suficiente decir que venció en los juegos olímpicos: no es necesario agregar el hecho de que, habiéndolos vencido, recibió una corona. Todos ya lo saben. (1357 a)

3. La definición tradicional de entimema en cuanto *sylogismos* abreviado se basa a menudo en un pasaje de *Analitici primi* (II, 27): “Un entimema es un silogismo incompleto [*ateles*] que procede de verosimilitudes y de signos”. En un ensayo muy importante M.F. Burnyeat sostuvo que la palabra *ateles*, presente sólo en un manuscrito, proviene de una glosa antigua que hasta cierto punto fue tomada imperfectamente del manuscrito. La glosa sería el resultado de un malentendido, fruto de una interpretación en clave estoica de la teoría aristotélica del entimema.<sup>9</sup> Y sin embargo, la interpretación tradicional del entimema como silogismo abreviado parece encontrar sustentación en el pasaje antes citado de Dorieus (1357 a), dado que Aristóteles lo introduce explícitamente para mostrar que el entimema implica premisas a menudo no explicitadas, y por lo tanto menos numerosas de las requeridas por el *sylogismos* normal. Burnyeat ve la dificultad, pero trata de superarla sosteniendo que en el pasaje sobre Dorieus “la argumentación no se presenta como silogismo, puesto que para ser tal requería una reformulación bastante compleja”. Y sin embargo el *sylogismos* correspondiente, que Burnyeat formula poco después (“todos los vencedores de los juegos olímpicos son vencedores de coronas; Dorieus es un vencedor de los juegos olímpicos, por lo tanto Dorieus es un vencedor de coronas”) no parece particularmente complejo.<sup>10</sup> Parece ine-

vitible aceptar la definición de entimema provista por el propio Aristóteles. Pero Burnyeat la rechaza por absurda:

Desde el punto de vista del interés o de la utilidad lógica la clase de las argumentaciones formuladas de manera incompleta tienen tan poco interés como la de las argumentaciones formuladas de manera más elaborada, o de las argumentaciones expresadas en modo oscuro, o de las argumentaciones expuestas en forma jocosa. Una lógica de los razonamientos desplegada de manera incompleta es tan irrelevante como una lógica del razonamiento motivada por la indignación.<sup>11</sup>

La última frase señala el punto débil del razonamiento de Burnyeat. Aristóteles habla aquí de retórica, no de lógica: y la retórica presupone siempre una comunidad concreta, por consiguiente circunscripta. No es necesario mencionar el hecho de que el premio de los juegos olímpicos es una corona porque todos lo saben (*gignoskousi gar pantas*). Aquí “todos” no significa “todos los animales racionales” sino “todos los griegos”. Lo demuestra la alusión implícita a Heródoto VIII, 26, que si no me equivoco se les escapó a los intérpretes de *Retórica* 1357 a.

Después de vencer en la Termópilas, Jerjes preguntó a un grupo de desertores de la Arcadia qué estaban haciendo los griegos. Los desertores respondieron que “estaban celebrando las fiestas olímpicas, y asistían a certámenes de gimnasia y a carreras de caballos”. Entonces Jerjes preguntó:

Cuál era el premio por el que competían; y ellos respondieron: “Una corona de olivo”. Entonces Tritantaicme, hijo de Artabano, manifestó una opinión muy osada y fue acusado de cobardía por parte del rey. Cuando escuchó que el premio no consistía en dinero sino en una corona, no pudo callar y dijo en presencia de todos: “¡Oh, Mardonio, contra qué hombres nos condujiste a combatir, que no compiten por dinero sino por valor!”.<sup>12</sup>

El sentido de la anécdota es claro. Sólo un bárbaro podía ignorar que el premio de los juegos olímpicos, que periódicamente subrayaban la unidad cultural de los griegos, era una corona. Un orador griego que hablaba a un público griego –sobrentiende Aristóteles– no tenía necesidad de mencionar algo así. El ejemplo llegó a ser un lugar común. Uno de los diálogos de Luciano, *Anacharsis*, cuenta acerca de un extranjero –un bárbaro, un escita– que, después de asistir a los juegos en un gimnasio griego, pide información al griego Solón. Cuando le dicen que los premios consisten en una corona de olivo o de pino, estalla en una carcajada.<sup>13</sup>

El premio de los juegos olímpicos era sólo una de las innumerables reglas escritas con tinta invisible en la trama de la vida cotidiana de la sociedad griega. Reglas de este tipo existen en cualquier sociedad; en cierto sentido, constituyen las premisas para que funcione una sociedad. Hasta hace algunas décadas los historiadores no se interesaban en estas reglas, quizá porque las daban por descontadas (ocurre aún hoy).

Burnyeat observa acertadamente que las premisas silenciadas no son un elemento necesario del entimema. Aristóteles se limita a decir: “Si una de ellas es conocida, no resul-

ta necesario ni siquiera enunciarla: el mismo que escucha la suplanta” (1357 a; mi subrayado). Aquellas premisas son parte del conocimiento tácito, compartido por el orador y su público.

4. ¿Pero el ejemplo de Dorieus es en verdad un entimema? Según un intérprete, Eugen E. Ryan:

El ejemplo parece simplemente contener la formulación de un dato fáctico, no un entimema [...] ¿qué se quería tratar de probar con esas palabras, o qué convencimiento se quería comunicar? [...] aun admitiendo que sea una argumentación, sería difícil considerarla una argumentación retórica.<sup>14</sup>

La duda es legítima, pero (como se verá) infundada.

Aristóteles publicó la *Retórica* alrededor del 350 antes de Cristo. Dorieus de Rodas, hijo de Diagora, había ganado los juegos olímpicos tres veces (en el 432, 428 y 424); entre 412-407 había apoyado a los espartanos.<sup>15</sup> Un ejemplo referido a un individuo que había vivido casi cien años antes parece un poco extraño en una sesión dedicada a la retórica judicial. Por cierto, Aristóteles había escrito que “los entimemas en vez son adecuados para el género judicial: de hecho el pasado, por su oscuridad, admite sobre todo la investigación de la causa y la demostración” (1368 a). Pero una alusión a un evento remoto como la victoria de Dorieus habría sido aparentemente más adecuada a otras formas de indagar el pasado: por ejemplo, la historia. Después de todo, el mismo concepto de tiempo histórico, contrapuesto a un vago pasado mítico, había surgido en Grecia a través de la reconstrucción de los elencos de los vencedores de los juegos olímpicos, que proporcionaron un cuadro de referencia cronológica para cualquier suerte de acontecimientos.<sup>16</sup> En un pasaje típico, que incidentalmente se refiere al mismo personaje mencionado por Aristóteles, Tucídides escribió: “Era la Olimpiada en la que Dorieus venció por segunda vez” (III, 8). Las obras eruditas de Aristóteles no nos han llegado. Además de redactar una lista de los vencedores de los juegos olímpicos, Aristóteles había relevado y corregido un elenco de los vencedores de los juegos olímpicos (entre los cuales estaba Dorieus) que había sido preparado por el famoso filósofo y retórico Hippias.<sup>17</sup> En la malévolta autorrepresentación atribuida por Platón, Hippias hace alarde del éxito conseguido hablando a los espartanos: “Sobre la genealogía de los héroes y de los hombres, Sócrates, sobre los orígenes de las ciudades, cómo fueron fundadas *ab antiquo*, y en una palabra sobre toda la historia primitiva me escuchan con el mayor deleite” (*Ippia Maggiore*, 285 d).<sup>18</sup> Además de retórico y filósofo, Hippias era un arqueólogo, hoy diríamos un anticuario.<sup>19</sup> Hace muchos años Arnaldo Momigliano observó que el trabajo erudito de Hippias, basado en testimonios sobre todo epigráficos, implicaba “una aproximación racionalista, un método crítico”.<sup>20</sup> El Aristóteles anticuario, continuador de Hippias, nos ayuda a comprender al Aristóteles filósofo que somete la terminología de la prueba a una concisa crítica conceptual e identifica en la prueba el núcleo racional de la retórica. En los mismos años que sometía a revisión el tratado sobre la *Retórica*, Aristóteles descifraba epígrafes –una actividad típicamente inferencial– a Olimpia o a Delfos con la finalidad de establecer la cronología de los





vencedores de los juegos olímpicos.<sup>21</sup> La afirmación del hecho “Dorieus venció en los juegos olímpicos”, hecha posible por inferencias basadas “en elementos verosímiles o signos”, correspondía a la definición de entimema formulada en *Retórica* (1357 a).

5. En un ensayo muy agudo G.E.M. de Ste. Croix ha buscado en varias obras de Aristóteles las huellas de la lectura de Tucídides, sin alcanzar una conclusión definitiva.<sup>22</sup> Ste. Croix se detuvo de manera particular en la expresión *to hos epi to poly* (“comúnmente”, usado como sustantivo) que encontró en los escritos científicos de Aristóteles; en la *Retórica* casi no se detuvo. Ahora bien, en la página de la *Retórica* (1402 b) donde Aristóteles examina las fuentes del entimema, la expresión no sustantivada (y mucho más banal) *epi to poly* comparece cuatro veces, ligada a algunos de los términos cruciales con los cuales Tucídides expresó la propia relación cognoscitiva con el pasado: *eikos*, *paradeigma*, *semeion*, *tekmerion*.<sup>23</sup> Detengámonos en esto último que, junto al verbo conexo *tekmairomai*, aparece dos veces, en rápida sucesión, en el umbral de la misma obra de Tucídides. Éste comienza afirmando, en tercera persona, que la guerra del Peloponeso, de la cual tratará, es la más grande que jamás haya existido: “lo conjeturaba” (*tekmairomenos*) por un examen de la situación presente en Grecia, y por una investigación sobre el pasado conducida por “indicios” (*tekmerion*) que consideraba dignos de fe (I, 1, 1). Un poco más adelante se dice que Homero, llamando “helenos” sólo a algunos de los compañeros de Aquiles, da el mejor testimonio (*tekmerioi de malista*) de que la extensión del término a todos los griegos es un fenómeno tardío (I, 3,3). En la llamada sección “arqueológica”, la imagen de los tiempos antiguos basada en las pruebas (*ton... tekmerion*) se contraponen a aquélla, tendiente a lo fabuloso (*to mythodes*) provista por los poetas y logógrafos (I, 21, 1; y véase también I, 20, 1).<sup>24</sup> La localización conjetural de la parte más antigua de Atenas en la Acrópolis y en la zona que la flanquea al sur, en la base de los templos colocados en esa parte de la ciudad, es introducida por la expresión *tekmerion de*, “y la prueba es ésta” (II, 15, 4). Las mismas palabras introducen, en la descripción de la peste de Atenas, el juicio sobre la excepcionalidad de la epidemia, basado en la desaparición de los pájaros que habitualmente se alimentan de cadáveres (II, 1, 2).

La distinción formulada por Aristóteles entre signo (*semeion*) y signo necesario (*tekmerion*), si bien ostensiblemente referida a la retórica judicial, podría haber sido solicitada por el uso poco riguroso que le había dado Tucídides, y probablemente otros.<sup>25</sup> Para convencernos basta detenerse en el pasaje en el cual Tucídides ve en el uso de portar armas, difundido entre los habitantes de regiones como la Lócrida y Etolia, una prueba de que en el pasado se habían difundido costumbres análogas por todas partes (I, 6, 2). El razonamiento destaca lo formulado en el pasaje ya recordado en el que Tucídides ve en la distribución de los templos en la Acrópolis la prueba de que allí se en-

contraba el centro más antiguo de la ciudad (II, 15, 3). En ambos casos se propone una prueba: pero en el primero el término usado es *semeion*, en el segundo es *tekmerion*. En la terminología de Aristóteles este último término estaba reservado para las conexiones naturales y necesarias que permiten formular un verdadero y propio *sylllogismos*: si una mujer tiene las mamas llenas de leche, ha tenido un hijo (1357 b). Tucídides en cambio usa el término *tekmerion* más o menos como sinónimo de *semeion*, para indicar conexiones no necesarias, válidas *epi to poly*.

6. Las consideraciones hechas hasta aquí dan una luz inesperada al pasaje ya recordado de la *Poética* citado al inicio (1451 b), en el cual Aristóteles desvaloriza la historia respecto de la poesía. La historia de la que hablaba Aristóteles no es (aparte del nombre) la misma de la que hablamos nosotros hoy. En su último libro Finley observó que la investigación de archivo, que para los griegos remitía a la “arqueología” o anticuaria y no a la historiografía en sentido estricto, fue inaugurada por los discípulos de Aristóteles.<sup>26</sup> En el pasaje de la *Poética* la palabra “storia” (*historia*) está tomada de Heródoto, a quien Aristóteles critica por su estilo anticuado.<sup>27</sup> Tucídides (sobre todo el Tucídides “arqueólogo”), que usó repetidamente argumentaciones basadas en entimemas, “el núcleo central de la prueba” (1354 a) habrá representado, a los ojos de Aristóteles, un caso distinto y menos expuesto a la crítica.<sup>28</sup>

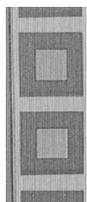
La arqueología o anticuaria, que reconstruía eventos no testimoniados directamente, implicaba instrumentos intelectuales distintos de los usados por la historiografía. Momigliano ha aproximado las conjeturas arqueológicas de Tucídides a las conjeturas paleontológicas de Xenofón.<sup>29</sup> Xenofón hablaba de *typoi*: huellas de conchillas, de peces, de focas o de hojas de laurel descubiertas en las rocas, que le permitían inferir una fase antiquísima en la historia de la tierra.<sup>30</sup> Tucídides usaba la disposición de las tumbas o las costumbres difundidas en ciertas regiones como pruebas (*tekmeria*) de la existencia de determinados fenómenos en la historia más antigua de la Hélade. En ambos casos se trataba de hipotetizar lo invisible a través de lo visible, del indicio. La lengua griega hablada conservaba en esas palabras (así como sucede en muchas lenguas modernas) los ecos de un antiquísimo saber venatorio. En el *Edipo rey* de Sófocles el término *ichnos*, “huella”, y un adjetivo conectado a *tekmair* o resuenan en las palabras pronunciadas por Edipo ante la noticia de que la pestilencia de Tebas tenía origen en el asesinato de Layo: “¿Dónde encontrar esta huella oscura de un antiguo crimen?”<sup>31</sup>

Al comienzo de estas consideraciones yo sostuve que en la *Retórica* Aristóteles habla de la historiografía (o al menos de su núcleo esencial) en un sentido que nos resulta familiar aún hoy. Este “núcleo esencial” se puede formular como sigue:

- a) la historia humana puede ser reconstruida sobre la base de huellas, indicios, *semeia*;
- b) tales reconstrucciones implican tácitamente una serie de conexiones naturales y necesarias (*tekmeria*) que tiene carácter de certeza: hasta que no se pruebe lo contrario, un ser humano no puede vivir doscientos años, no puede estar contemporáneamente de dos lugares al mismo tiempo, etcétera, y
- c) fuera de estas conexiones naturales los historiadores se mueven en el ámbito de lo verosímil (*eikos*), algunas veces de lo extremadamente verosímil, pero de lo cierto, aun-

que en sus escritos la distinción entre “extremadamente verosímil” y “cierto” tiende a esfumarse.

Las dudas sobre el significado exacto (¿es natural? ¿es verosímil?) de la expresión *hos eikós* usada por Tucídides no tiene razón de ser.<sup>32</sup> Desde Tucídides hasta hoy los historiadores han llenado tácitamente las lagunas de la documentación con lo que es, o a ellos le parecía, natural, obvio, y por lo tanto (casi) cierto.<sup>33</sup>



La afirmación de Aristóteles en *Retórica* (1360 a 33-37) que las *historiai* son útiles a la política, no a la oratoria, fue considerada “fundamental” por Mazarino.<sup>34</sup> Pero para capturar plenamente el sentido debemos inscribirla en el contexto en el que fue formulada: un estudio científico que explora el ámbito del *eikos* a partir de la prueba, y en particular la prueba técnica constituida por el entimema. Una vez más Burnyeat es quien releva que la definición más elástica de entimema basada en los signos, propuesta por Aristóteles, comprendía

... algunas formas indispensables de razonamiento como “inferencia en busca de la mejor explicación” o, como se decía en el pasado, inferencia desde el efecto a la causa, sin las cuales resultarían gravemente obstaculizadas no sólo la retórica y las decisiones públicas sino la misma medicina.<sup>35</sup>

¿Es posible agregar la historia a ese elenco? Sí y no. Pero el orador judicial que reconstruía eventos pasados examinando indicios y testimonios estaba por cierto más próximo al Tucídides “arqueólogo” (y al Aristóteles anticuario) que a un historiador como Heródoto, poco interesado en las pruebas y entimemas.

7. Lo que se ha dicho hasta aquí indica que en la Grecia del siglo IV retórica, historia y prueba estaban estrechamente entrelazadas. Intentemos un elenco de algunas de las consecuencias de esta conexión.

a. Las lenguas que hablamos abundan en palabras de origen griego. Como ha mostrado Finley, palabras que están en el centro de nuestra vida como “economía” y “democracia” no son del todo sinónimos de sus correspondientes vocablos griegos. Lo mismo vale para la palabra “historia”. Hace alrededor de medio siglo, Momigliano demostró en un ensayo fundamental que la continuidad terminológica de “historia” e *historia* esconde una profunda discontinuidad de contenido. La historiografía en el sentido moderno del término emergió por primera vez a mitad del 700 en la obra de Gibbon, donde se habían fusionado dos tradiciones intelectuales heterogéneas: la historia filosófica a la *Voltaire* y la anticuaría.<sup>36</sup>

Momigliano mostró que la posición de Gibbon había sido preparada por las inflamadas discusiones entre neopirronistas y anticuarios sostenidas algunas décadas antes: los primeros atacaban la historia basándose en las contradicciones localizadas en los historiadores antiguos, los segundos las salvaban gracias a un examen riguroso de las fuentes primarias, sobre todo aquellas de naturaleza no literaria, como las monedas, las inscripciones, los monumentos. Momigliano se detuvo largamente en la tradición “arqueológica” griega y romana, pero los protagonistas de su ensayo eran los anticuarios del tardo 600 y del primer 700.

Momigliano aludió a la “arqueología” de Tucídides solamente para subrayar las presuntas diferencias respecto de la arqueología de Hippias. La atención que se prestó a la cuestión de la prueba sugiere que se da un peso mayor al modo en que Tucídides se sirvió de indicios arqueológicos y literarios para reconstruir, con gran audacia conjetural, un pasado remotísimo. Alguien objetará que Tucídides, que en el pasado había sido transformado en un profesor alemán, reaparece aquí con el traje de un detective inglés o de un conocedor italiano de fines del 800. Puede ser. Pero la tensión entre los capítulos arqueológicos de Tucídides y la narración de la guerra del Peloponeso es innegable, y quizá vinculada (según una hipótesis formulada hace mucho tiempo) a dos proyectos literarios distintos.<sup>37</sup>

b. Si suponemos que la dimensión arqueológica (o sea, anticuaría) de la obra de Tucídides puede haber suscitado el interés de Aristóteles, toda la concepción de este último respecto de la historia podría ser reexaminada a la luz de las alusiones a un conocimiento inferencial del pasado contenidas en *Retórica*. El juicio de Finley sobre la presunta liquidación de la historia por parte de Aristóteles (*Poética* 1459 b) también debería ser reconsiderado a la luz de la alusión del mismo Finley respecto de la importancia atribuida a la investigación de archivo por los discípulos de Aristóteles. En un ensayo importante aparecido hace algunos años Gregory Nagy ha subrayado la dimensión jurídica de la historiografía griega, parangonándola a los arbitrajes públicos.<sup>38</sup> Las conclusiones de Nagy, si no me equivoco, convergen con la lectura de la *Retórica* de Aristóteles propuesta aquí.

c. Lo que se dijo sobre la discontinuidad escondida en nuestro léxico intelectual se puede aplicar incluso al término “retórica”. He tratado de mostrar que el arte de la retórica de Aristóteles era muy diferente de lo que hoy entendemos con el mismo término. El próximo capítulo estará dedicado al examen de esa fractura histórica decisiva, y de sus implicaciones. Pero por ahora será útil hacer una observación de carácter general a propósito de la discusión actual sobre las relaciones entre retórica e historia.

8. Una vez más tomaré como referencia la obra de un estudioso con el que tengo una deuda intelectual particularmente grande: Arnaldo Momigliano. En su ensayo *La retórica de la historia y la historia de la retórica*, aparecido en 1981, reaccionó vigorosamente ante la tentativa de Hayden White, Peter Munz y otros estudiosos de considerar a los “historiadores, a la par de otros narradores, como retóricos que se pueden caracterizar por sus modos de discurso”. “Temo las consecuencias de su perspectiva historiográfica”, escribió Momigliano, “porque él [White] ha eliminado la búsqueda de la verdad como deber fundamental del historiador”.<sup>39</sup> Los acontecimientos que se fueron sucediendo en la escena intelectual prueban que los temores de Momigliano eran justificados. Como él, también yo pienso que la búsqueda de la verdad es aún el deber fundamental para cualquiera que haga investigación, los historiadores incluidos. Pero la conclusión de Momigliano es más convincente que la argumentación en que se basa. Después de haber hablado con ironía de “la fascinación que el descubrimiento de la retórica ejerce en estos momentos sobre estudiosos de la historia de la historiografía”, Momigliano observó que desde un punto de vista histórico “una interferencia consciente de los retóricos en el campo de la historiografía no se da tal vez antes de Isócra-



tes en el siglo IV antes de Cristo.<sup>40</sup> Ni aquí ni en otro lugar Momigliano aludió a la *Retórica* de Aristóteles. Otro pasaje del ensayo ya recordado aclara tal vez los motivos de la ausencia de esa referencia:

Cualquier pregunta que cualquier historiador se haga en torno de cualquier cosa que haya sucedido implica la posibilidad de que lo que él piensa que ocurrió puede no haber ocurrido: por lo tanto el historiador no sólo debe dar un sentido al acontecimiento sino que debe comprobar que eso fue un acontecimiento. A diferencia de Munz, no me disgusta la similitud que esto sugiere con el trabajo cotidiano de un policía (o un juez). Ambos deben dar un sentido a ciertos acontecimientos después de haber comprobado que los mismos han tenido lugar. Pero su actividad está limitada a pocas categorías de acontecimientos dentro de límites cronológicos definidos y raramente presentan interés para los que están afuera. En cambio, la sociedad les paga a los historiadores para indagar sobre acontecimientos de interés general, la realidad y el significado de los cuales no pueden ser establecidos sin un conocimiento complejo. De los policías no se espera que comprendan, y mucho menos que publiquen, bulas medievales. Tampoco los jueces al día de hoy tienen que hacer salvo raramente algo así y, cuando esto sucede, son bienvenidos al campo de los historiadores.<sup>41</sup>

Los jueces y los historiadores tienen en común la preocupación de comprobar los hechos, en el sentido más amplio del término, incluyendo todo lo que se inscribe de algún modo en la realidad: incluso las voces que influyen en los mercados financieros (para los jueces), incluso los mitos y las leyendas (para los historiadores) y así siguiendo. Jueces e historiadores tienen en común la búsqueda de pruebas.<sup>42</sup> A esta doble convergencia corresponde una divergencia sobre dos puntos fundamentales. Los jueces emiten sentencias, los historiadores no; los jueces se ocupan sólo de eventos que implican responsabilidades individuales; los historiadores no conocen esta limitación. No obstante, no logro seguir a Momigliano cuando sostiene que los jueces están interesados en eventos que “raramente presentan interés para los que están al margen de ellos”, mientras que “la sociedad en cambio les paga a los historiadores para indagar sobre acontecimientos de interés general”. En las últimas décadas, los historiadores han trabajado cada vez más frecuentemente con fuentes judiciales producidas por tribunales de la Inquisición o tribunales laicos de diversos órdenes y grados. Estos tribunales tratan generalmente de vidas oscuras y de eventos sin importancia. Los modos por los cuales estas vidas y estos eventos puedan ser presentados como vidas y “eventos de interés general” no pueden discutirse aquí. Pero el impulso por ocuparse de fuentes judiciales nos ha puesto en contacto, por un lado, con la ambigua contigüidad entre historiadores y jueces; por el otro, con la importancia de la retórica judicial para cualquier discusión sobre metodología de la historia. Extrañamente, ni los autores de algunos recientes, y discutidos, libros sobre la Shoah –basados ampliamente sobre

actas de procesos celebrados después del fin de la guerra– ni sus críticos han examinado estos problemas de método.<sup>43</sup>

La reducción, hoy de moda, de la historia a la retórica no puede ser rechazada sosteniendo que la relación entre la una y la otra siempre fue débil y poco relevante. Desde mi punto de vista, esa reducción puede rechazarse redescubriendo la riqueza intelectual de la tradición que comienza en Aristóteles, a partir de su tesis central: que las pruebas, lejos de ser incompatibles con la retórica, constituyen su núcleo fundamental.

(Traducción de Leticia Prislei)

## Notas

<sup>1</sup> Utilizo, modificándola aquí y allá, la traducción de C. Gallavotti, Aristotele, *Dell'arte poetica*, Milán, 1987, pp. 30 y ss.

<sup>2</sup> Véase M.I. Finley, *Mito, memoria e storia* (1965) en la compilación *Uso e abuso de la storia*, Turín, 1981, p. 5 (ed. orig. *The Use and Abuse of History*, Londres, 1975). El comentario se retoma indirectamente en el libro de Finley, *Problemi e metodi di storia antica*, tr. it. de E. Lo Cascio, Bari, 1987, p. 183, nota 30 (ed. orig. *Ancient History. Evidence and Models*, Londres, 1985).

<sup>3</sup> Véase mi introducción a “Unus testis. Lo sterminio degli Ebrei e il principio di realtà”, *Quaderni Storici*, n.s., 80 (1992), pp. 529-548.

<sup>4</sup> Uso, modificándola en algunos puntos sustanciales, la traducción de A. Plebe (Aristotele, *Opere*, a cura di G. Giannantoni, Bari, 1973, vol. X, p. 3). Téngase en cuenta el comentario a la *Retórica* a cargo de W.M.A. Grimaldi S.J., Nueva York, 1980-1988, que retoma una serie de estudios precedentes, entre los cuales es particularmente importante “Rethoric and Truth: A Note on Aristotle. Rethoric 1355 a 21-24”, *Philosophy and Rethoric*, 11 (1978), pp. 173-177.

<sup>5</sup> De la síntesis entre los dos puntos de vista habla F. Solmsen, *Die Entwicklung der aristotelischen Logik und Rethorik*, Berlín, 1929 (*Neu Philologische Untersuchungen*, IV), pp. 227-228

<sup>6</sup> La necesidad de confrontar “el problema aristotélico de la historia [...] con el aristotélico de la retórica” fue identificada y pronto puesto de relevancia por Mazzarino (*Il pensiero storico clásico*, I, Bari, 1983, p. 415), que significativamente no aborda la cuestión de la prueba. Me ocupé de esta última, desde una perspectiva distinta, en *Il giudice e lo storico. Consideración in margine al processo Sofri*, Turín, 1991; “Checking the Evidence: the Judge and the Historian”, *Critical Enquiry*, vol. 18, N° 1, otoño de 1991, pp. 79-92.

<sup>7</sup> Véase V.R. Thomas, *Oral Tradition and Written Record in Classical Athens*, Cambridge, 1990.

<sup>8</sup> J. Hankinson, “«Semeion» e «tekmerion». L'evoluzione del vocabolario di segni e indicazioni nella Grecia clásica”, en *I Greci*, a cura di S. Settis, 2.2, 1997, pp. 1169-1187.

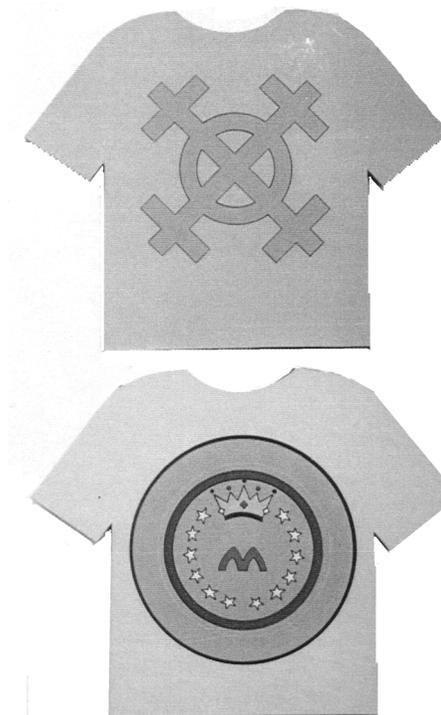
<sup>9</sup> Cito de Aristóteles, *Organon*, a cura di M. Zanatta, I, Turín, 1996, p. 415. Véase M.F. Burnyeat, “Enthymeme: Aristotle on the Logic of Persuasion”, en *Aristotle's rethoric: Philosophical Studies*, a cura di D.J. Furley y A. Nehamas, Princeton, 1994, pp. 2-55 (agradezco a Julia Annas por haberme indicado este ensayo). Sobre “silogismo” como traducción inadecuada de *sillogismos* véase J. Barnes, “Prof. and the Syllogism”, en *Aristotle on Science. the Posterior Analytics, Proceedings of the Eighth Symposium Aristotelicum...* a cura di E. Berti, Padua, 1981, pp. 17 y ss., en particular p. 23, nota 7.

- <sup>10</sup> M.F. Burnyeat, "Enthymeme...", pp. 22-23.
- <sup>11</sup> Ídem, p. 5.
- <sup>12</sup> Cito de Heródoto, *La battaglia di Salamina, libro VIII delle storie*, a cura di A. Masaracchia, Milán, 1977, p. 27.
- <sup>13</sup> Luciano de Samosata, *Anarchasis o gli esercizi ginnici* (en *Dialoghi*, a cura di V. Longo, Turín, pp. 128 y ss.). Véase G.C. Roscioni, *Sulle tracce del' Esploratore turco*, Milán, 1992, p. 164, y, de quien escribe, "Anarchasis interroga gli indigini. Una nuova lettura di un vecchio best-seller", en *L'histoire grande ouverte: Hommages à Emmanuel Le Roy Ladurie*, a cura di A. Burguière, J. Goy y M. J. Tits-Dieuaide, París, 1997, pp. 337-346.
- <sup>14</sup> E.E. Ryan, *Aristotle's Theory of Rethorical Argumentation*, Montreal, 1984, pp. 42-43.
- <sup>15</sup> L. Moretti, "Olympionikai, i vincitori negli antichi agoni olimpici", en *Atti dell' Accademia nazionale dei Lincei, Memorie della classe di scienze morali, storiche e filologiche*, s. VIII, vol. VIII, fasc. 2, Roma, 1957, p. 105, nota 33, con bibliografía.
- <sup>16</sup> A. Körte, "Die Entstehung der Olympionikenliste", *Hermes*, 39 (1904), pp. 224-243.
- <sup>17</sup> R. Weil, *Aristote et l' histoire*, París, 1960, pp. 131-137.
- <sup>18</sup> Citado por Platón, *Tutte le opere*, al cuidado de G. Pugliese Carratelli (tr. it. de E. Martini, Florencia, 1974), p. 802
- <sup>19</sup> A. Momigliano, "Ancient History and the Antiquarian" (1950), en *Contributo alla storia degli studi calssici*, Roma, 1955, p. 70 y nota 5 (también en *Sui fondamenti della storia antica*, Turín, 1984, p. 7, nota 3).
- <sup>20</sup> A. Momigliano, "Ideali della vita nella sofistica: Ippia e Crizia" (1930), en *Quarto contributo alla storia degli studi classici ed del mondo antico*, Roma, 1969, pp. 145-154, en particular p. 149.
- <sup>21</sup> I. Düring, *Aristotele*, tr. it. de P. Donini, Milán, 1976, pp. 64-65.
- <sup>22</sup> G.E.M. de Ste. Croix, "Aristotle on History and Poetry (*Poetics*, 9, 1451 a 36- b 11)", en *The Ancient Historian and his Materials. Essays in Honour of C.E. Stevens on his Seventieth Birthday*, a cura di B. Levick, Westmead, Farnborough, 1975, pp. 45-58. Véase también D.M. Pippidi, "Aristote et Thucydide. En marge du chapitre IX de la *Poétique*", en *Mélanges de philologie, de littérature et d' histoire anciennes, offerts à J. Marouzeau...*, París, 1948, pp. 483-490.
- <sup>23</sup> *Index Thucydideus, ex Bekkeri editione stereotypa confectus a M.H.N. von Essen Dre Hamburgensi*, Darmstadt, 1964.
- <sup>24</sup> Véase el innovador libro de E. Täubler, *Die Archaeologie des Thukydidés*, Leipzig-Berlín, 1927 (reeditado en 1979). Del mismo autor, *Ausgewählte Schriften zur alten Geschichte*, Stuttgart, 1987, introducción de G. Alföldy (con un elenco de reseñas y de necrológicas, y una bibliografía). Para una perspectiva análoga, véase J. Gommel, *Rhetorisches Argumentum bei Thukydidés*, Hildesheim, 1966 (Spudsmata Bd. X), que insiste sobre todo en el nexo entre Tucídides y el retórico Antífoteo.
- <sup>25</sup> M.F. Burnyeat repara que en la tradición retórica más antigua la distinción no existía: "The origins of non-deductive inference", en J. Barnes et al., *Science and speculation* (Proceedings of the Second Symposium Hellenisticum), Cambridge, 1982, pp. 193- 238, en particular p. 196, nota 10. Véase también el comentario citado en el primer libro de la *Retórica* de Aristóteles a cura di W.M.A. Grimaldi S.J., pp. 63 y ss.
- <sup>26</sup> M. Finley, *Problema...*, pp. 28, 54, 172, nota 22.
- <sup>27</sup> Tucídides (como subraya F. Hartog en la nueva introducción a su *La miroir d' Herodote*, París 1991, pp. III, XV) no usa jamás la palabra *historia*.
- <sup>28</sup> Sobre el uso de los entimemas por parte de Tucídides, véase. J. de Romilly, *La construction de la vérité chez Thucydide*, París, 1990, pp. 73 y ss. Véase en particular p. 76: "Si la place des réflexions correspond à une habitude rhétorique, leur fonction n' est en aucune façon purement rhétorique: [...] elles font [...] partie de l' argumentation": lo que naturalmente corresponde al antiguo concepto de retórica.
- <sup>29</sup> A. Momigliano, "Storiografia su tradizione scritta e storiografia su tradizione orale" (1961-1962), en *Terzo contributo alla storia degli studi classici e del mondo antico*, Roma, 1966, I, pp. 13-22 (en p. 16 la alusión a Xenofón).
- <sup>30</sup> *I presocratici*, a cura di de A. Lami, Milán, 1991, pp. 178 y ss. (Hyppolitus).
- <sup>31</sup> *Edipo re*, 109. Véase B. Williams, *Shame and Necessity*, Berkeley, 1993, pp. 58-59. Agradezco a Luciano Canfora, que en una lejana discusión me invitó a estudiar el significado de *semeion* en Tucídides (*Quaderni di Storia*, 12, julio- diciembre de 1980, pp. 49-50, a propósito de mi ensayo *Spie: radici di un paradigma indiziario*, ahora en *Miti emblematici spie*, Turín, 1986, pp. 158- 209). Véase también F. Hartog, "L'oeil de Thucydide et l' histoire «véritable»", *Poétique*, 49, febrero de 1982, p. 25, nota 7, y, más en general, M. F. Burnyeat, *The Origins...*
- <sup>32</sup> H.D. Westlake, "Hos eikos en Thucydides", *Hermes*, LXXXVI (1958), pp. 447- 452; P. Butti de Lima, *L'inchiesta e la prova. Immagine storiografica, pratica giuridica e retorica nella Grecia classica*, Turín, 1996, pp. 160 y ss.
- <sup>33</sup> M.F. Burnyeat, "Enthymeme...", p. 38.
- <sup>34</sup> S. Mazzarino, *Il pensiero storico*, I, p. 410. Véase en vez M. Finley, *Uso e abuso...*, p. 6.
- <sup>35</sup> M.F. Burnyeat, "Enthymeme...", p. 38.
- <sup>36</sup> Véase A. Momigliano, *Ancient History...*
- <sup>37</sup> Véase K. Ziegler, "Der Ursprung der Exkurse im Thukydidés", *Rheinisches Museum*, n.s., 78 (1929), pp. 58-67.
- <sup>38</sup> G. Nagy, "Mythe et prose en Grèce archaïque: l'ainos", en *Métamorphose du mythe en Grèce antique*, a cura di C. Calame, Ginebra, 1988, pp. 229-242.
- <sup>39</sup> A. Momigliano, "The Rethoric of History and the History of Rethoric: on Hayden White' s Tropes" (1981), en *Settimo contributo alla storia degli studi classici ed del mondo antico*, Roma, 1984, pp. 49-59 (tr. it., *Sui fondamenti...*, pp. 465-476, en particular p. 465).
- <sup>40</sup> A. Momigliano, *The Rethoric...*, p. 58 (también en *Sui fondamenti...*, p. 474).
- <sup>41</sup> A. Momigliano, *The Rethoric...*, pp. 57-58 (también en *Sui fondamenti...*, pp. 473-474).
- <sup>42</sup> Véase, de quien escribe, *Il giudice e lo storico*, y *Checking the evidence...*

<sup>43</sup> Véase C. Browning, *Ordinary Men. Reserve Police Battallion 101 and the Final Solution in Poland*, Nueva York, 1992 (tr. it. de L. Salvai, *Uomini comuni*, Turín, 1995); D.J. Goldhagen, *Hitler's Willing Executioners. Ordinary Germans and the Holocaust*, Nueva York 1996 (tr. it. de E. Basaglia, *I volontari carnefici di Hitler*, Milán, 1997).

## Reseñas

---



# REVISTA DE ANTROPOLOGÍA AVÁ

Nº 6

*Prólogo Ethos y habitus en Antropología. Reflexiones a partir de una trayectoria.* Por Beatriz Heredia

1. *Algo más a propósito de El oficio del sociólogo.* Jean-Claude Passeron  
Entrevista realizada por Denis Baranger.
2. *Actores y recursos frente al deterioro ambiental y la conflictividad social en Salta.* Por Morita Carrasco.
3. *Rituales políticos y centros carismáticos: un estudio sobre las escenificaciones del poder.* Por Damián Herkovitz
4. *Leyes, clientelismo y conservación en el norte misionero.* Por Brian Ferrero
5. *“Uma revolução silenciosa”: notas sobre o ingresso de setores de baixa renda na universidade.* Por Tania Dauster
6. *“Las pruebas del delito” Investigación y procesamiento del tráfico de drogas en la frontera Posadas-Encarnación (Argentina).* Por Brígida Renoldi
7. *Antropología y desarrollo rural. Contribuciones del abordaje etnográfico a los procesos de producción e implementación de políticas.* Por María Carolina Feito
8. *Imagine yourself set down... in front of your PC. A Etnografía e o desafio metodológico da etnografia.* Por Claudia da Silva Pereira

Revista avá es una publicación del Programa de Posgrado en Antropología Social.  
Universidad Nacional de Misiones

Para mayor información dirigirse a:  
revistava@hotmail.com; Tel/fax: 0054 (3752) 426341  
Distribución: Ed. Antropofagia; www.eantropofagia.com.ar

Claudio H.M. Batalha, Fernando Teixeira da Silva y  
Alexandre Fortes (comps.), *Culturas de Classe*

Campinas, Editora da UNICAMP, 2004, 438 pp.

“Hay una sensación creciente que la historia del trabajo se encuentra en crisis”, afirma Mike Savage en el primer capítulo de la compilación *Culturas de Classe*. Esto ha llevado a un profundo replanteo en el campo de los estudios de historia del trabajo y los trabajadores. Tal es el objetivo de Claudio H.M. Batalha, Fernando Teixeira da Silva y Alexandre Fortes en su libro *Culturas de Classe*, al reunir doce trabajos de investigadores sobre historia obrera de diferentes países: Gran Bretaña, España, Brasil y Argentina. Como los editores aclaran en la presentación, esta obra se propone examinar la cultura de los trabajadores a partir de nuevos enfoques, temáticas y metodologías.

En la primera sección –“Clase y cultura: un balance conceptual e historiográfico”– dos especialistas en historia social inglesa evalúan la validez de la categoría de clase. Para definir a la clase trabajadora, Savage sugiere tener en cuenta la inseguridad estructural que experimentan, en la sociedad capitalista, aquellos individuos que han sido privados de medios autónomos para su reproducción. En su opinión, por tanto, la tarea del investigador es la de examinar el proceso de formación de la clase, prestando atención a los factores contextuales que explican cómo lidian los trabajadores con esa inseguridad estructural. La diversidad de contextos y respuestas por parte de los trabajadores obliga a reconocer, a la vez, múltiples resultados políticos y culturales. Por

esta razón, como lo anuncia este libro en su título, es preciso hablar *en plural* de culturas de clase.

En tanto Savage rescata la categoría de clase para el análisis histórico, Neville Kirk, en el segundo capítulo, reafirma la existencia de una cultura e identidad de clase en la Inglaterra industrial. Este autor sintetiza el debate entre los investigadores revisionistas y feministas y los pioneros historiadores marxistas, Edward P. Thompson y Eric Hobsbawm. Los primeros han subrayado las divisiones y tensiones presentes en la comunidad obrera, fruto de las desigualdades de género y de la integración de los trabajadores a la comunidad nacional a partir de la política de masas y la comercialización del tiempo libre. Por el contrario, los segundos, como se sabe, documentaron la formación de una tradición política radical, el desarrollo del asociacionismo y las instituciones de clase y la cristalización de una identidad obrera reflejada en el fortalecimiento del laborismo. Kirk enumera las razones por las que concuerda con Hobsbawm y recomienda profundizar la investigación en esa dirección, prestando especial atención al estudio del ocio y el tiempo libre de los trabajadores.

De estas temáticas se ocupan los capítulos de la segunda sección, “Sociabilidades, identidades y tiempo libre”. Michel Ralle caracteriza, en el capítulo 3, las fiestas militantes españolas para reflexionar sobre la relación entre la cultura militante y la sociabilidad de los trabajadores. Tras detallar

los motivos que limitaron el alcance de esas fiestas, el autor destaca la escasa influencia que las izquierdas ejercieron, al menos, en las formas de entretenimiento popular. Por su parte, en el cuarto capítulo, Batalha reconstruye ese tipo de fiestas y otras demostraciones organizadas por las asociaciones obreras en Brasil durante la primera república. Con sólidos argumentos, fundamenta por qué califica a esa activa vida pública de los trabajadores como cultura asociativa y no como cultura de clase, al menos como ha sido definida para la Inglaterra industrial. Según este autor, habrá que esperar hasta 1920 para vislumbrar el surgimiento de una cultura de clase en las ciudades brasileñas.

En su capítulo sobre la historia del fútbol en Brasil, José S. Leite Lopes devela en qué medida una cultura de clase pudo desarrollarse al mismo tiempo que se conformaba la cultura de masas. Sin duda, la transformación del fútbol en un espectáculo masivo y comercial facilitó la incorporación de jugadores de color en las ligas de las grandes ciudades. Pero esta democratización supuso –afirma este autor– una reapropiación por parte de los trabajadores de un deporte aristocrático. Por tanto, generó resistencias entre las elites y exacerbó prejuicios racistas. En vez de ser una manifestación de una supuesta democracia racial, la profesionalización del fútbol –según enfatiza este antropólogo– evidenció la discriminación social y racial que experimentaron los trabajadores al incorporarse a un deporte que se convertía en un entretenimiento de masas.

Como puede advertirse, en su conjunto estos capítulos no sólo demuestran el valor del estudio de la sociabilidad popular fuera del trabajo sino que brindan, además, una serie de conceptos –cultura militante, asociativa, de clase y de masas– que resultarán,

sin duda, útiles como herramientas heurísticas para futuras investigaciones.

En la tercera parte del libro, titulada “Culturas de oficio”, Artur Vitorino y F.T. da Silva indagan de qué modo los trabajadores construyen su identidad en función de lugar que ocupan en el campo profesional. El primero, sobre la base de una lectura comprensiva de las revistas de las asociaciones de tipógrafos publicadas en 1850 y 1860 en Brasil, comprueba cómo se reforzaron una fuerte cultura profesional con una decidida inclinación militante. Por su parte, Da Silva explora la relación entre identidad de oficio y género para el caso de los estibadores del puerto de Santos. En su opinión, la valoración de la honra masculina –basada en la fuerza y el coraje– constituía una dimensión sustantiva de la identidad de oficio. Pero como, a la vez, esta ostentación de la virilidad legitimaba liderazgos sindicales contruidos sobre la base de la violencia y el clientelismo, muchos militantes reaccionaron reclamando la “pacificación de la estiba”. Contrariamente a lo que sostiene la historiografía, para este autor tanto la cultura de la valentía como la pacificación de la estiba contribuyeron a la construcción de la identidad de oficio y a fomentar una cultura de la solidaridad entre los estibadores.

Sobre esta sección, vale destacar aquí el interesante contrapunto que ofrecen estudios sobre dos mundos del trabajo tan diferentes entre sí. Igualmente, es meritorio el esfuerzo por avanzar en el estudio de las culturas de oficio, una temática aún poco explorada en la historiografía latinoamericana en comparación con la europea.

En la cuarta sección del libro, “Género, fábrica y política”, Mirta Zaida Lobato revisa la supuesta débil vinculación entre el Partido Comunista y la clase obrera en la Ar-

gentina durante los años 1930 y 1940. Esta autora, tras reconstruir la labor de los comunistas en los frigoríficos de Berisso, revela que estos militantes fueron capaces de articular las demandas obreras, participar en las negociaciones con los empresarios y el Estado, e influenciar la cultura política de los trabajadores con su sostenida prédica antiimperialista

Por su parte, Daniel James, a partir de su entrevista con María Roldán –dirigente del gremio de la carne en Berisso–, reflexiona sobre la memoria y la identidad de género de una mujer trabajadora. Pero, ¿cómo evoca esta mujer su militancia sindical y política cuando la ideología de su propio partido, el peronista, y la memoria de su comunidad le asignan el cumplimiento del papel de esposa, madre y cuidadora del hogar? Gracias a un detallado análisis del testimonio –influenciado por los aportes de la crítica literaria– este autor rescata la creatividad de su entrevistada, quien es capaz de relatar su vida en las fronteras de aquellos parámetros juzgados legítimos para el comportamiento femenino.

Puede que la imagen que estos historiadores ofrecen de Berisso sorprenda al lector. A primera vista, no se trata del lugar apropiado para recuperar la militancia comunista ni femenina; dada su fuerte identificación política con el peronismo y el hecho de que, a pesar de la incorporación de las mujeres al trabajo fabril, la cultura del trabajo en los frigoríficos era predominantemente masculina. Pero ambos autores decidieron ubicar en el centro de la historia académica a protagonistas que tanto la historiografía como la memoria social tendieron a relegar a los márgenes. Al recuperar la pluralidad política y las desigualdades de género presentes en esa localidad desmitifican, con éxito, la idea de una comunidad

obrero armónica e igualitaria. Berisso se convierte, entonces, en un excelente caso de estudio para documentar la diversidad ideológica y cultural que nutrió la identidad de clase de los trabajadores en la Argentina.

La última sección de esta obra, “Migraciones, etnicidad y cultura fabril”, explora el impacto de los procesos migratorios en la formación y reconstrucción de la clase obrera en Brasil. Alexandre Fortes examina dos asociaciones de inmigrantes de la Europa del este en 1930 y 1940 en Porto Alegre. Para este autor, la identidad étnica resulta de las estrategias y prácticas de los sujetos sociales en contextos específicos y no de la reafirmación de características culturales heredadas. Por eso, destaca que al ser desconocidos y calificados como “polacos” –a pesar de su diversidad nacional–, esos trabajadores buscaron en las asociaciones étnicas una red de protección y sociabilidad. Lo interesante, según insiste en subrayar Fortes, es que esa identidad étnica –“inventada” en función de la mirada de los otros y de los cambios políticos en sus países de origen– permitió el desarrollo de una cultura militante, a causa de los lazos con representantes de la Unión Soviética y la difusión del comunismo en esas asociaciones.

Paulo Fontes y Antonio Luigi Negro, en los dos últimos capítulos, revisan el supuesto de la inadecuación experimentada por los migrantes rurales al integrarse a la sociedad urbana durante el auge de la industrialización. Sobre la base de testimonios orales de migrantes del nordeste a un barrio paulista, Fontes destaca, por el contrario, que ellos se incorporaron con éxito a la vida urbana gracias al funcionamiento de una dinámica red social integrada por familiares y diversos miembros de la comunidad. Asimismo, nota que el aprendizaje que exigía la labor industrial –aunque se tratara de trabajos

no calificados– significó para los nordestinos un motivo de autovaloración. Idénticos sentimientos se transparentan en los testimonios orales de operarios de la industria automotriz analizados por Luigi Negro. No sólo, entonces, los migrantes se identificaron como trabajadores industriales y se sindicalizaron sino que, además, enriquecieron el lenguaje de clase. Según revela este autor, la reivindicación por la dignidad del trabajo –una consigna atribuida al nuevo sindicalismo de los años 70– fue, en verdad, una bandera de los migrantes no calificados al incorporarse a las fábricas en las dos décadas previas.

Puede afirmarse que, en su conjunto, *Culturas de Classe* ofrece una propuesta original para superar la crisis de la historia del trabajo. Esta compilación parece evitar el callejón sin salida al que llevó el enfrentamiento entre un enfoque materialista y lo que ha dado en llamarse “estudios culturales”, influenciados por el “giro lingüístico”. Como se evidencia en varios capítulos de esta obra, la problemática de la identidad cultural no excluye, de ningún modo, el análisis de la formación de la clase trabajadora. Por eso, se advierte un interés por indagar la conformación demográfica y la movilidad ocupacional de los trabajadores para evaluar el grado de cohesión y estabilidad social de las comunidades obreras. Así, junto al estudio del significado de los discursos y las prácticas culturales y políticas de los trabajadores, se incorporan otros abordajes enriquecedores, como el análisis de las redes sociales o las estrategias familiares para minimizar la inseguridad estructural.

Los colaboradores de *Culturas de Classe* también proceden con originalidad en sus reflexiones sobre la formación de una identidad de clase en América Latina. A diferencia de lo que parece ocurrir en la his-

toriografía de la clase obrera británica, la exploración de las desigualdades de género y la diversidad étnica no conduce a impugnar la validez de la noción de clase para el análisis, ni a concluir –como lo demuestran varios de los capítulos de esta obra– que aquellas necesariamente inhiben o debilitan el desarrollo de la identidad de clase.

*Culturas de Classe* merece valorarse, asimismo, por su diversidad temática. A la atención que se presta a las formas de sociabilidad fuera del trabajo –actividades militantes o de recreación– se suma una mirada renovada sobre la fábrica –espacio de control, resistencia y politización– pero también ámbito donde se generan culturas profesionales así como nociones de virtud y códigos de honor masculinos y femeninos.

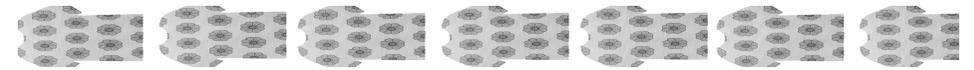
Vale señalar que *Culturas de Classe* no se dirige sólo a los investigadores de la historia de los trabajadores. Los estudios aquí reunidos –continuando la tradición de la vieja historia sindical y la nueva historia de los trabajadores– se vinculan con algunas de las problemáticas más relevantes de la historia política latinoamericana. Los capítulos sobre la cultura de los migrantes internos dan un paso adelante con respecto a las ya importantes contribuciones de los estudios del trabajo al debate sobre el populismo en la región. En cambio, sigue pendiente un diálogo con la literatura sobre ciudadanía y participación de los trabajadores en el sistema político republicano. Si bien se encuentran argumentos muy sugerentes, hace falta aún una reflexión sistemática sobre la vinculación entre la expansión de la ciudadanía política y la formación de una cultura de clase en las naciones latinoamericanas.

De consulta obligatoria para los especialistas, *Culturas de Classe* servirá a aquellos interesados en historia política, estudios migratorios y de género. Es de celebrar que la

crisis en la historia del trabajo haya suscitado una colaboración tan fecunda entre investigadores de distintas disciplinas y áreas. Y, más aún, que si bien mucho es lo que se aspira a revisar de los estudios pioneros, se conserva el tradicional estilo narrativo –rico

en testimonios, llano, pero profundo en el análisis–, que hace la lectura de esta interesante compilación sumamente agradable y placentera.

Silvana A. Palermo



## Juan Manuel Palacio, *La paz del trigo. Cultura legal y sociedad local en el desarrollo agropecuario pampeano (1890-1945)*

Buenos Aires, Edhasa, 2004, 226 pp.

El argumento de este libro es claro. En una frontera agrícola sujeta a fuertes fluctuaciones de precios, contratos inestables y verbales y una escasez crónica de crédito bancario, se desarrolló una cultura legal local que suplió la ausencia del poder regulatorio del Estado y la insuficiencia de ley escrita. Esta “cultura legal local” sostuvo la credibilidad de un sistema de créditos y contratos basados en promesas verbales gracias al rol que jugaron los jueces de paz y los abogados rurales. Los primeros, porque garantizaron o legitimaron con su palabra y presencia la aplicación de estas promesas y contratos verbales. Los segundos, porque diseminaron en el ámbito rural una literacidad legal básica que permitió los entendimientos entre partes desiguales y con intereses diferentes.

La “paz del trigo” es un fenómeno de múltiples significados. Por un lado, se trata de la ausencia, no de conflictos sociales, sino de estallidos colectivos violentos. Durante períodos de grandes tensiones económicas (las crisis de precios de 1917-1919 y luego la baja de demanda y precios del pe-

ríodo 1929-1934) los agricultores de Coronel Dorrego lograron solucionar parcialmente sus problemas sin recurrir a la violencia. En segundo lugar, se trata de un consenso, de un interés común de los miembros de las comunidades rurales (chacareros arrendatarios, jueces, propietarios y comerciantes) por preservar la armonía en las relaciones sociales. Este consenso se verificó en la práctica judicializando una serie de pequeños conflictos en torno del crédito, la locación y los servicios laborales. Sujetos de diferente condición social (tanto comerciantes como peones rurales) acudieron a los juzgados para conciliar sus disputas sobre deudas indagadas, contratos interrumpidos o promesas incumplidas.

En otro sentido, la “paz del trigo” se refiere a un momento del tiempo (1920-1945) que coincide con la consolidación del tipo de “estancia mixta”, posterior al poblamiento de la región y a la “era del ovino”. Es un período en el cual las leyes de arrendamiento existen pero sus cláusulas no se aplican o no son lo suficientemente claras para vencer el peso de una tradición de cua-

tro décadas de contratos verbales. En un principio, en 1917-1920, los chacareros responden a la crisis de precios formando una cooperativa y presionando colectivamente por la rebaja de los arrendamientos. Pero luego de esta experiencia colectiva de resultados ambivalentes, los chacareros comenzaron a canalizar sus demandas, en forma individual, hacia los juzgados de paz. Empleando diversas tácticas legales (que aprendieron escuchando el consejo de abogados rurales), los chacareros consiguieron postergar desalojos, discutir la validez de ciertas deudas y aplicar algunos de los aspectos más novedosos y favorables de la Ley de Arrendamientos de 1921.

Al centro de esta “cultura legal local” construida en la práctica para suplir las falencias de un Estado ausente y de leyes imprecisas estuvo la figura del juez de paz, un agente que supo ganarse el respeto de la comunidad local manteniendo un cierto grado de autonomía de la política y de los intereses económicos. Los jueces de paz hicieron posible la “paz del trigo”. Ayudados por sus secretarios, estos miembros de clase media rural supieron cultivar una imagen de imparcialidad y dedicaron parte de su tiempo a la resolución de conflictos de naturaleza económica entre vecinos. En la mayor parte de las disputas, los jueces de paz lograron que las partes conciliaran sus intereses. Su función, en muchos casos, sirvió para dar credibilidad y legitimar promesas o contratos verbales.

*La paz del trigo* es un libro muy bien escrito; con argumentos claros, discusiones historiográficas sintéticas y efectivas, tablas estadísticas de fácil lectura y un texto que fluye diáfano de una sección a otra, sin interrupciones ni desvíos. Su organización es impecable. En la primera parte (capítulos 1 a 3) se presenta el contexto espacial e his-

tórico: el departamento de Coronel Dorrego como una frontera de características cambiantes en el tiempo, la evolución de la propiedad y tenencia de la tierra y la cuestión central de la escasez de crédito formal bancario. En la segunda parte se aborda el tema central del libro, “La paz del trigo”, en tres capítulos. El primero (capítulo 4) caracteriza el fenómeno y despliega su significado, tanto en pequeños conflictos como en épocas de grandes crisis. En los dos siguientes (capítulos 5 y 6) se presenta a los personajes centrales responsable de esta armonía comercial y social, los jueces de paz y los abogados rurales, enfatizando el rol central que ellos tuvieron en la conformación de una “cultura legal local”.

Sostiene este trabajo un sólido entramado historiográfico. Sus frecuentes referencias a trabajos centrales a la historiografía argentina (Hilda Sabato, James Scobie, M.A. Cárcano, Carl Solberg, Waldo Ansaldi, Jorge Sabato, Ezequiel Gallo, Noemí Girbal-Blacha, entre otros) sirven para ubicar las proposiciones del autor en un contexto más vasto de interpretaciones y debates. Los agentes son los que este sedimento historiográfico nos ha enseñado a imaginar: al principio pioneros propietarios junto con aparceros, luego un mundo de pequeños arrendatarios con contratos precarios. El contexto geográfico-social de esta narrativa (la frontera) está también impregnado por las marcas de este legado historiográfico: el aluvión inmigratorio, la escasa densidad poblacional, las grandes distancias, el Estado ausente, la especulación inmobiliaria, el rol crediticio del comerciante.

En este sentido el libro es generoso, en cuanto reconoce y valora esta historiografía, y conservador en cuanto se afirma sobre esta base para proponer giros interpretativos nuevos o para evaluar nueva eviden-

cia. Palacio trata de mantener una armonía con el legado historiográfico, no de romper con él. También se nota en el libro un recurrente esfuerzo por poner los hallazgos acerca de esta frontera agraria argentina en comparación con otros procesos de modernización económica y legal en América Latina. Esta vocación comparativa –muy bienvenida por cierto– contribuye también a situar la novedad que este libro aporta dentro de un contexto más amplio.

A mi juicio, este libro tendrá una importante repercusión porque trata sobre un tema central a las preocupaciones de muchos historiadores económicos, sociales, culturales y legales: la cuestión del orden o armonía social en sociedades de frontera. Al puntualizar y desarrollar un nuevo aspecto de esta problemática –la existencia de una “cultura legal local” formada en las imprecisiones y ausencias de la ley y de sus organismos de aplicación– el libro de Palacio propone soluciones interpretativas nuevas (tentativas, aproximadas) a viejos dilemas y preguntas de la historiografía argentina. ¿Hay convergencia posible entre la “nación legal” y la “nación real”? ¿Puede gobernarse un “país sin ley”? ¿En qué sentido rige la “ley” en un país gobernado por las “costumbres”? ¿Fue la frontera rural un lugar peligroso y violento? ¿O, por el contrario, un espacio más ordenado y pacífico que las ciudades? ¿Por qué no hubo más conflictos colectivos y abiertos en la frontera agraria? ¿Fue esto el resultado de la movilidad social ascendente, de un control político-social más o menos estricto, o de un sistema de normas informales?

Es en este sentido como debería leerse esta contribución: como un desafío a repensar las fronteras agrarias, el desarrollo económico en la pampa, la sociabilidad de sus pueblos y la legalidad de sus interacciones

sociales. Porque su evidencia –aunque muy importante y sólida– no puede cerrar una problemática que la desborda. *La paz del trigo* contribuye con una valiosa y abundante evidencia sobre las formas de tenencia de la tierra, la práctica de los arrendamientos, la naturaleza de los contratos, las demandas judiciales sobre créditos, las promesas de pago y los desalojos, temas de los cuales poco conocíamos. Pero la interpretación que hace Palacio de esta evidencia va más allá de estas pruebas estadísticas. Porque la “paz del trigo” se refiere a un conjunto de relaciones informales y acuerdos verbales que han permanecido a la sombra del archivo oficial, relaciones que es necesario reconstruir desde cero, a partir de recursos muy escasos.

Con relación a una historiografía que ha desconocido esta problemática o negado su existencia (la Argentina carece de una cultura legal, las fronteras son por definición espacios sin ley, las relaciones sociales en la frontera están teñidas de violencia y/o clientelismo, etc.), el libro de Palacio presenta una refrescante y novedosa imagen alternativa. Una imagen plausible; no una comprobación. Una serie de argumentos razonables acerca del funcionamiento de esta sociedad en transición. Las sociedades de frontera resuelven sus conflictos recurriendo al juez de paz y utilizando recursos legales que están disponibles a través de los abogados rurales. Para resolver esta multiplicidad de conflictos no se requiere por lo general recurrir a la clase política. Luego de leer este libro, debemos reconocer la existencia en estas fronteras de una forma de civilidad que permite economizar la violencia. Más importante, *La paz del trigo* sugiere que los procesos de legalización y judicialización de las relaciones sociales son también pertinentes a estas fronteras agrarias y que, tal vez, estos procesos están en la base de la transición no pro-

blemática entre regímenes políticos y políticas estatales tan diferentes.

El libro deja sin resolver algunos problemas que es conveniente investigar con mayor profundidad. Voy a referirme a dos de estos problemas. Uno de ellos se refiere a la visión de Carl Taylor sobre la pampa agrícola: un conjunto de productores aislados, poco comunicados y sin organizaciones intermedias. Palacio adscribe a esta visión cuando en su propio texto hay elementos para suponer lo contrario (la acción cooperativa, por ejemplo), es decir, que la frontera de los años 1940 pudo haber sido más asociativa y más conectada con las grandes ciudades de lo que Taylor estaba dispuesto a admitir. Este tema requiere mayor análisis y tal vez nuevas indagaciones históricas. El otro se refiere al intervencionismo estatal y al peronismo. Demasiado rápidamente, Palacio cierra este tema diciendo que, con el adve-

nimiento de un mayor intervencionismo estatal en los años 30 y luego con el peronismo, la ley va suplantando los acuerdos informales, la costumbre y el reinado cívico del juez de paz. El “vacío” inicial (vacío de ley y de Estado) se va llenando y, como consecuencia, la “paz del trigo” gradualmente se desvanece, bajo el influjo de mayor vocación regulatoria e intervencionista del Estado. También en este terreno precisa mayor evidencia y debate antes de dar por cerrada la pregunta. Tengo la impresión de que la “paz del trigo” tuvo una vida más larga que la que Palacio le otorga (1920-1945). Tal vez el mundo de vales y de pagarés no desapareció tan bruscamente, ni la ley escrita y las estructuras jurídicas reemplazaron tan rápidamente una cultura legal que depositaba su confianza y su entendimiento en ciertos intermediarios legales locales.

Ricardo D. Salvatore



## Uri Eisenzweig, *Ficciones del anarquismo*

México, Fondo de Cultura Económica, 2004, 450 pp.

*¿Qué monstruoso vicio es ése, que no merece siquiera el nombre de cobardía, ni encuentra denominación más vil, al que la naturaleza rechaza y que la lengua se niega a nombrar?*

E. La Boétie, *Discurso de la servidumbre voluntaria*

### I

Preocupado principalmente por comprender la singularidad histórica de la violencia que signó, a fines del siglo XIX, la vida política y cultural de Francia durante la llamada época de los atentados (1892-1894) y su relación con el surgimiento de la inquietante figura del anarquista que pone bombas, Uri Eisenzweig, especialista en lite-

ratura francesa del siglo XIX y profesor de la Universidad de Rutgers en Estados Unidos, estudia el trasfondo histórico de la asociación, por demás duradera, entre un tipo de violencia caracterizada como *nueva* y el anarquismo. Su amplio estudio –unas cuatrocientas páginas divididas en dos partes, con tres capítulos cada una de ellas– indaga cuáles fueron las condiciones históricas de

emergencia que permitieron que luego del primer atentado –con una bomba en la entrada del palacete de una princesa el 29 de febrero de 1892–, mucho antes de que se pudiera hablar específicamente de una época de los atentados (como luego será recordada por la historiografía), y antes todavía de que se pudiera conocer a sus responsables, una opinión pública aterrorizada lo adjudicó de inmediato a anarquistas. Si el anarquismo no era nuevo en Francia, como tampoco lo era la violencia política, las preguntas centrales, o al menos algunas de ellas, serían entonces: ¿por qué, en la Francia finisecular, un atentado que ni siquiera dejó víctimas fue tan atemorizante, presagió una seguidilla y precisó de manera instantánea una atribución de origen para el mismo? ¿Qué es lo que tuvo de singular la violencia expresada mediante ese atentado y en los otros por venir y cómo fue recogida esa singularidad por la literatura de su época? Y, por último, ¿qué elementos permitieron que un movimiento como el anarquista que casi de manera global rechazó la metodología del atentado hiciera, al menos verosímil, que se lo señalara como culpable?

### II

Los efectos de los atentados terroristas del período son múltiples y variados, y el trabajo de Eisenzweig tiene sus momentos más interesantes y sugestivos en la forma en que ellos afectan y se articulan con la esfera literaria. Centrándose sobre todo en las relaciones formales existentes entre las bombas –cuya característica principal es la de ser, por su ausencia de sentido y autoría evidente, irreductibles a las categorías interpretativas de la realidad propias de la modernidad– y la poesía simbolista, principalmente la de Stephan Mallarmé, el texto aborda aspectos inéditos, al menos en la

producción local sobre el tema, de la relación entre anarquismo y literatura. Ya no se tratará de ver en la adscripción, desde lo declamativo o militante, de los escritores a las ideas e imágenes propias del anarquismo el único nexo posible, sino que Eisenzweig va a proponer una afinidad más profunda entre la crisis de realidad –a su vez, crisis del realismo literario decimonónico– operada por la bomba –percibida socialmente como anarquista– y el proyecto mallarmeano. De esta manera, Mallarmé no deviene anarquista por su conocimiento doctrinario, que según la afirmación del autor es escaso por no decir nulo, sino por los efectos de la bomba en su expresión literaria. En palabras de Uri Eisenzweig, a propósito de un texto de Mallarmé titulado *Acusación*, es el texto mismo el que “se organiza –o se despliega– en torno de la bomba, reproduciendo las modalidades de ésta última en el orden mismo del texto (diseminación, estallido de los elementos del razonamiento en torno a un centro vacío –«no la última palabra, ni la primera–») y, sobre todo, en su temática claramente centrada en la condición de lo literario: oposiciones periódicos-poetas, claridad-incomprensión [...]. Lo cual, a falta de alguna referencia que lo apoye, parecería indicar un privilegio propiamente formal de la bomba, del atentado –del llamado atentado anarquista de 1892-1894– en el universo mallarmeano” (p. 250).

Un efecto inverso, aunque compartiendo la fascinación, producirán los atentados en el proyecto literario vinculado al realismo, principalmente, y por ser contemporáneo a los mismos, al de Émile Zola.<sup>1</sup> Si la percepción pública, principalmente expresada en la prensa, percibe los atentados en cafés, restaurantes, estaciones, avenidas, etc. (tal es la novedad de la violencia del 90) como absolutamente carentes de sentido o

significación específica, esto se traducirá en una ausencia –enmascaramiento o negación– de todo proyecto. Innombrable, desprendiendo al lenguaje de su potencialidad referencial, la bomba, que desarticula cualquier correspondencia espacio-temporal –se hace presente en cualquier momento y en cualquier lugar– golpea en el centro mismo de la obra de Zola, “el novelista”. La pregunta pertenece a Eisenzweig:

¿No es en el fondo la validez de la novela misma, en tanto que forma, que se articula en torno de un cierto orden temporal, espacial y psicológico, lo que es puesto en tela de juicio por la naturaleza esencialmente esporádica, desplazada, imprevisible, del acontecimiento específicamente terrorista? (p. 263)

Por último, y coincidiendo con el cierre del período histórico en cuestión, el autor se va a centrar en el análisis de las llamadas “leyes perversas” que se promulgaron a propósito de los atentados –la primera de ellas en diciembre de 1893 y la última en 1894– y con el propósito explícito de combatir al anarquismo que se entendía estaba detrás de ellos. Una vez más aquí el autor desplaza los conocidos argumentos entre un correlato, de algún modo inmediato, entre los acontecimientos históricos y sus expresiones discursivas. En otras palabras, el lenguaje –judicial y punitivo en este caso– no es pensado como referencial de una realidad social –históricamente discreta– sino que es tomado, por el contrario, como un modo de transmisión de sentidos profundos y distintos, aunque no necesariamente contrapuestos, del aparente; siendo aquí donde la conclusión de Eisenzweig es por demás sorprendente amén de polémica. Para el autor lo que en realidad se está juzgando

con las leyes antianarquistas de 1893-1894 no es a los anarquistas sino a los intelectuales. De esta manera, y adelantándose en unos cuatro años a lo que él denomina “sentido común historiográfico”, la figura del intelectual no nace durante el caso Dreyfus sino durante el llamado “proceso de los treinta”, corolario y resultado de las “leyes perversas”, mediante una especie de inversión especular del lenguaje judicial obsesionado con la búsqueda de autores, no sólo materiales, sino instigadores de las bombas.

### III

¿Qué es lo que explica el privilegio singular del anarquismo en la imaginería de la violencia enmascarada, en un cambio de siglo obsesionado con lo oculto? Ante la insuficiencia de las explicaciones de carácter eminentemente culturales y epocales, habría entonces que bucear, ésta es la apuesta de Eisenzweig, en los clásicos (Proudhon, Kropotkin, Bakunin, Stirner, Reclus, Malatesta, Cafiero, el binomio Bakunin-Netcháiev, etc.) del universo libertario para localizar qué aspectos inherentes del anarquismo le permitirían ocupar, ya que no en lo real, un lugar privilegiado en las representaciones, colectivas de su época. Parece innecesario señalar que existen, sea por su multiplicidad o diversidad doctrinal, pocas corrientes de ideas (y prácticas) tan evasivas para los estudios académicos como el anarquismo. Lo curioso es que un autor tan rico en matices en lo que se refiere al análisis del universo literario reproduzca, de algún modo, ciertos clichés (decimonónicos o de matriz engelsiana, me atrevería a decir) que signaron, hasta hace poco, los estudios sobre el anarquismo como movimiento político. A saber: inorganicidad constitutiva, tentación elitista, protofascismo, condicionamientos premodernos, apoliticismo, etc. Una de las aristas más co-

munes de esta genealogía rígida del anarquismo es la que asocia el anarquismo al imaginario del pequeño artesano de cariz proudhoniano, reacio a la industrialización. Muy cercana a la imagen que da Karl Marx del pequeño burgués en su *Dieciocho Brumario*, para quien lo que otorga el carácter distintivo es “que su espíritu, su conciencia, no sobrepasan los límites que esa clase se traza para sus actividades”, en los anarquistas de Eisenzweig el anarquismo permanece enquistado en un imaginario artesanal esencialmente reactivo al estallido identitario, y no solamente identitario, de la industrialización. De este modo, a partir de un intento de sonsacar las principales características del pensamiento libertario de una determinada correspondencia con una determinada composición económica y social de sus adherentes, el oscilante movimiento anarquista, tan versátil a la hora de construir e identificar sus posibles orígenes y tradiciones, homologaría y trocaría su defensa del individuo –como contrapeso necesario a la centralización del poder estatal y como eje principal del proceso emancipatorio– por la defensa de un sujeto-artesano ultraintegrado, en vías de desintegración y de hecho derrotado por el peso de la historia. Cae sobre el movimiento anarquista, en el plano político el mismo sentido común historiográfico que cae sobre los luddistas en el plano económico, con el común denominador de situar ambos movimientos como ligados inexorablemente a un destino de reacción frente al progreso. En palabras de Eisenzweig: “El programa proudhoniano traducía particularmente bien no tanto el sueño como la  *fijación*  desesperada de los propios artesanos en la posibilidad de una supervivencia socioprofesional en un universo que los marginaba cada vez más. Tanto más desesperada, dicho sea de paso, cuanto que emergía precisamente el

discurso marxista que les oponía una subjetividad alternativa e indiscutiblemente más sólida, anclada no en el sueño de escapar a la división del trabajo, sino en esta división misma”. Un párrafo más abajo el autor concluye: “Y creo que no sería exagerado decir que la fuerza de atracción del sueño proudhoniano, y con él del anarquismo en su primera modalidad, estaba destinada desde el inicio a desaparecer bajo los ataques bruscos y violentos del principio de realidad que fue la nivelación que acompañó a la industrialización de la economía” (p. 119).

Definido así el sujeto de la práctica e interpelación anarquista, el eje del análisis de Eisenzweig se abocará a tratar de explicar cuáles fueron las razones atinentes a la propia doctrina libertaria que permitieron la asociación inmediata entre anarquismo y terrorismo. Tales razones residen, para el autor, principalmente en lo que es definido como aquello que otorga coherencia al diseminado discurso libertario; a saber: la impugnación de toda instancia de representación (política, social, discursiva). Desde la disociación entre las palabras y la acción (¿las cosas?), constitutiva de la propaganda por el hecho, hasta el rechazo de la política parlamentaria (definida como el espacio por antonomasia de referencialidad del lenguaje), pasando por el carácter necesariamente pesimista de la epistemología anarquista, todo parece indicar la afinidad (fatalidad, dirá Eisenzweig) entre un tipo de violencia puramente gestual, por lo tanto inasible, y una corriente de ideas que desconfía de la transparencia del discurso. El problema es hasta qué punto una versión del anarquismo, ya no en su función meramente ficcional, puede dar cuenta de su riqueza. De todas formas, el recorrido del autor tiene aspectos muy estimulantes, y hasta cierto punto novedosos, en lo que atañe al intento de repo-

ner una teoría anarquista del lenguaje apartada de la tradición propia de la Ilustración que lo supone un medio de comunicación social positivamente confiable porque es esencialmente neutral.

Martín Albornoz

## Nota

<sup>1</sup> En el capítulo titulado *La novela contra el anarquista*, el arco temporal del estudio se am-



## Sandra McGee Deutsch, *Contrarrevolución en la Argentina (1900-1932). La Liga Patriótica Argentina*

Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 2003, 267 pp.

La historiografía argentina ha tendido a estudiar a la derecha de nuestro país en el período de expansión del nacionalismo que se inicia a fines de la década de 1920 y se consolida en la de 1930 y lo ha hecho, casi exclusivamente, en su dimensión discursiva. Es decir que las investigaciones tienden a subestimar períodos anteriores, las prácticas asociadas a esta ideología así como el papel que han desempeñado los sectores que se beneficiaron de la puesta en práctica de esas acciones y proyectos autoritarios. La publicación del texto de Sandra McGee Deutsch contribuye a enmendar esa carencia. La obra recorre las tres primeras décadas del siglo analizando expresiones de lo que la autora ha elegido denominar “contrarrevolución”, concepto con el que articula los sujetos, las prácticas y los discursos comprometidos en esa corriente. Con este método da cuenta de las fuerzas sociales que des-

plía desde los distintos intentos de la novela realista por comprender el fenómeno terrorista. Por eso el estudio, en este caso, si bien comienza con Zola, tiene parágrafos aparte para *Los poseídos* de Fiodor Dostoievsky (1871) y para *El agente secreto* de Joseph Conrad (1907).

de principios del siglo XX resistieron el ejercicio de libertades, derechos civiles y colectivos por considerar que podían alterar las características del orden social capitalista tal como se había constituido en el país. De esta manera rastrea los núcleos duros de la “ultraderecha” y los encuentros coyunturales entre esos sectores y aquellos liberales que comenzaban a retroceder en sus posturas. Asimismo, la autora se diferencia explícitamente de los historiadores que han visualizado estas corrientes de ideas autoritarias como una respuesta de las clases altas a “la amenaza del poder creciente de las clases medias”. Su objetivo, por el contrario, es demostrar que “los acontecimientos clave que influyeron en su formación fueron las movilizaciones de trabajadores de 1909-1910 y, particularmente, las de 1919-1921” (p. 14). Ello explica el lugar central que otorga al análisis de la organización paramilitar Liga

Patriótica Argentina (LPA) creada en 1919 luego de los sucesos de la Semana Trágica, definiéndola como “el primer grupo antiizquierdista y antiobrero que tuvo una organización permanente” (p. 19).

Para explicar la formación de la Liga la autora rastrea y acentúa la continuidad de los núcleos que, ya activos a principios del siglo, confluirán en ella. Así vemos a “miembros de las clases altas”, “religiosos y laicos católicos”, “damas de beneficencia”, “círculos de obreros católicos”, miembros de la Sociedad Sportiva, del Museo Social, fuerzas armadas y otros sectores comprometidos en la organización e instrucción de fuerzas de choque que operaban de manera independiente o articulados a las fuerzas policiales. También tempranamente se difunde la construcción ideológica que sintetizaría el discurso característico de la LPA: “La vinculación entre la identidad nacional con su propia identidad de clase, y del radicalismo de la clase obrera con la inmigración” (p. 48).

La llegada del presidente Hipólito Yrigoyen al gobierno y el resurgir de la militancia obrera alientan la estructuración orgánica de estos sectores como respuesta al cambio en la correlación de fuerzas introducido por el apoyo colateral del gobierno a las demandas obreras: “Hasta 1919 el gobierno de Yrigoyen no deportó a activistas ni implantó el estado de sitio. La policía y el ejército tampoco estuvieron a disposición de los empleadores como en épocas precedentes” (p. 78). En efecto, el gobierno radical fue visualizado como un instrumento débil para restaurar la “libertad de trabajo” y por esa razón se crean organizaciones particulares dispuestas a suplantar la fuerza que el Estado les negaba y a operar, a su vez, como una demostración de fuerza opositora para torcer el rumbo elegido por el presidente. Un importante signo de ello fue la creación

en 1918 de la Asociación del Trabajo (AT), organización patronal compuesta por capitalistas nacionales y extranjeros que definieron su objetivo como defensa del capital. Para ello se propusieron ofrecer resistencia a las demandas obreras negando reconocimiento a los sindicatos y combatiendo las huelgas mediante el suministro masivo de rompeshuelgas y guardias armados. La investigación de Sandra McGee Deutsch permite constatar que la AT y la LPA no fueron dos organizaciones independientes sino que, en lo que respecta a su objetivo fundamental, “trabajaron a la par”. Ambas agrupaciones compartieron fundadores y autoridades (Joaquín de Anchorena, Santiago O’Farrell, Atilio Dell’Oro Maini, Ricardo Aldao), miembros asociados, el espacio físico de sus sedes (Florida 524) y fondos de financiación. Esto permitió que se repartieran tareas y espacios a lo largo del país y diseñaran estrategias conjuntas con el objetivo inmediato de destruir los núcleos de obreros organizados y restaurar las condiciones laborales existentes anteriores a las conquistas de 1918 y 1919. Para ello se tornó necesario “institucionalizar” los actos de violencia ilegal exhibidos durante la Semana Trágica. La LPA asumió públicamente la tarea compartida: organizó en la capital y en el interior “brigadas” móviles o grupos de choque que respondieron a las convocatorias de los empleadores y que estimularon su demanda. Sus funciones centrales fueron suministrar rompeshuelgas (brigadas de “trabajadores libres”), aterrorizar a militantes sindicales, saquear sindicatos y periódicos obreros, disolver actos públicos de la izquierda, establecer servicios de inteligencia, generar arrestos e, incluso, presionar y amenazar a aquellos empleadores que no acataran decisiones de la corporación patronal correspondiente. Además, la LPA, a

diferencia de la AT, no se presentó como defensora del capital sino como la más leal defensora de la nacionalidad argentina, operación facilitada por la abundancia de extranjeros entre los militantes sindicales. Esta operación otorgaría más legitimidad para ejercer la violencia privada a la vez que posibilitaría desresponsabilizar a los beneficiarios directos de estas acciones.

En este sentido, pese al análisis estadístico de la composición clasista de los directivos de la LPA, al señalamiento eventual de sus nombres y al seguimiento de la figura de su egocéntrico presidente Manuel Carlés (cuya trayectoria llegó a confundirse con la de la Liga), pensamos que la autora nos adeuda, teniendo en cuenta la riquísima información que ha reunido, una mayor sistematización del análisis de los espacios donde se concentraba el poder de decisión. Nos referimos a la composición de los miembros de la Junta Central y de las empresas e intereses que representaban —“propietarios o miembros del directorio de grandes sociedades anónimas y de bancos, cinco de los cuales por lo menos estaban estrechamente ligados con compañías extranjeras” (p. 112)—, a las redes económicas, políticas, periodísticas que los sostenían, así como también a ciertos conflictos de intereses o de orientaciones que es posible vislumbrar en las pretensiones que exhibieron en sus “congresos”.

Algunas de estas redes se observan en el análisis de los casos más resonantes de intervención de la Liga (la ofensiva contra los trabajadores de Las Palmas y de La Forestal, de las zonas cerealeras, de localidades de Entre Ríos y de la Patagonia en el interior del país, y contra los choferes de taxis y los trabajadores del puerto en la Capital), los que demuestran, además, que sin las complicidades y los apoyos de funcionarios gubernamentales, de la gran prensa, de las fuerzas armadas y po-

liciales, del Poder Judicial, de la Iglesia católica, de parlamentarios (tanto conservadores como radicales) y de la misma ambigüedad del gobierno radical, el despliegue de la Liga no hubiera sido posible.

Sandra McGee Deutsch también trabaja otro aspecto que, aunque secundario, resulta significativo para la caracterización de sus miembros y de sus apoyaturas intelectuales. Se trata de las opiniones y los proyectos que tanto Carlés como representantes de las elites presentaron en los denominados “congresos de trabajadores”. Siguiendo los pasos de los católicos sociales y de los conservadores reformistas, se presentaron planes de corto y mediano plazo que abarcaron desde estrategias para la cooptación de los trabajadores (propuestas de bienestar social, planes de participación en las ganancias, escuelas en las fábricas para trabajadoras, diseños de contrahegemonía cultural basados en la difusión del patriotismo y la moral católica) hasta proyectos represivos, como la negación de los derechos y las garantías constitucionales (libertad de pensamiento, de imprenta, de reunión y del derecho de organización) y otros cuyos esfuerzos estaban dirigidos a garantizar mano de obra sumisa en el medio rural (“domesticar” a los trabajadores rurales para que permanecieran en el campo y modificar la política inmigratoria excluyendo a los de origen urbano e instruidos).

La desmovilización de la LPA a partir de 1922 da cuenta del lugar secundario que tuvieron sus escasas propuestas sociales y benéficas. Habiendo respondido a una razón práctica, ellas fueron abandonadas cuando cesó el temor a la movilización obrera. Pero los deseos autoritarios hechos explícitos en ese momento y acallados durante el gobierno de Marcelo T. de Alvear correrán mejor suerte. El seguimiento posterior de figuras destacadas de la Liga y representati-

vas del campo conservador, como Manuel Carlés, permite mostrar la radicalización del discurso regresivo y el empalme de éste con el proyecto político decisivamente antidemocrático y antiliberal nacionalista que hará eclosión a fines de la década de 1920 coincidiendo, no casualmente, con la reelección de Yrigoyen.

Cabe un señalamiento con respecto al aparato conceptual que maneja la autora. Por ejemplo, con la incorporación en el título de un capítulo del concepto *humanismo práctico*, tomado del bagaje retórico de la Liga y utilizado para englobar estrategias que apuntaban a debilitar al movimiento obrero como las anteriormente señaladas, corre el riesgo de contribuir al objetivo que atribuía a su uso la LPA. En efecto, la Liga recurrió a un término prestigioso, que se aplica a las personas que sienten solidaridad con el género humano, para encubrir objetivos que exhiben afanes manipulatorios e insensibilidad al dolor humano. Otras aseveraciones parecen filtrarse de manera inconsciente del mismo discurso de su objeto de estudio. Así, la afirmación de que la AT y la

LPA se repartieron “vigilar el cumplimiento de la ley” es desmentida no sólo por las violaciones sistemáticas de la ley que nos describe sino desde otros pasajes dominantes del mismo libro: “Definieron el orden no tanto como obediencia a la ley sino como el mantenimiento de las jerarquías y las diferencias sociales existentes” (pp. 129 y 48 respectivamente).

No obstante estas observaciones, el aporte que realiza Sandra McGee Deutsch es crucial para caracterizar la naturaleza de nuestra clase propietaria y de la conflictiva coyuntura 1919-1921. De su exposición es posible inferir que el despliegue sistemático de fuerza ejercido por la LP y por la AP (que evoca las prácticas del temprano fascismo) no respondía a una situación de riesgo para el orden social capitalista sino a demandas sindicales y, en segundo lugar, que ambas organizaciones fueron un factor central de los “desórdenes” del período en la medida en que la intransigencia patronal a reconocer derechos elementales fue generadora de conflictos o del agravamiento de éstos.

María Ester Rapalo



## Lila Caimari, *Apenas un delincuente. Crimen, castigo y cultura en la Argentina (1880-1955)*

Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2004, 312 pp.

Ésta es la historia del castigo administrado por el Estado moderno argentino al delincuente y de las representaciones de tal poder sancionador en la sociedad del período tratado. En la primera parte del libro se estudia a los castigadores

y quienes les dan letra, como también a los castigados. Todos ellos enmarcados por la prisión, este gran escenario de la modernidad que se abre a la mirada curiosa del lector gracias a la pericia profesional de la autora. Desde la fundación del sistema peni-

tenciario en la segunda mitad del siglo XIX hasta los años del primer peronismo, los saberes punitivos y las instituciones que los encarnan son estudiados en detalle. Pero no se trata de un detalle estático sino de un retrato vivo, entrecruzado, donde el apogeo institucional de un proyecto carcelario puede muy bien imponerse cuando las ideas que lo generaron están en retirada; o donde tal o cual doctrina académica o especializada sobre el delincuente tiene que acomodarse y convivir con el aporte ideosincrásico de quienes deben hacerla realidad tras los muros y las rejas.

Sin refugiarse en las certezas parroquiales del archivo ni tentarse con las generalizaciones de quienes se quedaron en 1975 (año de publicación de *Vigilar y castigar*) Caimari revisita los postulados de Michael Foucault y apoyada en evidencias concretas depura y actualiza las ricas reflexiones teóricas de este referente ineludible en el estudio del disciplinamiento social de la historia moderna. Aquí es donde se descubre uno de los aportes más importantes del libro, pleno de reflexiones sobre los trazados historiográficos, teóricos y metodológicos surgidos en los últimos treinta años a partir de aquella obra fundacional. Y al afrontar el debate sobre su vigencia abre no ya una hendidura sino toda una puerta para el interés y la discusión interdisciplinaria. La merecida recompensa de este desafío asumido ha sido la de comenzar a ver ejemplares de *Apenas un delincuente* en las manos de abogados, criminólogos y hasta en algún despacho ministerial.

Ampliando las posibles miradas sobre el tema elegido, aparecen en el libro las visiones *profanas* sobre la ley, el castigo, la prisión y el delincuente. Estas perspectivas de los “no especialistas” actúan como otros posibles vasos comunicantes entre la teoría

y la práctica, entre la academia y la celda, entre la ley y la trampa. Aquí se entiende no sólo la lógica detrás del anarquista lombrosiano o del penitenciarista revolucionario sino que también se comprende por qué ciertas ideas sobre la represión estatal y el castigo cosechaban muchos adeptos aun entre las filas de los más progresistas. Y aunque no hay una proyección directa al tiempo presente, se identifica claramente en el texto a los remotos precursores del pegajoso discurso de la “mano dura” y de su singular difusión entre tan diversos grupos sociales.

En su segunda parte, *Apenas un delincuente* también se ocupa de las representaciones del escarmiento público y su repercusión entre la población general de la ciudad de Buenos Aires. Centrado en la prensa escrita y completado por otras múltiples fuentes, el texto se enriquece liberándose de la lógica preocupación metodológica de contrastar los postulados y las ideas con las concreciones y las prácticas, lo cual ya se ha resuelto en la primera parte. Entonces se hace realidad la trilogía del subtítulo: “Crimen, castigo y *cultura* en la Argentina”. Para ello introduce lo que llama “el ingrediente emotivo” de un fenómeno que, siendo de naturaleza típicamente irracional, se ha visto tantas veces limitado en su estudio por la tentación de analizarlo y pretender entenderlo en el ambiente aséptico de la normativa o en la interpretación académica de los expertos y estudiosos. En verdad la sociedad no ha mirado simplemente “desde afuera” el castigo administrado por el Estado. El imaginario punitivo ocupa un lugar importante en los intereses ciudadanos y así lo hacen conocer tanto individuos como grupos sociales a lo largo de la —de esta— historia. Sus opiniones influyen en el resultado de tal o cual proceso, inclinan la

balanza en la aplicación o la conmutación de esta o aquella pena, presionan para abrir o cerrar establecimientos penitenciarios, y se involucran en definitiva e históricamente y a su manera en la formulación del castigo moderno. Caimari rescata a la gente del lugar de simples destinatarios de la persecución y el castigo estatal en el que suelen ubicarla algunos estudiosos obsesionados con el control social. Sin omitir el terrible sufrimiento que la pasión punitiva estatal impone sobre aquellos candidatos de los que el sistema penal se alimenta, los estudia también como participantes necesarios de la construcción y transformación sancionadora cuya cara visible es ese mismo Estado. Es más, en un momento nos los muestra fuera y después dentro de la prisión o viceversa, dado que la línea fronteriza que identifica al transgresor es mutable y cambia con el tiempo.

Esta multiplicación de voces y lugares desde donde el castigo es imaginado, pensado, aplicado y/o padecido le da al libro una riqueza impresionante. Porque en la era del castigo oculto su difusión en el imaginario popular se expandió como nunca antes. Sin duda la prensa cumplió un papel importante en este sentido, como queda ampliamente demostrado. Fue el periodismo escrito el que abrió la prisión a los ojos de sus lectores aunque lo hizo por donde los dictados del creciente y competitivo negocio editorial marcaba como conveniente y rentable. Al mismo tiempo, la gente se involucró no sólo como consumidores de estas noticias sino tomando parte activa en la construcción social de las conductas calificadas como criminales. El delincuente y sus actos no se alinearon en una secuencia correlativa con el penado y su padecimiento; uno y otro nunca fueron puestos en un mismo plano por la población en general. Pre-

cisamente sobre esta hipótesis se reconstruyen desde los clamores desesperados por justicia hasta las investigaciones no oficiales de casos de abusos policiales y penitenciarios. De hecho, en este escenario lo jurídico se ubica en un segundo plano de acuerdo con la perspectiva de sus actores. Bien vale la pena entonces aceptar el desafío de la autora y aventurarse con ella por esos territorios poco explorados donde abandonamos las seguridades normativas para abrir el tema a la vida misma en tiempo pasado. Bien vale la pena, aun cuando tengamos que recomenzar a pensar la historia legal, cuyas certezas propias de las fuentes primarias con las que se ha venido abordando debe ahora hacer lugar y entrar en “diálogo” con otras donde las pasiones no están para nada acalladas o disimuladas detrás del vocabulario técnico-jurídico. En este sentido el libro marca una dirección clara para futuras investigaciones.

Los ejemplos porteños y bonaerenses prevalecen en el libro, sobre todo en la segunda parte, pero la dimensión “Argentina” proclamada en el título tampoco le queda grande. Desde la experiencia penal de Ushuahia, apéndice del escenario penitenciario porteño aunque estudiada a fondo, hasta referencias específicas a cárceles y presidios de distintos puntos y regiones del país a través de múltiples documentos, *Apenas un delincuente* aborda la problemática de las diversidades regionales y aspectos comunes del castigo estatal. No se propone agotar el tema y si encuentra un límite, lo anuncia. Así se plantean las cosas desde el comienzo, cuando luego de describir las ideas, los proyectos y las realidades que motivaron la construcción de los primeros establecimientos penitenciarios nacionales Caimari advierte rápidamente al lector que ésa es sólo una parte, diríamos pequeña, de una rea-

lidad carcelaria mayor, la de los *pantanos*, lugares de detención deplorables como los calabozos policiales donde todos esos proyectos y reglamentos nunca van a llegar. Y sin dejar de ocuparse de lo primero, para lo cual dispone de cierta holgura documental, también encara lo segundo, reconstruido a partir de evidencias fragmentarias que limitan pero no le impiden brindar un panorama amplio sobre el tema.

Luego de presentar los intensos debates, la formulación de diagnósticos y propuestas con las que los estudiosos del universo delictivo despiden el siglo XIX, el libro nos conduce al escenario de la primera mitad del siglo XX. Allí descubrimos proyectos parcialmente concretados, idas y vueltas en las ideas y en las prácticas carcelarias, cambiantes percepciones populares sobre el delincuente, usos y abusos de la prensa escrita sobre el tema, visitantes o huéspedes ocasionales de los presidios (como anarquistas y luego radicales) que llevarán su visión de la problemática penitenciaria a conocimiento de círculos sociales más amplios, y pinceladas de reformismo institucional a escala nacional combinado con ampliaciones edilicias surgidas durante la década del 30. Cuando en el último capítulo del libro “la revolución llega a las cárceles”, el lector ya cuenta con una amplia gama interpretativa y documental como para dimensionar adecuadamente el impacto del primer peronismo en este universo intramuros.

Centrado en Roberto Pettinato, figura clave del sistema penitenciario argentino

desde 1946, el último tramo del libro analiza la incidencia del discurso y las prácticas peronistas en la reformulación del castigo administrado por el Estado. Más que grandes modificaciones del espacio carcelario, ya en franca expansión y transformación desde la década anterior, se ve aquí el alto grado de politización de las prisiones. Descubrimos entonces, como en capítulos previos, que las paredes que separan al penado del ciudadano son más porosas de lo que parecen: la propaganda, las festividades y el deporte se despliegan dentro y fuera del presidio y suscitan la buscada adhesión al régimen. Es la hora del reformismo penitenciario, muy a gusto con una época de fuertes recelos hacia soluciones integrales de alto contenido teórico. Pero el carácter redentor de la cárcel peronista para presos comunes no es totalmente novedoso sino tributario de etapas anteriores en la historia del castigo moderno argentino. Y si bien esto se aclara al cerrar el capítulo y con él este libro, muchos lectores extrañarán una conclusión que la autora ha decidido omitir; una que al menos permita recapitular todo el abanico de ideas que se despliegan a lo largo del texto. Quizá lo que se ha venido desarrollando en profundidad durante ocho capítulos no merezca ser retomado en el final sin alto riesgo de reducción. Y aunque podemos entender esta opción –no compartida– de un final abierto, queda claro que este fantástico libro aporta mucho, tanto a especialistas como a *profanos*.

Oswaldo Barreneche

## Fe de erratas

Por errores involuntarios en el N° 24-25 de *Entrepasados* se omitieron algunos fragmentos en el artículo de Graciela Batticuore “Lecturas, conversaciones y dinero en *La Bolsa* de Julián Martel”. Los fragmentos que aquí publicamos deben leerse en la página 129 a continuación del final del segundo párrafo que finaliza así: “Este personaje entra en la novela como una voz en off o como una figura furtiva que sólo mira, juzga y después se desvanece”.

*Y mientras tanto, un poeta, joven, alto, enlutado, de fisonomía triste y resignada; un pobre poeta que ha tenido que abandonar la buhardilla donde se moría de hambre y de frío, para envolverse en la “capa pobre”, en un rayo de sol; una futura gloria de las letras americanas, cuyos versos nadie lee porque la Bolsa no da tiempo para ello, mira sentado en un banco, y por debajo del ala enorme de su chambergo de bohemio, mira con amargura los esplendores de aquella bacanal fastuosa, y su mente visionaria, enamorada de la antítesis, le presenta un cuadro pavoroso. (p. 151)*

La presencia furtiva pero contundente del poeta visionario acerca la novela de Martel al modernismo de fines de siglo y, con él, a la imagen de los bohemios y los raros tan bien descriptos por Darío quien, como recuerda Ángel Rama, también se quejaba por entonces no sólo de la riqueza sin alma y sin belleza de la vida moderna sino del *rumor estéril* de esas conversaciones que todo lo confunden y que opacan la verdadera música de los poetas:

*En este tiempo [...] en que el ignorante llama decadente a todo lo que no entiende, y el bachiller ornitocéfalo da vuelta a su rabiosa ruleta verbal; en este tiempo, en fin, en que todo el mundo se cree con derecho a tener una opinión; en que de todo se habla ignorándose todo; en que se confunde en una misma línea y en la más abominable promiscuidad, el esfuerzo del intelectual con el cómodo diletantismo de los sportmen de las letras, y la palabra de los maestros con la algarabía de los colegiales.<sup>1</sup>*

### La lectora bursátil

La presencia del especulador marca sólo uno de los tipos nuevos y peligrosos que pueblan la sociedad porteña de fines de siglo y que la crisis del 90 ayuda a poner de relieve. Me interesa detenerme ahora en otra conversación que deja asomar en la novela una figura también inédita hasta entonces en la narrativa argentina del siglo XIX, la cual encuentra su resonancia en la vida real y más concretamente en el ámbito doméstico de la época. Se trata de *la lectora*



*bursátil*, encarnada en *La Bolsa* por Margarita, la esposa del protagonista con la cual éste discute –en una de las escenas mejor logradas de la novela– sobre los modos de evitar su inminente caída en la ruina financiera. La conversación deriva pronto en una discusión crucial en torno de un término que ya había aparecido antes en la novela: se trata del *honor*. Mientras Margarita explica a su esposo la conveniencia de pasar a su nombre todos los bienes personales y declararse insolvente para evitar así pagar a los acreedores, él sostiene que no es posible poner en juego su buen nombre faltando a la palabra empeñada. La discusión sobre el honor deriva *una vez más* en una conflictiva disquisición sobre el sentido verdadero del término (el fin de siglo renueva no sólo los tipos sociales sino que trae consigo una resemantización –oportunistamente, podríamos decir– de ciertos términos, moldeados según nuevos valores). Glow intenta resolver la discusión con su esposa argumentando que esta diferencia entre las perspectivas de uno y otro se basa, netamente, en una diferencia de género:

*Tu error –le dice a su mujer en medio de la discusión– proviene [...] no tan sólo del falso concepto que tienes formado de la sociedad, sino de la mala interpretación que das a la palabra honor, palabra elástica ciertamente y poco comprensible para las personas de tu sexo, que la aplican en sentido muy distinto del que nosotros, los hombres, le damos. El honor nuestro es rara vez comprendido por*

*ustedes. Generalmente le atribuyen poca importancia, y eso se comprende. ¡Son tan graves los hechos que tienen que producirse para que una mujer pierda su honor! En cambio nosotros, los hombres, sacándolo a relucir por cualquier bagatela, lo desvirtuamos a los ojos de ustedes, y cuando acontece algo tan serio como lo que a mí me pasa ahora, ya le hemos quitado su innegable valor. [...] Hay en este mundo, donde lo malo abunda pero no prevalece, dos clases de hombres: los que carecen de moral social, los que solapadamente lo explotan todo (amistad, matrimonio, crédito, etc.) y los que, por el contrario, respetan todo lo respetable... [...] El honor para nuestra clase consiste en el respeto de la palabra empeñada, en la honradez de los tratos comerciales, en el castigo de las injurias; y en muchas otras cosas que se subdividen al infinito, y cuyos matices varían con las circunstancias. Esto es lo que yo llamo sociedad. [...] El dinero es un gran poder social; pero no es ni el mayor ni el único. [...] Y en el caso actual, la sociedad me manda que pague a mis acreedores.* (pp. 163-165)

#### Nota

<sup>1</sup> Rubén Darío, “Almafuerte”, en *Prosas profanas*; citado por Ángel Rama, “La canción del oro de la clase emergente”, en *Las máscaras democráticas de América Latina*, Montevideo, Fundación Ángel Rama, 1985, p. 132.

#### Nota para los autores y colaboradores

Los trabajos con pedido de publicación deben enviarse a Cuenca 1449 (1416), Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina.

Los trabajos correspondientes a la sección “Artículos” deben ser originales y serán evaluados por árbitros externos, mientras las reseñas y las notas de la sección “Lecturas” serán sometidas a la evaluación de los miembros del Consejo de Redacción.

Los autores deberán observar las siguientes recomendaciones:

- a) Deberán enviarse dos copias impresas y un disquete.
- b) La extensión de los trabajos correspondientes a la sección “Artículos” no debe exceder los 65 mil caracteres incluidos los espacios en blanco, las citas y notas bibliográficas.
- c) Las citas y notas bibliográficas deben ubicarse de la siguiente manera: 1) nombre y apellido del autor; 2) título de la obra en cursiva (en caso de citarse artículo, éste irá entrecomillado y escribiendo en cursiva la publicación en donde fue incluido); 3) lugar de edición; 4) fecha.
- d) Los artículos deben ir precedidos de un resumen en castellano y otro en inglés que no debe ser menor de cien palabras ni mayor de ciento cincuenta.



# PUNTO DE VISTA

Revista de cultura / N° 79 / Agosto de 2004

Políticas de la memoria: el Museo de la ESMA  
Solanas y la historia argentina reciente  
Sebald y la memoria alemana  
Acerca del arte-más-contemporáneo  
Miradas sobre el cine: Sokurov, Tsai Ming-liang, Mekas y  
Sivan/Khleifi (a propósito del VI BAFICI)  
Raymond Williams en castellano

Escriben: Vezzetti • Myers • Huysen • Giunta • Silvestri •  
Schwarzböck • Filippelli • Oubiña • Sarlo • Dalmaroni

Suscripciones: Argentina, tres números \$ 24 / Exterior, seis  
números, u\$s 50. Cheques y giros a nombre de Beatriz Sarlo,  
Casilla de Correo 39, Suc. 49, Buenos Aires

PUNTO  
DE VISTA